

«Lope de Aguirre Traidor»



José de Arteche

J O S E D E A R T E C H E

A mi querido amigo
Sebastián Aguirreche
con un ancho abrazo
de José de Arteche

S. Sebastián 30-10-63

«Lope de Aguirre, traidor»

La tragedia del Fuerte Caudillo de los Invencibles Maraños

Biblioteca Vascongada de los
Amigos del País
San Sebastián
1951

ES PROPIEDAD

*A Don Agustín Brunet González,
con mi gratitud.*

A GUISA DE PROLOGO

EL tema me tienta fuertemente desde hace tiempo. De otra parte, las incitaciones ajenas van siendo también reiteradas, tanto, que su misma insistencia me las hace algún tanto sospechosas. Puede que se trate de inclinarme al estudio de la vida del guipuzcoano de más negra fama de todos los tiempos a modo de contraste con los grandes guipuzcoanos con quienes ocupé mis ocios, pero no puedo menos de imaginar que, tal vez, lo que se desea de mí al pedirme este libro no es sino otra vindicación de un personaje de la misma tierra, la justificación, toda encendida por fueros de paisanazgo, de un caudillo incomprendido y calumniado, de una suerte de precursor, de un vidente de libertades con prescencia de tres siglos.

Desde ahora prevengo a los lectores que de ninguna manera entra en mis cálculos idealizar a mi personaje. Aunque reconozco que todo libro constituye para su autor una arriesgada aventura, y que al iniciar la primera página de su obra ningún escritor sabe cómo terminará la última, repito, que ahora al menos, al dar co-

mienzo a este libro, considero a Lope con mucha mayor severidad que simpatía.

Ahora bien, entre el nutrido grupo de acusadores que acumulan sobre Lope de Aguirre todos los cargos imaginables sin la menor nota favorecedora, y los contados defensores que con calor polemista acometen el empeño de justificar la injustificable conducta del guipuzcoano, cabe la postura del que, rechazando por igual tanto el cargo de ministerio fiscal como el de abogado defensor, quiere tráficamente analizar al hombre que era Lope de Aguirre. Con la frialdad posible, pues ¡qué difícil es no apasionarse ante un hombre así! Porque si es verdad que este tema se halla agotado en el campo de la investigación documental, sobre todo merced a la labor de Emiliano Jos —cuyo honrado libro «La Expedición de Ursúa al Dorado y la Rebelión de Lope de Aguirre», y sobre todo su rico apéndice, han constituido y constituyen, confesadamente o no, una obra de todo punto imprescindible para cuantos se introducen a este estudio— se me imagina que Lope de Aguirre, como hombre, está todavía inédito.

«Hay tres Lope de Aguirre: el de la historia, el de la tradición y un tercero que no es ni el de la historia ni el de la tradición», exclama Segundo de Ispizua al comienzo de su apasionada vindicación de Lope de Aguirre. El Lope de Aguirre que, primordialmente, me interesa, es el de la historia. También me interesa el de la tradición, y me interesa muchísimo ése que ni es el de la historia ni el de tradición, ese Lope de Aguirre que, por estorbarlo la pasión, nadie ha explicado hasta ahora.

Concibo la esperanza de que mi condición de vas-

co, más concretamente, de guipuzcoano, antes que desautorizar, favorece mi propósito. Un vasco —y si es guipuzcoano, mucho mejor— puede todavía añadir algo acerca de este impresionante personaje. No ignoro que la disección que me propongo sólo puede hacerse a través de documentos coetáneos, todos ellos acusatorios en extremo, pero, aunque esta afirmación produzca extrañeza, creo también que a este designio mío ayuda mi condición de superviviente de una de las más feroces guerras civiles que registra la historia. Tal vez parezca excesivo esto que digo, pero el hombre que ha pasado por la prueba de una guerra civil es un hombre total y posee otra distinta luz para la interpretación de los hombres, y mucho más si como aquí es el caso se trata de historia de hombres en guerra civil. La historia cercana puede ayudarnos a interpretar la clave de la historia lejana.



EL DORADO

¡CUANTO costó a los hombres desengañarse del mito de El Dorado! Pocas quimeras han ejercido atracción más poderosa entre los hombres que esta de El Dorado. El legendario emporio de la América del Sur, cuya ilusoria situación variaba caprichosamente en cada una de las versiones que a él se referían, alucinó, no sólo a los hombres del tiempo de la conquista, sino a los de tiempos muy posteriores, lo mismo españoles que extranjeros. Unos lo buscaron en la Guayana, otros en el Meta, aquéllos en las márgenes del Orinoco, los de más allá en la altiplanicie de Colombia, en la selva virgen del Amazonas, hasta en las desérticas zonas del Chaco. La sed de oro y los relatos de los primeros exploradores, juntamente con la atracción que el misterio y la sed de aventuras ejercen siempre entre los hombres, alimentaron con fuerza creciente esa leyenda, en el fondo, similar a la paradisíaca fábula de las magníficas «Siete Ciudades de Cibola», que, lo mismo que la ciudad de Quivira, la ciudad de oro puro, rodeada de manadas de vacas con joroba, urbes, las dos, situadas, según el sentir popular, al norte de

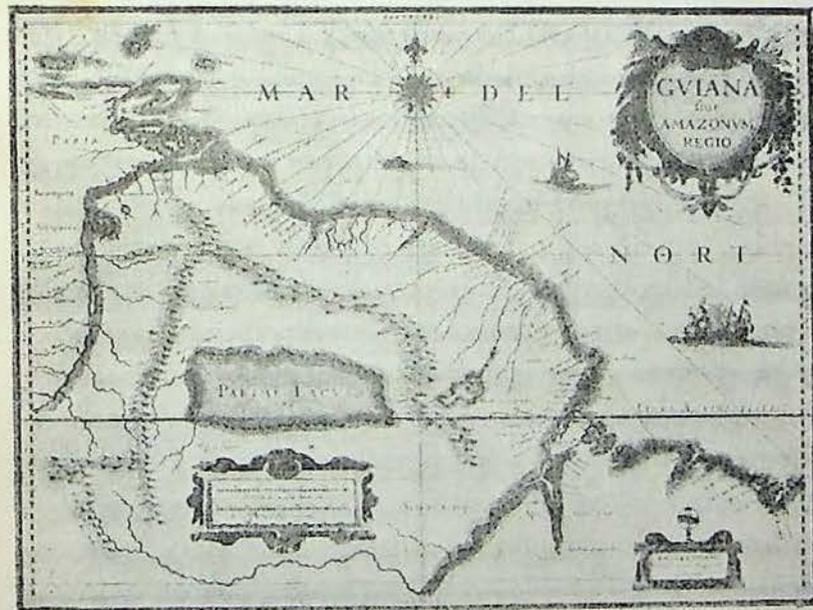
Méjico, constituyeron el ilusorio El Dorado de la América del Norte.

¡El Dorado! Las gentes de los siglos XVI y XVII, y aun los del XVIII, imaginaban El Dorado de modo parecido a como a los compañeros de Núñez de Balboa, entre los que se contaba Francisco Pizarro, se figuraron el *Birú*, el Perú, al escuchar en las playas panameñas del mar del Sur, recién descubierto por ellos, los relatos del cacique Tumaco.

El Dorado, la fabulosa Ciudad de Manoa, la Ciudad de la Laguna, el ilusorio reino del Gran Paitite, o el no menos fantástico Lago de Oro de Parima, o, también, el Gran Moxo, la Tierra Rica, o el país de los Omaguas —porque la quimera, con gran énfasis, adoptó por suyos todos esos nombres y aún otros mucho más extravagantes—, para unos, era una nación henchida de riquezas fabulosas, o una ciudad torreada cuyos techos y paredes estaban recubiertos de láminas de oro; para otros, un territorio colmado de áureos peñascos, o un lago de arenas doradas situado en algún recóndito paraje más allá de los picos, perpetuamente coronados de nieve, de la cordillera de los Andes, inaccesibles aun para el vuelo de los cóndores.

Las primeras vagas referencias acerca del misterioso país, fueron difundidas en Quito por Sebastián de Belalcázar, uno de los lugartenientes de Pizarro, al regreso de su expedición por los Pastos y Popayán, en la meseta de Colombia, después de su prodigioso encuentro en aquel paraje con Nicolás de Federmann —uno de los conquistadores de Venezuela en virtud del empeño del emperador Carlos V a sus banqueros alemanes— y con Gonzalo

Jiménez de Quesada. A un mismo tiempo, y, sin saber los unos de los otros, tres ejércitos se movían en una misma dirección: el del alemán Nicolás de Federmann que, partiendo de Coro traspasaba así los límites de su jurisdicción de Venezuela; otro, el capitaneado por Sebastián Moyano



El Lago de Oro de Parima en el Siglo XVI

de Belalcázar, que salió del Perú, emancipándose de Pizarro; el tercero, que, desde Santa Marta, internándose por las selvas del valle de Magdalena, trepaba por los despeñaderos de los Andes al mando de Gonzalo Jiménez de Quesada. Las tres expediciones, después de penalidades sin cuento, se encontraron en el altiplano de Colombia.

Desde entonces comenzó a denominarse El Dorado al territorio de Bogotá. Parece ser que el *zipa*, el cacique, el gran sacerdote de los indios chibchas —los indios de las

caras anchas— al final de sus cruentos ritos religiosos se untaba el cuerpo con una resina odorífica que sus súbditos, soplando por medio de canutos, cubrían de oro molido, y luego, embarcando en una balsa fastuosamente adornada de ricos lienzos, rodeado del expectante silencio de innumerable gentío, se zambullía en las tersas aguas de la laguna de Guatavita, la pequeña laguna circular de la altiplanicie neogranadina, mientras los circunstantes, afaviados de plumas multicolores, brazales, orejeras y tobilleras de oro, arrojaban a las aguas esmeraldas a puñados (1).

El relato de los hombres de Belalcázar extendióse con rapidez increíble, no sólo en América, sino por todo el mundo. Nació el mito. El mito adquirió, día por día, cada vez más fantásticos contornos. Las expediciones en busca de El Dorado comenzaron a sucederse —y a fracasar, como es natural— una tras otra. Cada fracaso constituía acicate poderoso para intentos inmediatos. La leyenda sobrevivía a todos los fracasos. Difícilmente podrá en la historia hallarse un mito cuyo desengaño haya a los hombres costado más desastres. El Dorado devoró ejércitos enteros. El caso de expedicionarios que al regreso de penalidades indecibles se apresuraban a alistarse para la expedición inmediata resultó más frecuente de lo que podría suponerse. Los buscadores de El Dorado, poseídos por su quimérica esperanza, no se daban cuenta —o no querían

(1) Ciro Bayo, en su obra «Los Maraños» (Madrid, 1913) refiriéndose a Sepúlveda, comerciante de Bogotá que obtuvo de Felipe II una concesión para desaguar el lago de Guatavita y hacerse con los fabulosos tesoros enterrados en el fondo, dice que Sepúlveda hizo un corte para desaguarlo hendiendo una de las colinas que lo rodean, pero que desanimado por el coste de la empresa, no pasó adelante. Ciro Bayo añade que todavía se ve el tajo. Véase también «Colección de documentos inéditos relativos al descubrimiento, conquista y organización de las antiguas posesiones españolas de América y Oceanía...» Tomo XXIII. 1875. «Capitulación que se tomó con Antonio de Sepúlveda sobre la Laguna de Guataveta y del Montecillo della».

darse cuenta— del natural mentiroso de los indios, cuyas extravagantes referencias acerca del ilusorio país, señalado por ellos ora en una dirección, ora en otra, sólo tenían por objeto el desembarazarse cuanto antes de su molesta cercanía, o también, caso muy frecuente, para dirigir la nube de conquistadores en dirección a tribus enemigas.

Detengámonos un tanto, a trazos someros, en una de las expediciones a El Dorado, en la expedición que, en cierto modo, es precursora de la que será objeto de este estudio. Así nos iremos situando en el ambiente, porque todas estas «entradas», como entonces se llamaban, se parecen muchísimo las unas a las otras; los cronistas tejen sus relatos con elementos similares; todos los relatos constituyen parecida exposición de calamidades. Muchas veces, estas crónicas de infortunio obligan a la pregunta: ¿Cuál es el límite del sufrimiento humano?

Ya en uno de los primeros meses de 1541, Gonzalo Pizarro, gobernador de Quito, al mando de —para aquellos tiempos y aquellas tierras— lucidísimo ejército compuesto de cerca de quinientos soldados, entre los que se contaban unos ciento cincuenta jinetes, acompañado además de unos cuatro mil indios de servicio, al cuidado, entre otras cosas, de la piara y rebaños que siempre llevaban consigo los conquistadores, marchaba hacia los fabulosos parajes. Pizarro, según los cronistas, buscaba el país de la canela, y, además, «a un gran príncipe, que llaman El Dorado, de la riqueza del cual hay mucha fama en aquellas partes».

La expedición comenzó, al tercer día, a atravesar la cordillera andina, en donde, para empezar, la nieve, mató alrededor de un centenar de indios, indios de tierra ca-

liente. Traspuestos los glaciares de la cordillera, Gonzalo Pizarro estableció contacto con el capitán Francisco de Orellana, gobernador de Santiago de Guayaquil, que, al mando de veintitrés jinetes armados a costa del mismo, venía a juntársele, sin perder ningún hombre, después de haber disputado fuertes combates con los indios que no cesaron de acosarle. Un terremoto de inusitada violencia llenó de espanto a los expedicionarios; al bambolearse de la tierra —tierra avolcanada— siguió un diluvio de dos meses que, además de empapar e inutilizar en buena parte el bagaje, que hubo necesidad de reducir a lo más indispensable, los forzó a la inmovilidad durante todo ese tiempo.

Comenzaba la región de las selvas inextricables. Empezaron los avances, paso a paso, a golpe de machete, por entre el matorral inacabable. El hambre, con su rostro espectral, hizo su aparición. Las raíces de ciertos arbuscos constituían manjar codiciado. Diluviaba. Los brillantes arreos del comienzo no eran ya sino harapos miserables. Los rezagados que, arrimados a los árboles, se quedaban para tenderse a morir, aumentaban de día en día. Otros, enloquecidos, internábanse en la selva para nunca más volver.

Un río de gran caudal, el Coca, afluente del Marañón, que corría con solemne y resonante fragor por entre un imponente tajo, cerró el paso a la expedición. Por fortuna, los gigantescos árboles de la selva crecían hasta el borde del abismo. Cortando a hachazos los más altos, y haciendo que sus copas tocasen la orilla opuesta, al cabo de setenta días de esfuerzos agotadores, lograron un puente, que ante la estupefacción de los naturales que durante ese

tiempo no cesaron de hostilizarles, permitió el paso a hombres y bestias. Pero los exploradores enviados en distintas direcciones por Pizarro trajeron noticias desalentadoras; por todas partes, hallábanse rodeados de ciénagas y bosques impenetrables.

Gonzalo Pizarro decidió entonces la construcción de un barco que explorase el río. Los árboles de la selva virgen proveyeron la madera necesaria; la necesidad, aliada con el ingenio, aparejó mal que bien la fragua; las herraduras de los caballos muertos y los cañones de los arcabuces convirtiéronse en la clavazón; las resinas de ciertos árboles y la manteca de tortuga suplieron la brea; las ropas, deshechas, sirvieron de estopa. Por último, el esfuerzo, colosal, de todos, desde el primero al último, remató la obra.

El capitán Francisco de Orellana en compañía de cincuenta y seis expedicionarios, casi todos enfermos, entre los cuales se contaba el dominico fray Gaspar de Carvajal, luego cronista de la expedición, autor de uno de los más interesantes relatos de viaje que nunca se hayan escrito, se embarcó en el bergantinejo y en algunas canoas auxiliares tratando de buscar comida para todos. Era la Navidad de 1541.

Pero el bergantín no volvió. A pesar de cuanto más tarde pudo imaginar Gonzalo Pizarro, —si es que llegó a imaginarlo como quieren algunos—, y, a pesar, así mismo, de cuanto pudo suponer Gonzalo Fernández de Oviedo (1)

(1) «Historia general y natural de las Indias», por el capitán Gonzalo Fernández de Oviedo y Valdés. Libro XLIX. Cap. II. «Siguiósele tanta necesidad de bastimento, que la hambre los hizo afloxar en los otros cuidados; é para buscar de comer, envió el capitán Gonçalo Piçarro con çinquenta hombres al capitán Francisco de Orellana, é aqueste no pudo volver por ser tan frio un rio por donde fué, que en dos dias se hallaron tan apartados del exercito de Gonçalo Piçarro, que le convino á este capitan é sus compañeros proceder adelante con la corriente a buscar la mar del Norte, para escapar con las vidas. Assi me lo dió él á entender; pero otros dicen que pudiera tornar, si quisiera, adonde Gonçalo Piçarro quedaba; y esto creo yo, por lo que adelante se dirá».

y cuantos cronistas de Indias siguen a este historiador, sobre todo, Francisco López de Gómara, que dedica a Orellana frases de acerba ironía, el bergantín no pudo volver; lo impidió la corriente que, en menos que se cuenta, en cuestión de tres días, lo separó de Pizarro más de doscientas leguas, distancia enorme para ser salvada a remo y contracorriente.

Pizarro, después de aguardar a Orellana largo tiempo explorando en dirección de la corriente, no tuvo más remedio que volver. Sus hombres, durante el regreso, vieron obligados a devorar el cuero de las botas, las vainas de las espadas y las sillas de los caballos: hasta sapos, culebras y otras inmundas alimañas. Llegaron incluso a deliberar si comerse los muertos. Gonzalo Pizarro se agigantó en esta etapa de su expedición. Gracias a su increíble aliento, ochenta espectros, resto exiguo de los que, con ardiente imaginación, soñaron alcanzar El Dorado, pudieron entrar de regreso en Quito a principios de Junio de 1543, no sin antes zurcirse rústicas bragas con las pieles de venados que mataron en los Andes, para no aparecer en cueros ante la gente. Aquellos supervivientes creyeron enloquecer cuando volvieron a encontrarse con personas civilizadas: besaban la tierra en los extremos de su contento. Según Garcilaso el Inca, en la selva virgen quedaron muertos doscientos diez españoles además de los cuatro mil indios yanaconas de servicio.

Dejemos ahora en Quito al valeroso Gonzalo Pizarro enterándose, con gesto sombrío, de los detalles de la desastrosa muerte de su hermano Francisco, el conquistador del Perú, y de su propia deposición como gobernador de la ciudad, novedades ambas acaecidas durante su

ausencia, y corramos en pos del bergantín de Orellana, retrocediendo en el tiempo al momento en que este capitán, en vista de lo desesperado de la situación, propone a Gonzalo Pizarro utilizar el bergantín para algo más que para los menudos servicios de exploración y de paso de una a otra orilla a que venía siendo utilizado: para salir por el río abajo en una expedición en toda regla en busca de comida.

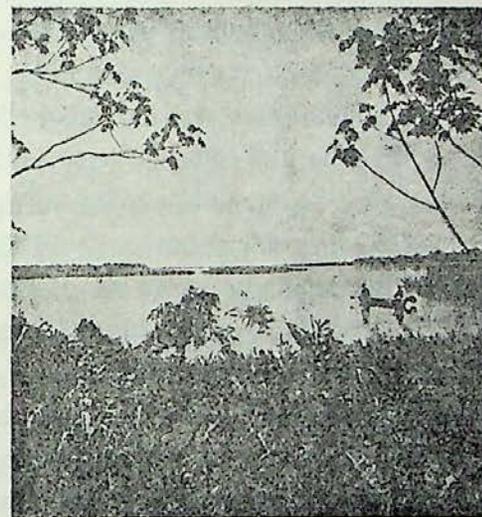
Pero como con acento de innegable sinceridad, y después de muerto Orellana —detalle muy significativo para la vindicación de este descubridor— escribe fray Gaspar de Carvajal, «salió al contrario de como todos pensábamos». Porque el río Coca, ancho ya de media legua, iba rápido, y el bergantín, en jornadas de veinte y veinticinco leguas diarias, navegó más de doscientas sin encontrar víveres. Al segundo día, Orellana tuvo que varar el bergantín para reparar un boquete en su casco. Al tercero, el escaso repuesto de alimentos que pudo embarcarse se terminó. Orellana reunió a su gente para deliberar. Tiene este gesto importancia, porque, en la historia de los descubrimientos, es muy difícil hallar otro grupo de hombres mejor mandados por un jefe y mejor avenidos entre sí. Con Orellana iban vascos, extremeños, asturianos, gallegos, portugueses, castellanos, andaluces, valencianos, hasta dos negros, que, como todos los anteriores, trabajaron con ahinco. La junta acordó seguir adelante. El bergantín navegó dos días más sin hallar comida, ni indicio de habitantes. Carvajal, entonces, a instancias de Orellana, celebró una misa «encomendando a Nuestro Señor las personas y vidas de los expedicionarios», que traslucían ya la imposibilidad de remontar la poderosa corriente del río y así reunirse con Pizarro.

Después de la misa, otra junta decidió elegir entre todos los males el que al capitán y a todos pareció menor; ir adelante y seguir el río; morir o ver lo que en el río había. No hubo discrepantes; la unanimidad fué absoluta. Hombres civilizados, yendo de maravilla en maravilla, van a atravesar los primeros el opulento Amazonas.

El Napo, el río en que vierte sus aguas el Coca, venía en crecida. Costó un triunfo enderezar el navío en los vórtices y remolinos de la confluencia, en donde, como Carvajal dice con metáfora admirablemente ajustada, el agua de un río peleaba con la otra. Orellana comenzó a acreditar sus excepcionales dotes de mando, alentando a sus hombres, «dándoles esperanzas con tal gentil semblante y buenas palabras, que parecía que Dios le daba gracia especial para confortarlos».

Napo abajo, Orellana navegó otras doscientas leguas por entre selva desértica. De cuando en cuando, el bergantín zabordaba a la orilla para que los hambrientos descubridores condimentasen trozos de caimán. Un día, dos canoas de exploración tripuladas por once hombres se perdieron entre el sinnúmero de islas que convierten al Napo, en algunos puntos de su trayecto, en un laberinto. Después de dos interminables días de búsqueda, Orellana encontró a los extraviados: «fué Dios servido que los topamos». Todo el relato de Carvajal aparece animado de una fe conmovedora en la Providencia. Desde luego, durante el viaje ocurrieron cosas de milagro. Como aquello del soldado que, al disparar su ballesta a un ave posada en una rama, se le saltó al agua la nuez de la ballesta, sin la cual ésta de nada servía, y que recuperó dicha nuez poco después al ser abierto el vientre de un pez de cinco palmos que sacó a anzuelo un compañero.

Cuando el hambre apremiaba de manera angustiosa, apareció un poblado de bohíos. Orellana destacó veinte soldados previniéndoles de antemano que no desembarcasen, «sino que con mucho amor» manifestaran a los indios la gran necesidad en que se hallaban. Orellana, por ahora, no es un conquistador; es un hombre que pide de comer. Los indios le obsequiaron con tortugas y papagayos, manjar succulento, y le indicaron un pueblo deshabitado en



La confluencia del río Napo con el Amazonas

la orilla de enfrente para que pudiera reponerse. Orellana echó el ancla en el punto indicado, pero los mosquitos zancudos, en verdaderas nubes, hicieronle insufrible la vida, tanto que a la mañana siguiente no tuvo más remedio que marcharse.

Al amanecer de un domingo, Orellana, en una bifurcación donde el río se dilatava anchuroso, indeciso a la vista de numerosos poblados, recibió la visita de unos indios tripulantes de cuatro o cinco canoas atestadas de víveres, ofrenda del gran cacique Aparia. Los mensajeros se manifestaron entusiasmados de la cortés acogida de Orellana, y, sobre todo, porque éste, políglota, aficionado al mecanismo de los idiomas de América, entendía la embajada

que llevaban. Aparia estaba aguardándole; desde luego, los mensajeros se ofrecieron a llevarlo a su presencia.

Efectivamente, Aparia le esperaba, con sus hombres en pie de guerra, pero Orellana, por si acaso, desembarcó a la cabeza de los suyos prevenidos con todo el armamento. Los indios quedaron espantados. Orellana, afabilísimo, les dijo que no temiesen; explicó de dónde venía, la religión que profesaba y el rey a que servía. Aparia, por su parte, le previno la existencia, allá en la lejanía del río, de unas belicosas «grandes señoras», y trató de disuadirlo de sus proyectos de llegar hasta la desembocadura, queriendo hacerle ver su exiguo número para oponerse a ellas. Como aquellos indios adoraban al Sol, Orellana, en un arranque, declaró que ellos eran hijos del Sol. Aparia, lleno de estupor, le ofreció entonces dejar desembarazado el pueblo y traerle todos los días el alimento que precisara. Entonces, Orellana tomó posesión del territorio en nombre del rey, y, en señal de posesión, colocó en la plaza una cruz muy alta.

La ocasión pareció magnífica a Orellana. Su barco estaba convertido en una criba. Convenía repararlo, y, además, construir otro más apto para cuando llegara al Océano. Para aquellos hombres, pensar una cosa era ya ponerse a realizarla. Con decir que el cuero de los borceguíes se utilizó para el tubo de la fragua está todo dicho. El nuevo bergantín medía unos catorce metros de eslora y llevaba nueve bancos para la boga. Durante la obra, realizada, pese al enervante calor, en treinta y cinco días, Orellana recibió la embajada de cuatro indios muy blancos, y tan altos que rebasaban en un palmo la estatura del cristiano más alto, todo enjoyados de oro, con los

cabellos colgándoles hasta la cintura. Sus correctos modales produjeron admiración general. Trafan ricos presentes, obsequio a Orellana de «un señor muy grande», por cuyo encargo, como dice Carvajal, «venían a ver quien éramos y qué queríamos y a dónde íbamos». Orellana satisfizo cumplidamente su curiosidad.

Aprovechando el tiempo cuaresmal, fray Gaspar de Carvajal, ayudado por otro fraile expedicionario, el mercedario fray Alonso de Vera, predicó todos los domingos y fiestas. Orellana mismo instaba a Carvajal y a Vera la predicación, y a los soldados el fervor en sus prácticas religiosas. Todos confesaron y comulgaron con devoción «como cumple a todo fiel cristiano».

Cuando el nuevo bergantín —el «Victoria»— estuvo terminado, Orellana, antes de partir de Aparia, nombró alférez a Alonso de Robles, un valeroso hidalgo, extremeño lo mismo que él. El 24 de abril de 1542, Orellana, bien provisto de alimentos, abandonó el señorío del cacique Aparia. Al cabo de unos días, los indios cesaron de acercársele con vituallas; indudablemente había rebasado el territorio sujeto a Aparia. El calor corrompió la carne de tortuga almacenada en los barcos y Orellana se vió precisado a limitar los racionamientos. El 12 de mayo, los bergantines alcanzaron «las provincias de Machiparo, que es muy gran señor y de mucha gente y confina con otro señor tan grande, llamado Omagua», según dice Carvajal. Era una zona muy habitada. Una multitud de canoas «puestas a punto de guerra» rodeó en un momento a los bergantines. Los indios, resguardados con altos escudos, contruídos de conchas de lagarto y piel de caimán se acercaban en orden ensoberbecidos de su superioridad numé-

rica, «traían mucha grita, tocando muchos tambores y trompetas de palo, amenazándonos —la cita es de Carvajal— que nos habían de comer». Estaban entre caníbales.

Orellana mandó juntarse a los dos bergantines, para mejor favorecerse, y ordenó así mismo preparar los arcabuces. Pero en aquel momento crítico, los arcabuceros encontraron mojada la pólvora. Los ballesteros tuvieron que háberse las sósolas contra aquella nube de enemigos que los envolvía de todas partes. Al final de aquella encarnizada contienda, dominados los salvajes, Orellana decidió aprovechar la ocasión para desembarcar en el poblado, y, aquí, apoderarse de la comida. Diez españoles, mandados por un tal Cristóbal Maldonado, tuvieron que enfrentarse con un contingente de indios que Carvajal calcula en más de dos mil. Un mestizo llamado Cristóbal de Aguilar, que luego se distinguió sobremanera en la pelea, fué el que dió la voz de alarma e hizo posible la resistencia. Maldonado, cubierta la retaguardia por Orellana, no sólo aguantó la embestida, sino que, además, cargó sobre el enemigo y lo desbarató. Casi todos los expedicionarios resultaron heridos de alguna importancia. Como nueve, por su gravedad, eran incapaces de andar —uno murió de allí a algunos días— Orellana, en vista de que los indios no cesaban de hostilizarle, ordenó enfardelarlos, y que sus compañeros tomándolos a cuestras los embarcaran para que los indios no vieran que tenía tantos heridos e imaginaran los fardos como cargas de maíz.

Pero pese a su cautela, los indios, habitantes de una zona muy poblada, renovándose de pueblo en pueblo, no cesaron, durante dos eternos días con sus noches, de perseguirle con saña. Pero el certero arcabuzazo que el sol-

gado Gutiérrez de Celis acertó a meter en mitad del pecho al indio «que delante venía como muy hombre» dirigiendo el ataque, contribuyó a resolver la situación en favor de Orellana.

Al señorío de Machiparo siguió el de Oniguayal, pueblo no menos guerrero que aquél. Orellana, exhausto de provisiones, decidió atacar antes de ser atacado. Con estrépito de arcabuces entró en el pueblo al asalto; «así quedó el pueblo por nosotros, con la comida que había»; con la comida sobre todo, que era allí lo más importante. Orellana resolvió entonces dar a su gente un merecido descanso de tres días, no sin vigilar las asechanzas de los indios que intentaron desamarrar los bergantines para que se los llevara la corriente.

Al domingo inmediato de la Ascensión penetró Orellana en la «muy linda y muy fructífera tierra» de los Omaguas. Gente, lo mismo que las anteriores, belicosa, pero más rica y civilizada. Los expedicionarios admiraron la loza que producían los omaguas, «loza de la mejor que se ha visto en el mundo»; tan buena, según Carvajal, que «la de Málaga no se iguala con ella». Los indios, al observar el asombro causado por sus trabajos en los expedicionarios, declararon a éstos que tierra adentro se producían cosas parecidas, con la diferencia de ser de oro y plata, y hasta se ofrecieron a encaminarlos hacia aquellos lugares, según ellos, no muy lejanos. Pero a Orellana movíale ya mucho más el estímulo de descubrir que el de las riquezas, y a la caída del sol abandonó el paraje, porque no estimaba prudente pasar noche en tierra tan poblada.

Cien leguas después, Orellana llegó a las orillas del cacique Paguana. Aquí el río más parecía un mar sin con-

finés; desde una orilla no se divisaba la opuesta. Los indios recibieron a Orellana de paz. Por otra parte, la tierra abundaba de toda clase de productos. Los pueblos, pueblos grandes y con embarcadero, sucedíanse casi sin interrupción. La paz duró poco. Otra vez, una infinidad de canoas atacó a los bergantines.

La víspera del domingo de la Trinidad —Carvajal refiere siempre la cronología del viaje al ciclo litúrgico— los expedicionarios desembarcaron en un poblado para proveerse de comida. Poco después llegaron a la confluencia del río Negro, que llamaron así en razón a lo turbio de sus aguas. El cronista Carvajal, con su acostumbrada exactitud descriptiva, dice que «corrían con tanta ferocidad, que en más de veinte leguas hacían raya con la otra agua, sin revolver la una con la otra».

Perseguido, acosado por los indios, el viaje de Orellana más parece ya una huída que otra cosa. En el trayecto que hasta la desembocadura le falta por recorrer sólo goza de breves momentos de respiro. Durante uno de éstos, en un poblado, los expedicionarios contemplaron maravillados un simulacro idolátrico, un rico trono o retablo «de diez pies en cuadro, figurada y labrada de relieve una ciudad murada con su cerca y con su puerta» que dos leones dorados sostenían, «cosa mucho de ver». Más adelante, en otro poblado, el simulacro se repite. Se trata, según los indios, de la insignia de las Amazonas.

La víspera del Corpus Christi, los españoles, contra el parecer de Orellana se detuvieron demasiado en un pueblo desierto en donde abundaba el pescado puesto a secar, y fueron atacados furiosamente por los indios al regresar éstos de sus faenas. La expedición llegó a la confluencia

con el Madeira, río cuyo caudal produjo tal impresión en el ánimo de los expedicionarios que, creyéndolo erróneamente mayor que el que ellos navegaban, lo apellidaron río Grande. Los bergantines se acercaron a unos grandes poblados de la margen izquierda, al parecer desiertos. Orellana, desconfiando de aquel silencio, y oponiéndose al anhelo de desembarcar que tenían las tripulaciones, mandó proseguir adelante. Más de mil indios, al ver fallida su emboscada, salieron de sus escondites promoviendo un ruido y gritería infernales. «Parecía hundirse el río».

Los poblados seguían sucediéndose ininterrumpidamente, y en uno de ellos, los expedicionarios contemplaron silenciosos muchas cabezas humanas clavadas en lo alto de picotas. Orellana ya no desembarca sino cuando el hambre apremia. Cada aprovisionamiento le supone casi siempre un duro combate.

«Una india de mucha razón» apresada en un pueblo comunicó a Orellana la existencia tierra adentro de un grupo de cristianos, entre el que se contaban dos mujeres blancas. ¿Supervivientes, tal vez, de la desgraciada expedición de Diego de Ordás el año 1531, o de la de Alonso de Herrera en 1535? Orellana no tenía tiempo ni medios de comprobarlo. A medida que se acercaba la desembocadura aumentaban los peligros. Los indios, habitantes ahora de poblados encalados, cada vez con mejores armas, atacaban ordenadamente y arrojaban en los combates lluvia de dardos. Los bergantines quedaban erizados de flechas, semeando monstruosos puerco-espines.

El día de San Juan Bautista, Orellana, acosado por el hambre, arribó al señorío de las Amazonas. El combate fué aquí más encarnizado que en ninguna otra parte. Al

frente de los indios luchaban con singular denuedo unas doce amazonas que afrentaban a los cobardes, dando grandes voces, incitándoles a la pelea. Carvajal que salió de la refriega con un ojo de menos, atravesado por un flechazo, atestigua que, «estas mujeres son muy blancas y altas, y tienen muy largo el cabello y entrenzado y revuelto a la cabeza, y son muy membrudas y andan desnudas en cueros, tapadas sus vergüenzas, con sus arcos y flechas en las manos, haciendo tanta guerra como diez indios». El combate terminó con la retirada de Orellana.

Pero el hambre apremiaba, y Orellana, cediendo a instancias de sus soldados, muchos de los cuales se encontraban heridos, autorizó un desembarco en otro pueblo, al parecer desierto. Orellana sostenía como principio fundamental la conveniencia de guardarse más en los pueblos deshabitados que en aquellos otros donde claramente apareciese gente visible. Su prevención resultó acertada una vez más. Los expedicionarios tuvieron que reembarcar a toda prisa.

La desembocadura del Amazonas se acerca. Orellana, cada vez más acosado, navega otra vez por el centro del río. Los caníbales de las márgenes y de las islas intermedias le atacaban con flechas envenenadas de efecto mortal. Antonio Carranza, un pobre soldado murió a las pocas horas de recibir un flechazo que todos supusieron leve. Orellana, entonces, dispuso colocar en cubierta unas barandas a modo de parapetos. Las precauciones de Orellana salvaron muchas vidas. Una vez, sorprendido en tierra por la noche, ordenó a sus soldados subirse a los árboles y dormir en ellos atados a las ramas. Poco después los expedicionarios pudieron observar la algarabía

de los indios buscándolos desaladamente por todos los escondrijos de la selva, sin poder explicarse aquella desaparición para ellos tan misteriosa.

Carvajal anota a la mañana siguiente «la repunta de la marea». La novedad causó júbilo general. Pero los indios, tripulando veloces piraguas, no concedían tregua. Un soldado, García de Soria —es elemental conservar el nombre de estos héroes— muere del rasponazo de una flecha untada. El alférez Robles y el vasco Acaray se distinguieron como arcabuceros manteniendo a raya a los atacantes.

Navegando por entre las islas cercanas a la desembocadura, un tronco flotante quiebra el casco del menor de los bergantines. Al apuro de verse yendo a pique, uniéndose un ataque, el último ataque de los indios. Pero la Providencia deparó a Orellana una isla desierta para poder reparar los bergantines, y, además, arrastrada por la corriente, una danta muerta de tamaño descomunal, tasajo abundante por unos cuantos días para sus soldados, cuya ración estaba constituida por granos de maíz contados.

El día 26 de Agosto de 1542, Orellana, después de triunfar a fuerza de ingenio —porque no disponía de anclas— de los embates de las mareas crecientes, que, como muchas veces sucedía, hacían «volver el río arriba en una hora más de lo que en todo el día habían andado», alcanzó por fin, con sus dos bergantines el anchuroso mar. Iba impulsado por las mantas de sus soldados a modo de velas. Las jarcias eran carrizos y hierbas correosas, y no disponía de piloto ni de carta de navegar, pero, sin embargo, consiguió llevar a buen término su viaje portentoso. Los dos bergantines, que durante nueve interminables

días, se perdieron de vista el uno del otro, pudieron salvar los vórtices del golfo de Paria y arribar a la isla de Cubagua, situada entre la isla Margarita y Venezuela.

Ocho años más tarde, el capitán don Francisco de Orellana perecería en las bocas del mismo río que él, primero que otro ninguno, recorrió de punta a cabo. El río Amazonas envolvió el cuerpo del viejo descubridor. Pocas veces resulta más acertado que en este caso aquel dicho de que cada cual obtiene la muerte y la sepultura que le corresponden por su carácter. Y viene aquí a las mientes la afirmación de Charles Peguy: que sólo son grandes los hombres que han descubierto continentes. O la entraña de los continentes, pudiera haber añadido, en homenaje a hombres como Orellana; y así, su observación sería más verdadera.

A esta expedición de Pizarro y de Orellana, en la que nos hemos detenido porque la ruta del último se aproxima en gran parte a la que es objeto directo de nuestro estudio, se añaden, entre otras innumerables expediciones cuyo oscuro y trágico destino no halló eco en la historia, la que en 1545, al mando de Fernán Pérez de Quesada exploró por tierras de Pasto, en Colombia; la de Felipe de Hutten, junto con su maese de campo Pedro de Limpas —uno de los que más contribuyeron a difundir la leyenda de El Dorado— que ya anteriormente formó en la expedición de Federmann; la de Juan de Salinas y Loyola por las selvas del Marañón; la de Pedro de Ursúa —tema de este libro— que salió del Perú en 1559; la de Martín de Proveda y Nuño de Chaves al año siguiente; la del adelantado Pedro de Silva en 1568, que salió de Sanlúcar de Barrameda a las tierras de Venezuela, por Cumaná —que él

nombró en las capitulaciones La Nueva Extremadura—, con más de seiscientos hombres, que, unos tras otros, acabaron por abandonarle; la segunda expedición del mismo adelantado que, después de su primer fracaso, regresó a España para organizar la repetición de su intento, y que obtuvo un final más desgraciado todavía que la primera vez, pues todos los soldados, ciento setenta hombres en junto, menos uno que quedó para contarlos, perecieron a mano de los caribes del golfo de Paria; la entrada del capitán Serpa, allá por los mismos años que Silva, a tierras del Orinoco, que tuvo también desgraciado remate; la famosa entrada de Gonzalo Jiménez de Quesada en 1579 por los llanos de Venezuela, que constituyó también otro fracaso sin precedentes. Con razón Humboldt calificó el mito de El Dorado de fantasma que huía de los españoles y los llamaba a todas horas. Pero ningún otro mito contribuyó mejor al conocimiento de la geografía suramericana.

El hambre destruyó el ejército de Jiménez de Quesada. De mil quinientos indios que partieron acompañándole sólo volvieron cuatro; de mil cien caballos sólo quedaron vivos dieciocho, y de trescientos españoles expedicionarios obtuvieron la suerte del regreso sesenta y cuatro antes consumidos de hambre y de fatiga, de los cuales casi ninguno sobrevivió.

Lo mismo que en el caso del adelantado Silva, el capitán Gonzalo Jiménez de Quesada quiso volver a tentar la suerte, y aún consideró como una ofensa el que la Audiencia de Nueva Granada pusiera trabas a la autorización oportuna. Al considerarse ya sin fuerzas para proseguir sus gestiones, Quesada, recordando que los poderes reales le concedían el mando de la expedición a El Dorado

por dos vidas, la suya y la de su sucesor, exigió solemnemente en su testamento al marido de su sobrina doña María de Oruña, el capitán Antonio de Berrio, juramento de continuar en la empresa. Luego, al sentirse morir, Quesada, como un reto sublime, dictó el epitafio para su sepultura: *EXPECTO RESURRECTIONEM MORTUORUM*. ¿Cómo imaginaría El Dorado aquel idealista impenitente?

Desde 1584 a 1591, Antonio de Berrio puso su indomable espíritu a favor de su solemne promesa. Como es natural, su expedición fracasó, pero, no obstante, al igual que su tío, no se curó de la quimera, porque al hallarse sin hombres y sin dinero, despachó a España a su maestro de campo, Domingo de Ibarгойen, para que le gestionara en la Corte la gobernación de El Dorado por una vida más, y, al propio tiempo, reclutara gente para otra expedición. Ibarгойen, que a pesar de su condición de vasco, poseía labia irresistible, reclutó, no los doscientos hombres a que aspiraba Berrio, sino una turba abigarrada de alucinados, hombres y mujeres de toda clase y condición, amén de clérigos y frailes numerosos, de los cuales uno hasta abandonó su cargo de confesor en Palacio. La jornada, primero en la isla de la Trinidad y luego en la Guayana, obtuvo el consabido tristísimo final de todas las expediciones a El Dorado. Berrio estuvo a punto de perecer asesinado por aquéllos a quienes las ponderaciones desatadas de su agente llevaron a la desesperación.

Hagamos también mención de los esfuerzos del aventurero inglés Walter Raleigh —porque el mito tentó así mismo fuertemente a los extranjeros— que utilizó, sin fortuna por supuesto, los informes arrancados al capitán Berrio, cuando en una de sus incursiones hizo a éste pri-

sionero; del intento de Lorenzo Keimis a fines del siglo XVI, y del viaje del holandés Nicolás Hortsman que, en 1740, soportando, como todos, penalidades indecibles, subió por el río Esequibo creyendo que así llegaría al áureo lago de Parima.

Algunos años atrás, en 1728, el oficial español de guardias marinas don Agustín de Arredondo, por orden del gobernador de la isla Trinidad, ascendió por el Orinoco, desnudo y pintado a lo caribe, con otros compañeros arreados de la misma guisa. Arredondo, después de catorce meses de continuados riesgos, tuvo que volverse sin noticia alguna de El Dorado, que constituía el único objeto de su viaje.

Pero entre todas las tentativas, el eco de la malograda expedición de Ursúa perduró en tierras del Perú, y aun en la América del Sur, durante muy largo tiempo. El sabio francés Carlos María de la Condamine que en 1736 dirigió una expedición científica por el Amazonas para averiguar definitivamente el tamaño de la Tierra, escribe en sus apuntes de viaje que el recuerdo de la tentativa de Ursúa y de los sucesos ocasionales de aquella funesta aventura se conservaba todavía entre los habitantes de Lamas, pueblecito cercano al puerto fluvial donde se embarcó Ursúa. Después del desgraciado final de este joven vasco, las selvas del Marañón, celosas de sus secretos, volvieron a cerrarse para largo tiempo. Tanto es así que la expedición de los legos franciscanos fray Domingo de Brieva y fray Andrés de Toledo, junto con otros seis soldados, verificada en 1637, se consideró como un redescubrimiento del río de las Amazonas.

Cerca de doscientos años después de la expedición de

Pedro de Ursúa, el Padre Joseph Gumilla, en su «Historia Natural Civil y Geográfica de las Naciones situadas en las riveras del río Orinoco», obra más conocida por «El Orinoco ilustrado», libro que obtuvo sucesivas reimpresiones en su tiempo, allá cuando en los reinos de las Españas existía afición por los problemas geográficos, al recordar las sucesivas malogradas expediciones a El Dorado, escribe a propósito del malogrado vasco estas frases evocadoras: «Y creo que si Ursúa hubiera vivido, no hubiera omitido el entrar por aquellos anchos y trillados caminos, por donde Aguirre no quiso entrar, por estar ya encaprichado en su reinado fantástico de la Tierra Firme y del Perú; y el haberse los tales indios brasiles retirado (alude a un suceso de aquella expedición), luego que vieron que Aguirre, sin hacer caso de su aviso, tiró río abajo, es para mí prueba eficaz, de que el denuncia del Dorado era serio y verdadero».

El Padre José Gumilla, que, según declara en la portada de su libro, fué misionero en el Orinoco, Meta y Casanare, prosigue, páginas más adelante, lleno de evangelizadoras nostalgias, como justificación del capítulo que dedica al Reino Dorado: «Todo lo cual he querido apuntar, porque tal vez con el tiempo moverá Dios nuestro Señor algún corazón magnánimo a descubrir aquellas provincias, y se abrirá puerto para que entre en ellas la luz del Evangelio»... «ojalá sea cuanto antes, para bien y salud eterna de aquellas almas».

Al Padre José Gumilla, hombre envejecido en lides misioneras, el recuerdo del desdichado fracaso de Ursúa le duele en el corazón. «Si Ursúa hubiera vivido». ¡Cuánta pena no descubre esta frase! ¡Y qué fama no debió de

gozar en su tiempo el hombre cuyo recuerdo provocaba a pronunciarla cerca de dos siglos después de su muerte! ¡Si Ursúa hubiera vivido...!

Si Ursúa hubiera vivido, El Dorado, al revés de lo imaginado por el Padre Gumilla, no hubiera sido descubierto, pero la historia de la América del Sur —la historia del Brasil, y, sobre todo, la del Perú— sería hoy muy distinta. El Perú tendría bastante más fondo del que tiene. Pero otro vasco, aquel mismo Aguirre «encaprichado con su reinado fantástico de Tierra Firme y del Perú», que tenía adentro de sí el sutil veneno de América, que se sentía americano de adopción y amaba con amor entrañable la tierra peruana, impidió, precisamente, la grandeza de aquel Perú suspirado por él con ansia para dar reposo definitivo a sus asendereados huesos.



PEDRO DE URSUA

LA historia que ahora empieza, está, en realidad, destilando sangre desde el mismo punto en que escribo el apellido del principal personaje de la primera parte de este drama. Una siniestra tradición recaía con fatídicos augurios, desde la Edad Media, sobre el linaje de la ya desaparecida casa solar de Ursúa, la de las tres palomas en el escudo nobiliario, significando las dulzuras del amor conyugal. La vida siempre nos traspasa allí por donde más blasonamos. Un arcaico romance vasco, conservado en girones, por desgracia, recoge el dramático suceso con la tosquedad literaria que caracteriza los cantares medievales del país.

Urtsuan zazpi leio
zazpiak lerro lerro
Lantainako alaba
Urtsuan defuntu dago.

(El solar de Ursúa tiene siete ventanas,
las siete perfectamente alineadas:
la hija del solar de Lantaina
en Ursúa yace muerta).

Un hijo de la casa solar de Ursúa se casó con Juana de Lantaina, hija del castillo de este esclarecido apellido, en tierra vasco-francesa. ¿Cómo iba al matrimonio la hija de Lantaina? El romance pone en boca suya palabras reveladoras de algo demasiado íntimo y oculto, que, al par, manifiestan las riquezas y poderío del solar de Ursúa.

Zazpi errota berri
Zortzi jauregi xuri
orien guzien gatik
nik ez Urtsura nahi.

(Siete molinos nuevos,
ocho palacios blancos.
Ni siquiera por todo ello
quisiera ir a la casa de Ursúa).

El hecho es que, a pesar de la resistencia de la hija de Lantaina, la boda, una boda de gran rumbo, se celebró. Aquella misma noche, el hijo de Ursúa, al notar a su esposa en cinta, pretextó la necesidad de bajar juntamente con ella a la capilla de Santa Ana, (1) situada a unos pocos pasos de la casa solar, y allí, la mató. Inmediatamente, montando un caballo que un criado le tenía prevenido, huyó a territorio francés (2).

(1) Enfrente de la casa de Ursúa se encuentra una pequeña ermita en mal estado que preside un cuadro de Santa Ana.

(2) Existe también la versión, recogida por el Padre José Antonio de Donostía en su «LA MUSICA POPULAR VASCA», que atribuye a Ursúa el arrogante gesto de enviar un emisario a los de Lantaina encargándoles que vinieran a recoger el cuerpo de su hija. Del romance de Ursúa sólo se conservan retazos, cosa muy comprensible si se considera que durante mucho tiempo, y seguramente por imposición de la misma casa de Ursúa, estuvo prohibido su canto. Don Resurrección Marfa de Azkue recoge también por su parte bastantes estrofas del trágico romance en su «Cancionero popular vasco».

Urtsuan defuntua
Santa Ana'n kausitua
Adios erran gabe
echetik partitua.

(En Ursúa la difunta
hallada en Santa Ana,
sin decir adios
partiöse de la casa).

103. *Allegretto*

Ur-tsu-ak zaz-pi lei-o, zaz-pi-ak lef-o
lef-o, Lan-tai-na-ko a-la-ba Ur-tsu-an de-fun
tu da-go, Ur-tsu-an de-fun-tu da-go.

El hombre destinado al fin, parecidamente violento, de la hija del señor de Lantaina a manos de un Ursúa, nació hacia el año 1525, en la casa solar de este mismo nombre, el hoy viejo caserío de *Urtsua*, situado entre los pueblos de Arizcun y Azpilicueta, en el valle del Baztán, al noroeste de Navarra, un caserío que en su mutilada traza actual, adecuada a las necesidades de las casas de labranza del país, conserva todavía algunas pálidas vislumbres, llenas de carácter, de su esplendor de antaño (1).

(1) Siguiendo por la carretera que va de Elizondo a Errazu y dejando atrás, y a la derecha, el pueblo de Arizcun, uno de los mayores de la comarca, se puede divisar, un tanto alejado de la carretera, el famoso caserío. La casa solar de Ursúa, construida de piedra oscura, hállase rodeada de una muralla relativamente baja, en algunas partes en estado ruinoso, y salpicada de troneras.

Ursúa, por lo tanto, era baztandarra, baztanés (1). El bachiller Vázquez, soldado a las órdenes de Pedro de Ursúa, describe a éste con aquella minuciosidad que no es sino la consecuencia de una prolongada y silenciosa observación: «Era Pedro de Orsúa, mancebo de unos treinta y cinco años, de mediana disposición y algo delicado, de miembros bien proporcionados para el tamaño de su persona. Tenía la cara hermosa y alegre, la barba taheña y bien puesta y poblada. Era gentil hombre y de buena plática y conversación, y mostrábase muy afable y compañero con sus soldados. Preciábase de andar muy prolijo, y así lo era en todas sus cosas. Parecía que tenía gracia especial en sus palabras, porque a todos los más que comunicaba atraía a su querer y voluntad; trataba a sus soldados bien y con mucha crianza. Fué más misericordioso que riguroso. Era extremado en aventajarse de entender en la jineta y la brida, porque siempre lo mostró ser muy

(1) El doctor don Angel de Irigaray, académico numerario de la Lengua Vasca, ha tenido la amabilidad de condensarme en unas cuartillas, accediendo así a mis deseos, conceptos interesantísimos acerca de sus paisanos los baztaneses. Dice así el Dr. Irigaray: «Los baztaneses son, entre los vascos, un grupo con particularidades de algún relieve. Lealtad y rectitud; dignidad y reserva, y sobre todo, independencia. Mirando la topografía de sus moradas, que a diferencia de las de los vascos occidentales, están muy lejos del núcleo, piensa uno en un anarquismo cristiano. La tónica de su carácter consiste en el respeto mutuo; hoy, al compendiar la pérdida de tantos valores domésticos, dicen: *«leenago-ko errespeto ura galdu de»* —aquél respeto de otros tiempos se ha perdido—. Los baztandarras son tímidos y parcos de palabra, respetuosos con el prójimo, hospitalarios y dadivosos, y en esto se diferencian notablemente de otros vascos de su vecindad. Valientes, de fría sensibilidad, no se les ve exteriorizar su cariño; marido y mujer no salen juntos; sin embargo, no he visto lugar donde los matrimonios se avengan mejor, con estilarse allí los de conveniencia. Reciben la muerte sin pestañear, nunca se oyen lamentos en estos trances, pero tampoco sus venturas llevan ruido. Estas cualidades aparecen a algunos como deficitarias. Sin embargo, los británicos se vanaglorian de tenerlas. Son laboriosos y serios, proclives a los placeres de la mesa y devotos de Baco. Católicos sin gestos, de fe sencilla y natural, no dejan la misa dominical que suele ser la Mayor, aunque tengan que andar tres horas por nieves y hielos, ni las Vísperas, dando a esta devoción más lugar que a otras. Su fe esta ausente de misticismo y gazmoñería; miradles en sus procesiones tradicionales ¡qué digna y grave su expresión! Cumple con Pascua y se acerca al confesonario en las fiestas grandes (*Bestaburu*) pero nadie más reacio a

galán caballero y muchos que lo entendían le reconocían ventaja en esto. Sobre todo sirvió bien a Su Majestad, bien y fielmente, sin que en él se hallase cosa en contrario, ni aún con el pensamiento, según lo que en él se conoció».

Gonzalo de Zúñiga, otro soldado a las órdenes de Ursúa, en su ceñida relación, lo califica de «buen caballero y soldado». Y vaya aquí, antes de pasar adelante, la advertencia de que en modo alguno me interesa escribir una novela. Lo más fácil en esta historia es dejarse llevar por la imaginación; es mucho más penoso ceñirse al dato conocido —y éste es mi propósito—; ir glosando y analizando las relaciones coetáneas para obtener así un relato el más exacto posible.

Ursúa debió de llegar a América siendo todavía muy joven, bastante antes de cumplir veinte años (1), en compañía de su tío, el licenciado don Miguel Díaz de Armendáriz —el gran glotón, al decir del historiador Cieza de León—

las nuevas devociones (de supererogación). Sus curas generalmente comparten o comprenden estos sentimientos y son muy respetados, pero si alguno, extraño al País, pretende inmiscuirse en asuntos del Concejo se ve sorprendido por una resistencia sorda y tenaz. En el centro del valle del Baztán, lugar risueño y abierto, poblado de espaciosas viviendas de piedra, que el enyesado nunca cubre, se alza un afamado convento de frailes cuya influencia en el *curriculum* de la vida civil del País no es perceptible. Tampoco en esto se asemejan a los vascos occidentales, y no apercibiremos allí, como en Loyola por ejemplo, la influencia que este Monasterio ejerce en el valle. Es fácil ver allí al sacerdote que no desdeña el trato con persona poco afecta a la Iglesia.

El baztandarra es poco discutidor, se acomoda fácil a las nuevas situaciones, es partidario de la evolución moderada; siempre está dispuesto a la transacción. Tolerante en extremo con las debilidades de la juventud, allí no se pierde una muchacha por haber tenido un desliz; llegado el momento será luego ejemplar *«echekoandre»*.

Grandemente apegado a sus tradiciones y a su lengua que habla con notable perfección, sus cantares favoritos son vasco-franceses, y su lengua también es variante del labortano. En varios aspectos recuerda la parte vasco-francesa más que otra alguna del País.

La entidad fundamental es el Municipio, común para todos, lo mismo que los montes y pastos; Irurita y Elizondo no son villas como se piensa, sólo tienen alcalde de barrio.

(1) En la obra «El Reyno de Chile. 1535-1810. Estudio histórico, genealógico y biográfico por Luis de Roa y Ursúa...» se transcribe el asiento referente al pasaje de Pedro de Ursúa, extraído del Archivo de Indias: «Ursúa, Pedro de, nt del Palacio de Ursúa,

cuando éste marchó a tomar la gobernación de los territorios de Cartagena, Popayán, Santa Marta y Nuevo Reino de Granada. Poderoso valedor, el más eficaz para un joven como Ursúa, anheloso de hacerse notar. América, por otra parte, no dejaría de ofrecer ocasiones a su impaciencia. Porque para el anhelo del nombre —del renombre— característico del siglo XVI, América, continente de nieve y de fuego, provocaba al hombre a trazar, lo más alta posible, la medida de su pujanza. Si para los hombres del siglo XVI, probar la mejor calidad de la propia estirpe, llegando, a donde fuese, antes que otro ninguno, era una preocupación primordial, América, pedazo del planeta que tan tentadoramente se ofrece en medio de dos océanos, constituía para esa pasión de aventuras el mundo ideal.

Muy joven era aún Ursúa, como que sólo contaba todavía unos veintitrés años, pero ya se intitulaba general en jefe de las tropas ordenadas reunir en Colombia por La Gasca para ayudar a sofocar la sublevación de Gonzalo Pizarro en el Perú. Pero las tropas de Ursúa no llegaron a

Valle de Baztán, Navarra, pasa a tierra firme en nao de Arechuelo, de que es Mtre. Gonzalo Vello; va provisto de R. Céd., Valladolid 10-VIII-1543, en la que el Emperador le recomienda encarecidamente al Virrey del Perú por ser hijo del Señor de Ursúa, que es en Navarra, pues Nos ha servido mucho».—La misma obra contiene también una interesante descripción de la casa solar de Ursúa.

En el Cuaderno Tercero de la obra «Nobiliario y Armería general de Nabarra», de J. Argamasilla de la Cerda y Bayona (págs. 221 y 222) aparece la siguiente filiación referente al padre de Pedro de Ursúa. «VII. D. Tristán de Ursúa, Señor de Ursúa, Barón de Otico-ren. Fué este caballero del bando beaumontés, muy amigo del Conde de Lerín y el principal apoyo que tuvo en el valle de Baztán y tierras inmediatas el Rey D. Fernando el Católico para la incorporación de Navarra a sus estados. El analista Zurita habla con alguna extensión de los servicios que prestó al aragonés en aquella desgraciada guerra que puso fin a la independencia del antiguo Reino y especialmente en el capítulo LXII del libro X de su *Historia del Rey D. Fernando y Lifas de Italia* cuenta cómo puso sitio al castillo de Maya y fué rechazado por el valor heroico de sus defensores, y también la manera que al fin tuvo de rendirlo (1513). Lo mismo refiere, con otras particularidades, el P. Mariana en su *Historia general de España*. Lib. XIX, cap. XIX. Militó también en Italia, mereciendo que Zurita le llame General muy valiente y temido. Fué casado con D.^a Leonor Diez Aux de Armendáriz, hija de D. Jaime Diez Aux de Armendáriz, Señor de Cadreita, General de la Caballería, que hace el número XIX de nuestra filiación de los Diez de Aux».

partir; la noticia de la derrota, prisión y ejecución de Pizarro les llegó antes de que iniciaran la marcha hacia el Perú. Sin embargo, Ursúa permaneció inactivo muy poco tiempo. Su tío Armendáriz no tardó en proporcionarle ocasiones de lucimiento. Una de éstas fué el sometimiento de los indios del valle de Zulía, en Colombia, en donde Ursúa fundó una población que, en recuerdo de la capital del reino de Navarra, apellidó Pamplona, ciudad que existe todavía en su mismo primitivo emplazamiento y que hoy pertenece al departamento de Santander-Norte (1).



La casa Solar de Ursúa en la actualidad

Poco después de esta victoria, feneció la autoridad de Armendáriz, residenciado por los oidores, licenciados Góngora y Galarza, que en 1550, en virtud de los poderes que llevaban, tomaron posesión de la Audiencia del Nuevo Reino de Granada. Pe-

(1) Pamplona, ciudad de Colombia, capital de la provincia y sede de la diócesis de su nombre. Está situada a 420 kilómetros de Bogotá, a 2.303 metros de altitud. Según el censo de 1912, la población de Pamplona ascendía a 14.834 habitantes.

ro Ursúa no perdió por ello su influencia. Los baztaneses, según es fama, siempre están con el que manda. ¿Quién le dió cuenta de las mudanzas políticas del Nuevo Reino? Según fray Pedro de Aguado, escritor coetáneo, su propio tío Armendáriz y algunos otros le avisaron la necesidad de encaminarse sin pérdida de momento a Bogotá para ofrecerse a los oidores de la Audiencia.

Ursúa no se hizo aguardar en Santa Fe. Ganóse con su afabilidad la confianza de los nuevos oidores que, en aquellos momentos precisamente, buscaban un capitán a quien encomendar la pacificación de los indios musos, caníbales que habían dado cuenta de varias expediciones contra ellos enviadas. Ultimamente habían derrotado al conquistador Valdés, a cuyas órdenes marchaba un hombre de legendaria fama en todo el territorio neogranadino, un vasco llamado Machín de Oñate, que juntamente con su jefe resultó muerto en el combate. La rebelión se había corrido por la mayor parte del valle de Tumungua. Los musos, ensoberbecidos con sus triunfos, llevaban por jactancia en sus correrías las cabezas de los españoles, disecadas con macabra destreza, en lo alto de picas. Además, aliados con tribus de indios moscas, cercaron apretadamente varias fundaciones. Los efectivos de Ursúa escasamente llegaban a una compañía. Los habitantes del Nuevo Reino de Granada, la actual Colombia, siguieron la campaña de Ursúa con un interés vital. Cuentan las crónicas que como quiera que todavía no estaban descubiertas las minas de plomo del Nuevo Reino, y este metal escaseaba mucho, los oidores de la Real Audiencia ordenaron fundir todos los finteros de plomo y convertirlos en balas para los arcabuceros de Ursúa.

En primer lugar, Ursúa, con benevolente habilidad, pacificó el valle de Tumungua en donde estableció su real con vistas a la prosecución de la campaña contra los musos. Si los arcabuceros de Ursúa producían con sus tronantes armas espanto en los musos, los dardos y puyas untadas de yerbas de éstos llenaban de temor a los soldados que, al menor rasponazo, consentían en soportar bárbaras carnicerías para eliminar los efectos del veneno y salvar así sus vidas. Esta manera de ocupar con puyas envenenadas, colocadas con todo disimulo, los caminos, pasos, fuentes, árboles frutales y otros lugares por donde pusiera presumirse el paso de los españoles, constituía la especialidad guerrera de los musos. El veneno de éstos producía una muerte atroz a los heridos: «todos los más —escribe el padre Aguado— mueren rabiando y despedazándose y haciendo visajes y personajes con los ojos y con la boca y con todo el cuerpo, y les da unos recios temblores y parasismos con que espantan y atemorizan a los que los ven».

La campaña, dura, penosa, pródiga en asechanzas de una y otra parte, terminó con el sometimiento de los salvajes por Ursúa, el cual, en medio del territorio conquistado, con el ceremonial acostumbrado en estos casos, fundó una ciudad que denominó Tudela de Navarra, en recuerdo, indudablemente, de su madre, natural de esta ciudad. Valdés y Machín de Oñate estaban vengados. Años más tarde, otro oñatiarra pagaría este servicio a Ursúa contribuyendo a darle muerte violenta.

Ya para entonces Ursúa ambicionaba el proyecto de salir al descubrimiento de El Dorado. Parece cosa cierta una promesa anterior de Armendáriz de concederle el

mando de una expedición, así como la ratificación de este proyecto por los oidores de la Real Audiencia para cuando volviese victorioso de la campaña de los musos. Desde luego, Ursúa, en seguida de fundar Tudela de Navarra, se apresuró a marchar a Bogotá, sin duda alguna para cobrar la cuenta de sus servicios obteniendo una licencia de entrada a El Dorado. Pero los oidores, con muy buen acuerdo, le ordenaron regresar a los musos, que, habiendo conocido la marcha de Ursúa, volvieron de nuevo a las andadas.

Ursúa obedeció de mala gana; juzgaba menguada empresa para su ambición la jornada de los musos; «era grande el anhelar que Pedro Orsúa tenía por emprender y hacer la jornada del Dorado, y así no tenía ningún reposo consigo ni podía sosegar ni entrar por la tierra del Muso». Ursúa, como muchos, anhelaba su propia perdición. Y a la primera oportunidad, resignando el mando de Tudela de Navarra en los alcaldes ordinarios, abandonó, en compañía de muchos soldados, la ciudad fundada por él, para volver a Santa Fe de Bogotá. Las fatales consecuencias subsiguientes a su impaciencia acreditan cuánta razón tuvieron los oidores al ordenarle el regreso a Tudela. Porque no mucho después de abandonada segunda vez por Ursúa esta fundación, los vecinos, acosados por los musos, se vieron en la precisión de abandonarla en masa. Y así, con una evacuación, trágica como todas las evacuaciones, terminó la historia de Tudela de Navarra, la ciudad colombiana fundada por Pedro de Ursúa. Un soldado, Diego García de Paredes, que volverá a reaparecer de manera decisiva al final de este libro, distinguióse en esta triste retirada, luchando valerosamente contra el feroz acoso de los musos.

En cierto modo, El Dorado tan anhelosamente buscado por Ursúa, se hallaba cerca de la ciudad abandonada. En 1560, el mismo año del asesinato de Ursúa, el capitán Luis Lancho fundó cerca de las ruinas de Tudela de Navarra, la ciudad de Trinidad de los Musos, municipio actualmente conocido con el nombre de Muzo. En las proximidades de la población fueron descubiertos de allí a poco yacimientos de esmeraldas —de «piedras verdes»—, ricas minas de oro fino, así como también de plata. La belleza de los lugares donde luchó Ursúa, ha sido evocada por Gabriela Mistral, la ilustre poetisa chilena:

Al valle que llaman de Muzo,
que lo llamen Valle de Bodas.
Mariposas anchas y azules
vuelan, hijo, la tierra toda.

Azulea tendido el Valle
en una siesta que está loca
de colinas y de palmeras
que van huyendo luminosas.

El Valle que te voy contando
como el cardo azul se deshoja,
y en mariposas aventadas
se despoja y no se despoja... (1)

Pero el general Ursúa —así, general Ursúa es llamado, a pesar de su juventud, por algunas crónicas— en lugar de la jornada que pretendía, fué enviado a pacificar

(1) Gabriela Mistral. Véase su poesía titulada «Mariposas», dedicada a don Eduardo Santos. La poesía tiene una nota al pie que dice textualmente. «El valle de Muzo, en Colombia, es el de las esmeraldas y las mariposas y lo llaman un «fenómeno de color».

la región de Santa Marta, para lo cual se le proveyó por la Audiencia de Bogotá de los poderes necesarios. Destino ingrato, porque a pesar de la aureola de envidiable fama que rodeaba su figura, no pudo enganchar en Bogotá todos los soldados que necesitaba; Santa Marta era tierra de caribes bravos, belicosos y crueles, grandes devoradores de «carne humana, fresca y cecinada», como con gráfico laconismo dice López de Gómara. Sin embargo, Ursúa, con un reducido núcleo de incondicionales, bajó a Santa Marta. Su renombre había ya alcanzado las costas del mar Caribe. Tan pronto el navarro alcanzó las riberas de Santa Marta, las tribus cercanas se apresuraron, precavidamente, a presentársele de paz, así como a alistarse en sus banderas los soldados residentes en la ciudad. Ursúa no dejó transcurrir en balde mucho tiempo. Envío al capitán Azevedo con cincuenta soldados a un poblado de indios amigos con encargo de aguardarle, y, al mismo tiempo, de desembarazar los pasos y caminos por donde luego pasarían los caballos.

Pero nunca se llega impunemente a la celebridad. Gobernaba a la sazón Santa Marta el capitán Manjarres, hombre locuaz y falso, que, envidioso de la fama de Ursúa, entretuvo a éste en Origua —pueblo a donde se trasladó para comenzar la campaña— más de cuatro meses, con mentirosas promesas de ayuda, y con el secreto designio de que, entre tanto, los indios le desbaratasen. Efectivamente, llegó un momento en que los caribes del contorno, puestos de acuerdo, dieron cuenta de las pequeñas secciones enviadas por Ursúa en busca de víveres, y en seguida, pusieron cerco al baztanés que, en aquel momento, no tenía junto a sí más que doce soldados y dos mujeres

españolas que con ellos estaban. Entre todos no contaban sino con seis arcabuces. Pero Ursúa y sus soldados —a uno sobre todo lo destacan los cronistas, a García de Arce, navarro, íntimo amigo del baztanés— eran maravillosos arcabuceros. Entre todos, sin errar un tiro, sostuvieron con sereno valor todo el día las arremetidas de seis mil indios. Al cerrarse la noche, Ursúa, comprendiendo que de quedarse allí estaban perdidos sin remedio, preguntó si alguno sabía de algún camino escondido. Un soldado apellidado Zúñiga (1), práctico en aquellos parajes, ofrecióse a sacarlos del apuro. Los soldados, guiados por él, tomando en medio las dos mujeres, que, por cierto, durante el combate hicieron gala de ánimo varonil y esforzado, cubierta la retirada por Ursúa, atravesaron sin ser sentidos, aprovechando la oscuridad, los poblados caribes.

Ursúa, llegado a salvo a la costa, quiso revolverse contra los indios organizando otra expedición, pero no encontró soldados propicios a repetir la aventura. Además, por aquel entonces, gobernaban la Audiencia del Nuevo Reino de Granada, los licenciados Brizeño y Montaña. Este último, hombre soberbio y severo, distinguióse desde un principio por su enemiga declarada a la actuación de sus antecesores, sobre todo a la de Miguel Díaz de Armendáriz. Por lo pronto, intentó tomar juicio de residencia a Ursúa, alegando crueldades cometidas por éste con los indios. Ursúa no tardó en enterarse, y se refugió en la ciudad de Pamplona, poblada por él, donde los muchos amigos con que contaba le recibieron admirablemente. Pero

(1) El cronista Gonzalo de Zúñiga afirma haberse hallado con Ursúa contra los indios taironas, es decir, indios de los territorios aledaños a Santa Marta. ¿Sería el excelente cronista de la expedición de Ursúa al Amazonas, el que le salvó ofreciéndose a sacarlo del apuro? Por todas las trazas parece que es así.

al saber que, por orden del licenciado Montaña, el capitán Lanhero, al mando de cuarenta hombres, estaba ya en camino para detenerle, se partió de la ciudad en dirección a Tunja. Indios amigos previniéronle en el camino que en su busca venía por la misma ruta el capitán Lanhero. Ursúa propendía a gestos de elegante audacia. Una noche cruzó sin ser sentido el campamento de Lanhero dejando en él señal de su paso.

Desde Tunja, ciudad que le procuró también excelente acogida, Ursúa pasó a Santa Fe de Bogotá en donde permaneció escondido bastante tiempo. Pero vista la obstinación de Montaña en perseguirle, Ursúa, abandonando su voluntario encierro, dirigióse a la Provincia de Popayán, en uno de cuyos puertos, en el llamado de la Buenaventura, se embarcó en dirección a Panamá con ánimo de pasar desde allí al Perú a la primera oportunidad que se ofreciese. Su resistencia a abandonar Colombia se explica; dejaba allí a su hija natural, Juana Bautista de Ursúa. Con el nombre de su hija, bastante frecuente en tierra baztanesa, Ursúa evocaba sin duda al santo patrono de su pueblo (1).

Los cronistas de la época convienen en prodigar cálidos elogios a la habilidad demostrada por Ursúa en dominar la rebelión de los indios cimarrones, esclavos fugados de sus amos que, en el istmo de Panamá vivían organizados bajo el mando de un jefe, Bayamo, a quien titulaban rey. Los mismos negros cimarrones cuyos residuos, en pertinaz rebeldía, ayudarían como guías y aliados al re-

(1) Emiliano Jos dice de la hija de Ursúa que casó en 1582 con el vallisoletano Gaspar López de Zamora, Corregidor de indios del distrito de Santa Fe, portero de cámara y repostero de estrados de la Cancillería Real. Añade que de la descendencia de tal matrimonio se ocupa prolijamente Flores de Ocariz. Véase «La Expedición de Ursúa al Dorado, la rebelión de Lope de Aguirre y el itinerario de los Maraños», por Emilio Jos.

nombrado pirata inglés sir Francis Drake en sus correrías por el istmo. Los negros, refugiados en la fragosa espesura del Darien, cuyos caminos entre Nombre de Dios y Panamá controlaban, mostrábanse irreductibles, porque, además, en última instancia, poseían en un lugar admirablemente elegido, un reducto natural que sobre ser inexpugnable, lo habían muy bien fortificado. Los gobernadores de Nombre de Dios y Panamá se vieron precisados a contemporizar con ellos. A Bayamo, que era ladino, es decir, que hablaba castellano, se le concedían treguas cuando iba a entrevistarse con las autoridades. La audacia de Bayamo había llegado el extremo. Dió cuenta de una expedición contra él enviada que mandaba el capitán Gil Sánchez, de la que volvieron a Panamá sólo cuatro supervivientes. Otra tropa, mandada por el capitán Carreño, consiguió capturar por sorpresa al jefe negro, que fué conducido a Nombre de Dios, cuyo gobernador quiso emplear la conciliación para mejor reducir a los rebeldes. Para ello firmó un convenio con Bayamo a quien puso en libertad. Bayamo, incumpliendo lo pactado, continuó con mayor saña sus depredaciones.

El arribo de Pedro de Ursúa a Panamá constituyó un rayo de esperanza para los mercaderes establecidos en las poblaciones del istmo, cuyas recuas de mulas, desde la sublevación de los negros, se hallaban poco menos que paralizadas. Pedro de Ursúa, requerido de manera unánime y apremiante, sobre todo por los traficantes perjudicados, para la misión de someter a los rebeldes, debió de comprender que un ataque frontal estaba, lo mismo que los anteriores, destinado al desastre. Los negros eran, por sí solos, superiores en número a los blancos, sin contar

con que habían arrebatado a los indios sus mujeres e hijas y engendrado numerosos mestizos que el vulgo conocía por mulatos, pero que éstos, por desprecio, viéndolos de color distinto al suyo, llamaban zambahigos. Los cimarrones utilizaban la táctica guerrillera; elegían el lugar y momento del ataque, y, luego de ofender, escapaban con ligereza.

Era aquélla una lucha contra fantasmas en una tierra cruel de suyo, a través de espesos manglares, ríos caudalosos y ciénagas traidoras pobladas de voraces caimanes. Los soldados, rendidos de aquella persecución sin objeto, al escuchar en la espesura tropical el lúgubre y agorero canto del yacabó, y los chillidos burlescos de los monos, debían sonreír con amargura.

Ursúa, frío como buen baztanés, pronto llegó a la deducción de que por vías legítimas de guerra resultaba imposible el sometimiento de aquellos hombres a quienes la costumbre de la libertad reconquistada había embravecido. Antes de iniciar su campaña, envió a su maestre de campo a Nombre de Dios a proveerse de la quincalla que los conquistadores acostumbraban siempre llevar consigo para granjearse con su reparto las voluntades de las tribus que se proponían dominar, y además, de «ciertas botijas de vino con tósigo», botijas que, particularmente, entraban en el plan que se había trazado.

La expedición de Ursúa tardó veinticinco días en salvar las quince leguas que distaban del baluarte principal, en lo alto de una montaña, donde estaban fortificados los negros. Previamente envió por mar a las cercanías de su objetivo el necesario avituallamiento. Llegado al pie del baluarte de los cimarrones, Ursúa expidió aviso a Bayamo

solicitando verle, garantizándole de antemano la seguridad de su persona. Esta proposición nada tenía de excepcional. Bayamo, acostumbrado ya a entrevistarse con los gobernadores españoles en el Darien, no fué remiso en acceder a los deseos del navarro.

La entrevista constituyó el primer triunfo de Ursúa. Bayamo quedó prendado de las maneras de Ursúa que, con melosidad baztanesa, hízole objeto de regalos abundantes, y, por último, lo convidó junto con sus lugartenientes a un banquete que, desde luego, se celebró, y aun de allí a poco tiempo, tuvo repeticiones. Ursúa convenció a Bayamo de sus intenciones pacíficas; según él, negros y blancos podían en adelante vivir sin robarse ni perseguirse. Efectivamente, los hombres de uno y otro confraternizaban cada vez más, tan pronto en un campamento como en otro. Ursúa no sentía prisa; su proyecto necesitaba madurar. Hasta que una vez, Bayamo acudió a una de las comidas de Ursúa en el bohío de éste, con cuarenta de sus principales nada menos. Ursúa habíales pasado aviso de su deseo de obsequiarles con ricos vestidos y valiosas armas recién recibidas que guardaba en su alojamiento. Aquel día los negros bebieron sin tasa del vino narcotizado mandado traer de nuevo de Nombre de Dios por haberse pasado el primeramente traído que los servidores de Ursúa les sirvieron. Luego, ebrios ya completamente, fueron pasando uno a uno a la recámara del navarro para recibir los regalos prevenidos por éste, y además, más vasos de vino con ponzoña. «Bebían los desventurados —escribe el padre Aguado en su «Historia de Venezuela»— todo lo que les daban, sin echar de ver lo que era». Cuando ya no quedaban con Bayamo de sobremesa

más que tres o cuatro negros, uno de ellos levantóse para pasar a recoger su parte, pero un tal capitán Gutiérrez, al mismo tiempo de darle una camisa le partió el corazón con una daga que tenía escondida entre los pliegues de la prenda. El negro murió sin proferir palabra. Al intentar Gutiérrez repetir su repugnante acción con el negro siguiente, éste descubrió la celada y comenzó a clamar a grandes voces ¡traición! ¡traición! Los negros intentaron levantarse, pero ya era tarde. El final, un final repugnante, se adivina. Los soldados de Ursúa prevenidos de antemano, los redujeron fácilmente a todos, incluso, como es natural, a Bayamo. El inexpugnable reducto de éste fué en seguida tomado al asalto con facilidad; los negros que lo guardaban, aterrorizados por el imprevisto golpe, optaron por huir a la desbandada. En el camino, y aun en la misma posición, los soldados, desmandados, en el paroxismo de aquella tan fácil y rápida victoria gestada de manera tan paciente, remataban a estocadas a los negros que hallaban tendidos en el suelo revolviéndose en las agónicas bascas del envenenamiento.

Antes de la realización del golpe, Ursúa dirigió un largo discurso a sus soldados para desvanecer los escrúpulos que pudieran sentir ante el ardid que les proponía. Sus razonamientos tendieron sobre todo a destacar el creciente desasosiego de las poblaciones del istmo por culpa de los negros, con quienes, como esclavos fugitivos, habidos y comprados con dinero, era lícito el uso de toda suerte de engaños para reducirlos a su primera condición. Ursúa finalizó subrayando en apoyo de sus argumentos una argucia casuística muy propia de aquellos tiempos: la de acusar de herejes a los negros, alegando

que éstos habían quebrantado su juramento de fidelidad a la fe católica para volver a sus prácticas gentiles. Por lo tanto, con hombres que con tanta facilidad faltaban a las promesas del bautismo, no sólo podían sino que debían quebrantar las seguridades dadas hasta entonces. El discurso sobraba; porque todos los soldados se manifestaron conformes en un todo con su jefe.

Ursúa, luego de hacer prisionero a Bayamo, persuadió a éste usando de sus mejores palabras a que llamase a todos los negros huídos para que le acompañasen a Nombre de Dios, ofreciéndole a cambio concederles allí la libertad, y la construcción en las cercanías de un pueblo donde todos pudiesen vivir juntos. Bayamo le creyó, e hizo un llamamiento a los fugados. Ursúa, en unión del rey-zuelo derrotado y de los muchos negros que atendiendo a éste se le allegaron, verificó su entrada victoriosa en Nombre de Dios en medio del entusiasmo general de los habitantes, que solemnizaron la victoria, al igual que los de otras ciudades del Darien, con grandes fiestas y regocijos públicos. En abono de Ursúa precisa añadir que, si bien por escarmiento mandó matar a varios de los principales capitanes insurgentes, sus promesas se cumplieron; se fundó un pueblo de negros denominado Santiago del Príncipe.

Desde Panamá, a fines del año 1558, y en compañía de Bayamo, Pedro de Ursúa, envuelto ya por una aureola legendaria, trasladóse al Perú para presentarse al virrey don Andrés Hurtado de Mendoza, marqués de Cañete. El virrey trató admirablemente a Bayamo, pero después, por si acaso, lo expidió a España, en donde vivió en Sevilla a cargo del Tesoro Real.

En cuanto a Ursúa la ilusión de su vida estaba a punto de realizarse; el marqués de Cañete le autorizaba a publicar su entrada a El Dorado. El astuto virrey, al mismo tiempo que gratificaba a Ursúa el gran servicio prestado a su Majestad con el mayor premio que podía otorgarle, daba de esa forma ocupación al gran número de soldados existentes por aquel entonces en el Perú que, en el forzoso ocio de sus armas, añorando las pasadas guerras civiles, constituían latente amenaza de disturbios.



LA ENTRADA DE URSUA

Cuando don Andrés Hurtado de Mendoza, marqués de Cañete, virrey del Perú, concedió autorización a Ursúa para pregonar su entrada a El Dorado, hacía poco tiempo todavía que se habían desbaratado dos de las tantas expediciones que pretendieron el descubrimiento del ilusorio paraje: una, la del gobernador Gómez Arias, que partió de la ciudad de Guanusco con ciento cincuenta hombres, y otra, la del también gobernador, don Juan de Salinas y Loyola, que inició su marcha de la ciudad de Loja con doscientos treinta soldados, además de los consabidos indios de acompañamiento.

En realidad, la nueva expedición estaba concedida a Gómez de Alvarado, uno de los hombres más poderosos del Perú, que disponía para realizarla de quinientos mil pesos, de su propiedad y de amigos particulares, además de mil soldados. Pero a última hora, el famoso virrey cambió de opinión y la autorización fué retirada, probablemente porque el precavido marqués desconfió de las verdaderas intenciones de Gómez de Alvarado.

En cambio, Ursúa inspiraba al virrey confianza abso-

luta. Para el cronista Vázquez, Pedro de Ursúa era hechura de Cañete. El padre Aguado dice que el navarro era conocido en Perú por Pedro Leal. El sobrenombre cuadra admirablemente a un natural del valle del Baztán, a cuyos habitantes se atribuye el dicho vasco: *Baztandarrak beti gobernuakin*, que significa: Los baztaneses siempre con el gobierno, con la autoridad. Pero ya desde ahora es grave indicio que la lealtad sea, como ocurre en este caso, objeto de sobrenombre. Para los soldados del Perú, muchos de ellos de turbia hoja de servicios, Ursúa no pasaba de ser un advenedizo. El éxito —el éxito temprano, sobre todo— es cosa que difícilmente se perdona. Desde luego, la envidia y la maledicencia, «las pestíferas lenguas» que dice a este propósito el padre Aguado, se cebaron en el joven navarro hasta tal punto que, el propio marqués de Cañete, cediendo a la marea de comentarios adversos, y también, dolido por la noticia de su reemplazo por don Diego de Azevedo en el cargo de virrey, que él desempeñaba desde fecha muy reciente, amenguó visiblemente su apoyo a Ursúa. Pero con la noticia del fallecimiento de Azevedo en Sevilla, asegurado de nuevo en su oficio el marqués de Cañete, recobró Ursúa el alto ánimo y calor que había empezado a faltarle.

Ursúa, como otros muchos conquistadores, era pobre de solemnidad. En El Dorado perseguido por su juvenil imaginación, el ansia de gloria humana tenía mayor intervención estimulante que el anhelo del oro. El soldado Zúñiga dice de él, gráficamente, que, para realizar su empresa, no contaba más «de una capa y una espada». Con esto y quince mil pesos que, como ayuda de costas, le entregó de la caja real el virrey, más otros cien mil pesos

que ofrecieron prestarle algunos mercaderes del Virreinato, que luego le dejaron sólo con la promesa, Pedro de Ursúa, investido del pomposo cargo de gobernador, capitán general y justicia mayor de los territorios que desde los Andes al océano Atlántico descubriera, determinóse a la empresa con animosa y elegante despreocupación. De la inmensidad de territorios que había de atravesar, no contaba de otras referencias que las muy imprecisas del viaje de Orellana, y las de ciertos indios brasileños —«indios brasileños»—, feroces caníbales que, capitaneados por su cacique Virrazu, remontando el río Amazonas en guerra con cuantas tribus toparon en su camino, llegaron, por la cabecera del Huallaga, al Perú, contando toda suerte de fantasías acerca de las tierras que vieron: «decían tan grandes cosas del río y de las provincias a él comarcanas, y especialmente de la provincia de Omagua, de la gran muchedumbre de naturales como de innumerables riquezas, que pusieron deseo de verlas y descubrirlas a muchas personas».

A principios del año 1559 comenzó Pedro de Ursúa a pregonar por el Perú y territorios vecinos su entrada. El navarro dió principio a los preparativos con celeridad, con demasiada celeridad para quien, como él, desconocía a los hombres y soldados peruleros. Las declaraciones de los que fueron sus soldados permiten seguir la pista de sus andanzas con bastante exactitud. Primeramente, en Trujillo —adonde, para desgracia suya, se trasladó desde Lima— alista treinta soldados. En Chapapopas concede poder a un vasco, Juan de Aguirre, a quien entrega cuatro mil pesos para adelantos a los soldados que enganche, y otros tantos a un mercader para vestuario. En Moyobam-

campo a Guzmán, y luego vuelve a Chapapoyas por Jauja y Guanuco, donde verifica algunos enganches. Sabemos también que la propaganda de la expedición, a este tiempo, es intensa en todo el territorio peruano.

«La poca posibilidad que tenía, en especial de dineros», fué, seguramente, el motivo que determinó el rápido regreso de Ursúa desde Topesana a Lima. Pero Ursúa poseía don de gentes, desenfado, fantasía, así como también ausencia de escrúpulos. Vázquez y Zúñiga anotan a este respecto muy curiosos datos psicológicos. Según Vázquez, «si (Ursúa) tenía necesidad de alguno haciale grandes ofertas y promesas, y desde que lo tenía donde no se podía desasir, y hecho todo lo que pretendía, no cumplía todo lo que prometía, aunque este vicio —añade Vázquez— es común a los capitanes por la mayor parte de Indias; y si veía alguna cosa o presa buena a algún soldado de los suyos, la codiciaba y trataba de que pasara a su poder».

Zúñiga, con su colorista prosa, dice que Ursúa «hizo la jornada, con mucho trabajo, y poco dinero y con palabras, que tenía muchas y tantas, que engañaba y traía a sí a cuantos topaba, y así salió con ello, *tuviendo* tan poca posibilidad: lo que otro no se atreviera a hacer menos de con doscientos mil pesos». Estas palabras rebosan amarga sinceridad. Zúñiga, que contribuyó a la empresa con dos mil pesos y tres caballos, se confiesa engañado por un hombre que, al engañarle, se engañó a sí mismo.

Los procedimientos utilizados por Ursúa en alguna ocasión para hacerse con dinero fueron reprobables y sólo tienen excusa en la extremada urgencia económica que afrontaba. El caso del cura Portillo, vicario de Moyobam-

ba, resulta, hasta cierto punto, incluso pintoresco. Don Pedro Portillo era un clérigo rico, avaricioso, a quien convenían adecuadamente ciertos párrafos de una carta del marqués de Cañete al Emperador: «Y convendría mucho que V. M. mandare buscar buenos religiosos y clérigos, que su intención no fuese otra sino servir a N. S. en esta tierra y morir en ella, y que supiesen que no habían de volver a España; porque su negocio todo es, en llegando acá, procurar de haber seis o siete mil pesos, y en habiéndolos, volverse».

Portillo enraizó en tierra peruana, afectos, para su dignidad sacerdotal, demasiado hondos, y seguramente, no pensaba en el regreso a España, pero todos los cronistas, unánimemente, convienen en señalar su avaricia extremada. Ursúa prometió a Portillo a cambio de un préstamo el nombramiento de capellán mayor de la expedición. Sábese que Portillo entregó mil quinientos pesos a Ursúa que éste utilizó para comprar ganado, y que, a última hora, al aproximarse la hora de la partida, el cura, al igual que los mercaderes de Lima, arrepentido de su oferta, y dando por perdida la cantidad entregada, rehusó cumplir su palabra pagando el resto de la cantidad prometida.

«*Baztandarra tukutuku*» dice el dicho vasco. —El baztandarra poco a poco—, o también, con traducción más libre y propia: —¡Cuidado con contrariar a un baztánés!—. Ursúa, decidido por encima de todo a cobrar la cantidad prometida, concertó un golpe de acuerdo con varios de sus soldados. Cierta media noche, un mulato, en camisa, fingiendo gran prisa y alteración, requirió a Portillo por amor de Dios de parte de un soldado de Ursúa llamado Juan de Vargas que, herido de dos cuchilladas,

agonizaba en la iglesia y quería confesarse. El cura, medio desnudo, salió a todo correr a donde el mulato le indicaba. Aquí, Portillo, en lugar del agonizante, se encontró con varios soldados de Ursúa que, apuntándole con los arcabuces puestos las mechas a punto, le conminaron a firmar un libramiento de dos mil pesos extendido ya de antemano a cargo de un comerciante que tenía en depósito dineros del cura, que éste, desde luego, temeroso de ser muerto, firmó (1).

Pero con todo, lo peor para Portillo fué que, acto seguido, le obligaron a montar en un caballo para trasponer las dieciocho leguas que distaban desde Moyobamba al pueblo de Ipochina, cercano al astillero, en donde Ursúa le arrancó el resto de su hacienda a cambio de toda clase de promesas para él y para sus hijos. El soldado Custodio Hernández apunta en su declaración que todo el hato de ropa y efectos del cura, incluso las gallinas, fué trasladado a Ipochina, y que Ursúa hasta prometió a Portillo hacerle obispo de Omagua, de El Dorado, si salía bien el descubrimiento. Pese a que Portillo alegando sus achaques, y además, por ser en el fondo muy poco dado a aventuras, se negaba a embarcar y manifestaba a Ursúa que si deseaba favorecerle lo hiciese con uno de sus hijos mestizos, el navarro llevó su reprochable conducta con él al extremo de obligarle a la fuerza.

Se equivoca sin embargo quien imagine ese acto como

(1) El soldado Vázquez observa que si Dios permitió que los dineros ahorrados por el cura Portillo, hurtándolos a las más elementales necesidades de su propia persona, se perdiesen de mala manera en castigo de su avaricia, ninguno de los autores del golpe, Fernando de Cuzmán, Juan Alonso de la Bandera, Pedro Alonso Casco, el mulato Pedro de Miranda, además, por supuesto, de Ursúa, salió vivo de la jornada y todos murieron a cuchillo.

inspirado por un capricho perverso: Obedece a una táctica preconcebida, y vemos que Ursúa lo repite; no quiere en modo alguno dejar a retaguardia de la expedición elementos heridos por su conducta.

La acción de Ursúa con el intrigante Alonso de Montoya, alcalde de Santa Cruz, tiene a este respecto semejanza con el caso del cura Portillo. Montoya, pesaroso de haberse alistado en la expedición, pidió a Ursúa la exención del compromiso, exención que éste otorgó condicionándola a que dejase los indios de servicio y el ganado que había llevado. Como Montoya era un buen soldado, Ursúa, por no privarse de su concurso, instóle a que volviese, prometiéndole a cambio la devolución de los yanconas que le tenía retenidos. Aceptó Montoya, pero viendo que Ursúa tardaba en devolverle su hacienda por hallarse ésta repartida, y además, como a fin de cuentas, no tenía muchas ganas de marchar, habló con algunos otros que tampoco iban muy convencidos y todos juntos se volvieron a Santa Cruz. Ursúa mandó traerlos a todos y llevó su enojo contra Montoya, a quien sabía inductor, al extremo de asegurarlo con grillos. Protestaba Montoya de aquella humillante vejación, haciendo presente a Ursúa que era alcalde de Santa Cruz por su Majestad, y, por lo tanto, podía quedarse con los vecinos que lo desearan, y que era preferible le permitiera quedarse porque conducido a la fuerza no le sería adicto en la jornada. El soldado Custodio Hernández que cuenta por menudo estos incidentes, añade que Ursúa se reía de las razones de Montoya y lo retenía preso junto con los demás vecinos de Santa Cruz. ¡Qué error más grande este de Ursúa de mantener retenidos junto a sí a sus enemigos!

Pese a sus angustias económicas y a los absorbentes trabajos de la organización, el desenfadado carácter de Ursúa distrajo tiempo para dedicarlo a aventuras amorosas: «Era muy enamorado y dado a mujeres, aunque honesto en no tratar con ellas, ni loarse de lo que en semejantes negocios acaece a muchos». Lo cual en primer lugar significa que poseía delicadeza, y luego, que sabía reservarse los recuerdos para sí mismo y que no comprometía a las mujeres que se cruzaban en su camino.

¡Qué fatal inspiración movió a Ursúa hacia Trujillo! ¡Trujillo, Trujillo del Perú: Qué bello paraje debió de parecerle a Francisco Pizarro cuando al fundarla decidió darle el nombre de su propio pueblo natal! Gracias a Cieza de León, retrocediendo cuatro siglos en el tiempo, podemos imaginarnos aquella ciudad peruana cuyas costumbres desarregladas señaló el marqués de Cañete al Emperador después de visitarla por vez primera, y que tan decisiva importancia tiene en la historia del joven conquistador vasco.

Trujillo, a media legua del mar, asentada en un llano, en medio del pródigo valle de Chimo regado por el río grande y hermoso, mancha lozana en la aridez circundante; la ciudad de las muy anchas calles y la plaza grande; la proveída por indios serranos —indios de pómulos salientes, bocas anchas y miradas enigmáticas, vestidos de mantas de colorines—; la rodeada de granjas y cortijos donde acequias innumerables sobre regalar frescor y riqueza de racimos y frutales por doquier, convertían en verdes y floridas hasta las casas de la ciudad, rindió también su tributo, como muchas otras ciudades del Perú, a la fama del joven Ursúa, pero contribuyendo en cambio con sus letales

encantos a que éste cometiera el error capital de toda su vida.

En Trujillo conoció Ursúa a Inés de Atienza —hija del conquistador Blas de Atienza, compañero de Vasco Núñez de Balboa— joven mestiza de rara hermosura, viuda desde tres años atrás del caballero don Pedro de Arcos, que, por motivo de ella tuvo alguna cuestión a dilucidar con el pariente del virrey, don Francisco de Mendoza, con el que la bella mestiza, como dicen expresivamente las crónicas, había tenido sus dares y tomares.

Por seguir al célebre baztanés, Inés de Atienza lo abandonó todo. Vendió su hacienda y traspuso las altas vertientes de la cordillera andina, panorama de magnitudes gigantescas, —tierra «toda despoblada, llena de montañas y sierras y campos nevados», al describir de Cieza de León (1)—, para juntarse en el astillero de Huallaga con Ursúa, previamente puesta de acuerdo con éste. Los amigos del navarro con todo empeño trataron de disuadirle, representándole por una parte el mal ejemplo que daba con ello, apareciendo ante todos como esclavo de su pasión, desviado del buen gobierno, entretenido de su verdadero deber, y por otra parte, los deseos y codicia que la presencia de la bella aventurera introducían en el campamento. Pero todos estos consejos dictados por el buen sentido resultaron inútiles; Ursúa «la trajo contra la voluntad de todos», añade significativamente el cronista Vázquez.

Los versos prosaicos del buen cura de Tunja, el vate don Juan de Castellanos, cantán en sus «Elegías de Varones Ilustres de Indias» la equivocada decisión de Ursúa:

(1) Cieza de León. La crónica del Perú.

«La bella Doña Inés era la dama que tuvo con razón nombre de bella, si fuera con resguardo de la fama que debe resguardar toda doncella. A quien el buen Ursúa mucho ama siendo no menos él amado de ella; y como buen querer importunase acabóse con él que la llevase».

Este tan minucioso romancero de la época añade que a la llegada de doña Inés al campamento tuvo lugar un «solemne y principal recibimiento anuncio de su grande desventura»



Don Juan de Castellanos

La realidad íntima de aquel «solemne y principal recibimiento» es muy diferente; por el cronista anónimo sabemos que la llegada de doña Inés fué muy murmurada. Probablemente Ursúa sacó las cosas de quicio en la recepción a su amante.

Mal comenzaba la expedición. Y no sólo por este suceso sino por las señales de indisciplina que, prematuramente, co-

menzaron a dar pruebas algunos expedicionarios. Ursúa tuvo pronto necesidad de asentar duramente la mano.

Algún tiempo antes de la partida, Ursúa envió a Pedro Ramiro, el fundador de Santa Cruz de Saposava, al man-

do de un grupo de soldados, a unos pueblos de los indios tavoloros, con encargo de traer víveres al campamento. Entre los soldados enviados bajo el mando del capitán Ramiro contábase Díaz de Arlés, pariente y paisano de Ursúa, a quien acompañó en sus campañas de Colombia y Panamá, y el tesorero de la expedición Diego de Frías. Entrambos, Díaz de Arlés y Frías, creyendo indigno de sus méritos el marchar bajo las órdenes del capitán Ramiro, puestos de acuerdo resolvieron volverse al campamento. Gesto muy de la época y de aquella clase de hombres siempre roídos por la preocupación del agravio y del orgullo de estirpe. Pero la arrogancia, aliada con la envidia, no se detuvo aquí. La envidia, sí, porque Ramiro estaba demostrando notable capacidad en la dirección de aquellos hombres y cumplía con raro acierto las órdenes de Ursúa evitando las deserciones. En el camino de vuelta, como se toparan con dos soldados que marchaban a juntarse con el capitán Ramiro, los engañaron y persuadieron de que éste iba a sublevarse, y por lo tanto urgía prenderle. Y efectivamente, prendieron a aquel abnegado colaborador de Ursúa, el más eficaz de los colaboradores de éste, tendiéndole una asechanza cuando se hallaba a la orilla de un caudaloso río dirigiendo el paso de sus soldados de dos en dos y de tres en tres, en una canoa pequeña, a la margen opuesta. Cuando todos pasaron, y el desgraciado Ramiro, sólo con su criado, aguardaba el retorno de la lanchita para el último viaje, Arlés, Frías, y los dos soldados que con ellos estaban escondidos cerca, abrazándose a él y privándole de movimiento, le tomaron las armas. Acto seguido, por orden de Frías, un negro dió garrote al capitán, después de lo cual le cortaron la cabeza y pasaron en la canoa a la otra orilla.

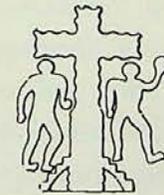
Una vez en la otra margen, declararon a los soldados que si habían dado muerte al capitán no era sino porque éste premeditaba sublevarse contra Ursúa, a quien inmediatamente, con un mensajero expidieron aviso de estos propósitos y de la rápida sanción por ellos ejecutada. No previeron, sin embargo, la contingencia de que el criado del capitán Ramiro, corriese por su parte aterrorizado a dar cuenta a Ursúa de la exacta versión de lo ocurrido. Ursúa, con esta información, estrechó a preguntas al mensajero de los asesinos que, acabó por confesar la verdad del hecho.

Inmediatamente, Ursúa partió sólo al punto donde estaban los matadores, y allí, afectando creerles en todo para inspirarles mayor confianza, hizo que le acompañasen al pueblo de Santa Cruz, en «donde, guardándoles todos sus términos, los sentenció a muerte —forzando harto su voluntad por guardar justicia— y sin admitirles apelación les hizo cortar la cabeza». No valió a Díaz de Arlés el ser pariente suyo ni compañero de fatigas en campañas anteriores, ni a Frías el pertenecer a la intimidad del marqués de Cañete. Ursúa dió cuenta del hecho al virrey después de ejecutada la sentencia.

La crónica del soldado Vázquez añade que algunos pronosticaron que la jornada no acabaría bien, puesto que empezaba con sangre. ¿Traduce este comentario, más que el presagio en sí, la secreta simpatía sentida hacia los asesinos en algunos sectores del campamento? Si es así, como parece por las trazas, de mal augurio ciertamente comenzaba la jornada.

«Porque venían en el campo doce o trece soldados, los mayores traidores que en el Perú había». Eran los

«alacranados» —«soldados del Perú», como intencionadamente subrayan las crónicas— los que imaginaron que Ursúa con toda aquella poderosa fuerza reunida en el astillero se revolvería contra el virrey y otra vez renacerían los tiempos de discordias civiles fáciles al medro de los pescadores en río revuelto. La rapidez y severidad de la justicia ejercida por Ursúa los desconcertó. En el augurio anotado por el soldado Vázquez aparece ya, como en sombras, el hombre objeto de esta historia. Si: la expedición terminaría mal para Ursúa, pero terminaría mal así mismo para quienes, con reptante intención, pronunciaron la profecía.



EN BUSCA DE OMAGUA

Los cronistas de la expedición de Ursúa a El Dorado parecen complacerse en destacar, desde el comienzo de sus relatos, como preámbulo obligado de la tragedia subsiguiente, cuantos incidentes desgraciados rodearon la partida. Pero a través de esa premeditada —y a veces contradictoria— acumulación de desastres, una mirada atenta, en lectura sosegada y repetida, puede percibir el rumor de la muchedumbre acampada bajo las órdenes del general y gobernador Pedro de Ursúa en las inmediaciones del astillero del río Huallaga.

Allí, en abigarrada mescolanza, guarecidos del sol ardiente y de las lluvias incesantes en cobertizos de horcones techados con hojas de «humiro», reuníanse trescientos soldados y cien arcabuceros, número crecidísimo si se considera la escasa cantidad de españoles residentes en América en relación con la enorme extensión del territorio, soldados de toda laya y condición, hombres en quienes la abnegación constituía ya costumbre, o también, el rencor y la rebeldía, o con graves cuentas pendientes con la justicia del Rey, enganchados en la jornada para

encontrarse un refugio contra sus propios antecedentes; quinientos «muy buenos» caballos; dos mil indios e indias de servicio —indios de selva y río— de caras mongoloides; esclavos negros —negros retintos— propiedad de los jefes principales; mestizos de semblantes distendidos; mulatos de faz aceitunada; carpinteros de ribera, herreros, gentes de oficio; cirujanos diestros en cirugía bárbara, pócimas y ensalmos; adjuntos del virrey a quienes éste recompensaba con el máximo galardón: con un cargo junto a Ursúa; comendadores, escribanos, pajes, frailes huídos de sus conventos dispuestos a prestar sus servicios a los expedicionarios y hasta a echarles una mano si la ocasión se presentaba. También había mujeres que al conjuro de ideales nebulosamente entrevistos son capaces de abandonarlo todo afrontando los peores peligros para marchar a la ventura en pos de los hombres, y no faltaban tampoco otras que eran familiares de soldados. Hubo uno —pronto hemos de verlo— que marchó con su hija y la dueña y criada al servicio de ella...

¿A dónde piensa dirigirse esta muchedumbre? A Omagua, «muy linda tierra y muy fructífera», al decir del padre Carvajal, el cronista de la expedición del capitán Orellana. Para aquellos alucinados, El Dorado se hallaba en Omagua. «Grandes cosas decíanse de Omagua». Los vecinos de Santa Cruz «por venirse con nosotros» despoblaron el pueblo, «por ser la noticia que trafamos tan grande», explica el soldado Zúñiga, sin duda con la intención de apoyar en ajenos y análogos sentimientos una disculpa de sus propios entusiasmos preliminares.

Las lluvias incesantes de aquel sofocante clima no mitigaron aquellos ardores aventureros. La vida regalada

en Quito, en Lima, en el Cuzco, o la dulce existencia de las ciudades en las orillas del Pacífico no podía compararse con lo que aquellas apasionadas imaginaciones soñaban de la vida en Omagua, es decir, en El Dorado. ¿Y en dónde se hallaba Omagua? Un viejo superviviente de la gesta de Orellana, nostálgico de los días bajo las órdenes del héroe tuerto, y los indios brasiles del «curaca» Virrazu que, como guías e intérpretes, marchaban con Ursúa, al ser interrogados acerca de este punto decisivo, situábanlo con el gesto allá muy lejos, en una lejanía vaga y borrosa, pero pocos reparaban en semejante menudencia de imprecisión. La cuestión era partir cuanto antes. Omagua, el país del oro en planchas, paraíso en medio de la selva virgen donde el hombre convertido casi a la infancia dejábase vivir feliz, estaba muy cerca. En el fondo, aquellos hombres experimentaban la nostalgia de lo inefable siempre prendida del corazón humano al sentirse desterrado en este valle de lágrimas.

Desde Ursúa hasta el último de los pajes, todos, casi todos —exceptuemos a los aviesos que, a solas, o en compañía de sus iguales, rumiaban sus rencores— respiraban optimismo. Nadie sin optimismo marcha abandonándolo todo en pos de lo desconocido. Días antes de la partida, reproduciendo el episodio de la reunión de Orellana con Gonzalo Pizarro, llegaron al real, subiendo por el río en balsas y canoas, cuarenta soldados de los que el capitán Juan de Salinas y Loyola, el fundador de las ciudades de Valladolid, Loyola, Sevilla del Oro y Logroño, había dejado poblando en Masquisinango. La llegada de estos hombres sirvió para reavivar la llama del entusiasmo, porque nada hay más propicio que el optimismo a baches de-

presivos, y sucesos como los ya relatados del asesinato del capitán Ramiro, el secuestro del cura Portillo, la llegada de doña Inés, o, cercana ya la partida de la expedición, las agrias disputas de Ursúa con Alonso de Montoya, junto con otras incidencias que en seguida veremos, declinaban a ratos los bríos. Precisamente por aquel entonces se habían fugado diez soldados en compañía de un fraile dominico que, por lo visto, calibraba con justeza lo que veía.

Porque no faltaron algunos experimentados en el lenguaje de los rostros que advirtieron a Ursúa la inquietante presencia en el real de soldados rebeldes a toda norma de disciplina, endurecidos en las pasadas guerras civiles, que se engancharon pensando, sobre todo, que Ursúa «no se echaría el río abajo, ni querría hacer la jornada» después de haber conseguido reunir aquel ejército tan apto para sublevarse contra el virrey, aquél marqués de Cañete tan odiado por ellos, implacable y cruel perseguidor de los últimos vestigios del pizarrismo.

En muy equivocado concepto tenían a Ursúa los que tal cosa imaginaban, porque si de algo se preciaba el baztanés era de su probado realismo. Los cronistas, con intencionada insistencia, dicen que la expedición se componía en buena parte de soldados del Perú. «Y la gente que traía (Ursúa) era de Pirú», repiten una vez y otra. Por ellos así mismo conocemos el calificativo de alacranados con que la gente los distinguía, lo cual, ciertamente, constituye un bien caracterizador epíteto. Aun a riesgo de incurrir en insistencia demasiado reiterada, conviene volver sobre la psicología de esta gente, clave de los sucesos que luego ocurrieron. Para Vázquez, algunos de los sol-

dados «habían venido a esta jornada a más no poder, que andaban huyendo y escondidos por delitos y traiciones que habían cometido, y tuvieron por último remedio venirse a ella por desviarse de las justicias que los buscaban».

Desde luego, es cosa cierta que Ursúa recibió avisos recomendándole con encarecimiento que, antes de partir, prescindiera de determinados expedicionarios que concretamente se le señalaban. Vázquez afirma haber visto la carta que le dirigió en ahincados términos Pedro de Añasco, un renombrado capitán residente en Chachapoyas. Según el soldado Custodio Hernández, el virrey, enterado por un mensaje de Ursúa del asesinato del capitán Ramiro y de la justicia inmediatamente verificada, aprobó el proceder del baztanés y le recomendó la expulsión, entre algunos otros, de Lorenzo de Zalduendo y de Martín de Guzmán, su apoderado y maestro de campo respectivamente nada menos. El hecho es que Ursúa, continuando la serie de errores que venía cometiendo, realizó el encargo sólo a medias: Guzmán únicamente salió del campo. Según posterior declaración del mismo Guzmán, su salida obedeció a que habiendo aconsejado a Ursúa la expulsión, entre otros revoltosos, de los soldados Lorenzo de Zalduendo, Juan Alonso de la Bandera y Lope de Aguirre —he aquí que aparece nuestro hombre— éstos se enteraron y quisieron matarle.

De creer al soldado Vázquez, el baztanés, hombre de sano pecho, cometió la candidez de llamar a los señalados como sospechosos y mostrarles las provisiones firmadas por el marqués de Cañete y refrendadas por el secretario de éste, declarándoles que, por su parte, no pensaba cumplir aquella recomendación, añadiendo su esperanza de

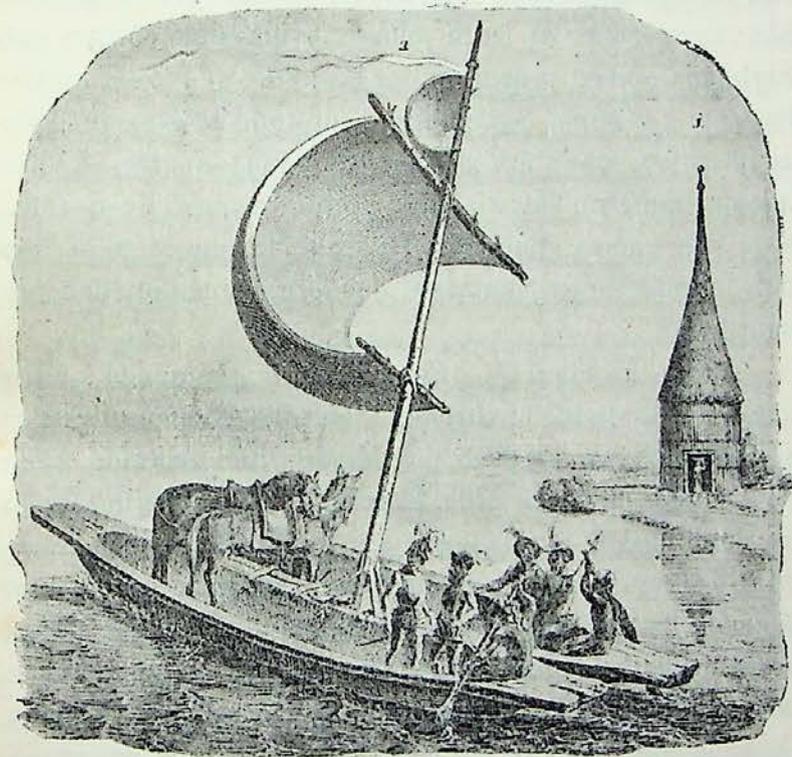
encontrar en ellos una leal correspondencia a su generosidad.

Cualquiera de las dos explicaciones pone de manifiesto cuán poco conocía Ursúa a los hombres que le rodeaban, y, al mismo tiempo, su inconsciente valor al arriesgarse a su aventurada empresa en compañía de aquel grupo. Seguramente, su natural, en el fondo bondadoso, pensó que no valía la pena de afrentarlos con la expulsión privándoles así de la oportunidad de rehabilitarse. ¡Para qué agraviar a nadie si dentro de unas semanas todos estarían viviendo felices en Omagua! En el fondo, el caso revela el carácter sano, sin trasfondo, de Ursúa, hombre incapaz de odiar e incapaz de pensar que nadie pudiera llegar a odiarle.

Ni siquiera las desgraciadas incidencias de la botadura consiguieron amenguar aquella tónica de animosa exaltación. Porque de los dos bergantines y nueve barcas llanas, barcas sin quilla — chatas, como ellos designaban esta última clase de embarcaciones— aptas cada una para transportar doscientas personas y cuarenta caballos, al ser botadas al agua, se quebraron siete por ser de «ruin madera», o por la «ruin maña» que se dieron los constructores, o también, según insinúan los cronistas como atenuante del maestro Juan Corzo que dirigió los trabajos, porque los constantes aguaceros de aquellos parajes tropicales pudrieron el material utilizado. Tal vez los indios hubiesen procurado otra explicación. Según ellos, precisa cortar los árboles de acuerdo con la fase propicia de la Luna.

El entusiasmo general se sobrepuso al grave contra-tiempo. El trabajo febril de los soldados —y valga este

dato como ejemplo— en cuestión de ocho días labró de un gigantesco árbol de la selva, aprovechando un procedimiento usado por los indios, una canoa capaz para cin-



Grabado de la época

cuenta personas, donde pudieron acomodarse Ursúa y los mandos de la expedición.

El 26 de Septiembre de 1560, todo el campamento de Ursúa se echó al caudaloso Huallaga (1) utilizando pira-

(1) Carlos María de la Condamine, en su «Viaje a la América meridional» dice que el Huallaga o Guallaga no pasa de ser un río mediano en comparación con otros afluentes del Marañón. Sin embargo, añade, su anchura en su unión con el Marañón es de 250 toesas, unas cuatro veces la anchura del Sena bajo el Puente Real de París.

guas, chatas, balsas, que los dos bergantines de altas amuras señoreaban. Aquel abigarrado conjunto formado por unas trescientas embarcaciones llenaba el anchuroso río. Una gran parte de los expedicionarios utilizó las balsas. Eran éstas de trece palmos y llevaban encima una barbacoa donde, protegida por un toldo, se acondicionaba la gente y la ropa. Sin embargo, no todo el ganado pudo embarcarse, pues las chatas destinadas a este servicio apenas pudieron llevar carga, porque al peso se quebraban; sólo una de ellas pudo llevar veintisiete caballos; los demás: más de un centenar, quedaron abandonados por las riberas.

«Allí era de ver la gran perdición que quedó, y ver todos los soldados tan tristes y pesantes, en ver quedar sus caballos tan queridos y regalados, sus ganados, ropa y hacienda, que eran gran lástima de verlo». Pero esto lo escribe Zúñiga, acordándose sin duda de sus tres caballos, desengañado ya de ilusiones, en las cercanías del desastre final. Cuando él contemplaba «la gran perdición» no debió de parecerle tanta. Los soldados experimentaban dos sentimientos contradictorios. Por un lado, sus hatos y caballos abandonados les inducían a tristeza y pesadumbre, pero, por otra parte, estaban animosos y contentos. El mismo Zúñiga lo declara cuando añade que «todo esto lo recibían con buen ánimo, porque esperaban verse dentro de un mes, como decían los guías, en la mejor y más rica tierra del mundo». ¿No iban acaso a Omagua, a El Dorado? Cuando los hombres están, como aquéllos, poseídos por la certidumbre de encontrarse en una tierra de promisión al cabo de un viaje de treinta días, son capaces de echarse bajo un diluvio a navegar por los raudales y

remolinos de un poderosísimo río ecuatorial infestado de voraces caimanes, en balsas de gruesos palos mal entretejidos, a riesgo, como acaeció algunas veces, de salvar las vidas sosteniéndose en algunos palos providenciales hasta ser socorridos.

Ursúa preparó las primeras etapas inteligentemente. No puede serle imputado que los resultados obtenidos no respondieran a sus previsiones; no cabe culparle de los veinte días de travesía en despoblado que su Armada tuvo que atravesar desde su salida del astillero. Porque tres meses antes de la partida, Ursúa había ya enviado, a modo de avanzadilla, una sección de treinta hombres comandados por su amigo de confianza, el navarro García de Arce, con orden de ir allegando un repuesto de víveres entre los indios caperuzos, así denominados porque usaban una manera de bonetes, y que, según las informaciones, distaban veinte leguas del astillero. Arce tenía también orden de aguardar al capitán Juan de Vargas, que partiría del astillero algunos días después, a principios de Julio, con otros setenta soldados y muchos indios de servicio, además de consignas parecidas a las suyas.

Pero Vargas no encontraría a Arce. Porque éste prosiguió trescientas leguas sin detenerse, bien sea —y esto es lo más seguro— porque no halló comida, o porque, como quisieron suponer algunos maliciosos, se creía con méritos suficientes para rehuir la dependencia de Vargas.

El caso es que la escuadrilla del capitán Vargas tuvo que seguir navegando hasta la confluencia del Cocama, en donde optó por dejar algunos hombres al mando de un tal Gonzalo Duarte a la espera de Ursúa, en tanto que él, escogiendo sus soldados más resistentes, remontó el curso

del río por espacio de veintidós días, al cabo de los cuales encontró un poblado bien provisto, de maíz especialmente, además de canoas numerosas. Vargas, después de apoderarse de ochenta canoas y de cuantos alimentos pudo, así como de algunos indios para su servicio, apresuróse a regresar a la confluencia del Huallaga, no sin embargo tan de prisa que no se encontrase con la novedad de la muerte por inanición de tres españoles y muchos indios de servicio.

Con estos antecedentes, resulta obvio insistir sobre la extrema necesidad que hubo de soportar la gente de Ursúa hasta encontrarse con Vargas. Además, los infortunios de la botadura fueron repetición durante esta primera parte de la travesía. Una mañana, al atravesar unos raudales, el bergantín dió en un bajo con suerte tan desgraciada que se le saltó parte de la quilla. Los tripulantes del bergantín repararon el percance obturando la abertura con mantas hechas tiras, y al cabo de dos días de trabajosa navegación se unieron a Ursúa que, obsesionado por la carencia de alimentos, prefirió aguardarles más adelante, en la región de los caperuzos, adonde había adelantado otra sección mandada por Lorenzo de Zalduendo con orden de recoger lo que pudiese. Ursúa detúvose en este paraje otros dos días, durante los cuales terminó de ser reparado el bergantín, el cual, inmediatamente fué enviado por delante de todos, comandado por Pedro Alonso Galeas, a la boca del caudaloso Cocama, para avisar la inminencia del arribo de la Armada al capitán Vargas, parte de cuyos hombres, desesperados de aquella larga espera de dos meses, andaban por cierto medio amotinados, deseosos de abandonar la aventura.

El encuentro de la Armada con la fuerza del capitán Vargas produjo júbilo general. Pesaba sin embargo en los ánimos el recuerdo de García de Arce, cuyo paradero desconocíase en absoluto.

Ocho días se detuvo Ursúa en la desembocadura del Cocama para reparar las fuerzas de su gente que, muy pronto, agotó los repuestos de víveres almacenados en aquel paraje merced a las diligencias de Vargas. No dejó de originar protestas la distribución de las provisiones; para el soldado Vázquez, perjudicado por lo visto en el reparto, «partió Blas y partió para sí lo más».

La coyuntura de las ochenta canoas capturadas por Vargas fué aprovechada para abandonar muchas balsas, porque, demasiado pesadas, se rezagaban en el convoy. En cuanto al bergantín, al zarpar quebróse en pedazos; sus tripulantes, gracias a las canoas que acudieron con rapidez en su auxilio, pudieron salvar sus equipajes.

Las estribaciones de las sierras andinas habían desaparecido del horizonte. El paisaje se correspondía con la escueta descripción del río atravesando la selva ecuatorial, de Carlos María de la Condamine: todo era «agua, verdor y nada más». La Armada de Ursúa atravesaba ya el lúgubre esplendor del infierno verde. Un aliento ardiente sofocaba el ámbito.



EL DESENGAÑO

DURANTE varios días, la expedición prosiguió avanzando de acuerdo con un plan establecido. La diana se tocaba al amanecer. En seguida comenzaba la navegación que terminaba a «hora de vísperas», media tarde poco más o menos; entonces «la gente saltaba a tierra a pescar y mariscar, y guisar de comer, y a dormir, los que querían». Es decir, surgía en la ribera la vida abigarrada de un campamento con sus fogatas y techos de fortuna, en tanto que los árboles de la selva se trenzaban de oscilantes hamacas.

Al cabo de cinco o seis jornadas, un mediodía, la Armada, de imprevisto, en una playa despoblada, topó con unos indios pescadores de tortugas, que, sobrecogidos de espanto ante aquella aparición huyeron rápidamente en sus canoas abandonando más de cien tortugas, además de una enorme cantidad de huevos del sabroso que- lonio. Las tortugas y sus huevos (1), y la carne de los cai-

(1) «Las tortugas que llaman vulgarmente *charapas*, son unas muy grandes como una adarga, del peso de un quintal; otras menores, a quienes los *omaguas* dan el nombre de *faricayas*. Todas, pero en especial las menores, son de muy buen sustento y suministran mucha manteca... Hállanse especialmente en las lagunas y ríos remansos y

manes muertos a arcabuzazos constituían en gran parte el alimento de los expedicionarios.

La Armada, rebasando el actual asiento de la moderna ciudad de Iquitos, había llegado enfrente del punto donde se eleva hoy un monumento en memoria de la gesta del capitán Francisco de Orellana (1), allí donde el río, poderosísimo, se juntaba con el Napo, enorme masa líquida que, por la margen izquierda, descendía con tranquila grandiosidad. En las márgenes lejanas, donde las palmeras se perfilaban perezosas, no aparecía rastro alguno de población.

Dos o tres días después de pasada esta confluencia que el viejo soldado de Orellana, único guía español de la expedición, reconoció como el punto por donde descendió su heroico capitán, cuando, según la cuenta de los pilotos, se llevaban recorridas desde la región de los caperuzos más de trescientas leguas, alcanzó la Armada una isla habitada de indios. Allí estaba García de Arce con sus

anchurosos. Cuando salen a las playas a poner sus huevos, que suele ser desde Julio hasta Diciembre y aun más adelante en algunos ríos, los indios que las están espiando las siguen de carrera, vuelcan las que alcanzan y las dejan de espaldas, y esto basta para que queden aseguradas mientras llevan a sus casas las que caben en sus canoillas. Aunque vuelvan al cabo de quince o más días a traer las demás, las hallan de ordinario vivas, menos las que se comieron los tigres. En sus casas las guardan dentro de unos corrales bien cerrados de palos, de donde van sacando las que necesitan para su sustento...

También los huevos son comida muy apetecida de los indios y españoles y mucho más las tortuguillas recién nacidas. Hállanse no pocas veces hasta ducientos y más en un solo nido. Lo que con dificultad creerán algunos es que estos huevos a medio emponillar y formar las tortuguillas, estando llenas de sangre y de lo demás, puedan ser comida gustosa, pues parece que aun a la vista han de causar asco. Así yo también me persuadía al oírlo referir de otros misioneros, hasta que la experiencia me enseñó ser éste uno de los mayores regalos que puede haber en el Maraón.

«En San Pablo, orillas de este río, recibimos el obsequio de un almuerzo de cinco platos sacados del cuerpo de una charapa y a cual más exquisito: caldo del jugo de su carne y de la manteca de sus huevos; una tortilla de éstos; un frito de sus entrañas; un guiso con la carne de sus cuatro patas, y un asado de la que queda pegada al espaldar, que al efecto se coloca como una gran cazuela sobre el fuego». Del libro «Noticias auténticas del famoso río Maraón...» anteriormente citado. Madrid, 1889.

(1) El 13 de febrero de 1942, en recuerdo del IV Centenario del descubrimiento del río Amazonas, se fundó en una punta de tierra firme entre el Napo y el Amazonas, el pueblo de Orellana. Véase la obra «Así es la selva» del P. Avencio Villarejo. O. S. A. Lima, 1943.

cuarenta hombres, convertidos en estampa viviente del hambre y de la desesperanza. Habían llegado hasta aquel lejano paraje, entreteniéndose el hambre casi exclusivamente con carne de caimanes muertos a tiros de arcabuz por García de Arce, prodigioso arcabucero. En el camino perdieron dos hombres a quienes devoró la selva; internados en la espesura no afinaron el regreso. En un reducto construido de estacones llevaban defendiéndose, cada vez con mayores sobresaltos, del acoso de los indígenas, que diariamente les atacaban a flechazos. Estos indios, por cierto bien agestados y dispuestos, usaban camisetas de algodón y orejeras de oro fino. García de Arce, con su arcabuz, hizo estragos en ellos. Como tirador, atribuíanle a este navarro cosas de leyenda; se decía que una vez, durante un ataque, echó en su arcabuz dos pelotas de hierro asidas con alambre y que de aquel tiro, de seis indios que venían mató a cinco.

Como generalmente ocurre, la valentía de aquellos hombres sin temor tenía puntos de contacto con el miedo. Cierta día, como viniesen a ellos indios en son de paz, pensaron que era una celada y para infundir espanto en los demás, mataron dentro de un bohío a estocadas y puñaladas a más de cuarenta. ¿Quién ordenó esta carnicería? Vázquez dice que, según se dijo —y este «según se dijo» revela bien el desagrado que debió de causar la matanza— fué «por consejo y mandato de García de Arce» (1).

(1) Ciro Bayo, en su «Los Maraones», parangona la diplomacia y habilidad de Orellana con los «aparias», veinte años atrás, con la brutalidad del navarro Arce con aquellas mismas tribus, en cuyas riberas el capitán extremeño construyó su bergantín «Victoria». Sin la menor pretensión de justificar el hecho que comentamos, conviene recordar que Orellana, en algún punto de su odisea hizo algo parecido, al dejar bien visibles algunos indios ahorcados, para que los demás, según explica Carvajal, «nos cobrasen temor y no nos acometiesen». La más perentoria necesidad militar explica, a veces, estas brutales medidas. La crueldad está muy cerca del miedo.

La expedición se detuvo ocho días en la isla, la isla de García, como fué inmediatamente denominada por todos. Hasta los caballos, que no habían saltado a tierra desde el asillero del Huallaga, fueron desembarcados, excepción hecha de dos o tres muertos en la travesía. Convenía dar descanso a la gente, y, al mismo tiempo, asegurar la orientación. Pero los procedimientos de García de Arce habían llenado de pavor a los indios, que dejaron desierto el territorio circundante llevándose consigo cuanto pudieron. La presencia de los caballos trotando con las crines al viento en la ribera acabó de sembrar el terror en aquel territorio.

La Armada, con una chata de menos que resultó forzoso abandonar medio podrida, reanudó la marcha por el brazo de río que la isla formaba a mano derecha. Miriadas de mosquitos zancudos comenzaron a producir en los expedicionarios el tormento de la comezón incesante. El río, dividido en brazos anchurosos, formaba islas, a cuyas orillas blanqueaban las agrupaciones de bohíos rodeadas de campos sembrados de yuca y batata. Pero el miedo a García de Arce, había también despoblado estos lugares.

Por fin, a la orilla derecha, apareció lo que Ursúa tanto ansiaba: un pueblo con señales de hallarse habitado. Presagiábanlo los indios que tripulando veloces canoas se mostraron a lo lejos para observar cautelosamente el paso de la abigarrada flota. El poblado se llamaba Carari, y, por analogía, el territorio fué denominado con este mismo nombre.

Ursúa apresuróse a pregonar sus disposiciones; quería insinuarse amistosamente en el ánimo de los indios; «mandó el gobernador que a ningún indios de los que vi-

niesen nadie les tomase ningún rescate, ni contratase con ellos nada de lo que traían, sino que los encaminasen a él, que él partiría lo que trajesen con los que más lo necesitaran y así se hizo».

Esta táctica produjo su efecto entre los indios que, paulatinamente, adquirieron confianza y terminaron introduciéndose con sus canoas entre los expedicionarios cada día en mayor número. Todos ellos vestían unas como camisetitas de algodón de buena calidad y lucían en las orejas joyas de oro fino. En punto a codicia, Ursúa conocía bien a los suyos. Es indudable que su orden fué mal acogida. Vázquez deja escapar en su relato un inciso demasiado revelador. Dice que después del bando de Ursúa, los indios «andaban entre nosotros, pero algunos no osábamos tratar con ellos, porque el Gobernador lo había así mandado, no sé a qué efecto». Si esta última frase, de velada censura al jefe, está escrita al correr de la pluma, sin haber sido pensada demasiado, puede ser excusada, aunque no favorece mucho a su autor, máxime cuando él mismo nos da la respuesta al añadir inmediatamente que «otros, escondidamente, permutaban con ellos (con los indios), y aun se lo tomaban sin darles nada».

En vano reprendía Ursúa a sus soldados. Estos, que adivinaron en los indios codicia de metales preciosos, hacíanles objeto de burdos engaños; cambiaban con ellos sus platos de campaña, contruídos de vulgar estaño o peltre, que los indios, crédulos, aceptaban como si fuesen de plata, y los lebrillos de cobre como si fueran de oro. Tenían estos indios la característica de no probar la sal, y cuando por cualquier causa la tomaban, la escupían sin tragarla. Sazonaban sus comidas con ají, especie de pi-

mienta de la que los expedicionarios fueron que servirse hasta la desembocadura. No dejó también de llamar la atención el hallar entre guacamayos y papagayos, especies gallináceas corrientes en España.

Una escuadrilla al mando del capitán Pedro Alfonso Galeas, parió de orden de Ursúa a descubrir por un brazo del río. Galeas, abandonando el río, tomó un camino de monte en donde topó con unos indios cargados de pan de cazabe —pan de harina sacada de la raíz de la mandioca— que, al verle, huyeron velozmente. El capitán Galeas sólo pudo capturar una india, diferente en traje y lengua a las de la región, que fué conducida al campamento. No faltaron quienes a vista de esta mujer aconsejaron a Ursúa detenerse en aquellos parajes para explorarlos, pero el baztanés respondió que el objetivo de la expedición era Omagua, adonde le importaba llegar cuanto antes con las embarcaciones posibles, pues las chatas se iban quebrando podridas unas tras otra, lo mismo que también se quebró el único bergantín que le quedaba.

Las pequeñas agrupaciones de bohíos sucedíanse casi sin interrupción. Pero de pronto, la selva devoró todas las cabañas. Ursúa, tal vez, pecó aquí de poco precavido; su empeño de no hacer fuerza a los indios llevándolos consigo como guías, lo condujo de nuevo a una situación de hambre. Interrogándolos, hubiera previsto aquel largo despoblado que duró nueve interminables días. Menos mal que en aquellos parajes el río abundaba en peces —grandes y sabrosas piezas de la fauna amazónica— que se sacaban a anzuelo, pero que no bastaban a satisfacer el hambre de todos. Hubo muchos que recurrieron en aquel trance a comer hierbas de la orilla cocidas, pero

«con todo esto no pudo evitarse que muriera alguna gente». De hambre, por supuesto.

Al cabo de aquellos nueve días, avistaron un poblado: Machifaro. «Es pueblo grande, el mayor que hasta allí habíamos visto; está sentado sobre una barranca del río», dice el soldado Vázquez con acento solemne. Parecido estilo que el del fraile cronista Carvajal cuando relata su llegada junto con Orellana «a las provincias de Machiparo, que es muy gran señor de mucha gente y confina con otro señor tan grande, llamado Omagua...».

Hallábanse ya por lo tanto como quien dice en la tan encarecida Omagua. La decepción debió de ser grande. Zúñiga, la expresa con sarcásticos matices. «Caminamos —dice— por este segundo despoblado nueve días, hasta la provincia de Machifaro, de la cual dijo Orellana grandes cosas cuando fué a España; y todo lo hizo por engañar gentes y porque el Rey le hiciese Gobernador, porque en todo lo que dijo hallamos al contrario. Y un español, de los que con él bajaron de Pirú, venía con nosotros, y dijo que aquella era la provincia que Orellana había visto, y que le parecía cuando por allí pasaron muy grande...».

¿Por engañar gentes Orellana? ¿Por engañar gentes el héroe que después de su gesta no pensó sino en volver al río donde le aguardaba muerte y sepultura? Y este otro español que, nostálgico de los días de Orellana, tenía ánimos para volver a aquellos padecimientos ¿pensaría también en engañar? De haber querido engañar no se hubiera embarcado por segunda vez. Pero ahora, las crueles burlas de todos le obligaban a rectificar, a traicionar los recuerdos más queridos de su vida; por eso, sin duda, manifestaba que aquel país «le parecía cuando por allí pasaron

muy grande». Desconocemos el nombre de este superviviente de Orellana. La historia, aunque fuese a regañadientes, registró el nombre de aquellos héroes, pero para los cronistas, bastante turbios casi todos, de la expedición



El Dorado, en una estampa de la época

de Ursúa, o para los desengañados expedicionarios, aquel superviviente no pasa de ser, despectivamente, «un español de los que habían bajado por el río con el capitán Orellana». Un español, uno de tantos... Para Vázquez, este español «no conocía la tierra y desatinaba». ¿Qué significa esto sino que hasta se llegó a poner en duda que este guía hubiese acompañado a Orellana? Cuando este superviviente pasó por aquel paraje por primera vez, todo le parecía «muy grande». Entonces, al igual que sus compañeros, llevaba la ilusión pura. Volvió porque seguía conservando pura aquella ilusión. Pero, ahora, en el ambiente, respirábase solamente el aire espeso de la sedición, de la guerra civil...

¿Era aquello Omagua? El ansiado El Dorado ¿podía ser aquel país en donde los indios andaban desnudos del todo, sin cubrirse siquiera las partes honestas, y vivían en grandes bohíos con techumbre de hojas del palmera?

El imprevisto arribo de las primeras canoas de Ursúa sorprendió a los indios que, al punto, se pusieron en pie de guerra. Su primera medida consistió en echar en sus

embarcaciones el río abajo a las mujeres, niños y ancianos y en seguida, alineados en medio de la plaza de su poblado, aguardaron, con fchas temerosas, como aguerridos combatientes, a los soldados de Ursúa. Este, entonces, detuvo a su gente. Escogió unos pocos arcabuceros y rodeleros, y colocado él mismo con un arcabuz en la mano a la cabeza del grupo, previa orden de que nadie disparase sin su permiso, con el gesto intrépido de los capitanes de su siglo en los momentos decisivos, fué, poco a poco, llegando hasta la formación de los indios agitando un lienzo blanco, significándoles con gestos que iba de paz y que tomasen el paño. El cacique comprendió los gestos de Ursúa, «se llegó y tomó el paño, y amigablemente se metió entre los españoles, y algunos otros indios con él. Todos los demás indios se desviaron a una parte, y hechos una manera de escuadrón, con las armas en las manos, se estuvieron un gran rato en la placeta hasta que llegó la armada».

Ursúa solicitó del cacique la mitad del pueblo con la comida que la parte demarcada contuviere. Así mismo, manifestóle que los indios podían quedarse en la otra mitad en la seguridad de que no serían molestados en absoluto. El mismo señaló los límites y prohibió a su gente traspasarlos bajo ningún pretexto para ir a los bohíos de los indios.

Los indígenas poseían en este pueblo alrededor de seis mil tortugas grandes que engordaban con maíz en unos viveros a modo de lagunetas delante de sus mismas casas. Eran tan grandes estas tortugas que cada una tenía tanta carne como un carnero. Zúñiga encarece la calidad de esta carne y también la de la manteca, para él mejor

que la de las vacas. Delante de cada bohío había dos y hasta tres viveros. Los indios tenían también almacenadas grandes cantidades de maíz, y en el campo alrededor del poblado, sementeras de yuca brava.

Lo malo es que los soldados desobedecían a Ursúa sin importarles gran cosa los arrestos que éste impuso a varios de ellos y a algunos mestizos. Aquella gente desvergonzada precisaba un hombre de hierro. Entraban a saco en los bohíos arrebatando sus víveres a los indios. Estos, por su parte, comenzaron a ponerlos a salvo cargándolos a toda prisa en sus canoas. Aparte de esto los soldados pronto dieron cuenta de las reservas gastándolas de mala manera, «porque —como dice Vázquez— con mucha manteca y huevos que de las fortugas sacaban, y con la carne de ellas y mucho maíz que había, comían ordinariamente buñuelos, pasteles, mucho género de comidas de potajes, y más era lo que se desperdiciaba que lo que comían». Hacían hasta vino del maíz. De semejante derroche, como inevitable colofón, resultó la penuria: «dieron cabo presto de todo» concluye el cronista.

Los expedicionarios que, a resultas de algunas exploraciones ordenadas por Ursúa en los contornos, prolongaron su estancia en Machifaro durante treinta y tres días, se resintieron pronto de la carencia de comida. Los mismos asistentes de Ursúa veíanse precisados poco menos que a mendigar comida para su jefe. Indicio de que algo demasiado grave flotaba en el ambiente.

Vale la pena el transcribir literalmente la descripción que a este punto hace el soldado cronista Francisco Vázquez. Ningún otro relato iguala a esta visión del momento psicológico: «Y a esta sazón el gobernador iba malquisto

con la mayor parte del campo, que eran ruines y mal intencionados, porque no les dejaba robar y atar indios, y rancharlos y matarlos a diestro y siniestro, y decían que ya desde entonces temía la residencia, es decir, el juicio de revisión de su gestión de gobierno; y también que doña Inés, su amiga, le había hecho en alguna manera que mudase la condición, y que le había hechizado, porque de muy afable y conversador que solía ser con todos, se había vuelto algo grave y desabrido, y enemigo de toda conversación, y comía solo, cosa que nunca había hecho, y no convidaba a nadie; habíase hecho amigo de la soledad, y aun alojábase siempre solo y apartado lo más que podía de la conversación del campo, y junto a sí la dicha doña Inés, sólo, y a fin, según parecía, de que nadie le estorbases sus amores; y embebecido en ellos, parecía que las cosas de guerra y descubrimiento las tenía olvidadas; cosa, cierto, muy contraria de lo que siempre había hecho y usado».

Ya en la isla de García de Arce tuvo Ursúa necesidad de reprimir un intento de sublevación. Varios soldados, entre los cuales se encontraba Alonso de Montoya, quisieron amotinarse con ánimo de volver al Perú. Toda la pena impuesta por Ursúa a estos rebeldes consistió en echar una cadena a Montoya, y, en cuanto al resto de los soldados, el ir bogando la balsa de doña Inés de Atienza. Pena demasiado blanda que sólo sirvió para que los castigados alentaran su odio a Ursúa con mayor fuerza. Estos soldados y los que como ellos sentían, no se recataban de proclamar a voces, con gran desvergüenza, el fracaso de la expedición y su deseo de regresar al Perú. Estos descontentos atribuían a Ursúa que, obstinado en realizar su des-

cubrimiento, al saber aquellos deseos de regresar, había respondido que nadie pensase semejante cosa; que los a la sazón jóvenes tendrían que envejecer allí, si ello era preciso, hasta que El Dorado apareciera. No existía por lo tanto ninguna esperanza de vuelta. El obstáculo era Ursúa.

Dicho sea sin ánimo de incurrir en paradoja, en aquella situación tal vez una mujer hubiese salvado al baztanés. Pero la bella mestiza que acreditó sin lugar a duda su espíritu aventurero, distaba en cambio mucho de poseer aquella alentada braveza que hizo famosas para siempre a algunas mujeres de su siglo. Sin salir del ambiente americano, doña Inés de Atienza no puede ni remotamente ser comparada con la virreina doña María de Toledo, la brava esposa de don Diego de Colón, «hembra formidable» al decir de los cronistas; ni con la mujer del tuerto don Pánfilo Narváez que defendió su hacienda en Cuba mejor que su marido; ni con la bravísima esposa de Hernando de Soto, el conquistador de la Florida; ni con la infortunada doña Beatriz de la Cueva, que a la muerte de su marido, el adelantado don Pedro de Alvarado, se hizo reconocer solemnemente gobernadora de Guatemala; ni con doña María de Oruña, sobrina de Gonzalo Jiménez de Quesada y esposa del capitán Antonio de Berrio, mujer llena de coraje, constante alentadora de su marido en sus pretensiones a la gobernación de El Dorado. Mucho menos puede compararse con la hidalga esposa del glorioso Orellana, que, moza vieja, recién casada, acompañó a su marido en su segundo viaje al Amazonas, y que, cuando, perdidos todos los barcos, éste agonizaba en una playa, poniéndose al mando de los hambrientos soldados realizó explora-

ciones para allegar víveres; ni con doña Isabel Barreto, soltera avanzada lo mismo que la mujer de Orellana, proclamada a la muerte de su cónyuge por los mismos soldados de éste gobernadora de las islas Salomón y capitana de todos... Doña Inés de Atienza no se parecía a ninguna de estas violentas y eficaces mujeres de su siglo.

La mujer sola entre hombres vale por los sentimientos varoniles que es capaz de infundir entre ellos. Pero la mestiza Inés de Atienza carecía hasta de ese coraje propio de las soldaderas que pone en evidencia el desaliento y la cobardía de los hombres que las rodean. Su ondulante presencia entre los expedicionarios sólo había servido para encender, o reavivar, en éstos, la lumbre turbia del deseo. ¿Cómo ella, estando como estaba perdidamente enamorada de Ursúa, no adivinó el peligro que a éste acechaba? ¿Cómo no lo salvó de él mismo y de sí misma?



ASESINATO DE URSUA

Las cautelosas entrevistas de la sedición comenzaban tan pronto como las sombras se extendían después de los rápidos crepúsculos tropicales. ¿Cuántos eran los conjurados? No muchos si se tiene en cuenta el número total de expedicionarios; tal vez no llegasen ni a veinte; pero pongamos de parte de ellos la decisión, y, además, la absoluta falta de vigilancia en que Ursúa, hombre de «sana condición», tenía su persona. Ursúa era incapaz de odiar e incapaz de pensar que pudiese ser odiado; por eso, porfiaba ciegamente en desconocer el peligro, desoyendo las repetidas instancias de sus amigos acuciándole a poner coto a la creciente desvergüenza de los revoltosos. Vázquez repite significativamente la palabra desvergüenza para calificarlos.

Aquellos malhechores, convenidos ya en asesinar a Ursúa, y comprendiendo que ninguno tenía entre ellos representación para caudillo, llegaron en su audacia a dar cuenta de su proyecto a don Fernando de Guzmán, un fatuo mozo sevillano a quien el baztanés distinguía con su más íntimo afecto. Ursúa había honrado a Guzmán con el

cargo de alférez general de la expedición. Vázquez señala la hermandad existente entre Ursúa y Guzmán diciendo «que era cosa de no creer», porque «ni comía el uno sin el otro», y muchas veces dormían juntos en el mismo bohío.

Pero los rebeldes supieron insinuarse en Guzmán; hábilmente aprovecharon la circunstancia de haber Ursúa mandado prender a un mestizo, asistente del sevillano, para hacerle notar la afrenta que constituía aquel arresto para él, como caballero, alférez general del campo y como amo del castigado. A don Fernando de Guzmán no se le ocurrió pensar que a Ursúa debía el cargo de alférez general; para su desgracia, escuchó, todo complacido en su vanidad, aquellos silbidos de serpiente.

Asegurado el primer efecto, osaron pasar adelante en su exposición. Exageraron a Guzmán el descuido con que, según ellos, ejercía el mando su amigo Ursúa, para terminar insinuando la muerte de éste como conveniente al mejor servicio del Rey, porque, desembarazados de aquel capitán inepto, podrían así buscar mejor la tierra de El Dorado y poblarla. Guzmán escuchó también, con ensobrecido silencio que era ya el asentimiento, el resto de la proposición. Sólo faltaba su conformidad. Si la daba, después de muerto Ursúa, él, como hombre el más calificado, sería proclamado general y cabeza de todos. Don Fernando de Guzmán, capitán general y gobernador de Omagua y el Dorado... Guzmán dijo que sí; «y lo que más le movió fué la ambición y codicia de mandar...».

El último anillo de la negra traición acababa de cerrarse con el compromiso de Guzmán. Por supuesto, si el incauto sevillano, como parece por todas las trazas, creyó en la sinceridad del anhelo de buscar y poblar el objetivo

que le declararon los conjurados, a éstos se les daba una higa por Omagua y El Dorado. Ya habían visto, en el plano del provecho inmediato, lo que daba de sí aquel territorio habitado por indios de cabeza aplastada. Otro proyecto mucho más audaz era el suyo. Desembocar por el río que surcaban, el Amazonas, al mar; navegar, en bergantines que construirían en algún paraje apropiado, hasta la isla Margarita; abastecerse en esta isla cercana a la costa venezolana, alcanzar el istmo de Panamá, y después, caer desde aquí sobre el Perú. Dicho en menos palabras: los rebeldes soñaban en la estrangulación estratégica del continente americano.

La conjuración era ya un secreto a voces. Porque el odio impedía a algunos el disimulo de su impaciencia. Fué notorio que una noche, un bulto que pasaba por detrás del bohío de Ursúa, dijo, con rencorosa lentitud, en voz baja, pero no tanto que no fuese perfectamente oído: «¡Pedro de Ursúa, gobernador del Dorado y Magua, Dios te perdone!».

No le faltaron a Ursúa amigos leales instándole repetidamente a poner remedio a la situación, yéndoles a la mano cuanto antes a los revoltosos. Gonzalo de Zúñiga —por cierto, calificado por don Segundo de Ispizua, el abogado defensor de Lope de Aguirre, como el más veraz de los cronistas de la expedición— transcribe así el momento: «Hubo algunos amigos suyos que muchas veces le dijeron y aconsejaron que repartiase cargos y hiciese capitanes y oficiales de su campo, lo cual no había hasta entonces hecho, ni los pensaba hacer hasta descubrir la tierra; y también le dijeron que hiciese un capitán de su guardia y allegase a sí una docena o dos de sus más ami-

gos, y se guardase y se estuviese a recaudo, porque estaba malquisto, y le querían mal algunos, y la gente que traía era de Pirú, y podría ser ordenasen algún molín, viéndose perdidos. A lo cual respondía que no había menester guarda, donde tenía tantos vizcaínos de su banda, que a la primera palabra que en vascuence les hablase vendrían todos a morir por él; y ellos fueron los primeros en el molín y en su muerte». Declaración es esta para un vasco sobremana dolorosa. Ahí aparece —lo escribo como hombre que contempla con indecible pena la entraña sangrante de su país natal—, ahí aparece a mediados del siglo XVI, en la selva tropical de las riberas del Amazonas, otro testimonio más de nuestra desunión de siempre.

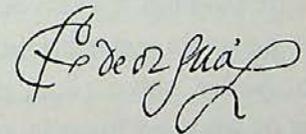
La Armada, abandonando Machifaro, después de pasar allí la Pascua de Navidad, había llegado, después de dos días de navegación, a una agrupación de bohíos que los indígenas, en su balbuciente idioma gutural, denominaban Mocomoco. La expedición se detuvo, porque Ursúa determinó aguardar en aquel paraje el regreso del capitán Sancho Pizarro, enviado por él de reconocimiento por un brazo del río. El pueblo estaba alzado, sin gente, que huyó al sentir la cercanía de los expedicionarios.

El día de Año Nuevo: 1 de Enero de 1561, marca un trágico hito en la historia de la expedición. La lectura de los cronistas y las declaraciones de los soldados permiten reconstituir detalladamente los sucesos de aquel día. Sabemos que por la mañana Ursúa mandó decir misa, y que él asistió a pesar de hallarse con calentura. Padecía de fiebres tropicales desde algún tiempo atrás, y a esto obedecía seguramente la destemplanza de genio que manifestaba.

Este mismo día de Año Nuevo, don Pedro Portillo, el cura de Moyobamba, acercóse a Ursúa para pedirle algo de comer porque se sentía morir de hambre. Respondióle Ursúa no tener nada para darle. El cura, públicamente, alzó las manos al cielo clamando: «Justicia del cielo, pues no la hay en la tierra, venga por quien tanto mal me ha hecho».

¿Conocía Portillo la conjura? No hago sino apuntar la sospecha; no hay elementos para pasar más adelante de la interrogación, y, por otra parte, aun la misma sospecha es demasiado grave. Desde luego, el proceder de Ursúa con Portillo llevándolo consigo a la fuerza, por mucho que esta medida estuviese inspirada por la necesidad política de no dejar enemigos a la espalda, no pudo ser más reprobable. Pero aquella justicia del cielo tan vengativamente invocada, tardaría contadas horas en realizarse.

Llegó la noche. La selva, mecida por el viento, sonaba como un órgano pavoroso sobre la negrura del río dormido. El aire estaba lleno de cálidas emanaciones; la naturaleza virgen reventaba vida por todos sus poros. Entre los bohíos circulaban sombras cautelosas. Algún indio, taciturno y enigmático, sentado en cuclillas a la entrada de su chozo, miraba a la Cruz del Sur clavada en la atónita noche americana.



Firma de Ursúa

Eran aproximadamente las diez de la noche. Ursúa, acompañado de dos pajes y de su amigo Pedrarias de Alместo, hallábase en aquel momento ya descalzo, desnudo, para tenderse en su hamaca. De pronto, un grupo de conjurados, entre quienes se contaba el traidor mayor Don Fernando de Guzmán, penetró en tumulto dentro del bohío.

Ursúa, que estaba de espaldas, bien ajeno a las intenciones de los asaltantes, volvióse lleno de extrañeza para preguntarles: «¿Qué es esto, caballeros, a tal hora por acá?».

La respuesta consistió en arremeterle a puñaladas. El pobre Ursúa, que comprendió su fin, demandó a voces confesión; luego, según aquellos malvados lo seguían atravesando con encarnizamiento, oyósele murmurar, ya en los espasmos agónicos, las primeras palabras del salmo L, el salmo que implora la magnitud de la misericordia de Dios: *Miserere mei Deus...*

Fué inútil la noble reacción de Pedrarias de Alместo que desenvainó su espada para defender al gobernador, clamando: «¡Qué traición es ésta, caballeros!». Pedrarias, viéndose acorralado, no tuvo otro remedio que rendir su espada no sin antes obtener la promesa de serle respetada la vida; luego, aprovechando la confusión, huyó.

A los gritos estentóreos de «¡Viva el Rey!, ¡Viva el Rey, que muerto es el tirano!», «¡Libertad, Libertad, caballeros: Viva don Fernando de Guzmán!», gritos que constituían parte del plan, y equivalentes en aquel momento a un toque de generala, esparciéronse los asesinos por el campamento. Nadie, salvo ellos, entendía lo que pasaba. Circulaba ya de boca en boca la nueva de la muerte de Ursúa. La confusión, —porque también la confusión de la gente sorprendida en el sueño formaba parte del plan— ponía espanto en los ánimos más templados. La oscuridad acrecía la confusión. Los cómplices con grado mandaron a los soldados formar inmediatamente, profiriendo amenazas a los remisos. Nadie sabía exactamente quiénes y cuántos eran los traidores. Comenzaba el reinado del terror.

Urgía ahora matar a don Fernando de Vargas, segundo de Ursúa, y, a la muerte de éste, jefe nato de la expedición. Vargas, despertado al alboroto, habíase apresurado a salir de su bohío para enterarse de la novedad, a medio vestir su escaupil, su sayo de armas, y con la vara, atributo de su autoridad, en la mano. Los rebeldes lo rodearon y mandaron desarmarle. Un canario llamado Juan de Vargas comenzó a cumplir lo ordenado. Pero estando en ello, otro rebelde, un donostiarra, Martín Pérez de Sarrondo, tal vez satisfaciendo antiguos rencores, traspasó con su espada a don Fernando con tal ímpetu, que el arma hirió asimismo al que desarmaba al teniente de Ursúa.

Pasemos ahora lista al grupo de facinerosos que campan ahora por el real atribuyéndose todo engreídos categoría de jefes. Siempre resulta aleccionador seguir la pista a semejante clase de personas. Ocupan lugar preferente en la relación los siete que penetraron en el bohío de Ursúa para darle muerte: Fernando de Guzmán, Juan Alonso de la Bandera, Alonso de Montoya, Martín Pérez de Sarrondo, Miguel Serrano de Cáceres, Alonso de Villena y el mulato Pedro de Miranda. Después, los que se quedaron guardando la puerta del bohío como espalderos de los asesinos, doblemente asesinos por lo tanto: por todas las trazas, Lorenzo de Zalduendo y Lope de Aguirre; y, por último, los jactanciosos de su complicidad, los que asumieron la vigilancia de los puntos vitales del campamento a la realización del golpe: Pedro Hernández de Sanlúcar, el navarro Diego de Torres, Cristóbal Hernández de Trujillo, Juan de Vargas, canario, Juan Calogiral, Sebastián Gómez y Cristóbal de Chaves, entre otros.

Alonso de la Bandera y Alonso de Montoya fueron los primeros en herir a Ursúa. La Bandera lo traspasó a dos manos por los pechos. En cuanto a Montoya, el soldado Vázquez lo acusa de odio a Ursúa y de «principal urdidor» del asesinato. Martín Pérez de Sarrondo era donostiarra. Donostiarra y baztanese son vascos de genio bastante aproximado (1). Del relato del soldado Custodio Hernández se deduce que Ursúa, al ver entre sus matadores a Sarrondo, intentó acogerse a éste llamándolo hermano. Sarrondo, al tiempo de herirle, le escupió un insulto: lo llamó francés, injuria propia de quienes, como los soldados españoles del siglo XVI, tenían un concepto despectivo de esta nacionalidad. No tardaremos en comprobar que no era Sarrondo el único que creía infamar a Ursúa aplicándole el mismo calificativo. En cuanto al pamplonés Zaldueño —nombrado por Ursúa apoderado suyo a los preparativos de la expedición— y Lope de Aguirre, guipuzcoano, natural de Oñate, fueron quienes negándose a la huida al Perú propuesta al principio por algunos conjurados, sostuvieron la conveniencia de matar a Ursúa.

El soldado Hernández nos ha conservado la frase reveladora del pensamiento de Lope de Aguirre en aquella junta: «Si a vuestras mercedes les parece, yo soy de esta opinión; que hablemos a don Fernando de Guzmán para que sea nuestro general y matemos a este traidor, porque huir es de hombres civiles». De hombres civiles, es decir, de cobardes. El consejo de Aguirre pareció bien a todos, especialmente a Juan Alonso de la Bandera y a Zaldueño

(1) Fr. Reginaldo de Lizarraga en su «Descripción breve de toda la tierra del Perú, Tucumán, Río de la Plata y Chile», dice significativamente que Ursúa era «de nación guipuzcoano. Si no era navarro».

«que se morían por doña Inés», al decir del mismo Hernández.

Y volvamos ahora a enhebrar el hilo de los sucesos.

Al amanecer, la tropa escuchó la proclamación de Fernando de Guzmán como general en jefe. La solemne declaración corrió a cargo de Lope de Aguirre, el tribuno de los sublevados, que la hizo intitulándose maestre de campo, es decir, nombrándose, en cierto modo, por la importancia del cargo a sí mismo atribuido, jefe efectivo de la expedición.

Por Hernández sabemos lo esencial del primer discurso de Aguirre.

«Caballeros soldados hermanos míos. Bien creo estaréis espantados de cómo este negocio se hizo —dijo Aguirre—, y que algunos de vuestras mercedes nos pondrán culpa, lo uno por no darles parte, lo otro porque no se hizo más presto. A esto digo que el no dar a vuestras mercedes parte, ha sido porque donde hay muchos buenos no falta un ruín que lo descubra, y este negocio convenía que fuese así; y el no haber sido más presto, ha sido por servir a vuestras mercedes y dolernos de ellos, porque muchos días ha que nos quisimos huir y dejar a este francés como él merecía. Y por sacar a vuestras mercedes a tierra de promisión y hacerles libres, quisimos más matar a este francés que hacer tal cosa, y para esto, acordándose vuestras mercedes el mal tratamiento que este enemigo de todos nos hacía y cómo nos traía avasallados echándonos de su conversación cuando le íbamos a ver, y cómo no quería que nadie comiese sino él, quiero descubrir a vuestras mercedes un secreto que lo he sabido muy cierto, y

es que este francés nos quería traer aquí perdidos algún tiempo y después salirse y dejarnos perdidos...».

Discurso insinuante donde se dibuja ya la táctica aguirrista de justificarse amontonando acusaciones sobre sus víctimas.

Entre las nuevas providencias que se dictaron, figuraba la prohibición terminante de conversar en voz baja. Por hablarse al oído fueron algunos amenazados de muerte. Había empezado la atroz vigilancia del gesto ajeno: todo era ojos, reserva, sospecha mutua. Los ruines satisfacían ya sus pequeñas pasiones. Muchos otros, convidándose con sonriente hipocresía, se apresuraban a aparecer entre los del bando victorioso.

Los asesinos, tomando en medio a Guzmán, se marcharon a un bohío grande, en donde, con gran algazara, festejaron la victoria atiborrándose de tocino y vino. Entre tanto, el nuevo maestro de campo Lope de Aguirre, mandó sacar las botijas de vino de misa que Ursúa tenía guardadas a su cuenta exclusiva, y trocando en mieles su faz ceñuda fué repartiéndolas entre la tropa. Es cosa muy vieja que la guerra, las revoluciones y los remordimientos exijan vino en abundancia.

Fernando de Guzmán, esponjado en su nueva dignidad, comenzó a ejercer su cargo. Una de sus primeras medidas consistió en conceder seguro a Pedrarias, ordenando tenerle consideración. Dijo que, al fin y al cabo, siendo como era amigo de Ursúa hizo bien en defenderle. Vázquez añade a este respecto un significativo comentario de los rebeldes: «que otro tanto querían ellos que hiciesen sus amigos cuando se ofreciese oportunidad». Acababan de triunfar y se manifestaban ya temerosos del desplome.

A la mañana, doña Inés de Atienza, sollozante, abrumada por la repentina magnitud de su pena, sustrajo el cadáver de Ursúa, así como también el de Vargas, a la morbosa curiosidad de los unos y a los cobardes ultrajes de los vengativos. Ella misma, a quien el día antes nadie hubiera osado faltar, veíase en aquel trance precisada a ocultar los extremos de su dolor y a escuchar en silencio los soeces insultos de la soldadesca desmandada que se hartó de llamarla bruja hechicera y prostituta, con otra palabra más breve y expresiva, por supuesto.

El cadáver de Ursúa ostentaba señales de unas sesenta puñaladas. Nunca en parecidos casos faltan notarios dispuestos a dar fe con espontánea minuciosidad. A ruegos de doña Inés, unos negros que habían sido servidores de Ursúa —silenciosas estatuas de bronce furtivamente llorosas— cavaron un hoyo grande y enterraron juntos los dos cadáveres. Y digo lo de negros que habían sido servidores de Ursúa, porque los matadores, además de saquear la hacienda de sus víctimas, inmediatamente se repartieron los negros e indios de su servicio.



LAS PRIMERAS DESAVENENCIAS

AL mismo tiempo que doña Inés de Atienza cumplía en condiciones heroicas su piadoso cometido, los jefes de la coalición victoriosa mantenían una reunión borrascosa. La euforia había durado poco. Repetíase también aquí la historia de siempre. Resuelta la incertidumbre, desvanecidos los vapores de los primeros momentos del triunfo, cada cual veía claramente su responsabilidad y postulaba la mejor solución del lance de acuerdo con su propio temperamento.

De un lado aparecían los cobardes, los que contemplaban ya con los ojos de la imaginación proyectarse la sombra del cadalso, los que a todo trance trataban de buscar una justificación del crimen basándolo tanto en la negligencia con que, según ellos, realizaba Ursúa el descubrimiento, como en el abandono en que tenía a los expedicionarios. Por lo tanto, convenía la redacción de un documento acusatorio contra Ursúa, que, luego de firmado por todos, se guardaría para cuando llegara la hora del descargo. Fernando de Guzmán, Alonso de Montoya y Juan Alonso de la Bandera aparecían decididamente de-

fensores de este procedimiento. Según ellos, una vez descubierta Omagua, no sería difícil obtener un perdón general. Esta repentina valorización del mito de Omagua abre un ancho resquicio a los verdaderos móviles del asesinato de Ursúa.

En efecto, el documento se redactó. Fernando de Guzmán fué el primero en estampar en él su firma. Siguió inmediatamente el maestro de campo Lope de Aguirre. Entrambos, Guzmán y Aguirre son los hombres que ahora más deben interesarnos; Guzmán como hombre de paja, como monigote trágico; Aguirre, como amo efectivo de la nueva situación.

Aguirre había asistido en silencio a los argumentos de Guzmán, Montoya y La Bandera, argumentos henchidos de aquel apasionamiento que ponemos al razonar nuestros propios yerros. Y en silencio —un silencio teatral— estampó su firma de arredondillados trazos, con un añadido inesperado: *Lope de Aguirre, traidor*.

En seguida, esgrimiendo el documento, exhibió su firma por delante de todos, al tiempo que, con torrencial verbosidad, les decía:

—«Caballeros, qué locura y necedad es esta en que algunos de nosotros habemos dado, que cierto parece más de pasatiempo y risa que de importancia lo que vuestras mercedes hacen, que habiendo muerto a un gobernador del Rey y que representaba su propia persona y que traía todos sus poderes, pretendamos que con papeles e informaciones hechas por nosotros mismos, librarnos, salvarnos y relevarnos de culpa, como si el Rey y sus jueces no entendiesen cómo se hacen las tales informaciones, y que si a los que en ellas declaran les preguntasen otras cosas

más arduas y contra sí mismos no las dirían, especialmente habiéndolas dicho cada uno a su favor. Todos matamos al gobernador y todos nos hemos holgado de ello, y todos hemos sido traidores, y todos nos hemos hallado en este motín; y dado caso se busque y se halle la tierra y se pueble y sea más rica que Perú y más poblada que la Nueva España, y que de ella sola hubiese de tener el Rey más provecho que de todas las Indias juntas, el primer bachiller que a ella venga con poderes del Rey, a tomar residencia y cuenta de lo hecho, nos ha de cortar a todos las cabezas, y nuestros trabajos y servicios habrán sido en vano y de ningún fruto para nosotros. Mi parecer es y lo tengo por más acertado que todo lo que vuestras mercedes piensan, que dejemos esa opinión y propósito de buscar la tierra, y pues si la descubrimos y poblamos nos han de quitar las vidas, que con tiempo nos anticipemos y las vendamos bien vendidas y en buena tierra, la cual conocen vuestras mercedes muy bien que es el Perú, y en ella tenemos todos amigos que en sabiendo que vamos a ella de la suerte que hemos de ir, nos saldrán a recibir con los brazos abiertos y nos ayudarán y pondrán sus vidas por nuestra defensa; y esto es lo que a todos conviene y por esto firmé mi firma de esta manera».

¿Por qué, sobre todo, les defraudó Ursúa sino por su fidelidad a la misión que le encomendaron? ¿No era acaso verdad que ellos esperaban de él otra cosa? Para quedarse explorando en medio de aquellas inextricables selvas no valía la pena el haberle matado; para ese resultado sobraba el desembarazarse del «francés».

Los estremeedores —y en el fondo, desde su punto de vista, lógicos de toda lógica— razonamientos de Agui-

rre, llegaban derechamente a lo hondo de la cuestión. Las opiniones se dividieron enconadísimas. Un tal Villena, nombrado nuevo alférez general, dió la razón a Aguirre, a lo que La Bandera respondió que el matar a Ursúa no constituía traición sino servicio al Rey, puesto que Ursúa, trayendo consigo tanta y tan buena gente no había querido buscar Omagua; que mentía aquél que lo apellidara traidor, y que estaba dispuesto a matarse con quien de él tal cosa dijese. Tuvo Guzmán que interponerse para separar a los contendientes, no sin que La Bandera insistiera en defender su postura, añadiendo que nadie pensase que lo decía por miedo, porque a mal andar las cosas, él tenía tan buen pescuezo como todos.

Las miradas se cruzaban como disparos de arcabuz. La triunfante revolución estaba ya dividida en dos bandos irreconciliables odiándose a muerte. De un lado, aparecía el partido de los que se daban por satisfechos con la desaparición de la cabeza que aborrecían; de otro lado estaba Lope de Aguirre disponiendo desde el primer momento las cosas para su personal dictadura, porque consideraba que la revolución no había sino empezado y que él sabría llevarla hasta el fin.

Y la cuestión quedó sin ser resuelta, si bien, para producir efecto entre los expedicionarios, hubo una ficción de acuerdo. Porque fueron publicados los nuevos nombramientos: «Hicieron más capitanes y oficiales de guerra que soldados había en el campo». Los cargos principales se repartieron entre los autores directos del asesinato de Ursúa: así, Fernando de Guzmán fué nombrado general en jefe, Lope de Aguirre, maestro de campo; Juan de la Bandera, capitán de la guardia; Lorenzo de Zalduendo, Cris-

tóbal Fernández y Miguel Serrano, capitanes de infantería; Alonso de Montoya, capitán de a caballo, Alonso de Villena, alférez general; el mulato Pedro de Miranda, alguacil mayor, y Pedro Hernández, pagador mayor.

Dos de los asesinos quedáronse por entonces sin cargo: Martín Pérez de Sarrondo y al canario Juan de Vargas, pues interesaba comprometer a ciertas personas de viso ausentes en la conjuración. Siempre el diablo procura disfrazarse de persona decente. Así, el piloto portugués Sebastián Gómez quedó como capitán de la mar; el comendador de Rodas, don Juan de Guevara (1), y Pedro Alonso Galeas, fueron nombrados capitanes de infantería; Alonso Enríquez de Orellano, capitán de munición, y Miguel Bovedo, almirante.

Un Diego Balcázar a quien nombraron justicia mayor del campo, al tomar el cargo declaró aceptarlo en nombre del rey Felipe II. Esta valiente declaración indignó a Lope de Aguirre hasta tal extremo que, de no impedirlo los circunstancias, hubiera allí mismo dado muerte a Balcázar. Sin embargo, al hacerse de noche, Lope de Aguirre, hombre de impulsos y odios sostenidos, marchó en persona junto con varios de sus incondicionales, a dar garrote a Balcázar. Este en desesperado forcejeo acertó a escaparse en dirección al bohío de Guzmán, en donde penetró dando angustiosas voces: ¡«Señor general, socórrame que me quieren matar»! Guzmán no le respondió palabra. Enton-

(1) El comendador de Rodas, don Juan de Guevara, era el mismo que días antes del asesinato de Ursúa oyó, una noche, murmurar cerca del bohío del navarro la amenaza: «Pedro de Ursúa, gobernador del Dorado y Omagua, Dios te perdone!». Entonces, comunicó sus aprensiones a varios compañeros, porque la frase podía también interpretarse en el sentido de que Ursúa se hallaba enfermo, como efectivamente lo estaba. Guevara y los amigos a quienes consultó, decidieron callarse para no alarmar a Ursúa.

ces, Balcázar huyó del bohío acosado por Aguirre y su jauría. La noche, que era oscura, en colaboración con un barranco, ocultaron a Balcázar del minucioso ojeo. Al día siguiente, un soldado que salió a cazar topó con el desgraciado, el cual le encargó en secreto presentarse de su parte a Guzmán pidiéndole por amor de Dios merced de la vida. Guzmán, entonces, suplicó a Aguirre piedad para Balcázar en consideración a la manera casi milagrosa a cómo éste se salvó la noche anterior, y por su parte, con frívolo gesto, envióle con el soldado como prenda de seguro, su mosqueador, el abanico de plumas que le servía para espantar los mosquitos.

Balcázar, hombre de calidad entre la más encumbrada sociedad del Perú, que empeñó su fortuna por el mejor éxito de la empresa de Ursúa, presentóse poco después ante Guzmán llorando, en camisa, todo descalabrado y además atravesado de una cuchillada que le dieron por la noche. Su figura concitaba la conmiseración general. Guzmán se disculpó diciéndole no haber oído a la noche sus gritos de socorro. Por su parte, Balcázar, muerto de miedo, nunca más osó separarse del nuevo general, creyendo que así amparaba mejor su vida.

¡Qué pobre iluso! Porque en el ánimo de todos estaba —y la misma conducta de Guzmán lo corroboraba— que el jefe efectivo de la expedición era Lope de Aguirre, interesado en todos los momentos en hacer notar su presencia y su opinión. Si el flamante nuevo general en jefe, en contraste con el abandono con que Ursúa rodeaba su figura, se apresuraba en rodearse de una escolta de doce arcabuceros, tampoco era remiso Lope de Aguirre en juntar alrededor gente adicta. Noche y día rodeaba su persona

una guardia de incondicionales del primer momento, un grupo de gente brava y osada, dispuesta a todo, en el que despuntaba sobre todo un portugués, Antón Llamoso, el campeón de sus adictos, que anteriormente había sido criado de Ursúa.

Entretanto que transcurren los cinco o seis días durante los cuales los nuevos mandos satisfacen las primeras venganzas, y, al propio tiempo, aguardan el regreso de Sancho Pizarro —enviado por Ursúa al mando de una escuadrilla de reconocimiento— con el propósito de darle cuenta de lo ocurrido y sumarlo a la coalición con el cargo de sargento mayor, convendrá detenerse a observar al personaje que ha surgido en esta historia con tan salvaje violencia.



LOPE DE AGUIRRÉ

¿QUIEN es, de dónde es, cómo es Lope de Aguirre? En el retablo de alucinantes tipos que surgen de continuo en la historia del descubrimiento y conquista de América, Lope de Aguirre constituye un personaje excepcional, una figura de rasgos espantosos.

Sin embargo, si en la conquista de América faltasen estos tipos, parecería que faltaba algo.

Lope de Aguirre, según confesión propia, era guipuzcoano, natural de Oñate. Ser nacido en Oñate constituye, sin más, una característica bien diferenciada. Porque Oñate es uno de esos pueblos guipuzcoanos que, incontaminados de las heterogéneas corrientes de emigración que produce el auge industrial, originan un tipo humano de psicología claramente definida.

La villa de Oñate, abrumada de historia, posee un aire de melancólica austeridad que no tiene ninguna otra villa de Guipúzcoa. El gigantesco muro del monte Aloña por un lado, y del otro, el severo cubo de la torre de los condes de Oñate, antiguamente Señores de la villa, parecen gravitar como una amenaza sobre el pueblo, en cuyas

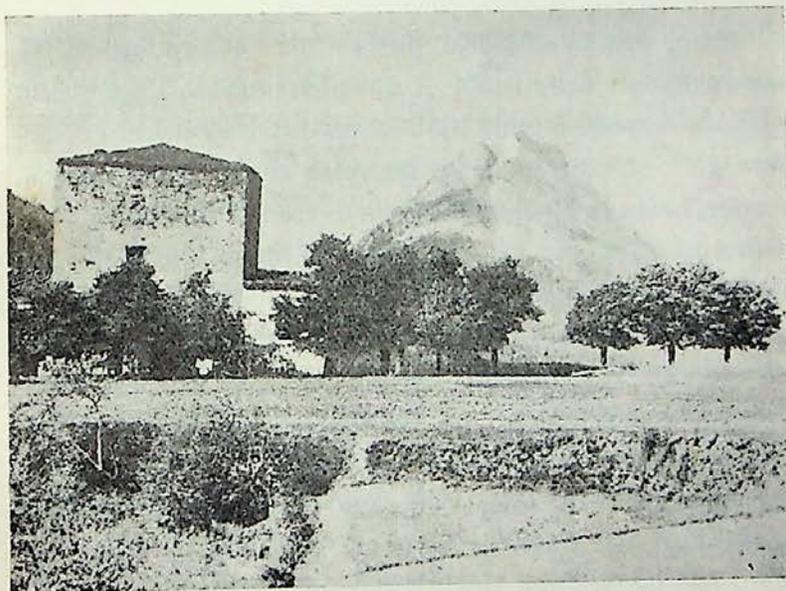
calles y plazas, llenas de serenidad y encuadradas por severas mansiones blasonadas, resuenan pensativos los pasos del viandante. A lo lejos, el Udalaiz, en un anhelo de liberación, clava en el cielo su punta acerada.

Oñate, pueblo de solera, no se parece a ningún pueblo de Guipúzcoa; Oñate es Oñate. Yo, guipuzcoano, quisiera decir ciertas cosas de forma que ningún puntilloso se sintiera ofendido en su patriotismo local. ¿Por qué entre todos no contribuir a aclarar estos misterios de las distintas y especiales psicologías de los pueblos vascos? Este sería uno de los más apasionantes estudios que sobre el carácter vasco pudieran realizarse. Porque estas características locales no son sino los innumerables matices que, lejos de borrar, enriquecen la especialísima psicología del vasco, que, por el solo hecho de serlo, es casi siempre un anti-social.

No hay lugar en el mundo que no haya engendrado hombres de historia negra; por lo tanto, constituiría mala fe manifiesta la pretensión de generalizar un carácter colectivo a través de estos tipos extraviados. Excluído este propósito, alejado de mí de todo punto, sin embargo, a mi personal modo de ver, el hombre de Oñate, es un hombre serio, tenaz, duro, con ribetes de introvertido y profundamente apegado a la intimidad de su propio hogar. El oñatiarra ama y conserva con inigualado cariño sus tradiciones peculiares; es reservado y digno; posee un porte de natural elegancia, y se cree, no sin motivo, poseedor de cierta nativa superioridad con respecto a sus vecinos.

Oñate constituyó un condado independiente hasta el año 1845, en que bajo ciertos pactos, principalmente docentes, relativos a su Universidad, se unió a la provincia

de Guipúzcoa. El condado, aunque parezca paradoja, fué anterior a la concesión del título de conde, otorgado en 1489 por los Reyes Católicos a don Iñigo de Guebara, cuyos antepasados gozaron el Señorío cuando menos desde



La torre de los Condes de Oñate en la actualidad

1149, año de fundación del mayorazgo que, para el ilustre genealogista don Juan Carlos de Guerra, es el más antiguo de España.

Los vecinos de Vergara, Legazpia y Mondragón, pueblos cercanos a Oñate, denominaban a los de esta villa en tono de burla «kondepekoak», es decir, subordinados del conde, y les zaherían atribuyéndoles la obligación de velar por turno la siesta de su Señor en la mansión de la torre de Zumelzegui, haciendo callar, provistos de un largo palo, a las ranas de las charcas cercanas, repitiéndoles este sonsonete:

Ixillik ago, ixillik ago
Kondia siestia lo egiten dago

(Cállate, cállate
que el Conde está durmiendo la siesta).

Esto, como es natural, no pasa de ser una fábula. No hay pueblo en Guipúzcoa al que los pueblos vecinos no hayan inventado alguna burla parecida. La verdad es distinta. Los oñatiarras, lejos de velar el sueño del conde, sentían hasta la hiperestesia sus fueros y libertades, que le fueron arrancando uno por uno en tenaz forcejeo, y que sostenía en vigor el *Batzar*, la Junta popular de la villa, sin cuya anuencia nada podía legislar el conde. «¡Cuánta verdad es —declara fray José Adriano de Lizarralde, historiador del pueblo de Lope de Aguirre— que en la villa de Oñate todo lo grande se hizo en abierta lucha con los mal razonados derechos del conde, a pesar de quien se titulaba señor de Oñate!» (1).

Lope de Aguirre, por consiguiente, es hijo de un pueblo siempre en guardia ante posibles caprichos feudales, es la hechura de un país de muy acusada sensibilidad política.

¿Cómo fué la niñez de Aguirre? La noche histórica

(1) El mismo escritor, fray José Adriano de Lizarralde, evocando las porfiadas luchas de los habitantes de Oñate con el conde, escribe así. «Hoy apenas si se conserva entre los moradores de Oñate la menor reminiscencia de los azares de la gran lucha debatida durante siglos enteros y con obstinada pertinacia por sus mayores; hoy hasta parece que suena con cierto dejo de vanidad en boca de los naturales el falso título nobiliario de *antiguo condado* que dan a su villa. Ignoran acaso que el nombre de *conde-pecheros*, el ser tributarios del conde, era en otro tiempo como uno de los mayores infortunios, y que este nombre constituía un insulto y los excluía de toda participación en los oficios del concejo y de pertenecer a la célebre Cofradía de nobles hijosdalgo, caballeros, escuderos y hombres buenos de Santa María de Aránzazu». Historia de la Universidad de Sancti Spiritus de Oñate. R. P. José A. Lizarralde. O. F. M. Tolosa. 1930.

cubre aquel primer período de su existencia cuyo conocimiento puede descubrir, y de hecho descubre, el último secreto, la última fuerza y el último motivo de un hombre. Nada sabemos del niño que fué Lope de Aguirre. Conocemos únicamente lo que él mismo declara en su carta a Felipe II: «en mi mocedad pasé el mar Océano a las partes del Perú, por valer más con la lanza en la mano y por cumplir con la deuda que debe todo hombre de bien». Aguirre, como tantos otros segundones de su tierra en su tiempo, pasó muy joven a América (1).

Los cronistas, imprecisamente, guiándose sólo de su aspecto físico, le calculan al tiempo de su muerte unos cincuenta años de edad. Aguirre, por lo tanto, nació hacia el año 1511. Don Segundo de Ispizua, en su defensa de Lope, se refiere a una información verificada en Panamá el mes de Abril de 1535, existente en la colección Muñoz (Información sobre sucesos ocurridos en Acla, Urabá y Cenú) y a dos cédulas reales fechadas, la una en Madrid y la otra en Valladolid, el 6 de Abril, y 1 de Diciembre del año siguiente, haciendo «merced de un regimiento de la provincia del Perú para Lope de Aguirre, en recompensa de sus servicios, suficiencia y habilidad». Pero estos documentos ¿se referirán efectivamente al guipuzcoano? Por los años que resultan, no parece, aunque semejen corro-

(1) En la obra «Catálogo de Pasajeros a Indias durante los siglos XVI, XVII y XVIII». Volumen III, por Don Cristóbal Bermúdez Plata, aparece la siguiente nota: «Domingo, negro, al Perú con Lope de Aguirre. Presentó cédula que lo daba por libre y horro, despachada por los señores del Consejo de Indias, fechada en Valladolid a 2 días del mes de marzo de 1537.-15 de marzo» de 1539. ¿Será este Lope el Lope de Aguirre de esta historia?

Ya este libro para ser entregado a la imprenta, recibo la obra «Ciencia y osadía sobre Lope de Aguirre el Peregrino» que, con atención que mucho agradezco, me envía su propio autor, Emiliano Jos, quien a propósito de la nota precedente opina que debe suponerse que Lope pasó en el 37 al Perú, que regresó al cabo de algún tiempo a España, y que tornó al país de los Incas en el 39.

borar los términos de la carta de Aguirre a Felipe II: «con la lanza en la mano, en veinticuatro años te he hecho muchos servicios en el Perú, en conquistas de indios y en poblar pueblos en tu servicio, especialmente en batallas y encuentros en que me he hallado por tu real Corona y nombre conforme a mis fuerzas y posibilidad, sin importunar a tus oficiales por paga ni socorro, como parecerá por tus reales libros». De todas suertes, sea ello como sea, no tenemos derecho a desconfiar de estas palabras. Aparte de estar dictadas muy probablemente con la visión del próximo fin, Aguirre, previamente exige al rey, con acento de indudable sinceridad, ser creído: «Me creerás —dice— en lo que dijere».

El soldado Vázquez, al final de su relato, trata de restar importancia a estos servicios de Aguirre. Es lo más flojo de su relación y la parte donde este cronista deja traslucir más su apasionamiento. Para quien se halle algo versado en historia americana, este trozo del alegato de Vázquez resulta un elogio del acusado.

Zúñiga es más imparcial y veraz. A este respecto dice de Lope que se halló en el Perú «en algunas batallas dadas en nombre del Rey»... «en otras a favor de los tiranos», es decir, de los rebeldes. ¿Qué soldado del Perú no estuvo, en aquellas continuas turbulencias, algunas veces por la parte del rey, y algunas otras veces, por parte de los rebeldes?

Para entender a Lope de Aguirre poseemos también otro elemento importante de juicio, conocemos su manera primordial de reacción contra la persona de Ursúa. ¿Qué características odiaba Lope de Aguirre en Pedro de Ursúa?

Lope, ante todo, considera francés a Ursúa. Lo mismo que el donostiarra Sarrondo al tiempo que hería a Ursúa, Aguirre escupe el calificativo de francés como un insulto. Las relaciones atribuyen insistentemente a Aguirre este concepto de francés aplicado en sentido denigratorio a Ursúa. Don Segundo de Ispizua intenta, sin convicción demasiada, una justificación de su defendido, cuando dice no estar desprovista de fundamento la especie de ser Ursúa francés.

A mi modo de ver, esta acusación de Lope de Aguirre encierra precisamente una parte del misterio psicológico de éste. Al acusar de francés al vasco Ursúa, Lope de Aguirre descubre qué clase de vasco era él mismo. En ese calificativo de intención denigratoria aplicado por Aguirre existe un sordo resentimiento. Primeramente, el resentimiento hacia el vasco que después de girar alrededor de la órbita política francesa, acaba, como quien dice, de incorporarse con éxito a la unión de los reinos de España; y luego, el resentimiento hacia un tipo de vasco distinto radicalmente. Que existe una positiva influencia francesa en Navarra y en ciertas regiones de Guipúzcoa resulta indudable, y que esa influencia apenas alcanza a Oñate, patria de Aguirre, no es tampoco menos cierto. La anexión de Navarra a Castilla estaba todavía cercana; entonces, muchos consideraban francés al navarro, sobre todo, como en el caso de Ursúa, al navarro pirenaico, al cercano a la nueva frontera. Hasta 1566, el Baztán perteneció a la diócesis de Bayona, y es de sobra conocida la gran intervención que en aquellos tiempos poseía en todos los órdenes la jurisdicción eclesiástica.

El crimen no extingue el odio. Lope de Aguirre sigue

odiando a Ursúa después de haberlo matado, como luego seguirá odiando a todas sus víctimas después de sacrificarlas. Por eso, al calificarlo de francés goza en su insulto. ¿Qué hubo entre Pedro de Ursúa y Lope de Aguirre?

El alma vasca tiene muchos pisos; es complicadísima. ¿Habéis observado alguna vez a cuatro vascos jugando al mus? ¡Cuatro vascos jugando al mus, vaya qué cosa!, me diréis. Y os responderé: Cuatro vascos jugando al mus, son cuatro mundos distintos jugando al mus.

Ursúa, personalidad aristocrática, corresponde al tipo de vasco mudo. El pueblo vasco es un pueblo mudo. Salvo su última invocación en su postrero momento, conservada por el Padre Aguado, seguramente de Pedrarias de Almeto, testigo del fin de Ursúa, la única frase que de él nos han conservado los cronistas es un dicho que le atribuyen los expedicionarios, asegurando que los más jóvenes de entre éstos tendrían que envejecer en busca quieras que no de El Dorado.

En cambio, los cronistas nos conservan muchos discursos de Aguirre. Este hijo de Oñate, es un orador de recursos. Dice con fluencia las cosas; posee el don del arranque oratorio; sabe pulsar las notas patéticas. El impulso interior con frecuencia lleva al vasco hasta la caricatura. El vascuence baztanés de Ursúa es dulce, suena musicalmente; el vascuence de Aguirre es duro y áspero. Aguirre hablaba reciamente. Cuando se dirigía a los soldados, éstos le creían y le seguían; según el testigo Juan de Vargas Zapata, conseguía de los soldados lo que quería.

Juan de Castellanos supone a Aguirre engendrado de

Cerbera en alguna furia (1). En cambio, el obispo del Paraguay, fray Reginaldo de Lizarraga, lo describe con galana y razonable prosa: «A esta fama (2) bajó del Cuzco, y aún de más arriba, un viscaíno llamado Lope de Aguirre, de mediana estatura, no muy bien tallado, cojo, gran hablador y jurador, si no queremos decir renegador, con una hija suya mestiza, no de mal parecer; vi a este Lope de Aguirre siendo yo seglar, sentado en una tienda de un sastre vizcaíno, que en comenzando a hablar hundía toda la calle a voces». Han pasado cerca de cuatro siglos, y merced a esta última frase, descriptiva a más no poder, nos parece estar todavía viendo a Lope de Aguirre. He aquí a un escritor de ascendencia vasca que para describir a un vasco recurre a la frase que más dice. Todos recordamos inmediatamente, al leer la última parte del retrato de Lizarraga, al tipo de vasco inquieto, incisivo, bulloso, siempre en guardia, que habla con el gesto tanto como con las palabras, y al que la vida se le sale en la expresión de los ojos. El dominico Lizarraga, en un par de líneas, realizó un retrato acabado de Aguirre.

Vázquez pinta a Lope en el aspecto físico como «muy pequeño de cuerpo y poca persona; mal agestado, la cara pequeña y chupada; los ojos que, si miraba de hito, le estaban bullendo en el casco, especialmente cuando estaba

(1) Debió de ser engendrado de Cerbero
Y en las tormentas del averno lago;
Según que de piedad tuvo penuria
Su madre debía ser alguna furia».

Elegías de Varones ilustres de Indias. Elegía XIV. Canto V.

(2) Se refiere Lizarraga a las cosas que se decían de El Dorado. «Túvose por cosa cierta que los que allá fuesen habían de hallar montes de oro, porque como no hay casamiento pobre ni mortuorio rico, así no hay descubrimiento pobre». Descripción breve de toda la tierra del Perú... Capítulo XVII. Libro II.

enojado. Era —añade— de agudo y vivo ingenio, para ser hombre sin letras» (1).

La descripción moral de Aguirre debida al mismo Vázquez lo señala como hombre cruel y perverso, sin que pueda ser notado de ninguna cosa buena o virtuosa. Aguirre era bullicioso, determinado, gran sufridor de trabajos, especialmente del sueño. Pocas veces durante su mando se le vió dormir; si no era de día, siempre estaba velando. Gran andarín; andaba cargado con mucho peso; sufría muchas armas a cuestas; muchas veces andaba con dos cotas bien pesadas y espada y daga y celada de acero y un arcabuz o lanza en la mano. Era —prosigue Vázquez— enemigo de los buenos y virtuosos; le parecían mal todas las obras santas y virtuosas. Era también amigo y compañero de los bajos e infames y cuanto uno fuese más ladrón, malo y cruel, más amigo suyo aparecía. Cauteloso, vario, fementido, engañador; pocas veces dijo verdad y por maravilla guardó palabra que diese. Vicioso, lujurioso, glotón, se tomaba muchas veces de vino. Mal cristiano y aun hereje luterano o peor. Su vicio ordinario era encomendar al demonio su alma, y cuerpo y persona. No hablaba palabra sin blasfemar y renegar de Dios y de sus santos. Nunca dijo bien de nadie, ni aun de sus amigos: infamaba a todos. «No hay vicio que en su persona no se hallase». Inquieto, bullicioso, amigo de revueltas y motines. Residió en Perú más de veinte años. Su oficio era domar caballos y quitarles los resabios.

(1) En el Apéndice documental de la obra «Ciencia y osadía sobre Lope de Aguirre...» de Emiliano Jos, se publica la continuación de la declaración de Alvaro de Acuña, marañón, cuyo principio se transcribe en «La Expedición de Ursúa al Dorado...». En dicha declaración aparece esta descripción de Aguirre: «Preguntado qque persona es el dho tirano, dixo, qes hombre de hasta quarenta e çinco aºs, chico de cuerpo, flaco de rostro e rrehecho de cuerpo, moreno, baruado ya q encanesçe».

¿Es exacta la pintura de Vázquez? Desde luego, todo hombre no hace sino recoger lo que siembra, y Aguirre sembró demasiados odios. Sin embargo, resulta difícil aceptar como elemento imparcial a un hombre como Vázquez que se lamenta de la pena de descuartizamiento dictada contra los restos de Aguirre, porque, a su juicio, «fuera mejor echarle a los perros que lo comieran todo». Además, aun aceptando una gran parte de verdad en el retrato de Aguirre realizado por este su declarado enemigo, mal se compagina por ejemplo la acusación de lujurioso con el horror sentido por Aguirre hacia las mujeres de la vida, horror que, en el fondo, contribuyó mucho a llevarlo a realizar el último y más patético de sus crímenes. Sin ir más lejos, Vázquez mismo recoge esta obsesión de Aguirre cuando, enfurecido por el recuerdo de doña Inés de Atienza, prometía «que había de matar a todas las mujeres malas de su cuerpo». En cuanto a la acusación de luterano, acusación la más grave que podía decirse de un español en aquel siglo, pronto hemos de ver al mismo Aguirre pretendiendo justificar alguno de sus crímenes en un supuesto luteranismo de su víctima.

Lope de Aguirre había acudido al astillero del Huallaga junto con una hija mestiza llamada Elvira, de la cual cuidaban una dueña apellidada la Torralba, más una criada vasca, de nombre María de Arriola. Lope adoraba con locura a su hija cuya belleza encarecen los cronistas. En los relatos se transparenta que era muy querida entre los expedicionarios. Elvira de Aguirre, al tiempo de la expedición de Ursúa, debía de contar alrededor de los quince años. Aguirre puso a su hija el nombre de Elvira, sin duda

en recuerdo de alguna de las mujeres de su familia en Oñate (1).

El hecho de marchar a la expedición con su hija y la servidumbre de ésta, revela que Aguirre creía en El Dorado. Difícilmente puede compaginarse este acompañamiento familiar con ideas de sublevación preconcebidas. Lope de Aguirre marchaba al ilusorio El Dorado con la intención de asentar allí su vida de manera definitiva.



(1) Según Emiliano Jos, en los libros de bautizados del archivo parroquial de Oñate, después del año 1551 —faltan las partidas del 46 al 51— figura varias veces el nombre de Elvira de Aguirre. Véase «La Expedición de Ursúa al Dorado y la Rebelión de Lope de Aguirre».

CINCO ASESINATOS MAS

HACIA el día de Reyes, los expedicionarios, al amanecer, abandonaban las riberas que sirvieron de sepultura a Ursúa y al teniente Vargas. Navegando aquel día hasta la tardeada del siguiente, llegaron a un poblado de grandes y espaciosos bohíos abandonado por los indios que, además, habíanse llevado consigo todas sus provisiones. La expedición se detuvo con ánimo de reemprender la marcha a la siguiente mañana.

Pero al día siguiente, hallóse que la espaciosa chata que conducía los caballos había sido barrenada durante la noche por los secuaces de Lope de Aguirre, que, de esa manera, hacían irremediablemente imposibles los propósitos exploradores de quienes todavía alentaban la quimera de El Dorado.

Imponíase por lo tanto el plan de Aguirre. El bosque virgen proveería el material necesario. Precisaba construir allí mismo dos grandes bergantines para con ellos desembocar en la mar (1), navegar hasta la isla Margarita, re-

(1) La expedición desembocó por el Amazonas. Es absurda la opinión sustentada por Ispizua, y también por Carlos F. Lummis («Los Exploradores españoles del siglo XVI») de haber derivado la Armada a la izquierda, seguido por el Casiquiare y desembocado por el Orinoco. Basta leer los relatos con alguna atención para convencerse en seguida de lo contrario.

postarse aquí en tres o cuatro días de los bastimentos y agua necesarios y partir para Nombre de Dios. Ya en el istmo de Panamá tomarían tierra en la desembocadura del río de Saquees, cercano a Nombre de Dios, para marchar inmediatamente a tomar posiciones en los pasos de la sierra de Capixa, paso obligado para la ciudad de Panamá, a fin de que nadie pudiese dar aviso, y luego, caer por sorpresa sobre Nombre de Dios y Panamá. La primera de estas ciudades sería incendiada. También tendría lugar una matanza general de sospechosos. El plan de Aguirre lo preveía todo. En Panamá, procedía apoderarse de todos los navíos surtos en el puerto sin excepción, tanto para impedir en lo posible la comunicación de informes, como para acrecentar la Armada que allí se aparejaría. Los cañones tomados en Nombre de Dios y Panamá servirían para artillar las naos.

Aguirre contaba así mismo con una sublevación de negros cimarrones y de españoles descontentos a lo largo del territorio centro-americano. Simplemente, dicho en pocas palabras, Aguirre quería agarrar América por el pulso.

Para aquella clase de hombres, pensar un proyecto equivalía a ponerse en su realización. La obra de los bergantines duró tres meses, tres meses pródigos en acontecimientos. La previsión de Ursúa al embarcar buena cantidad de útiles para la construcción naval sirvió admirablemente al caso. Todos los expedicionarios, por turnos rigurosos, sin excepción, ayudaban a la obra, bajo el torrente de fuego del sol tropical que distiende los músculos y liquida los nervios. El bosque virgen, jamás batido por el hacha, llenóse de ruido de sierras y martillazos. En

aquellos rebeldes de rostros macilentos, apagados por el paludismo, había de nuevo prendido la llama de la ilusión; a una quimera sucedía otra quimera.

El calor era tórrido. Los expedicionarios no podían soportar la ropa. Los mosquitos por miríadas constituían un tormento. A las fiebres persistentes vino a sumarse el hambre. Los caballos y los perros del campo expedicionario fueron sacrificados uno tras otro para alimentar a los que más trabajaban en la obra. La yuca brava vino a convertirse en la base de la alimentación. La yuca probaba bien a los blancos, pero no así a los indios de acompañamiento que perecieron muchos.

El río tenía en aquel paraje, según los cronistas, una legua de anchura. Pero ninguno de ellos concede importancia a la enervadora grandiosidad del paisaje; les interesa más el espectáculo de las pasiones que los circundan. Porque al gobierno, en el fondo paternal y benigno de Ursúa, sucedía el terror. Ursúa había olvidado que la severidad, por si sólo, reprime más de lo que castiga.

Casi inmediatamente de la arribada al nuevo astillero, fué muerto García de Arce, el arcabucero de la fama legendaria, gran amigo de Ursúa. «Le tenían (a García de Arce) temor, porque era buen hombre, por su persona y tenía amigos». García de Arce continuó siendo fiel a la memoria de su amigo. Cometió la imprudencia de reprender a un soldado, tal vez un agente provocador, que estaba infamando a su presencia la memoria de Ursúa. García de Arce tal vez hubiera podido salvar su vida —al menos por entonces— con una simulación, pero no tenía más que una cara. Aquel noble correctivo, en boca de los soplonos, imprescindibles en todas las revoluciones, fué inmediata-

mente trasmitido a las altas esferas rebeldes. Aquella misma noche dieron garrote a Arce. Los rebeldes castigaban así la adhesión íntima de Arce a su finado amigo. Lope de Aguirre, o los rebeldes, cualquiera que fuese el inductor del asesinato —Lope probablemente, porque entonces mandaba en el campo como amo absoluto— vigilan ya con la intolerancia característica de todos los tiranos el ideario ajeno, porque al fin y al cabo no es otra la razón última de todas las tiranías. El caso personal de García de Arce les tiene perfectamente sin cuidado; razonan el crimen cometido en la adhesión íntima del amigo al amigo.

La represión alcanzaba a todos los sectores expedicionarios. Un negro llamado Juan, esclavo de Juan Alonso de la Bandera, tuvo conocimiento de la conjuración al mismo día de la muerte de Ursúa. En seguida de saberlo, dirigióse a prevenir al baztanés, pero éste, para su desgracia, se hallaba en aquel momento con doña Inés de Atienza. El negro no se atrevió a pasar. Además, para que su amo no lo echase de menos, apresuró su regreso, no sin antes comunicar lo que ocurría a un tal Hernando, esclavo negro de Ursúa, el cual olvidó el encargo o no quiso decirlo. Lo cierto es que después del asesinato, otros esclavos negros delataron al pobre Juan, que salvó la vida gracias solamente a la circunstancia de hallarse trabajando como carpintero de ribera en los bergantines y a que los rebeldes no quisieron privarse de su concurso. Con todo, amarrado a un poste en la plaza del poblado, desnudo por supuesto, delante de todos fué objeto de bárbaro castigo. El desgraciado tuvo que soportar quinientos azotes, mientras el pregonero voceaba el motivo del inhumano tormento.

La muerte de Ursúa significa el comienzo de una carrera de asesinatos. Una guerra sorda, a muerte, se entabla de primeras entre Juan Alonso de la Bandera y Lope de Aguirre. Ambos se acechan continuamente. Juan Alonso de la Bandera, natural de Torrijos, el anchuroso pueblo de la llanada toledana, era un soberbio y engréido, envidioso del poder adquirido por Aguirre.

Alonso de la Bandera tenía dos fundamentales apatencias: una era doña Inés; otra, el cargo de maestro de campo. Llegó tarde en ambos casos. Otros más apresurados rondaban ya a la llorosa doña Inés de Atienza. Trágica situación la de esta mujer que, aborreciendo con toda su alma a los matadores de Ursúa, sin embargo tenía que soportar su odioso cortejo. El caso es que La Bandera, que menudeaba sus visitas al rancho de la bella mestiza, hallaba siempre a ésta acompañada del mulato Pedro de Miranda y Pedro Hernández de Sanlúcar, los nuevos alguacil mayor y pagador mayor respectivamente. También La Bandera tenía su particular servicio de escuchas. Por algunos de éstos supo que, cierta vez, quejándose doña Inés de sus asiduidades, Miranda había dicho a la mestiza: «Señora, tras estos tiempos vienen otros mejores y su tiempo vendrá». La frase pareció amenazante a La Bandera que se apresuró a denunciar el caso a Guzmán y Aguirre. Este último, maestro en el disimulo pérfido, dió gusto a su enemigo. A la mañana siguiente llamó a Miranda y Hernández y sin más preámbulos, previa confesión, mandó ahorcarlos. La justicia inmanente que preside la vida, por caminos inesperados, como siempre acostumbra, comenzaba pronto a exigir su factura a los asesinos de Ursúa. Inmediatamente proveyéronse los cargos va-

cantes: el de alguacil mayor en un tal Juan Lope Cerrato y el de pagador mayor en Juan Lope de Ayala.

Una intriga urdida de acuerdo con Guzmán dió a La Bandera el cargo de maestro que tanto ansiaba. La Bandera se atribuía los mejores derechos para ejercerlo alegando haber sido primero en el motín contra Ursúa. A Lope de Aguirre le endulzaron la píldora dándole el cargo de capitán de a caballo. Sin embargo, su destitución como maestro de campo no produjo los efectos de humillación y desprestigio que buscaba La Bandera, sino muy al contrario, parte por la popularidad del guipuzcoano entre la tropa, y parte también porque éste se anticipó a la orden ateniéndose al sabio principio político de saber marcharse un poco antes de ser derribado. Aguirre, a instancias de Guzmán que advirtió el mal efecto producido entre la tropa por aquella medida, dirigió a ésta un discurso de despedida.

Gracias al soldado Almesto se conserva un brevísimo extracto de la maquiavélica pieza oratoria de Aguirre en aquella ocasión: «Señor general y señores capitanes —dijo en sustancia Aguirre—: Bien sabéis que yo he sido uno de los que más metieron prenda en ordenar la muerte a Pedro de Ursúa como habéis entendido y está claro que yo no puedo faltar en esto que entre manos tenemos. A mi se me hace gran merced en quitarme el cargo de maese de campo porque ya soy viejo y querría tener algún sosiego, y precio más estar un rato con mi hija que todo lo del mundo, porque aunque mestiza la quiero mucho. El señor Juan Alonso de la Bandera será maestro de campo, que bien se yo que lo que yo le suplicare, que lo hará, demás que a mi se me da cargo muy honroso. Lo

que aquí digo es que procuremos de no ser unos contra otros sino que haya gran hermandad y con esto yo me voy a dormir un poco».

Por el testimonio del soldado Hernández, sabemos que el discurso agradó a todos. Aguirre siente en primer lugar, como todos los revolucionarios, la preocupación de proclamar sus servicios de primera hora a la revolución; luego, farsante maravilloso, alaba su propia destitución y alaba la persona de su enemigo mortal, ante el que adopta una actitud suplicante. No falta en el discurso la nota patética, sincera sin duda alguna: la evocación del idolátrico amor que siente hacia su hija. La exhortación final a la concordia, es, en sus labios, cínica. Por último, Aguirre anuncia solemnemente que marcha a reposar, a dormir. Pero Aguirre acostumbraba dormir muy poco. Y en aquellas circunstancias, mucho menos que de costumbre. Sabía que el engreído La Bandera, al mismo tiempo que procuraba contentarle cuanto podía, concitaba su muerte, y que incluso llegó a proponerla a Guzmán como conveniente para el bien general. Por eso vivía siempre sobreaviso. Por lo pronto aprovechó su nuevo cargo para mantener junto a sí a los adictos, y de noche, cuando la fatiga le rendía, se marchaba a dormir fuera del campamento rodeado de una guardia de incondicionales armados hasta los dientes.

Por lo demás, Aguirre proseguía incansablemente su labor política. Marchaba directo, sin disimulos, al fin que pretendía. En todo caso, él sería el primero en dar el golpe. Trabajó amistad íntima con Gonzalo Duarte, mayordomo de Guzmán, a la vez que se coaligaba con Lorenzo de Zalduendo, capitán de la guardia, rival de La Bandera al amor de doña Inés.

El temor que los altos mandos tenían a Aguirre era notorio. Susurrábase, y era también verdad, que Guzmán consintió en la propuesta de La Bandera de matar a Aguirre, y que para contentar a éste, que andaba alborotado, prometió reponerle de maestro de campo para cuando entrasen en el Perú, y aun casar a su hija Elvira con un hermano suyo allí residente, llamado don Martín de Guzmán. Desde luego, en prenda de esta promesa, puso a Elvira el don, título honorífico que hoy a nadie se niega pero atribuído a muy pocos en aquel entonces, comenzó a tratarla como cuñada y la regaló una ropa de rica seda propiedad de Ursúa, amén de otras joyas.

Unos veinte días después de su destitución como maestro de campo, aprovechando la circunstancia de hallarse ausentes dos muy nutridas expediciones de reconocimiento, Aguirre presentóse a Guzmán a denunciarle las intenciones que, según él, tenía La Bandera de matarle, hacerse general en jefe y nombrar maestro de campo a Cristóbal Hernández. Por lo tanto, Guzmán debía pronto decidir lo que más le convenía.

Fernando de Guzmán consintió en el crimen sugerido por Aguirre. A la mañana siguiente, invitó a su bohío para una partida de naipes a La Bandera y Cristóbal Hernández, que, como buenos soldados, eran jugadores empedernidos. En compañía de algunos camaradas, La Bandera y Hernández comenzaron a jugar al primera (1). De pronto, Aguirre, al mando de ocho arcabuceros penetró en el bohío. Allí mismo murió La Bandera cosido a puñaladas. En

(1) Juego de naipes, en que se dan cuatro cartas a cada jugador: el siete vale 21 puntos; el seis, 18; el as, 16; el dos, 12; el tres, 13; el cuatro, 14; el cinco, 15 y las figuras 10. La mejor suerte y con que se gana todo es el flux.

cuanto a Cristóbal Hernández, al que los cronistas asignan fama de renegado y mal cristiano, amén de autor de muchísimas crueldades en tiempos de Pizarro, pudo escapar, pero sólo obtuvo una atroz prolongación de su agonía. Porque los esbirros de Aguirre lo persiguieron dándole muchas maneras de muerte, a lanzadas, estocadas, puñaladas, cuchilladas y hasta a pedradas, porque en su desesperada huida, sin dejar de pedir confesión a gritos, se echó al río, en donde finalmente murió ahogado, mientras de la orilla le disparaban arcabuzazos. «Parece —concluye el soldado Zúñiga con profundo sentido— que fué permisión de Dios le diesen tantas maneras de muertes, porque siendo en Perú muy cruel, mataba a muchos de muchas maneras de muertes, y todas las que él daba le dieron a él juntas cuando le mataron».



EL JURAMENTO Y LA FIRMA DE PAZ Y AMISTAD

A partir de este momento, Lope de Aguirre es el dueño y señor absoluto del campo. La autoridad de don Fernando de Guzmán sólo es efectiva en tanto sirva a los designios de Aguirre. Este prosigue su táctica de halagar los bajos fondos de la expedición, que es como decir la gran masa de los expedicionarios y acrecienta su ya nutrida guardia personal, a la que provee de armas cuantiosamente.

Decidido a llevar su proyecto hasta el fin a toda costa, desconfía particularmente de los caballeros y de cuantos por la nobleza de su origen o de su carácter, piensa que le repudían en lo íntimo de sus conciencias. Vigila celosamente el gesto de todos. Nada de cuanto se hace o se dice en el campamento se le escapa. Aguirre, a pesar de su optimismo, respira sospecha. Su mirada encarnizada hiende en dos los corazones. Aguirre penetra hasta los pensamientos. Por esa su potencia de adivinación, natural en quien como él vive constantemente al acecho, llegarán los soldados a decir que Aguirre tiene pacto con el demonio.

Por otra parte extrema su afabilidad con los adictos; su rostro tallado a cuchillo dibuja lisonjeras sonrisas a los incondicionales. El soldado Hernández manifiesta que Aguirre «mostraba mucho regocijo, andaba cobrando amigos, dándoles de lo que tenía, mostrábase afable con todos los soldados y ciertamente en aquel tiempo hiciera mil soldados si los hubiera».

Aguirre necesita imponer sobre la tropa la constante coacción de su persona. Por eso mismo, para tenerla mejor dominada, gusta de organizar aparatosas revistas y paradas. Domina como quiere a la tropa reunida. Es buen comediante, maestro consumado en el arte de la farsa. Es un megalómano que conoce por instinto que lo teatral sirve para sostener los espíritus y responde a una necesidad de la guerra, porque una guerra sin teatralería no puede mantenerse, terminaría muy pronto.

Lope de Aguirre responde con exactitud prodigiosa al tipo del sténico trazado por el psiquiatra Ewald. El sténico de Ewald, lo mismo que Lope de Aguirre, es un tipo movable, inquieto, agresivo, fácilmente explosivo. Se encastilla en sus puntos de vista hasta el monoideismo, hasta el fanatismo. Idea que aprehende es idea que en seguida debe pasar a realizarse. Aguirre, como el sténico de Ewald, siente impulsos primitivos que lo convierten en un ser tiránico, ávido de dominio, brutal, ambicioso, obstinado, intratable, pendenciero, suyo, violento, cínico, vindicativo, irritable e irascible, extremadamente agresivo, juguete de fuerzas instintivas.

En los sténicos puede darse perfectamente la capacidad de entusiasmo y exaltación. En realidad —y esto acrecienta más todavía la semejanza con el tipo tan certe-

ramente observado por Ewald— Aguirre participaba del entusiasmo en muy alto grado. Cuando se dirigía a la tropa reunida se transfiguraba.

Aparte otras cualidades de gran soldado, como, por ejemplo, su extremada resistencia a la fatiga, de esa capacidad de apasionamiento procedía sobre todo su ascendiente sobre los soldados. Sus discursos los comenzaba con las palabras: «Caballeros y soldados hermanos míos...». También inventó más tarde el apelativo de marañones con que muchas veces se les dirigía al arengarles, vinculándolos así, con admirable acierto evocativo, a los parajes de su rebeldía.

Naturalmente, Aguirre volvió a ocupar el puesto de maestro de campo una vez muerto La Bandera. Uno de los primeros actos organizados por Lope después de su reposición, fué el de proclamar de nuevo solemnemente general en jefe a Fernando de Guzmán. Aguirre, satisfaciendo de esa manera la extremada vanidad de Guzmán, se imponía él mismo de forma espectacular sobre el sector adicto al finado La Bandera.

El acto, ideado hasta en sus menores detalles por Aguirre, tuvo lugar en la plazuela del poblado. En primer lugar, Fernando de Guzmán se dirigió a los soldados declarando que su aceptación del cargo de general había sido a instancias reiteradísimas de muchos caballeros y soldados y no de su propia voluntad. Encareció la conveniencia de que dignidad de tanta importancia fuese proveída por unánime consentimiento. Esta era precisamente la razón de ser de aquel acto. Guzmán, por lo pronto, manifestaba dejar su cargo a la libre decisión de sus soldados, para que quien no quisiera seguirle lo declarase claramen-

te, pues no se le haría fuerza ninguna. Por último, declaró eximirse de la dignidad de general en jefe, que cedía y traspasaba al que los soldados eligiesen, prometiendo él por su parte obediencia y sumisión al elegido. Y como señal de renuncia, hincando la partesana en tierra, quitóse el sombrero, y apartándose hacia el grupo de oficiales que encabezado por Aguirre estaba a un lado, invitóles a la misma ceremonia. Ellos imitaron su gesto. Pero por si acaso, Aguirre previamente había colocado cerca a su guardia personal con instrucciones bien precisas.

Siguiéronse unos momentos de incómodo silencio que, al cabo, rompió la masa adicta a Aguirre declarando a voces alborotadas que tanto el nombramiento de general en jefe como los demás altos cargos estaban perfectamente atribuídos. Por eso, suplicaban a Guzmán que aceptase de nuevo el cargo usándolo lo mismo que hasta entonces.

Guzmán, después de agradecerles la buena voluntad que le manifestaban y de prometerles a cambio que, con la gracia de Dios, les gobernaría y mantendría en justicia para que sus personas y haciendas fuesen enriqueciendo con las guerras que proyectaban llevar a cabo en el Perú, expuso la notoria frecuencia de soldados españoles que, en las guerras civiles del Perú, se habían visto forzados por sus jefes a sublevarse contra el rey de Castilla en contradicción con sus más íntimas convicciones. Guzmán insistió en que no quería coaccionar a nadie. Aquellos que no quisieran seguirle debían decirlo claramente, porque él les empeñaba palabra de dejarlos en libertad al llegar a la isla Margarita. En cambio, quienes quisieran abrazar su causa, debían jurar y firmar un compromiso solemne, por

lo mismo que él se había solemnemente comprometido a morir en la demanda por todos ellos.

Naturalmente, todos, todos menos dos o tres valientes, dieron en tumultuarias voces su conformidad. Lope de Aguirre les preguntó entonces si concedían poder al escribano Melchor de Villegas para que redactase el compromiso y diese fe y testimonio, y si le daban a él, Lope de Aguirre, poder cumplido para que tomase juramento a dicho escribano en forma de derecho. Era tanto como insinuar que el escribano se limitaría a escribir lo que él le dictase. Pero nadie reparó en esta insignificancia; todos manifestaron su conformidad.

No había tiempo que perder. A la siguiente mañana, domingo, tuvo lugar el acto de la firma con inusitada solemnidad.

Lope de Aguirre, sin duda alguna, poseía el genio de la organización, y poseía también en alto grado el genio de la farsa. Vivía en la farsa como en su propio elemento; tenía la farsantería de los grandes oradores. Sólo él pudo imaginar el programa que tuvo desarrollo a continuación.

En primer término, en la plazoleta del lugar, a la sombra de la tosca cruz que los soldados españoles acostumbraban colocar en los puntos a donde llegaban, don Alonso de Henao, capellán de la expedición, celebró misa. Terminado el Santo Sacrificio, Fernando de Guzmán, sin consentir que el clérigo se despojara de las vestiduras sagradas, dirigió la palabra a la abigarrada formación de expedicionarios. Declaró la necesidad de un juramento lo más sagrado posible para que en adelante hubiera entre todos más conformidad, lealtad y seguridad. El por su parte, como general en jefe, puso sus manos encima del

ara y del misal y dijo que juraba a Dios y a su Madre, la Virgen María, por aquellos Evangelios y ara consagrada, de guardar fidelidad a todos aquellos propósitos que el día antes había declarado. Inmediatamente, Lope de Aguirre y los demás oficiales superiores del campo, repitieron el mismo juramento. Acto seguido, el sacerdote Henao fué pasando por entre las filas portando abierto el libro de los Evangelios para que los soldados fuesen colocando sus manos encima.

Siguióse a continuación un juramento colectivo. Por Dios, la Virgen María y aquellos Santos Evangelios donde pusieron las manos, aquellos soldados de barbas aborrecidas juraron que marcharían unánimes y conformes a la guerra que tenían determinada contra los reinos del Perú, ayudándose y favoreciéndose los unos a los otros sin revueltas ni rencores, haciendo la guerra bien y derechamente, sin que ningún lazo de amor, parentesco, lealtad ni otra causa alguna fuese parte a estorbarlo, respetando y obedeciendo en todo momento como general a don Fernando de Guzmán y a sus oficiales, so pena de infames y perjuros.

Quedaba ahora el firmar el compromiso, mejor dicho el firmar los pliegos en blanco, porque la faena del escribano, al dictado de Aguirre, vino a posteriori. Todos pasaron en tropel a firmar, aunque bastantes se escabulleron aprovechándose de la aglomeración, y tampoco faltaron quienes al suscribir los pliegos desfigurasen sus apellidos.

El soldado Zúñiga describe el momento con palabras que constituyen un sugerente retrato de Aguirre: «Estando firmando, estaba el maestro de campo Lope de Aguirre con un rostro airado mirando los que venían a firmar, si

se turbaban o si venían de mala gana y mirando (a) los que firmaban a la cara, para ver cuál se demudaba o turbaba o recibía alteración en su rostro, para conocer cuáles eran los amigos o enemigos; por lo cual todos no osaban mostrar sino muy alegre semblante y decir mucho bien del negocio».

Gonzalo de Zúñiga no sería de los que menos lo ponderaban, porque Lope de Aguirre realizó a su vez otro retrato de este soldado, desertor más tarde de sus filas, como desertor había sido por lo visto anteriormente de otros capitanes rebeldes.

De Zúñiga dice Lope de Aguirre así: «Gonzalo de Zúñiga, de Sevilla, cejijunto, gentil chocarrero». Cuando Aguirre dice de alguno que es de Sevilla no es precisamente para alabarle. Aguirre tiene de los sevillanos, lo mismo que de los franceses, denigrante concepto. La descripción de Zúñiga por Aguirre no tiene desperdicio. Según Aguirre, el gentil chocarrero «se halló con Alvaro de Ho-yón en Popayán en rebelión y alzamiento contra su rey, y al tiempo que iban a pelear dejó a su capitán y se huyó, y ya que se escapó de ello, luego se halló en el Perú, en la ciudad de San Miguel, con fulano Silva, en motín, y robaron la caja del Rey y mataron las justicias, y así mismo se le huyó. Hombre es (Zúñiga) que mientras hay que comer es diligente y al tiempo de la pelea siempre se huye».

Muchos de aquellos soldados podían tratarse de tú a tú. Nada más lejos de mi intención que la defensa de Aguirre, pero esas líneas tuyas demuestran que muchos de los que a su muerte se ensañaron acusándole, tenían su propio tejado de vidrio.

Zúñiga dice que Aguirre miraba a la cara a los firman-

tes. Aguirre miraba de frente. Para él, los incapaces de resistir su mirada eran por definición traidores en potencia. De otro desertor escribió Aguirre estas palabras: «Hombre de bien es si siempre no mirase al suelo, cierto, insignia de gran traidor». Aguirre entiende que el hombre debe mirar de frente; el que no mira de frente es sospechoso.

El obligar a los soldados a la firma tenía para Aguirre una finalidad bien definida: comprometerlos en la empresa de forma irremediable. Para él, los soldados, con su firma de adhesión, adoptaban una postura definitiva, sin retractación posible. Aguirre, lo mismo que los caseros, los labradores, de su tierra natal, concedía a la firma un valor trascendental. Zúñiga, que «siempre se huye», también firmó el compromiso, lo mismo que otros que luego desertaron, «aunque sus firmas —según Lope de Aguirre— no puedan huir». La firma es una firma y allá donde se estampó queda.

A Lope de Aguirre, como a todos los hombres implacables, nunca le faltarán razones en defensa de su conducta por inhumana que ésta sea. En este caso no resistirá al impulso de vengarse de cuantos se desolidarizaron de esta firma impuesta por la coacción. Los considerará traidores. Puesto que estamparon su firma debieron haber cumplido su compromiso hasta el fin. No se le ocurre pensar que él mismo fué el primero en el perjurio.



DON FERNANDO DE GUZMAN, PRINCIPE DEL PERU

AGUIRRE no acostumbraba detenerse a mitad de camino. Antes de abandonar el poblado de los Bergantines, obligó todavía a sus soldados a dar otro paso decisivo en el camino de su rebeldía. Pocos días después de la misa del juramento, Lope de Aguirre, obrando exclusivamente por su cuenta y razón, ordenó formar la tropa delante del aposentamiento de Fernando de Guzmán, ignorante en absoluto del golpe de teatro imaginado por el magnífico comediante que era su maestro de campo.

Lope de Aguirre, de pie en medio de sus soldados, agarrando una lanza para que la altura del arma ayudara su mezquina talla, dirigióse a los soldados con palabras parecidas a estas: «Caballeros y soldados —dijo—. Ya vuestras mercedes han alzado de su libre voluntad y por general consentimiento a don Fernando de Guzmán y él les prometió palabra de caballero que a nadie que no quisiese seguir esta guerra haría fuerza. Y a algunos que no quisieron firmar les hacemos el mismo tratamiento que a nuestros hermanos y partimos con ellos las capas y si al-

gunos de los que el otro día firmaron están arrepentidos, díganlo sin temor alguno que lo mismo haremos con ellos. He llamado a vuestras mercedes porque para que este negocio lleve más autoridad y nuestros enemigos nos teman, es menester y a todos nos conviene que nuestro don Fernando de Guzmán sea desde ahora nuestro príncipe para que luego en el Perú lo coronemos. Y yo os digo que desde aquí me desnato de los reinos de España y niego al rey don Felipe y que no tengo por mi rey al de Castilla, ni por tal lo tengo, ni lo he visto, por vida de tal, pesándome mucho de lo que le he servido y aun de lo que le sirvieron mis antepasados y declaro que no conozco otro rey ni príncipe ni señor natural sino a don Fernando de Guzmán y de hoy más por tal lo tengo y por tal como rey del Perú le voy a besar la mano y aquel que fuere mi amigo haga como yo».

Y Lope, al frente de sus soldados, arrebatados por su palabra vibrante, dirigióse en avalancha al bohío del recién proclamado príncipe del Perú, delante del cual dobló la rodilla al tiempo que exclamaba teatralmente: «Deme vuestra excelencia la mano que es mi príncipe».

Guzmán que parecía espantado alzó a Aguirre cogiéndole de un brazo. A pesar de su resistencia a dar a besar su mano resplandecía de contento. Uno por uno abrazó a todos. Hubo soldado que desenvainando la espada le dijo: «Yo prometo a vuestra excelencia como hijodalgo de servirle con esta espada en la mano mientras la vida me dure».

El envanecido Guzmán no se detuvo a pensar que el mismo que para tenerlo más propicio lo encumbraba a aquella altura vertiginosa, podía a la primera conveniencia

derribarlo. La ambición le cegaba. Vivía en un sueño. ¿De quién emanaba allí la autoridad? ¿Del nuevo y flamante príncipe, o del hombre que hacía príncipes a su capricho? Pero el mozo sevillano, mareado de altura, echando al olvido los anteriores asesinatos, comenzó, todo hinchado de vanidad, a titularse «Don Fernando de Guzmán, por la gracia de Dios, Príncipe del Perú, Tierra Firme y Chile». Al escuchar su nombre los soldados se destocaban, lo mismo que antes cuando se nombraba a Felipe II. Sus órdenes se anunciaban con redobles y vibrantes toques de clarín.

Una de sus primeras medidas consistió en nombrar mayordomo mayor a Gonzalo Duarte. Más tarde haría maestresala a Villena. Adoptó un aire de gravedad. Rodeóse de una corte compuesta de doce gentileshombres y de una sección de arcabuceros que montaba la guardia noche y día. Los pajes de Ursúa le servían, uno de copero, otro de copa y jarro y otro de camarero. Comía solo y servido con ceremonia real. En cuanto a Aguirre le pagó favor con favor: le estipuló un sueldo de veinte mil pesos, y al capitán de la guardia ocho mil. Distribuyó nombramientos: a Martín Pérez de Sarrondo, incondicional de Aguirre, lo hizo sargento mayor en sustitución de Sancho Pizarro a quien tituló capitán de a caballo.

La proclamación de príncipe del Perú verificada por Aguirre no era nada insólita. Lope traduce de forma extremista cierto vago despego hacia la versatilidad ingrata de los reyes sentido por algunos conquistadores. En este aspecto, uno de los primeros desengañados es el solitario y enigmático Vasco Núñez de Balboa, el descubridor del Océano Pacífico, sacrificado por el cruel gobernador Pe-

drarias. Gonzalo Pizarro participa de igual sentimiento, pero no alcanza a dar forma a sus confusos anhelos. La historia del Perú sería hoy bien distinta si Gonzalo Pizarro, después de la victoria de Ñaquito, hubiese escuchado a Francisco de Carvajal aconsejándole coronarse rey del Perú: «Debéis —decíale el demonio de los Andes con visión certera de la realidad— declararos rey de esta tierra conquistada por vuestras armas y las de vuestros hermanos. Harto mejores son vuestros títulos que el de los reyes de España. ¿En qué cláusula de su testamento les legó Adán el imperio de los Incas? No os intimidéis porque hablillas vulgares os acusen de deslealtad. Ninguno que llegó a ser rey tuvo jamás el nombre de traidor. Los gobiernos que creó la fuerza, el tiempo los hace legítimos. Reinad y seréis honrado. De cualquier modo, rey sois de hecho y debéis morir reinando. Francia y Roma os ampararán si tenéis voluntad y maña para saber captaros su protección. Contad conmigo en vida y en muerte, y cuando todo turbio corra, tan buen palmo de pescuezo tengo yo para la horca como cualquier otro hijo de vecino».

Balboa, Gonzalo Pizarro, Carvajal, Hernández Girón, Lope de Aguirre, lo mismo que otros muchos, son hombres a quienes América ha cambiado de raigambre, lo mismo que cambia en su entraña más íntima a los hombres que en ella se refugian hoy en día. Europa es ya para ellos algo muy distante. Todos ellos se consideran americanos exclusivamente.

Tan exclusivamente americanos se consideran que todas las apetencias de los soldados de Lope concluyen en el Perú. Su codicia —el gran resorte de las guerras civiles— tiene objetivos peruanos. Vázquez cuenta cómo

había soldados que llegándose al Príncipe le decían: «Señor, una merced vengo a suplicar a Vuestra Excelencia, y se me ha de aceptar antes que diga lo que es». Y su Excelencia decía luego: «Diga vuestra merced, que a los buenos soldados como vuestra merced nada se les puede negar, esté cierto que lo haré como lo pide». Y así comenzaba el suplicante de la merced y decía: «Ya sabe Vuestra Excelencia lo mucho que yo haré en su servicio, y a ello la razón me obliga. La merced que se me tiene otorgada es que estoy aficionado a vivir en tal pueblo de los del Perú, y allí reside cierto vecino rico que, llegados que seamos allí yo procuraré de hacer menos el tal vecino, y luego sea el repartimiento mío y la mujer que tiene». A esto respondía Su Excelencia con poca vergüenza: «Hacerse ha de esa manera, y téngalo vuesa merced por suyo desde ahora».

Puede existir alguna exageración por parte de Vázquez, pero la escena es típica de guerra civil. La envidia y la codicia, plagas que proliferan preferentemente a la sombra de la guerra civil, movían a aquellos hombres. Y Lope de Aguirre se encargaba de mantener viva la codicia de sus soldados. Ellos serían los amos del Perú; puesto que fueron los primeros en la guerra, serían los primeros en la paz victoriosa cuando ésta llegase.

A todo esto los bergantines fueron botados al agua con los nombres de *Santiago* y *Victoria*. Eran grandes, de unas trescientas sesenta toneladas, planudos y sin cubiertas. Aguirre sentía prisa. Las cubiertas ya se pondrían más adelante. Urgía avanzar. Los bergantines, junto con las canoas auxiliares, se desviaron hacia la margen izquierda del río. Aguirre evita sistemáticamente la margen

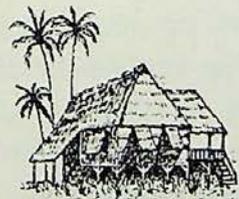
derecha. Los guías habían dicho que Omagua caía por la margen derecha. A Aguirre ya no le interesa El Dorado. Para él, El Dorado se halla en el Perú en mala hora abandonado.

Al cabo de unos cuatro días de navegar por los desiertos brazos de la margen izquierda, la expedición dió de repente en un pequeño poblado asentado en la ribera anegadiza, plagada de mosquitos. Las casas eran grandes y de techo pajizo. Los habitantes habían huído llevándose sus enseres y provisiones. La Semana Santa estaba para comenzar. Guzmán y Aguirre decidieron pasarla en aquel poblado. Aquellos réprobos poseían viva la fe. Convenía celebrar la Semana Santa con devoción y que la gente «se reformase». Al mismo tiempo Montoya podía realizar desde allí expediciones para allegar comida.

Aguirre solemnizó la Semana Santa a su manera. Pedro Alonso Caxco, alguacil mayor durante el mando de Ursúa, hablando un día con un tal Villatoro, quejándose del poco caso que le hacían los sublevados al dejarlo sin cargo, dijo a Villatoro echándose mano a las barbas: «*Audaces fortuna juvat, timidosque repellit*». —La fortuna favorece a los osados y a los temerosos abate—. No hizo falta más. Algún vil soplón corrió con el latinajo hasta Aguirre que, por cierto, sabía ensartar latines en sus cartas y arengas. Además, Alonso Caxco —como dice Zúñiga— «andaba triste» y no menudeaba sus visitas, como otros aduladores, a Fernando de Guzmán. Y el latinajo y la tristeza, que por lo visto no podía disimular, fueron motivo suficiente para la sentencia. «Andaba triste». ¡Pobre Pedro Alonso Caxco! Olvidaba que la tristeza puede en ocasiones ser terrible delito, porque es signo que descubre carencia de adhesión íntima.

Para cuando el flamante Príncipe del Perú apresuradamente intervino para impedir la barbaridad, Alonso Caxco pendía ahorcado. En cuanto a Villatoro, pudo, por entonces al menos, salvar la vida, porque el implacable Aguirre, que no olvidaba las cuentas atrasadas, se encargaría de cobrarlas según acostumbraba.

A instancias de Aguirre seguramente, Alonso de Villena, uno de los asesinos de Ursúa, fué desposeído del cargo de alférez general. Según Aguirre, Alonso de Villena era hombre de paja y poca suerte. El Príncipe, por contentar a Villena, lo hizo maestresala. Y el cargo de alférez general quedó vacante. Ya no mandaba allí sino Lope de Aguirre.



ASESINATO DE DOÑA INES DE ATIENZA

TRANSCURRIDA la Pascua de Resurrección reemprendió la expedición su ruta. Aquel mismo día alcanzaron los marañones un poblado cuyos bohíos cuadrados, cubiertos de hojas de palmiche, se extendían casi dos leguas a lo largo de la orilla. Desde la salida del Huallaga no se había visto población tan grande. Había allí mucho maíz, yuca o mandioca, calabazas de Chile, tortugas y pescado, y, además, un vino que, según un cronista, era el mejor «que se ha visto en las Indias», una especie de mazamorra muy recia y espesa, algo aloque, que precisaba agua porque de otro modo embriagaba fuertemente. Había asimismo muchos manatíes, los sabrosos mamíferos pisciformes de carne y grasa estimadísimas.

Los habitantes, que andaban del todo desnudos, eran pacíficos, aunque con instinto de ladrones. Se apresuraron a ofrecerse a los españoles para sus servicios menudos y contrataban cambio de sus productos.

El río parecía un espejo y reflejaba en su quietud maravillosa el bosque y las casas de la orilla. El cedro abundaba en las cercanías. El lugar era ideal para que los expe-

dicionarios, que tantas alternativas de hambre y hartazgos estaban pasando, restablecieran sus fuerzas. Convínose en terminar la cubierta a los bergantines y subirlos de borda, y, además, la construcción de algunas canoas auxiliares, porque la gente marchaba muy apretada en los navíos. La permanencia en aquel poblado duró cuarenta días prodigiosos en cruentos acontecimientos.

Por lo pronto, Aguirre escogió alojamiento para él y para su guardia hacia la mitad del poblado, cerca de los bergantines, con el pretexto de tenerlos cerca. Más abajo, a lo largo del río, se aposentó Guzmán con su séquito, y por la parte de arriba del río, Montoya con el resto de los expedicionarios. Es decir, que Aguirre se introdujo en cuña entre sus enemigos, con la retaguardia, en este caso los bergantines, asegurada. El quedaba como dueño y señor del campo.

Es indudable que la importancia del papel que representaba iba henchendo la soberbia de Lope. La soberbia constituía en Lope de Aguirre el pecado capital. Cada vez crecía el grupo de aduladores que le cortejaba. Enfrente, los impotentes y resentidos agrupábanse por instinto en torno de Guzmán y Montoya.

Las altas esferas de la sublevación no estaban por lo demás demasiado convencidas del plan de Aguirre. La implacable justicia del Rey, que no distinguía de calidades, se les dibujaba en lontananza. Al fin y al cabo era aquello de que «tan buen palmo de pescuezo tengo yo para la horca como cualquier hijo de vecino», la acerba frase del demonio de los Andes tantas veces repetida por aquellos rebeldes en sus discusiones. La duda les había ya comenzado a trabajar. Ahora veían que el asesinato de Ursúa no había

resuelto nada, sino solamente acarreado como consecuencia otros asesinatos. De persistir en el empeño, llegados que fuesen al Perú, si es que llegaban, ¡cuántas muertes y desastres no se seguirían!

Y después de todo, acaso Ursúa llevaba razón en su terquedad. A lo mejor estaban cerca de El Dorado. ¿Por qué no tratar de encontrarlo, y encontrándolo, «irse a entregar a los ministros de la justicia de Dios y del Rey», implorando el perdón y el olvido de lo acontecido en premio a la magnitud del descubrimiento?

Guzmán convocó junta con todo sigilo para tratar secretamente del caso a espaldas de Aguirre. Esta junta acordó hacer un esfuerzo para descubrir la tierra buena. Pero el obstáculo era Aguirre cuyo engreimiento crecía por momentos. Recordóse por ejemplo cómo días atrás había querido matar al mayordomo mayor del príncipe, a Gonzalo Duarte, que por cierto le era adicto, sólo porque salió del campo sin su permiso aun cuando llevaba permiso de Guzmán. La consecuencia para aquellos hombres era obvia. «Fueron todos de parecer que, pues Aguirre causaba tan gran daño en estorbarles aquello, que lo matasen». ¿Y cómo sería muerto? La cuestión no sería difícil. Enviándolo a llamar con cualquier pretexto, cuando entrase en el bohío le darían entre todos de estocadas.

Pero Guzmán y los suyos eran irresolutos. En aquel momento decisivo, una indecisión de Alonso de Montoya, al servicio, a su pesar, de la justicia inmanente, torció el curso de los acontecimientos.

Alonso de Montoya, conforme con la idea de deshacerse de Aguirre, aconsejó que no convenía matarlo por entonces. Según dijo, Aguirre vendría acompañado de

soldados adictos que lo defenderían sin duda alguna. La refriega originaría muchas muertes. Convenía más dilatar el acuerdo para cuando los bergantines estuviesen terminados, y entonces, llamando a Aguirre al bergantín del príncipe, matarlo más sobreseguero. El atolondrado Guzmán, contra el parecer de la mayoría de la junta, aceptó la proposición de Montoya.

Entretanto Aguirre no se daba un punto de reposo. Hacía sentir su autoridad en todo instante. Lope resumía el campamento. Atendía a la obra de los bergantines y a la reforma e instrucción de la tropa. El número, ya muy numeroso, de sus adictos crecía de día en día. Disolvió las compañías para formar pelotones de cuarenta soldados que encomendó a los capitanes de la expedición. Los pelotones adictos a Aguirre fueron proveídos de las mejores armas. Incluso los soldados equipados a su propia costa pero fibios en su afecto a Lope fueron desposeídos de su armamento que pasó a los incondicionales de éste: «de tal suerte que como crecía la gente de su compañía así crecía su hinchazón y soberbia y quería exceder en el mandar a su Príncipe, y que todos en el campo le obedeciesen y temiesen y acatasen y reverenciasen».

El caso de Gonzalo Duarte, mayordomo de Guzmán, puesto como ejemplo en la junta secreta, manifestó hasta dónde llegaba la megalomanía de Aguirre.

Duarte, en su anhelo de escabullirse de las absorbentes intromisiones de Aguirre, obtuvo de Guzmán una exención que lo ponía a cubierto de cualquier orden no emanada del propio príncipe. Aguirre, al enterarse de esta noticia, prendió a Duarte con ánimo de matarlo. Guzmán en persona marchó al bohío donde Duarte estaba preso y

lo puso en libertad. Entonces, Aguirre, atravesándose en el camino a Guzmán, reclamó a Duarte. Arrodillado ante el sedicente príncipe, Aguirre, desenvainada la espada y fuera de sí, clamaba con voz estentórea horrores de Duarte, merecedor según él de la muerte que pensaba darle con la espada que blandía. Respondióle Guzmán que se reportase, y que si su mayordomo efectivamente era culpable, él, como príncipe y jefe de todos, haría justicia. Intervinieron entonces los demás capitanes y aun el propio Duarte tratando de apaciguar al encolerizado Aguirre. Duarte defendió su derecho a un trato de favor y su derecho a la amistad de Aguirre confesando una villanía, con lo que acertó a apaciguar a éste, al menos en apariencia. Aguirre bien sabía, según Duarte, como él, siendo íntimo amigo de Ursúa, mantuvo en secreto y hasta intervino en el plan de matar a éste. ¿Cómo ahora quería corresponderle tan malamente? De canalla a canalla las cosas se arreglaron por entonces, y todo terminó en unos abrazos espectaculares. Pero otra le quedaba a Aguirre adentro.

Porque ya Lope de Aguirre «andaba tan feroz que nadie osaba hablarle». Ningún pecado se acerca más al orgullo que la ira.

Pocos días después, como la obra de los bergantines fuese acabando y comenzasen los preparativos para la marcha, Aguirre, para que la fuerza cupiese más holgada prohibió terminantemente que ninguno embarcara caja o colchón. El capitán de la guardia del príncipe, Zaldueño, a instigación de doña María de Soto, una mestiza casada que, con anterioridad, había sido amante suya, solicitó de Aguirre permiso para que ella y doña Inés de Atienza embarcasen sus baules y colchones.

Doña Inés de Atienza era ahora la nueva querida de Zalduendo. Según el soldado Hernández, el capitán Zalduendo acosó de tal manera a la Atienza que «vino hacer lo que quiso», a pesar del aborrecimiento sentido por ella hacia los asesinos de Ursúa. Tanto los aborrecía que «ella se holgara que a todos los matadores de Pedro de Ursúa los llevara el diablo». El caso es que Zalduendo, según escribe el mismo soldado, «nunca salía de junto con ella de día y de noche y de esto le pesaba mucho a Lope Aguirre porque (Zalduendo) era capitán de la guardia y nunca le hallaba con don Fernando y decía que bastaba ver a doña Inés de ocho en ocho días».

Aguirre, como era lógico, negóse con ásperas razones a los deseos de Zalduendo que se retiró irritado. Después, apartado ya de Aguirre, dando escape a su indignación, arrojó al suelo su lanza al tiempo que decía: «Mercedes me ha de hacer a mi Lope de Aguirre al cabo de mi vejez. Vivamos sin él, pese a tal, ya que no se puede sufrir sus insolencias y demasías».

Un soplón se apresuró a comunicar este arranque a Aguirre, junto con otras palabras pronunciadas días atrás, medio llorando, por doña Inés de Atienza, en ocasión de hallarse presente al entierro de una mestiza, criada suya: «Dios te perdone, hija mía, que antes de muchos días tendrás muchos compañeros». El soplón insinuó también haber oído a doña Inés que su Zalduendo vengaría la muerte de Ursúa.

¿Quién fué el denunciante? No existen pruebas definitivas, pero sí un indicio. Zozaya, un vasco ruín y de poca presencia aspiraba a doña Inés y tanto odio cobró a ésta que juró venganza contra ella y su nuevo amante.

La profecía de doña Inés no tardaría en tener cumplida realización comenzando por ella misma. Aguirre no quiso más informes para la sentencia, y como por otra parte tampoco era hombre que disimulase sus intenciones, Zalduendo, barruntándolas venir amenazadoras, presentóse a Guzmán para manifestarle sus temores. Guzmán trató de sosegarle y envió al capitán Gonzalo Giral de Fuentes para que apaciguara a Aguirre. Gonzalo Giral se topó en el camino con éste que, acompañado de cincuenta arcabuceros, marchaba ya decidido a matar a Zalduendo. Sin hacer el menor caso de las razones de Giral, prosiguió Aguirre hasta el mismo bohío del príncipe, en donde los esbirros, a pesar de los clamores de éste, en menos que se cuenta mataron a estocadas y lanzazos a Zalduendo.

Inmediatamente, dos de los criminales, Antón Llamoso (1) y un mestizo llamado Hernando de Carrión, obedientes a las feroces consignas de Aguirre, marcharon en busca de doña Inés. La desdichada, adivinando el triste fin de su nuevo amante, había corrido a esconderse en la espesura del bosque virgen con el presentimiento de su propia inminente ejecución.

Pero Llamoso y Carrión, sin hacer caso de sus gritos de espanto al verse descubierta, se encarnizaron con ella a puñaladas, lanzazos y estocadas. Todos los cronistas encarecen la extremada crueldad con que los dos criminales realizaron el asesinato. Hernández dice que «el uno le

(1) En Toribio de Ortiguera aparece la siguiente noticia acerca de este sujeto: «Antón Llamoso, natural portugués, zapatero, el más cruel, endemoniado tirano que los hombres han visto, ministro de Satanás y de todas o las más muertes que este traidor (Aguirre) daba». Jornada del Río Marañón con todo lo acaecido en ella, y otras cosas notables dignas de ser sabidas, acaecidas en las Indias Occidentales, compuesta por Toribio de Ortiguera, natural montañés y vecino que fué de la ciudad de San Francisco de Quito en el Pirú».

dió de agujazos y el otro la tomó por los cabellos y la dió sobre veinte puñaladas y así acabó la pobre señora que era la mayor lástima del mundo». El soldado Zúñiga subraya que aun después de matarla no se hartaban de darle y parece como extrañado de este encarnizamiento con «una mujer tan hermosa como ella era». Porque al decir de cuantos la conocieron era «la más linda dama del Perú». «No hubo persona que después de muerta la viese a quien no incitase y moviese a una de las mayores lástimas y crueldades que en aquella jornada se habían hecho», declara a su vez el P. Aguado, inspirándose en los soldados Vázquez y Alместo (1).

La ferocidad y la lujuria se aproximan a menudo en la genealogía de las pasiones. Aquellos miserables se cebaron en doña Inés de Atienza precisamente por su belleza

(1) Según el poeta Juan de Castellanos, no faltó a las exequias de doña Inés de Atienza quien escribiese en los árboles cercanos:

Conditur his lauris praefulgens forma puellae
Quam tulit insontem sanguinolenta manus.
Gloria sylvarum est extinctum cinere corpus,
Ast homini vivens displicuit facies.

Encubren estos laureles
Aquella que extremo fué
De hermosas y fieles,
A quien sin qué ni por qué
Mataron manos crueles.

Aquesta montaña esquiva.
Se tiene por muy altiva
Con su muerta perfección.
Y el animal de razón
No quiso tenella viva.

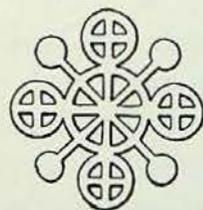
El buen cura de Tunja es sumamente aficionado a inventar en obsequio de sus héroes epitaños parecidos. En el entierro de Ursúa, pusieron en un árbol de la selva, según él dice, estas letras:

Nobilis Ursuae confossi hic ossa quiescunt.
Est aliis vigilans, cura sopita sibi.
Ut sibi consuleret gemitus Agnetis amicae
Nec lacrymae prestant, somnia vana putans.

Ursúa, noble varón
Y capitán señalado,
Aquí yace sepultado
Por aleve y por traición
De su campo amotinado,

Su adversa fortuna quiso
Que muriese de improviso,
Sin recatarse en su vida
Por no creer el aviso
De doña Inés su querida.

extremada; saciaron a puñaladas su insania hacia una hermosura para ellos inaccesible. Y todavía, Llamoso y Carrión añadieron un hediondo final al crimen. Requisaron los bienes de ella y cínicamente se los repartieron, pagándose de esa forma su oficio de verdugos.



LOPE DE AGUIRRE, FUERTE CAUDILLO DE LOS INVENCIBLES MARAÑONES

FERNANDO de Guzmán sólo sobrevivió al nuevo doble asesinato ocho días. Ocho días durante los cuales Lope de Aguirre, premeditando ya su nueva víctima, utilizó con ella alternativamente del desacato desvergonzado y de la doblez servil. Conveníale no dar a entender demasiado claramente su propósito. Tan pronto reprobaba con áspera mordacidad a Guzmán su gula —su insasiable afición a los dulces y buñuelos— y su descuidado vivir, y le aconsejaba no fiarse de ningún sevillano, (1) aludiendo con esto a las personas de que se rodeaba, porque para Aguirre sevillano y falso significaban lo mismo, como se justificaba del asesinato de Zaldueño que, según él, tramaba matarles a entrambos y alzarse con el mando supremo de la expedición.

(1) El consejo de Aguirre a Guzmán relativo a los sevillanos me hace pensar si no será también una alusión al origen vasco del sedicente Príncipe, que era hijo del regidor de Sevilla, Alvar Pérez de Esquivel, y de doña Aldonza Puertocarrero. Esquivel es una corrupción del apellido vasco Aizquibel. El Príncipe, a pesar de su apellido Guzmán, adoptado por el motivo que fuera en aquella época donde privaba la más ancha libertad en la adopción de apellidos, era por consiguiente un Aizquibel.

Probablemente, la idea de asesinar a Guzmán comenzó a penetrar en el alma de Lope con anterioridad al golpe contra Zaldueño y doña Inés. Sin embargo, no debió de creer propicia la coyuntura de la muerte de Zaldueño para asesinar a Guzmán, bien porque éste se hallaba en aquel momento rodeado de mucha guardia, o porque juntamente con Guzmán quería liquidar también a algunos otros.

Por lo pronto, si alguno imaginaba irsele a la mano, que no se hiciera ilusiones de cogerlo desprevenido. Alardeaba sus precauciones. Acrecentó hasta más de sesenta el número de arcabuceros con que rodeaba permanentemente su persona, y por si acaso, para quitarle la punta a las sospechas, publicaba que traía consigo aquella gente para mejor guardar y amparar a Guzmán. Extraña manera de guardar a su jefe.

Guzmán y sus partidarios, para su desgracia, ni siquiera estaban a la defensiva. Dejaban hacer a Aguirre cuanto se le antojaba sin intentar la menor oposición. El bando de Guzmán olía ya a muerto. Fué notorio que dos de los capitanes participantes de la famosa junta en que se trató de desembarazarse de Aguirre, los capitanes Gonzalo Giral de Fuentes, sobrino de Guzmán por cierto, y Alonso de Villena, después de la reunión, marcharon a comunicarle el acuerdo de dilatar su muerte para mejor ocasión, de acuerdo con la propuesta de Montoya.

La hora de partirse se aproximaba. Fernando de Guzmán convocó una reunión de mandos. Entre los convocados estaba Aguirre que, lisa y llanamente, contestó que ya no era tiempo de juntas. Había tomado ya su determinación. El, por su parte, ordenó con un bando que todas

las canoas se concentraran junto a los bergantines, que era como decir, junto a su alojamiento. Con esto cortaba la retirada a sus enemigos. Por otra parte, si fracasaba el golpe que premeditaba, tenía, para huir, el río por delante.

El grupo de adictos a Aguirre fué metiendo disimuladamente en bergantines y canoas todas sus ropas y efectos. Vino la noche, una noche oscurísima según los cronistas, lo mismo que la noche del asesinato de Ursúa. Aguirre dirigióse con su gente hacia la parte de arriba del río, al alojamiento del capitán Alonso de Montoya y del almirante de la mar, Miguel Bovedo. Ambos estaban bien ajenos a su inminente fin. Los esbirros de Aguirre muy pronto dieron cuenta de los dos a estocadas.

Inmediatamente, el grupo de asesinos comenzó a dirigirse hacia el alojamiento de Guzmán. Aguirre, en el camino, iba diciendo a la gente que el objeto que allí les llevaba no era sino el de matar al capitán Serrano de Cáceres, y a Duarte, el mayordomo mayor del sedicente príncipe del Perú y Tierra Firme, de quienes había sabido que, lo mismo que Montoya y Bovedo, pensaban sublevarse contra el jefe supremo. Por lo tanto, nadie debía tocar el pelo de la ropa a Guzmán. Convenía tener cuidado muy particular de no herirle. Tan convencidos estaban los soldados de las mentirosas palabras de Aguirre, que algunos sugirieron la conveniencia de aplazar el nuevo golpe hasta el amanecer, no fuera que la noche, negrísima, fuera ocasión de equivocaciones irreparables. Aguirre asintió, no sin antes establecer centinelas que impidiesen el paso de posibles avisos a Guzmán. Además, reforzó la guardia de los bergantines. Porque la verdad era que tenía com-

prometidos al donostiarra Sarrondo y a otro sujeto llamado Juan de Aguirre, para el asesinato de Guzmán.

Al amanecer, Aguirre y sus incondicionales cercaron la casa del pobre príncipe. La guardia de éste no opuso resistencia; al fin y al cabo, se trataba del maestre de campo. Guzmán, al sentir la proximidad de Lope de Aguirre salió en camisa a la puerta, y, medrosamente, le preguntó el motivo de aquella alteración. —«¿Qué es esto, padre mío?». Aguirre le respondió secamente: «Asegúrese vuestra Excelencia». Sarrondo y Juan de Aguirre comenzaron con prontitud a asestarle de puñaladas. Don Fernando de Guzmán, enloquecido, huyendo de sus asesinos, se tiró al río, en donde lo remataron a arcabuzazos.

Entre tanto los demás arremetieron contra los capitanes Miguel Serrano y Gonzalo Duarte. El capellán Henao también resultó muerto; lo mató el propio Lope de Aguirre. El soldado Acuña, al declarar más tarde ante la Audiencia de Santo Domingo, dijo a este respecto que «el Aguirre en persona con otros tres, que eran García Navarro y García de Chaves y otro, entró en casa del clérigo que llevaba el dicho Aguirre consigo, y le dió Lope de Aguirre en persona de puñaladas, y que oyó decir al dicho Lope de Aguirre que lo había muerto por yerro pensando que era el capitán Miguel Serrano». Pero la equivocación, que, sin duda, debió de afectarle, porque Henao era su camarada en campañas anteriores, no disminuyó su furor. Una hora más tarde añadió otra muerte: la de Baltasar Toscano, «un soldado muy bueno», según Alvaro de Acuña. Aguirre lo mandó matar «porque le dijeron que se quería alzar con un bergantín».

Y después de la purga, discurso al canto. «Caballeros

soldados —dijo en sustancia Aguirre—. Nadie se alborote, porque la guerra trae consigo estos disgustos. Hasta aquí nuestros asuntos no pasaban de muchacherías, pues muchacho bien mozo era el que nos mandaba. Ahora se hará de veras la guerra, pues no hay nadie que nos vaya a la mano. Lo que yo pretendo es ver a nuestras mercedes muy prósperos y ponerles el Perú en las manos para que allí corten a su voluntad. Déjenme a mi hacer, que yo haré que el Perú sea señoreado y gobernado por marañones, y ninguno de todos vuestras mercedes ha de haber que en Perú no sea capitán y mande a las demás gentes, porque de nadie me tengo de fiar sino de vuestras mercedes. De todo lo que hasta aquí he hecho, muy larga cuenta y disculpa podía dar, más no quiero al presente tratar de ello y solamente quiero que nadie hable de oído ni en secreto, porque vivamos seguros y sin motines. Y ténganme buena amistad, que yo haré que salgan del Marañón otros godos que gobiernen y señoreen a Perú, como los que gobernaron a España».

Por vez primera, Aguirre se dirige a sus secuaces con el apelativo de marañones, con el que les hace pasar a la historia. Marañones, hombres del río Marañón, según el sobrenombre del capitán Orellana a la intrincada maraña formada en algunos parajes de su curso por el mar Dulce, el futuro río de las Amazonas.

Aguirre, como cualquier jefe político, ofrece a sus hombres la felicidad, según ellos la entendían, es decir, la posibilidad de hacer y deshacer a su antojo en el Perú. La desdeñosa justificación de sus crímenes alumbra con lívida luz su orgullosa psicología. Un tirano siempre razona sus delitos. No deja tampoco de ser significativa la prohibición

de hablarse al oído ni en secreto que desliza a sus subordinados.

El discurso fué acogido con gritos de entusiasmo; sus huestes prometieron morir por él, y, desde entonces, el maestro de campo Lope de Aguirre pasó a ser el General Lope de Aguirre, el Fuerte Caudillo de los Invencibles Marañones.

El puesto vacante de maestro de campo se proveyó en la persona de Martín Pérez de Sarrondo. Nicolás de Zozaya ascendió a capitán de la guardia y a sargento mayor un tal Juan González. Un Diego Trujillo y otro que se apellidaba Tirado fueron ascendidos a capitanes y a almirante de la mar un sujeto llamado Juan Gómez. Algunos de estos flamantes oficiales no pasaban de ser en realidad sino marineros y calafates. Aguirre buscaba apoyo en elementos de baja extracción. En cuanto a los restantes oficiales que se salvaron de la purga, a ninguno se le desposeyó del cargo. Un recurso como otro cualquiera para tenerlos falsamente asegurados hasta que les llegara su turno. Porque ¿quién podía contarse seguro al lado de Lope de Aguirre?



DESEMBOCANDO EL AMAZONAS

AGUIRRE todavía permaneció dos días más en el poblado de la matanza, donde por cierto murió también de enfermedad el cura Portillo. Cada vez aparecían más patentes las cautelosas precauciones de que se rodeaba. Estableció su cuartel de modo permanente en uno de los bergantines junto con toda su guardia personal y la gente sospechosa. A los sospechosos conviene tenerlos cerca; así se les vigila mejor. Sarrondo mandaba el otro bergantín con el resto de los expedicionarios.

Durante esta parte de la navegación, Aguirre ya no desembarca sino impulsado por motivos de todo punto ineludibles, y bien apercebido previamente contra todas las contingencias. Ninguno podrá hablar palabra en secreto, ni tampoco, quienes no pertenezcan a su guardia, traspone, bajo pena de vida, el mástil de popa. Si de noche alguno tiene precisión de levantarse, previamente deberá vocear «fulano soy que voy a hacer esto»; porque de lo contrario le va la vida.

En una navegación ininterrumpida de diez días con sus noches fueron recorridas cuatrocientas leguas. El río, a

pesar de dos cordilleras de lomas bastante elevadas que en aquel paraje —indudablemente el desfiladero de Obidos— parecían apretarlo, tenía, no obstante, como dicen los cronistas, anchura incomparable. Iba con grande creciente. Los bergantines navegaban por junto a la margen izquierda. Divisábanse en los montes del confín del horizonte, a mano derecha, humaredas en cantidad. Aquel paraje, sin duda alguna, se hallaba pobladísimo. Según los indios brasiles «dijeron claramente», los bergantines estaban precisamente atravesando el territorio de los indios omaguas. Aquello era Omagua, El Dorado tan ansiado. Una sensación anhelante debió de recorrer a los expedicionarios, incapaces de reprimir añoradizas miradas hacia las márgenes que a la derecha se divisaban imprecisamente a través de la vibración del ardiente vaho del Trópico. Pero Aguirre cortó brutalmente los comentarios; «mandó Lope de Aguirre que so pena de la vida ninguno hablase con los guías ni tratase nada sobre la tierra de Omagua, y así callaban todos...» ¿Qué valía Omagua, El Dorado, en comparación con el Perú? Alcanzar cuanto antes el Perú, aquella su tierra querida, en mala hora abandonada, constituía su obsesión. Probablemente, en lo hondo de las motivaciones de su prisa, que al fin y al cabo fué su perdición, latía un subconsciente de inferioridad anheloso de revancha.

Al cabo de aquellos ocho días, avistóse en la margen derecha un gran poblado cuyos habitantes recibieron pacíficamente a las canoas y piraguas enviadas de reconocimiento por Aguirre. Eran indios aruaquiñas, desnudos del todo, bien agestados y dispuestos; flecheros, caribes, antropófagos. Los marañones la emprendieron con ellos a arcabuzazos y los indios huyeron abandonando sus hoga-

res. Los marañones no pudieron aprehender más que un indio y una india.

Un soldado, Juan Gonzalo Cerrato, para probar si las flechas que usaban estaban envenenadas, picó con una de



Combate entre indios brasileños - (Grabado antiguo)

ellas al indio en una pierna. Procedimiento indefectible que produjo muy pronto la muerte del pobre indio. La deducción era obvia. Más tarde fué apresado otro indio a quien Aguirre regaló hachas, machetes y algunas baratijas. Encargóle además que marchara a donde estaban los otros con la promesa de sus intenciones totalmente benévolas hacia ellos. Pero el jefe del poblado, sin rechazar el ofrecimiento de plano, envió cauteloso a Aguirre dos indios, cojo el uno y manco el otro, añadiendo que el resto de la población se presentaría más tarde.

Además, el lenguaje, desconectado de los otros idiomas de las riberas amazónicas, dificultaba muchísimo el entendimiento mutuo. No había forma de entenderse. De una exploración en las viviendas se dedujo que el maíz, el ñame y la carne humana constituían la base de la alimentación de los habitantes, entre los cuales existían sin duda alguna alfareros notabilísimos a juzgar por las tinajas y ollas de factura delicada que aparecieron.

En la plazoleta del lugar erguíanse dos tablados de siniestra apariencia; en uno de ellos se representaba al Sol con una cara masculina de rasgos distendidos y deformes; en el otro tablado una contrafigura de mujer representaba la Luna. Espantaba la visión de aquel sitio, sacrificadero de víctimas humanas. Charcos de sangre humana, donde se abrevaban miriadas de mosquitos, rebrillaban al sol; miembros humanos crudamente descuartizados, así como huesos mondados, esparciáanse aquí y allá. Parecían implorar mudamente. Había también ollas con carne humana cocida.

La marea, la repunta de la marea, según escribe Carvajal, el cronista de Orellana, la «pororoca», según los indios, llegaba hasta aquel paraje. La mar no podía estar lejos, relativamente lejos se entiende. Aquel saludo del mar todavía distante produjo júbilo general. Precisaba detenerse. Había que enmastelar los bergantines; acomodarles jarcias y velas. La detención duró doce días. Aguirre, durante todo ese tiempo, no desembarcó; al contrario, reforzó aún más su guardia de arcabuceros. Defendidos de cuantas cofas pudieron reunirse, noche y día guardaban a su general con las mechas siempre encendidas.

Aguirre organizaba y mataba. Sus dotes de organi-

zador infatigable resaltaron de nuevo bien patentes. Los marañones trabajaban con fe. Las mantas y sábanas se convirtieron en velas; ciertas fibras vegetales del bosque virgen en jarcias. Pero todas las demoras de Aguirre son fatales para los sospechosos. Una mañana, un soldado flamenco, apellidado Monteverde, apareció ahorcado con un rótulo a los pies de sarcástico laconismo: «Por amotinadorzillo». Luego se difundió la especie de ser el muerto luterano, con lo que la sentencia parecía justificarse más (1).

A Monteverde siguió muy pronto, penduleando con la cabeza doblada y la lengua fuera, Juan de Cabañas, antiguo secretario de Ursúa, uno de los tres que tuvieron la valentía de negar su adhesión a Guzmán. La trágica lista aumenta con el capitán Diego de Trujillo y el sargento mayor Juan González, mientras los amigos de Aguirre extienden que Trujillo y González premeditaban un motín y que el general les ganó por la mano. Según el Padre Aguado la verdad era otra. Trujillo y González, hombres de bien en el fondo, tenían, por su natural afable, algunos amigos, y, por lo visto, no convenía que éstos pasasen de cierto límite. Aguado imputa además a Aguirre el envenenamiento del soldado López Cerrato, traidoramente alcanzado por un tal Madrigal a presencia de Lope de Aguirre, y cuya curación de la herida, supuesta en un principio como mortal, no le convenía.

(1) Aguirre, en su carta a Felipe II, alude a Monteverde así: «Vi (en la isla Margarita) unas relaciones que venían de España, de la gran cisma de luteranos que hay en ella, que nos pusieron temor y espanto, y en nuestra compañía hubo un alemán llamado Monteverde y le hice hacer pedazos. Los hados darán la paga a los cuerpos, pero donde nosotros estuviéremos cree, excelente Príncipe, que cumple que todos vivan muy perfectamente con la fe de Cristo».

En cambio, el soldado Zúñiga, testigo más directo que Aguado, cree en la sedición, y relaciona todas estas muertes, desde la de Monteverde a la de López Cerrato a un intento abortado. Zúñiga dice a este propósito de esta forma: «Estando de partida, se ordenó un motin contra el cruel tirano (contra Aguirre) para matarlo y alzar bandera por S. M: eran los principales en el hecho su sargento mayor Juan González y otro capitán Pedro de Trujillo. El cual dicho tirano lo sintió y supo del demonio, según pareció, porque dijo que a media noche lo había sentido en su corazón. Y luego envió su alguacil mayor del navío donde estaba el Real, que estaban todos en tierra y su sargento mayor con ellos, al cual halló con muchos arcabuceros, diciendo que andaba recogiendo la gente para coser las velas de los navíos. Y siendo de ello sabedor el cruel tirano, lo envió a llamar disimuladamente, juntamente con el capitán Trujillo y Juan de Cabañas, secretario que había sido del gobernador Pedro de Ursúa, y les dió garrote luego en llegando. Y asimismo a otro buen soldado, llamado Juan de Monteverde y también a otro llamado Juan López Cerrato, alguacil mayor que había sido de D. Fernando, al cual mandó llamar y le hizo matar a lanzadas allí dentro del navío». Este relato de Zúñiga tiene más naturalidad, y, desde luego, más unidad que el de Aguado.

Al día siguiente de la represión zarparon de nuevo los bergantines. Las provisiones embarcadas para la travesía estaban constituídas principalmente de maíz y agua. Pero Aguirre no contaba con que la salida al mar había de costarle un verdadero triunfo, y que llegaría un momento en que los marañones tuvieran que atenerse a granos de maíz contados.

Porque los bergantines no podían avanzar sino con las manguantes, al vaciarse el río en la mar. Al término de las manguantes, antes de comenzar las crecientes, que venían de presto, en cejas de agua más altas que una casa, que se anunciaban de lejos con fragor de trueno, precisaba poner los navíos al resguardo de alguna punta para evitar el ser arrebatados por la marea el río arriba. Ni remos ni amarras valían nada contra las olas, «mayores que en la mar». Esta lucha terrible duró cuarenta días. Aun cuando los navíos eran fuertemente asegurados, sucedió más de una vez que la fuerza de la «pororoca» rompiera las amarras y arrastrara a los bergantines, amenazando estrellarles contra las barrancas o los árboles.

Aguirre parece acordarse de estos trabajos cuando en su famosa carta a Felipe II explica las penalidades de esta parte de su viaje por el Amazonas: «Es río grande y temeroso, tiene de boca ochenta leguas de agua dulce, tiene grandes bajos y ochocientas leguas de desierto sin género de poblado, como tu Magestad lo verá por una relación que hemos hecho bien verdadera. En la derrota que corrimos tiene más de seis mil islas. ¡Sabe Dios cómo escapamos de lago tan temeroso! Avísote rey y señor no proveas ni consientas que se haga alguna armada para este río tan mal afortunado, porque en fe de cristiano te juro, rey y señor, que si vienen cien mil hombres ninguno escapará, porque la relación es falsa (se refiere a la leyenda de El Dorado) y no hay en el río otra cosa que desesperar, especialmente para los chapetones de España». Los chapetones, en la jerga de los conquistadores, eran los españoles recién llegados a América.

La trágica lista de muertos aumentó durante esta

parte del viaje. El comendador de la orden de San Juan de Rodas, don Juan de Guevara, a quien Aguirre había bajo su palabra asegurado la vida, fué asesinado en circunstancias repugnantes. Guevara contemplaba el río desde la borda. Antón Llamaso, el fanático verdugo de Aguirre, a indicaciones de éste, asestó por la espalda a Guevara de puñaladas, y después, agarrando al desgraciado por la horcajadura, lo echó al río. Llamoso lo acometió con una espada de punta bota y tanto se prolongaba la muerte que el mismo Guevara rogó al matón abreviara su cometido con otro estoque más acerado. El desgraciado, en los estertores agónicos, demandaba a gritos confesión. Aguirre añadió por todo comentario como justificante de su orden a Llamoso: «Allá irás traidor, que fuiste en el motín pasado para matarme». Su súbita decisión y el comentario que la subraya revelan en Aguirre grande capacidad rencorosa.

¿Estaba Guevara comprometido? La historia de la expedición no lo acredita precisamente de hombre valeroso. Aparece primero como adicto a Ursúa, y después aceptando por un compromiso cobarde un mando de los rebeldes. No alcanzó sino dilatar tristemente su vida por unos meses.

Aguirre acostumbraba exclamar después de cada uno de semejantes crímenes: «Ea, caballeros, macheteros, adelante».

Pocos días después, Aguirre, que deseaba desembarazarse de bocas para la travesía, que presumía larga, hasta la isla Margarita, abandonó en un pequeño poblado desierto a cien de los indios del Perú, pretextando que iban muy apretados. Desde luego, el hambre comenzaba a hacerse sentir fuertemente, pero estos infelices indios

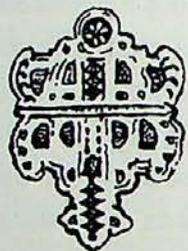
abandonados a su suerte entre antropófagos inspiran profunda conmiseración. De ellos nada más sabemos sino que quedaron en aquellas riberas inclementes. ¿No tenía Aguirre algún modo de compensar aquellas bocas con una estancia más larga en aquellos parajes procurándose alimentos? Su antihumana medida, el crimen de los crímenes de Aguirre, produjo general disgusto entre los soldados, muchos de los cuales vivían amancebados con las indias. Bastantes sintieron impulsos de quedarse con los condenados.

Un negro denunció a los soldados Pedro Gutiérrez y Diego Palomo haberles oído comentar la cruel medida de Aguirre con estas palabras: «Las piezas —es decir, los indios de servicio, los yanaconas— nos dejan aquí: hagamos lo que tenemos de hacer, y no andemos muriendo: en cada punto que paramos nos matan nuestros amigos». Por supuesto, ambos soldados fueron agarrotados. La referencia pertenece a Vázquez y a Munguía; este último añade que Palomo rogaba a Aguirre «por amor de Dios» que no lo matase, que lo dejara vivo entre los indios abandonados, prometiendo a cambio hacerse ermitaño y adoc-trinarlos en la religión cristiana.

Zúñiga declara por su parte que las ejecuciones de Gutiérrez y Palomo fueron anteriores en un día al abandono de los indios. Este dato, a mi modo de ver, no contradice la doble referencia anterior, sino más bien la completa. Gutiérrez y Palomo, lo mismo que los otros soldados, pudieron muy bien verificar su comentario al hacerse pública la decisión de Aguirre, cuya ejecución llevaría naturalmente algún tiempo en realizarse.

Pocos días después pudieron los bergantines salir de

la boca del Amazonas. Dos días más tarde, ya en alta mar, los marañones comprobaron que el agua circundante era todavía dulce.



EN LA ISLA MARGARITA

La travesía de los bergantines desde las bocas del Amazonas hasta la isla Margarita, teniendo en cuenta los marineros, profesionalmente deficientes que Aguirre llevaba, no pudo ser más feliz; duró solamente dieciseis días. El arribo a la isla, según Zúñiga, sucedió la tarde del 21 de Julio; según Vázquez, que precisa más, el 20 de Julio, lunes. Pero Zúñiga es quien tiene razón. Vázquez, equivocándose de fecha, recordó bien el día de la semana: el 21 de Julio de 1561 corresponde a un lunes. Conviene sin embargo advertir que también Zúñiga padeció otra equivocación; atribuye al 21 de Julio la festividad de la Magdalena que corresponde al día 22.

La isla de Margarita, una de las de sotavento en el mar de las Antillas, está situada a treinta y ocho kilómetros de la costa venezolana, frente a la península de Araya. Descubierta en 1498 por Cristóbal Colón que le puso su nombre actual, tiene dieciseis leguas de largo y seis de ancho, con tres puertos principales: Pampatar y Pueblo del Mar, hoy Porlamar, en la parte oriental; y Pueblo del Norte, en la costa septentrional.

El poeta Juan de Castellanos, que, por su antigua y prolongada residencia en la isla, se precia de tener voto en su descripción, en su elogio a la isla Margarita al inicio de la elegía a Ursúa, complaciéndose visiblemente en su composición, la pinta como un verdadero paraíso. Paraje sano, que «ningunos humores malos cría», y en donde

«Hay aguas represadas y corrientes
A lo menos en valles eminentes».

La isla Margarita tenía frescos y amenos bosques, abundosos de toda especie de aves, conejos y venados; anchurosas heredades, bien labradas, «en los lugares más acomodados»; extensas sabanas donde pastaban hatos de ganados y correteaban caballos «de suma ligereza, no grandes, mas trabados y bien hechos» y máximos sufridores de trabajo; criaba variedad de frutas, muy dignas, por su principal calidad, de «ver mesas de reyes»; comida, en fin —carne lo mismo que pescado— abundante, gustosa y salubérrima. Además de todo esto, la isla Margarita «cría de claras perlas abundancia». Los habitantes, recios, fornidos y longevos, vivían sobre todo del producto de la caza y de la pesca.

Las muchas perlas que en la costa de la Margarita se encuentran, así como en el angosto canal que la separa del continente, indujeron a los españoles a levantar en la isla algunos establecimientos así como obras de fortificación, que, más tarde, cinco años antes de la expedición de Ursúa, se vieron a prueba al ser atacados por una fuerte escuadra de corsarios franceses.

En la época de Lope de Aguirre ejercía el cargo de gobernador y justicia mayor de la isla Margarita, el caballero don Juan de Villandrando. El pueblo de Espíritu

Santo, donde Villandrando residía, estaba a la sazón muy bien proveído. Zúñiga, por ejemplo, anota que allí había veinte mil pesos de ropa y cincuenta pipas de vino.

Los pilotos de Aguirre no acertaron a tomar tierra. La ribera fulguraba ardiente en ocres soleados y verdes de palmera. El bergantín de Aguirre surgió cuatro leguas «más abajo del verdadero puerto», del puerto de Paraguachi —llamado desde entonces Puerto del Traidor— y en cuanto al navío de Sarrondo ancló a dos leguas de distancia del primer bergantín. Más tarde, los pilotos, encausados como todos los demás marañones, alegarían que fingieron impericia para perjudicar a Aguirre. Este, como primera medida, para inducir a engaño a los habitantes acerca de la fuerza que llevaba, ordenó subir a cubierta del «Santiago» a los enfermos, los indios que le quedaban junto con los negros, y que el resto se mantuviera escondido.

Entretanto una canoa salió a establecer contacto con el bergantín «Victoria». El soldado Martín Rodríguez, hombre de la confianza de Aguirre, llevaba un aviso secreto de éste para Sarrondo, ordenándole el inmediato desembarco y la muerte, con todo sigilo, del capitán Sancho Pizarro de quien recelaba que aprovechase el arribo a la isla para levantar bandera realista. La canoa del enlace atracó al costado del «Victoria» hacia la media noche. Sarrondo distribuyó las armas y verificó el desembarco. Sobra añadir la desaparición de Sancho Pizarro del mundo de los vivos. En el «Victoria», a la guardia del bergantín y de los enfermos, quedó un solo soldado útil.

Por su parte, Aguirre, cautelosamente, mandó el desembarco de una sección al mando del capitán Diego

Tirado y del almirante Juan Gómez, personas de su absoluta confianza, con la misión de reconocer el terreno y buscar víveres y agua. Previamente, Aguirre les dejó instrucciones. Excepto Tirado, Gómez y otros tres o cuatro soldados, ninguno podría hablar con los habitantes. Caso de hacerlo, declararían que llegaban perdidos procedentes del Amazonas, donde el jefe de la expedición había hallado muerte natural, después de dejar como sucesor a Lope de Aguirre.

Al amanecer, los hombres de Tirado vieron llegar hacia ellos gente a caballo. Eran estancieros margariteños, alarmados, como todos, desde la tarde anterior, por la presencia de los navíos, que ellos sospecharon de piratas franceses. Pesaba todavía en la isla el recuerdo sangriento de la incursión, cinco años atrás, del pirata Jacques de Soria. Los habitantes, para averiguar la procedencia de los barcos, desplazaron piraguas tripuladas por indios que fueron aprehendidos por Aguirre para utilizarlos como guías.

La visión de gente civilizada, por vez primera después de los largos meses de la espantosa travesía, produjo en Tirado y sus soldados impresión extraordinaria. Se sintieron vivir. Movidos por impulso incontenible, a todo correr fueron a ellos a hincárseles de rodillas, dando gracias a Dios por haberlos por fin traído a tierra de cristianos. En el trasfondo del sincero movimiento de aquellos facinerosos, estaba, junto con la raíz del cansancio, la futura perdición de Aguirre (1).

(1) Para el futuro de Tirado, y para su futura traición, hubiese valido más que hubiese traicionado allí mismo a Aguirre. Pudo haber pasado aviso a su salvo y no lo hizo; «mal cristiano», lo llama Castellanos.

Los habitantes señalaron a los soldados la aguada que buscaban y juntamente con ellos marcharon a donde estaba el «Santiago».

Aguirre salió sólo a recibirlos. Quería comenzar dejando buena impresión. Previamente había desembarcado a todos los enfermos; compuso con cuidado un cuadro doliente. Por supuesto, los soldados permanecían escondidos en el bergantín, o detrás de las matas cercanas. Aguirre, humildísimo y reverencioso, saludó a los vecinos como jefe de gente del Perú maltrecha en una infortunada entrada al río Marañón. Traía la gente perecida de hambre. El cuadro previamente preparado por él corroboraba en un todo sus palabras. Solicitaba un auxilio, que, desde luego, prometió pagar. Añadió que en cuanto sus hombres se rehicieran, pensaba proseguir su ruta hasta Nombre de Dios.

Allí mismo sacrificaron los caritativos margariteños dos vacas. Aguirre correspondió al favor, regalando al vecino Hernández, el principal, un capote de grana con pasamanos de oro, una fuente de plata, así como muchas otras alhajas procedentes seguramente del ajuar de Ursúa. Y los vecinos regresaron al pueblo prometiendo que volverían en compañía de las autoridades a la mañana siguiente y haciéndose eco de las cordiales maneras y la generosidad de Aguirre. Eran peruleros enfermos y muertos de hambre en una malaventurada entrada al Marañón los arribados en navíos a la costa. Pero eran riquísimos; correspondían a los favores con esplendidez inusitada.

En tanto llegaban los auxilios prometidos, Aguirre, que tenía premeditado su plan, pero que aguardaba con alguna preocupación la llegada de las autoridades, hizo

agarrotar en secreto a los capitanes Diego de Balcázar y Gonzalo Giral de Fuentes, a quienes también sospechaba realistas. La muerte de Balcázar ocurrió sin novedad. Giral, en cambio, al adivinar la intención de sus matadores, solicitó confesarse. Al negarse Aguirre a la demora, Giral comenzó a dar voces, y entonces el estrangulamiento tuvo una variación; Giral fué muerto a puñaladas (1).

Al amanecer del día siguiente, el justicia mayor de la isla, don Juan de Villandrando, con el alcalde de la villa de Espíritu Santo, Manuel Rodríguez, y los vecinos principales, se trasladaron a caballo, junto con un convoy de víveres a las inmediaciones de donde estaba anclado el bergantín de Aguirre. Debemos creer su gesto inspirado en sentimientos de cristiana solidaridad, a pesar de los cronistas que lo sospechan inspirado en la codicia, aguijada por la vista de los regalos del día anterior, o que también, reprochan a Villandrando y las autoridades, credulidad excesiva ante las primeras declaraciones de Aguirre. Esto último, en todo caso, arguye ingenuidad, y a nuestro modo de ver, corrobora la nobleza de las intenciones de Villandrando y de sus compañeros que, llevados de su ánimo generoso, incautamente marchaban a ponerse al alcance de los zarpazos del taimado guipuzcoano.

Los hombres de Aguirre hallábanse ya desembarcados en la playa. La mayoría tenían las cotas disimuladas bajo camisetas; otros, escondidos en las anfractuosidades del terreno, estaban con las mechas de los arcabuces pre-

(1) Luis de Roa y Ursúa, transcribe en su obra «El Reyno de Chile» una ficha extraída del Archivo de Indias, que dice así: «Guiral Gonzalo vec. y nt. Sevilla, soltero, hijo legítimo de Juan de Fuentes y de D.^a María Guiral, pasó a Chile como criado de Alderete en la nao de Cristóbal Alonso el año 1555.

paradas a punto. Los enfermos, las mujeres y los indios e indias aparecían tendidos en un cuadro abigarrado, «dando a entender venir enfermos». Aquel grupo proyectado sobre las límpidas lejanías del abierto fondo del horizonte, producía una impresión de derrota.



Soldados de la época (Grabado antiguo)

Aguirre «recibió con mucho amor y humildad» a Villandrando y demás autoridades; los saludó gorra en mano con una reverencia y comenzó a repetir la historia encargada decir por él el día anterior a Tirado y a Gómez. El, Aguirre, era el sucesor en el mando de la desgraciada expedición de Ursúa, fallecido de muerte natural durante la desastrosa jornada. En esto, un enlace de Sarrondo que, durante la noche, de acuerdo con sus órdenes había cautelosamente tomado con sus arcabuceros posiciones

estratégicas, vino a comunicarle que acababan de ser ocupados los accesos al pueblo. Villandrando tenía cortada la retirada. Las palabras de Aguirre adquirieron al momento un tono de firmeza y de solemnidad.

«Caballeros —dijo entonces en sustancia—: nosotros vinimos de los reinos del Perú a la jornada de El Dorado por el río del Marañón abajo, y matamos a Pedro de Ursúa, nuestro gobernador, por malos tratamientos que en nuestras personas nos hacía, y acordamos volvernos a nuestra tierra que es el Perú, y para pasar allá no puede ser con las armas en las manos, y para esto conviene que vuestras mercedes sean nuestros prisioneros».

Y en diciéndolo, agarró la guarnición de la espada del atónito Villandrando. No hubo resistencia; no pudo hablarla. Todos los soldados, los presentes y los que estaban escondidos, secundando el gesto de su general, cercándolos a todos procedieron a desarmarlos.

Aguirre y sus segundos montaron sobre los caballos de los prisioneros. Estos fueron invitados por él a subirse a las ancas. Al principio, Villandrando rehusó, pero luego terminó por aceptar. La columna comenzó a dirigirse al pueblo de Espíritu Santo. Y cuando los soldados de Sarrondo, el maestro de campo, al mando de los ciento treinta soldados embarcados en el «Victoria», se juntaron a la columna, extendióse en el camino un griterío de entusiasmo.

Las diez de la mañana serían cuando las tropas de Aguirre, levantando una nube de polvo, llegaban al pueblo de Espíritu Santo (1) caldeado de sol. Los habitantes, a las

(1) Mi querido amigo don José María Benegas Echeverría, en una carta desde Caracas (20-5-47) me escribe acerca de la isla Margarita y del pueblo del Espíritu Santo, la siguiente interesantísima impresión. «Tuve hace unos años el privilegio de ir a la Isla Mar-

puertas de las casitas que reproducían bajo las palmeras del Trópico la estampa de un pueblecito entre castellano y andaluz, contemplaban llenos de asombro el paso de sus mohinas autoridades a las ancas de caballos cabalgados por barbudos de inquietantes cataduras. Con la columna llegaban asimismo otros vecinos cejjuntos y silenciosos que, deseosos de socorrer a Aguirre partieron después que las autoridades, y a quienes los soldados, al toparse con ellos en el camino, luego de desarmarlos, habían despojado.

Prontamente, los soldados se apoderaron de la fortaleza, en donde pusieron presos a Villandrando y sus compañeros junto con otras personas de viso; rompieron la caja de los fondos reales e intentaron inútilmente derribar el rollo, la picota, la columna signo de la jurisdicción judicial que, como en todos los pueblos, presidía la plaza del lugar. Pero el rollo del pueblo de Espíritu Santo era de guayacán, de palo santo, madera durísima, como piedra, y no hubo manera de derribarlo. Y allí quedó el rollo en pie, recordando a los marañones el poder real con todo su aparato coactivo.

Un bando del general Lope de Aguirre, Ira de Dios, Fuerte Caudillo de los Invencibles Marañoses, conminó

garita. Un verdadero privilegio, porque eso de andar con unos pescadores debajo del agua tratando de buscar perlas no es cosa que se puede hacer todos los días. El pueblo de que me hablas existe. En su origen se llamaba El Valle. Posteriormente apareció allí una Virgen a la que dieron en llamar la Virgen del Espíritu Santo y de ahí el nombre que todavía conserva El Valle de la Virgen del Espíritu. Es un pequeño poblado, en la parte este de la isla, a unos kilómetros de Porlamar. No queda en el litoral. La Isla Margarita es algo digno de verse. Tiene unas playas preciosas, abiertas, en la que da gusto sentarse a respirar la brisa, y por diversos lugares puede uno ver ese fenómeno del espejismo. Los lugareños se dedican a la pesca del tiburón, de perlas, y al contrabando, por su vecindad con las Antillas. Como ves, a profesiones que dejan huellas en los rasgos de los habitantes, gentes sencillas, hechas al aislamiento en que viven, padeciendo una sed, que empieza en la tierra. Si tuviera agua esa isla sería uno de los lugares en que valdría la pena de vivir».

luego bajo pena de muerte a todos los habitantes y estantes de la isla a verificar su presentación en Espíritu Santo, con las armas que poseyesen. El desarme general resultó así cosa fácil. Nadie podría ausentarse sin permiso del general. A esto siguió así mismo la orden de declarar los víveres, mercancías y ganado, su entrega en la fortaleza, y el registro de las casas. Aguirre, dirigiendo la palabra al vecindario, prometió pagar la requisa y dar muerte a quien huyese del pueblo.

El diálogo con el auditorio constituía una característica de su oratoria. Para contrarrestar el efecto deprimente de sus amenazas, esgrimió el señuelo alcista. Porque en resumidas cuentas —añadió— no había llegado a La Margarita para enojar a sus habitantes «sino para servirlos». Además, les aseguró «que muy pronto se había de ir y dejarles». Preguntó a cómo valían las gallinas, respondiéndole ellos que a dos reales. Aguirre les mandó que las cobraran a sus soldados a tres reales; los carneros, de cuatro reales subieron a seis; y de parecida manera subió el precio de todos los artículos. Aguirre nunca regateaba el precio. Para mover a los hombres, tocaba siempre el resorte de la codicia. Es significativo que muchos, casi todos, los soldados de guarnición en La Margarita se le juntasen: «le ayudaban en todo, y algunos mejor que sus amigos». Estos felones dieron motivo a muchas de las crueldades cometidas por Aguirre en La Margarita. Como ocurre casi siempre con los desleales, ellos aportaron sus rencores a la nueva causa, con calor redoblado por la inesperada oportunidad. El desleal, casi siempre es un soplón.

Los soldados fueron alojados en las casas de los vecinos, si bien de noche se recogían a dormir en la fortaleza.

za. En compensación de las pasadas penalidades se les repartieron raciones abundantes; «estaban todos a gran vicio».

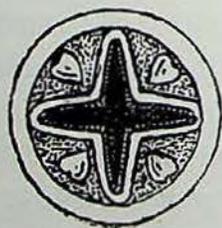
Pero la política de represión con los primeros vecinos fugitivos resultó funesta para Aguirre. Las casas de los huídos, destejadas primeramente, luego, previo desalojo y requisa de los enseres, eran incendiadas. A los fugitivos se les destruían hasta sus sementeras. El resultado fué que, para el final, los habitantes, en más de dos tercios, escaparon al monte. Y hubiesen huído todos, de no mediar la variación represiva de prenderles a los sospechosos las mujeres para dejarlas presas en la fortaleza, en la compañía de su hija Elvira, «a la cual quería y tenía en mucho». A menudo surgen en los broncos relatos de la expedición estas alusiones al cariño ciego de Aguirre a su hija.

El soldado Zúñiga, que, a poco de desembarcar, huyó de las filas rebeldes al monte, y a quien principalmente seguimos en esta parte del relato, refiriéndose a la conducta de Aguirre con las mujeres, añade: «Nunca jamás se halló hacer fuerza ni deshonra a ninguna, antes las tenía muy a recaudo y seguras de ningún mal; y de sus honras tenía el tirano (Aguirre) una cosa por extremo, que las que eran honradas mujeres las honraba mucho, y a las malas las deshonoraba y trataba muy mal».

Vázquez, huído también junto con Zúñiga, en su larga lista de acusaciones contra Aguirre, incluye la de «lujurioso». Sin embargo, entre los pecados del guipuzcoano no parece contarse la lujuria; en este particular sus reacciones son de puritano más que otra cosa, con todo lo que el puritanismo tiene de implacable y de cruel.

A este propósito, el cronista anónimo nos penetra en

la intimidad de las relaciones de Aguirre con su hija. Lope de Aguirre, según este cronista, quería a su hija más que a su vida. Pero este soldado anónimo compadece a Elvira de Aguirre; acaso la ama: de la compasión al amor existe poquísima distancia. El cronista anónimo observa que también el entrañable amor de Aguirre a su hija participa de sus frecuentes furoros, porque «más era aquel querer del diablo» que otra cosa. Este cronista, oprimido por la piedad, observa que Aguirre, con querer a su hija tanto, «poca ocasión había menester para matarla, o descalabrarla, o cortarle los cabellos...». Estas palabras entran en la línea de la tragedia futura. Aguirre, que honraba a las prisioneras poniéndolas junto con su hija, la más triste prisionera entre todas en realidad, muchas veces descargaba su furor en la pobre Elvira, increpándola: «por vida de tal bellaca que tomáis las mañas de las vecinas de La Margarita». Las mañas, es decir, las picardías y malas costumbres de aquellas mujeres cuya liviandad se transparenta en las poesías de Juan de Castellanos.



DEFECCION DEL CAPITAN MUNGUIA

EL mismo día de su llegada al pueblo de La Margarita, envió Aguirre al capitán de su guardia, el vasco Pedro de Munguía, en una piragua grande de tablas, al mando de veinte soldados, a Maracapana, en tierra firme de Venezuela, con orden de prender al dominico fray Francisco de Montesinos. En sus primeras conversaciones con los vecinos de La Margarita supo Aguirre cómo en Maracapana se hallaba Montesinos, Provincial de los dominicos, el cual con un barco muy grande y bueno, además de bien artillado, pretendía descubrir por la región de los indios aruacas y de Guayana, territorio que, como el mismo capitán Munguía, apenas repuesto de una desastrosa aventura, dice, con candorosa ingenuidad, «es el Dorado que todos andan buscando».

Aguirre apetecía el navío y los soldados de Montesinos. Un esclavo negro llamado Alonso de Niebla acompañaría como guía al capitán vasco. Este negro, al pasar por la Punta de las Piedras, debía hacerse cargo de un barquito allí anclado y cargarlo con doscientas arrobas de pescado salado que su amo, Rodrigo de Niebla, tenía en las inmediaciones.

De camino, Munguía tenía que apoderarse de otro barco, cuya escala en Punta de las Piedras le fué avisada por Aguirre, barco que era propiedad del comerciante Plazuela, y que procedente de Santo Domingo se dirigía al puerto del pueblo de Espíritu Santo, ignorante de las novedades aquí ocurridas. Aguirre captó en el acto todo cuanto ocurría a su alrededor.

Uno de los veinte soldados de Munguía, el alférez Juan Martín, había recibido de Aguirre instrucciones secretas de matar a Montesinos con la promesa de «que si lo hacía lo haría hombre». Esta referencia corresponde a la declaración del marañón Acuña ante la Audiencia de Santo Domingo y conviene con la relación del capitán Munguía con una pequeña diferencia de matiz. Porque del relato de este capitán se deduce que la orden de matar a Montesinos la comunicó Aguirre a los dos, a Munguía y a Martín, aunque su ejecución material correspondiese al último.

El aborrecimiento de Aguirre a los frailes, dominicos y franciscanos sobre todo, llegaba hasta extremos furiosos. Su odio a los frailes excluía únicamente a los mercenarios, «porque decía él (Aguirre) que éstos sólo no se extremaban en los negocios de Indias».

Por la tarde, Munguía, que luchaba entre dos sentimientos dispares, abordó el navío de Plazuela. Apoderóse del barco, y metiendo en él cuatro de sus soldados como tripulación de presa, lo expidió a Aguirre. Uno de los soldados era Custodio Hernández, que no debió de parecer a Munguía hombre de confianza para lo que estaba premeditando. En cuanto al barquito del pescado, Munguía dijo al negro convenirle más que la piragua, y cargando

en él barriles y botijas de agua, además de treinta arrobas de salazón, a la puesta del sol fondeó en la punta de la península de Araya, en tierra firme de Venezuela.

Una vez desembarcado, Munguía, decidido ya a abandonar a Aguirre, descubrió a sus soldados sus sentimientos realistas. Convenía marchar cuanto antes a Nombre de Dios para dar aviso de lo que ocurría. La suerte de Aguirre estaba ya echada con la determinación de Munguía; ya no era posible la sorpresa que pretendía.

No hubo unanimidad entre los soldados, pero Munguía se impuso, y aquel mismo día, ya oscurecido, fondeaba el barco de este capitán en Maracapaná. Pero ni el Provincial ni su navío se encontraban en aquel momento allí; a las preguntas del capitán vasco respondieron que en vez de Montesinos estaba el dominico fray Alvaro de Castro. Munguía, después de explicar a este religioso las novedades de La Margarita para que diese cuenta de ellas al Provincial, pidióle una brújula para proseguir el viaje «porque así convenía al servicio de Dios y de su Majestad».

Pero fray Alvaro de Castro pertenecía a la especie de frailes del descubrimiento de América, como muchos otros era un soldado con sayal, lo mismo que muchos soldados eran frailes con armadura, y afectando creer el relato de Munguía, lo invitó a cenar en compañía de los siete u ocho soldados que con él habían desembarcado. Cuando Munguía y los suyos confiadamente se sentaron a la mesa, fray Alvaro de Castro, ayudado de soldados suyos, les conminó a rendir las armas y a constituirse presos hasta la venida del Provincial. «No estaban seguros de nosotros», dice Munguía resumiendo filosóficamente la situación. El capitán vasco no opuso resistencia: al contrario, indicó el

sitio a popa de su barquito donde los soldados que allí quedaron de guardia tenían las armas, en total, once arcabuceros, dieciseis espadas, dos cotas y una lanza.

A su vez, fray Francisco de Montesinos, al regresar, tampoco se anduvo en chiquitas. La noche del 25 de julio, día de Santiago, una formación naval aprestada a toda prisa, zarpaba de Maracapana rumbo a la isla Margarita. Estaba formada por el navío destinado por el Provincial a la expedición a Guayana, provisto de bombas, ollas de alquitrán y otras materias inflamables, el barco de Munguía, de ocho remos, con dos cañoncitos a proa y seis arcabuceros, una piragua de indios tripulada por algunos españoles, y el batel del navío de Montesinos, arbolado a modo de patache ligero y armado de dos cañones pequeños, llevando además otros seis arcabuceros. Los hombres reunidos por Montesinos sumaban más de cien, y entre ellos, como es natural, se contaban Munguía y sus soldados.

La expedición de Montesinos, a lento andar, no tomó tierra en la Punta de las Piedras hasta el día 31 de julio. El día anterior, Montesinos había enviado al capitán de su navío, Diego Hernández, en la piragua de los indios, tripulada por españoles, a reconocer si la piragua de Munguía permanecía todavía en el lugar indicado por éste. Era una piragua de nueve bancos, y el Provincial pensaba agregarla a la formación naval.

Pero la piragua de Munguía estaba quemada. Un indio y una india, ladinos, que moraban en un bohío de la costa, dijeron a Diego Hernández que seis arcabuceros a caballo venían todas las noches a averiguar si Munguía había regresado con el navío del Provincial, y también, el paradeiro de una red barredera que tenía en aquel paraje el negro

Alonso de Niebla. La piragua fué quemada por estos arcabuceros, que, por otra parte, nunca pudieron encontrar la red del negro con hallarse ésta tendida en la playa.

Los arcabuceros del fraile Montesinos desembarcaron a la mañana siguiente. Por el momento sólo se trataba de hallar una aguada; ésta distaba media legua de la costa; en embarcar dos pipas de agua se ocupó todo el día.

El día 2 de agosto por la mañana hubo otro desembarco; esta vez, los soldados, desde un punto estratégico, se pusieron a esperar la venida de los marañones o de vecinos de la isla. Al poco rato aparecieron a caballo tres de éstos; uno era Gaspar Rodríguez, uno de los estancieros que encontró el capitán Tirado en su primera correría por la isla. Al invitarle los soldados a pasar al navío del Provincial, Rodríguez, desconcertado por la presencia en el destacamento de algunos soldados de Munguía a quienes reconoció al punto, temeroso de una añagaza, accedió a regañadientes, pero a bordo, al verse delante de Montesinos «se alegró y pareció que resucitó de muerto a vivo».

Rodríguez dió cuenta al dominico del «estrageo que el tirano hacía en la isla, así en la gente de ella como en la suya (en la gente propia de Aguirre), y en los ganados y casas y ropas de los vecinos, que se habían huído a los montes, con temor de ver su crueldad». Como es natural, el estanciero no era aguirrista. Y decimos esto, porque de la lectura atenta del relato de Munguía, cuya veracidad atestigua el mismo fray Francisco de Montesinos por las órdenes sagradas de que se halla investido, se deduce la existencia en La Margarita de un sector de habitantes adicto a Aguirre.

El Provincial declaró a Rodríguez su propósito de re-

coger, en nombre de Su Majestad, a los fugitivos que quisiesen acogerse a su navío. Le dijo que esperaba todo aquel día y aun el otro, tiempo suficiente para que los escapados a la sierra pudieran llegarse al barco. Pero en vista de que nadie venía, el Provincial, al día siguiente mandó quince arcabuceros y además cinco indios flecheros con orden de penetrar una legua tierra adentro para proteger a los fugitivos.

A todo esto, aquella mañana Lope de Aguirre partió de Espíritu Santo en dirección a la Punta de las Piedras al mando de sesenta arcabuceros de a pie y veinte de a caballo. Unos españoles, carpinteros de ribera, que vivían en el golfo de Carrazo, que, desobedientes al requerimiento que les hizo el dominico, se escaparon al campo de Aguirre, llevaron a éste la noticia de la formación naval del fraile delante de la Punta de las Piedras. El Provincial Montesinos debía de contar con pocas simpatías en la Margarita; parece que una leva intentada allí por él con destino a su expedición a la Guayana encontró la resistencia de los habitantes.

La escaramuza entre marañones y realistas no se produjo; unos y otros se limitaron a observarse. Las fuerzas del dominico reembarcaron tranquilamente. Cuatro días más estuvo Montesinos en aquel paraje aguardando a los que quisieran agregársele. Del relato de Munguía se desprende así mismo que ninguno de los fugitivos en la sierra quiso embarcarse, y que hasta el estanciero Rodríguez prefirió volver a la espesura de la isla antes que acompañar al Provincial.

El mismo Rodríguez, junto con varios otros a caballo, uno de ellos criado de don Juan de Villandrando, llegán-

dose una vez a donde el dominico, le informaron de los rumores que corrían de haber Aguirre dado garrote a Villandrando y sus compañeros la noche anterior a su venida a las cercanías de la Punta de las Piedras, y le rogaron que los aguardase un día porque pensaban regresar acompañados de otros muchos más, si bien dieron también a entender que si se ponía en el morro del puerto cercano a Espíritu Santo, acudirían allí en mayor número.

En realidad, Rodríguez y los suyos, enemigos sin duda alguna de Aguirre, tampoco querían tomar partido de manera definitiva por el Provincial, hasta tanto que viesen de qué lado se inclinaba la victoria. Montesinos estuvo esperándolos en vano todo el día siguiente y la noche inmediata, durante la cual sólo vino un muchacho confirmando los rumores respecto a la muerte del justicia mayor que, en unión del alcalde, Manuel Rodríguez, el alguacil Cosme de León, y los vecinos Cáceres y Pérez, además de un criado del justicia mayor, habían sido agarrotados. Contaba también que Aguirre había así mismo mandado arcabucear a su maestre de campo, y a otro capitán.

A «punto del alba» el Provincial mandó levar anclas para dirigirse al morro del puerto del Espíritu Santo, distancia que tardó en recorrer dos días y dos noches. Al llegar, las embarcaciones izaron las enseñas reales. El día anterior, una piragua que se adelantó a la formación para acercarse al paraje y ver de recoger algún fugitivo, fué descubierta y tiroteada por dos marañones a caballo.

Al parecer, la gente de Aguirre pasó la noche velando en la playa, porque cuando la escuadra de Montesinos se acercó a la costa, los soldados de Aguirre, ocultos en las sinuosidades del terreno, dispararon «una brava salva de arca-

bucería». Vióse desde los navíos cómo los marañones, saliendo de sus escondites, formaban prontamente y descubrían sus banderas: nada menos que tres los de infantería, tres los jinetes, y otras tres a manera de estandartes.

Hubo en los hombres del Provincial un movimiento de asombro; el conjunto, en medio de todo, visto desde el mar, tenía su belleza; las banderas —anota Munguía con cierto asombro— estaban «todas hechas de nuevo, porque él (Aguirre) no tenía sino un estandarte que tomó al gobernador Pedro de Ursúa cuando lo mató». En poco tiempo, Aguirre había proveído de nueve enseñas a su gente.

El Provincial, viendo que la artillería de su barco, desde donde estaba surto, no podía ofender a los marañones, y que los bajíos, abundantes en aquella costa, le impedían acercarse por las dos brazas y media que calaba el navío, intentó un parlamento con Aguirre, mandando que una canoa se acercase tremolando bandera blanca. Pero al ver que los marañones la recibían a tiros, montó sus piezas en dos embarcaciones ligeras. A la primera rociada de los cañoncitos del Provincial, los marañones, desamparando la playa, se replegaron al reparo de las casas del poblado, muchas de las cuales aparecían derribadas y quemadas. Esta primera fase del combate duró alrededor de una hora.

Montesinos, que no se atrevía a desembarcar, varió entonces de plan; recogió su escuadra para dirigir su fuego contra los navíos de Aguirre, el cual, dándose al instante cuenta del riesgo, ordenó a su gente salir de sus reparos con objeto de proteger los barcos. Unos y otros hacíanse fuego muy nutrido, pero con ventaja tan evidente para Aguirre, que el Provincial no tuvo otro remedio que recti-

ficar sus tiros para responder directamente a la potente arcabucería de los marañones.

En esto, los indios guayquerés de la isla, espectadores de la escaramuza desde un cerro como a una legua de distancia, se sumaron a la pelea a favor del Provincial. Unos cien flecheros guayquerés atacaron de flanco a los marañones, pero una carga de los jinetes de estos les obligó a refugiarse en la selva.

La noche de aquel día, 10 de agosto, el Provincial decidió retirarse sigilosamente a su base de Maracapaná. Por un margariteño refugiado en la sierra, que se le acercó en piragua al anochecer, conoció la magnitud de su fracaso y las represalias horrosas ejercidas por Aguirre desde que tuvo conocimiento de la expedición contra él preparada.

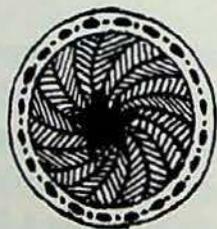
El dominico pensó, mohino, que la sublevación de Aguirre tenía mucha mayor importancia de la que supuso al primer momento. Al día siguiente, después de poner su gente a recaudo para evitar una posible sorpresa, Montesinos hizose a la vela en dirección a Borburata. Reinaban calmas; su navío tardó en llegar a puerto ocho días. Urgía poner sobreaviso a las gentes de Coro y el cabo de la Vela, pero, sobre todo, a las de Nombre de Dios, del peligro que inminentemente les amenazaba. Convenía así mismo marchar sin pérdida de momento a la Isla Española e informar a la Real Audiencia de Santo Domingo del alcance y volumen de la sublevación.

La Isla Española, la isla de Santo Domingo era la metrópoli de las posesiones españolas del mar Caribe; su radio de acción abarcaba en lo eclesiástico, en lo político y en lo judicial a todos los pueblos comprendidos en las

islas y tierra firme bañados por aquel mar. El dominico llegó a la Isla Española el día 27 de Agosto. Llevaba consigo una carta que le había dirigido Lope de Aguirre.

Ya volveremos a penetrar de nuevo en el campamento del oñatiarra, para enterarnos de todo lo ocurrido en el mismo desde la partida del capitán Munguía.

Las malas noticias tienen alas. Desde lo más septentrional de la Nueva España hasta la región meridional de Chile un estremecimiento recorrió por América.



LA CARTA DE AGUIRRE AL PROVINCIAL MONTESINOS

Como recuerdo de la fracasada expedición del dominico Montesinos a la isla Margarita, nos queda un documento, dato precioso para el estudio de la psicología de Lope de Aguirre, una de las tres cartas que de éste se conservan, por cierto, avalorada en este caso por las frases finales de cortesía y la firma ológrafas (1). Aguirre la

(1) Los peruanos Juan B. Lastres y C. Alberto Seguin, en su «Lope de Aguirre, el rebelde. Estudio histórico-psicológico», verifican un ensayo de interpretación grafológica de la firma de Aguirre. Dicen así: «Es un grafismo original, de rasgos personales que nos puede decir mucho. Llama ante todo, la atención la *b* con que empieza la frase. Es una letra sobreelevada, original, no exenta de gracia. Transparenta un amor propio exagerado, producto de un inmenso orgullo y que florece en el deseo de dar la nota particular; un afán decidido de dominación alimentado por una auténtica capacidad de mando hecha de la energía que transparenta la escritura firme y nutrida, de la seguridad expresada por los contornos netos de las letras, de la actividad, intrepidez y ambición que denota la línea ascendente en que se desenvuelve todo el grupo.

Puede afirmarse luego en el autor de la muestra una afectividad variable (variaciones en la inclinación, netas especialmente en las *b* y la *l*), afectividad que es la del excitado, la del hiperemotivo. Esta última característica está subrayada varias veces; hay ligazones arbitrarias, las letras son desiguales en el tamaño (nótese las *a*) y en la forma (las *s* tienen diferente trazado, la *b* es totalmente distinta en una y en otra palabra, la *y* cambia también, lo mismo que la *r*). Esta última característica nos habla claramente de un espíritu falso, falsedad confirmada por las arcadas apretadas de la *m*, y que está unida a un egocentrismo exagerado, a un egoísmo brutal y a una tenacidad firme, como lo dicen las características netamente sinistróginas del grafismo: las *b* y la *d* se enroscan en sí mismas, la *y* engarfa su cola hacia la izquierda, la *g* de la firma culebrea en su afán de quedarse zurda.

envió al Provincial Montesinos en una canoa con un indio el día 8 de agosto de 1561; la fecha de la carta, en viernes, sin indicación del día, parece autorizar esa data.

Dice así la carta:

(En el sobrescrito): «Al Muy Magnifico y Muy Reverendo Señor Fray Francisco Montesinos, Provincial de la Isla de Santo Domingo y Capitán General de Tierra Firme de Maracapaná. Mi señor:

(Y en el cuerpo de la carta): «Muy magnifico y muy Reverendo Señor:

«Más quisiéramos hacer a Vuestra Paternidad el recibimiento con ramos y flores que con arcabuces ni tiros de artillería, por habernos dicho aquí muchas personas, ser muy generoso en todo; y cierto, por las obras lo hemos visto hoy en este día, ser más de lo que nos decían, por ser tan amigo de las armas y ejercicio militar como lo es Vuestra Paternidad; y así vemos que la cumbre de la virtud y la nobleza alcanzaron los nuestros mayores con las espadas en la mano.

»Yo no niego, ni menos estos señores que aquí están, que nos salimos del Perú para el río del Marañón a des-

Hay un rasgo característico: el zigzag que cierra la palabra servidor. Define al hombre. Está gritando su impulsividad que lo lleva a la cólera, a la violencia, a la brutalidad y lo hace fantásticamente activo y movedido.

No todo es así, sin embargo. El grafismo condensado muestra una depresión que la pastosidad del trazo confirma y que se combina con cierta inhibición, denunciada por el variable agrupamiento de las letras, inhibición que lleva a veces hasta la angustia. Lo dicen claramente esas / esa d y la e final de la firma rotas, incompletas, trucas.

La firma es interesantísima. Dos juegos de volutas, netamente sinistróginas, la enmarcan y dos líneas la subrayan: una decidida, punzante, acerada que termina en punta de espada que ataca y la otra ondulante, reptadora y arrastrada, que trata de unirse con la línea terminal sin conseguirlo. Espíritu ostentoso, diríamos, amante de la forma y no desprovisto de gracia. Desconfiado, pero, por sobre todo, orgulloso y de una ambición enorme, ambición que se apoya en la agudeza impaciente de su ironía que se lanza como una estocada y en la sinuosidad arrastrada de su falsedad, que reptan en ondulaciones de engaño».

cubrir y poblar, dellos cojos, dellos sanos, por los muchos trabajos que hemos pasado en el Perú; y cierto, a hallar tierra, por miserable que fuera, paráramos, por dar descanso a estos tristes cuerpos, que están con más costurones que ropas de romero. Mas a falta de lo que digo, y muchos trabajos que hemos pasado, hacemos cuenta que vivimos de gracia, según el río y la mar y la hambre nos han amenazado con la muerte, y así, los que vinieren contra nosotros, hagan cuenta que vienen a pelear contra los espíritus de los hombres muertos.

»Los soldados de Vuestra Paternidad nos llaman traidores. Débelos castigar que no digan tal cosa, porque acometer a Don Felipe, Rey de Castilla, no es sino de generosos y de gran ánimo. Porque si nosotros tuviéramos algunos oficios ruines, diéramos orden a la vida, mas por nuestros hados, no sabemos sino hacer pelotas, y amolar lanzas, que es la moneda que por acá corre. Si hay necesidad por allá de este menudo, todavía lo proveeremos. Hacer entender a Vuestra Paternidad lo mucho que el Perú nos debe y la mucha razón que tenemos para hacer lo que hacemos, creo ser imposible, y a este efecto, no diré nada de ello. Mañana, placiendo a Dios, enviaré a Vuestra Paternidad todos los traslados de los papeles que entre nosotros se han hecho, estando cada uno en su libertad como se estaban, y esto dígolo, en pensar, qué descargo piensan dar esos señores que ahí están, que juraron a Don Fernando de Guzmán por su Rey, y se desnaturaron de los reinos de España y se amotinaron y alzaron con un pueblo en Masquesinango, usurparon la justicia y los desarmaron a ella y a otros muchos particulares les robaron las haciendas y demás; Alonso Arias, sargento de Don Fernan-

do y Rodrigo Gutiérrez, su gentil-hombre. De esotros señores, no hay para qué hacer cuenta, porque es chafalonía, aunque de Arias tampoco la hiciera si no fuese por ser extremado oficial de hacer jarcia. Rodrigo Gutiérrez, cierto, hombre de bien es, si siempre no mire al suelo, insignia de gran traidor. Pues, si acaso ahí ha aportado un Gonzalo de Zúñiga, de Sevilla y cejijunto E. y P, tén-galo Vuestra Paternidad por un gentil chocarrero y sus mañas son estas: él se halló con Alvaro de Oyón en Popayán, en rebelión y alzamiento contra su Rey, y al tiempo que iban a pelear, dejó a su capitán y se huyó, y, ya que se escapó dello, luego se halló en el Pirú, en la ciudad de San Miguel, con Fulano Silva, en motín, y robaron la caja del Rey y mataron las Justicias y así mismo se le huyó. Hombre es, que mientras hay que comer es diligente y al tiempo de la pelea siempre se huye, aunque sus firmas no pueden huir. De sólo un hombre me pesa porque no está aquí, y es Salguedo, porque tenía muy gran necesidad de que nos guardara este ganado, que lo entiende muy bien. A mi buen amigo Mimbrenño y a Antón Pérez y a Andrés Díaz, les beso las manos; y a Monguía y a Arteaga, Dios los perdone, porque a estar ellos vivos, tengo por imposible negarme a mí, cuya muerte y vida suplico a Vuestra Paternidad Nuestro Patriarca, porque, después de creer en Dios, el que no es más que otro, no vale nada y no vaya Vuestra Paternidad en Santo Domingo, porque lo tenemos por cierto que le han de desposeer del trono en que está y para eso, *Cesar o nihil*:

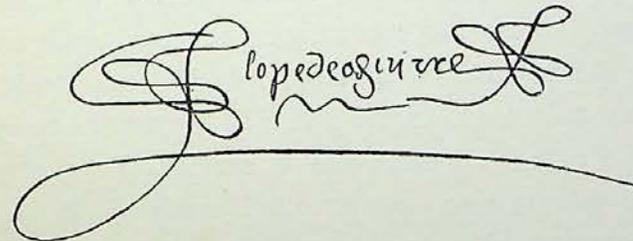
»La respuesta suplico a Vuestra Paternidad me escriba, y tratémonos bien y ande la guerra, porque a los traidores Dios les dará la pena y a los leales el Rey los

resucitará, aunque hasta agora, no veo ninguno resucitado. El rey ni sana heridas ni da vidas. Nuestro Señor la Muy Magnífica y Muy Reverenda persona de Vuestra Paternidad guarde y en gran dignidad acreciente. De esta nuestra fortaleza de La Margarita, hoy viernes.

»Besa las manos a Vuestra Paternidad y servidor.

Lope de Aguirre».

bes alas mis ab p
 y Jerr y de z



Facsimil de la firma de Lope de Aguirre

Esta carta rezuma ironía, amargura, orgullo, odio, deseo represado de venganza, así como también, hasta cierto punto, sensación de propia seguridad. Aguirre escribió, o dictó, esta carta, todavía bajo los efectos de la para él inesperada defección del capitán Munguía.

Aguirre, en la primera parte de la carta, parece, a través de sus giros irónicos, visibles también en los tratamientos del sobrescrito, hacerse eco de los comentarios adversos al Provincial en La Margarita. «Por habernos dicho aquí muchas personas, ser (Vuestra Paternidad: fray Francisco Montesinos) generoso en todo». En su sentido más íntimo, esa frase significa todo lo contrario. Conviene además tener presente que Aguirre, como casi todos los

vascos nacidos a la vida expresiva en vascuence, pensaba en euskera y traducía del euskera. Hay en esta carta, así como en las otras dos de él conservadas, giros literalmente traducidos del vascuence.

«A hallar tierra, por miserable que fuera, paráramos, por dar descanso a estos tristes cuerpos...». Dar descanso, descansar. En el trasfondo del alma de Aguirre, el rebelde, el eterno inquieto, anida el desesperado deseo de una solución definitiva a su vida azarosa. Ese anhelo de reposo constituye para Aguirre una obsesión. Más tarde, en la más famosa de sus cartas, se calificará a sí mismo de peregrino. Por esa ilusión de descansar que invade a cierta edad a los hombres inquietos, marchó todo ilusionado Lope de Aguirre a la expedición a El Dorado en compañía de su hija y de las criadas que la servían. Y Aguirre parece que intenta una exculpación humilde de la tragedia del Amazonas. «Vivimos de gracia»... «los que vinieren contra nosotros, hagan cuenta que vienen a pelear contra los espíritus de los hombres muertos».

Pero en seguida, sin transición, su feroz orgullo sofoca brutalmente esos giros a la vez encogidos y elegantes. «Los soldados de Vuestra Paternidad —pasa Aguirre a decir— nos llaman traidores. Débelos castigar que no digan tal cosa, porque acometer a Don Felipe, Rey de Castilla, no es sino de generosos y de gran ánimo». Aguirre se goza en su rebeldía; profesa el orgullo de su rebeldía. Yo no me humillo ante el Rey, quiere Lope decir, siquiera ese Rey sea el más poderoso del mundo. El nombre de ese Rey, piensa Aguirre, se impone aquí porque lo aceptaron hombres como nosotros, que, luego, a cambio de sus servicios, no han recogido sino desagradecimientos.

No podía aquí faltar, a renglón seguido de irónicas, y al par, infatuadas, alusiones a su profesión de soldado, de soldado que mira por encima del hombro a las gentes de «oficios ruines», la eterna mención de Aguirre a sus servicios, que él juzgaba siempre mal correspondidos. Esta vez hace su apelación plural: hace solidarios de su caso particular a cuantos le rodean. «Hacer entender a Vuestra Paternidad lo mucho que el Perú nos debe y la mucha razón que tenemos para hacer lo que hacemos, creo ser imposible...».

Al orgullo sigue el ansia de venganza. Nada tan cercano al orgullo como la cólera. Lope de Aguirre supone que algunos de los que desertaron al desembarcar en La Margarita están con el fraile, y se complace en desenmascararlos relatando sus turbios historiales. Son frases de acerba ironía que encubren ira contenida. ¡Qué poco durarían todos estos hombres si cayesen al alcance de las felinas garras de Aguirre! La alusión al capitán Munguía y a Arteaga, por su misma calculada frialdad, pone espanto. ¡Munguía y Arteaga, dos vascos en quienes confiaba ciegamente y que le han traicionado en el desempeño de una misión trascendental! «Y a Munguía y a Arteaga, Dios los perdone, porque a estar ellos vivos tengo por imposible negarme a mí»...

La invitación a Montesinos a sumarse a los marañones abre un amplio resquicio al egoísmo brutal de Aguirre, entusiasta del hecho consumado. De tejas abajo, viene a decir Aguirre traduciendo una idea pensada en vascuence, «el que no es más que otro, no vale nada». Lope de Aguirre es uno más de los innumerables carniceros de la historia.

Pero este hombre, de impulsos primitivos, descubre

en seguida, entreverada con una burla, su máxima preocupación. «Y no vaya Vuestra Paternidad en Santo Domingo, porque lo tenemos por cierto que le han de despojar del trono en que está y para eso. *Cesar o nihil*».

Adivina los movimientos de su adversario: lo ve ya informando ante los oidores de Santo Domingo del alcance de la sublevación; quizá él se ve en lontananza asediado de todas partes a consecuencia de las órdenes impartidas desde la Audiencia de la Isla Española. Pero ello supondrá que el Provincial, el «Capitan General de Tierra Firme de Maracapana», pase a un plano muy inferior en la lucha que se avecina. Enviarán a otros para combatirle; Vuestra Reverencia quedará en la penumbra, quiere significar Aguirre. ¿Vale la pena denunciarme para ese resultado? ¿No estaría mejor que la guerra corriese entre los dos únicamente? Porque en este mundo, concluye el gran ambicioso, tentando de ambición al fraile, no ser primero, no ser César, es lo mismo que no ser nada.

El genio sarcástico, el odio, y la obsesión megalómana de Aguirre, despléganse de nuevo en el último párrafo de la carta, que no es sino consecuencia del anterior pensamiento. «Tratémos bien y ande la guerra, porque a los traidores Dios les dará la pena y a los leales el Rey los resucitará, aunque hasta ahora, no veo ninguno resucitado. El Rey ni sana heridas ni da vidas». Aguirre, rebelde integral y sin medias tintas, desarrolla en giros increíblemente audaces su pensamiento: «el que no es más que otro no vale nada». Estas frases no son sino variaciones de una misma obsesión. Lope de Aguirre no está enfermo, ni loco; percibe lo que quiere con perfecta lucidez. Diagnosticar a un hombre como loco, como se ha hecho con

Lope de Aguirre, sólo porque sus gestos nos desconciertan, es lo más cómodo, y lo propio de una época como la nuestra que lo considera todo desde un insano punto de vista clínico. Nadie sigue a un loco; un loco inspira piedad y no el apasionamiento que demuestran los cronistas de la aventura marañona. El Aguirre anterior y el posterior al asesinato de Ursúa son idénticos por las trazas, sin que la repentina ruptura de la demencia aparezca visible.

Lope de Aguirre midió todo el alcance de su gesto, la monstruosa herejía que, en un plano humano tangente con lo divino, suponía su postura en aquel tiempo que reverenciaba los valores de la estirpe. Aguirre arremete contra el concepto aristócrata de la vida que por todas partes le rodea: «el que no es más que otro no vale nada». Entre el Rey y él, de hombre a hombre, no existe ninguna diferencia. El Rey, aunque este Rey sea el de Castilla, el Rey más poderoso de la tierra, el Emperador del Orbe como quien dice, es, como Aguirre define con imagen impresionante, un hombre de poder limitado lo mismo que otro hombre cualquiera.



EL HOMBRE DEL ROMANCE

DEJEMOS al Padre Montesinos en Santo Domingo, llenando de sobresalto a los no precisamente bien avenidos oidores de la Audiencia, y nuevamente, acerquémonos, con las precauciones del caso, al campamento de Lope, cuando aguarda todo confiado en el éxito de la gestión encomendada al capitán Munguía. Es incomprensible esta ciega confianza suya en un capitán, que, anteriormente, en ocasión de otro levantamiento, se había también pasado al campo del Rey. El hecho cierto es la seguridad de Aguirre en el regreso victorioso de Munguía a bordo del navío del Provincial. Esta seguridad inspiró su orden de hundir los dos bergantines construídos en el Amazonas, según los cronistas, con el objeto de evitar que algunos pudieran aprovecharlos para huir. Este último motivo acaso influyese en su torpe decisión, pero, seguramente, los navíos amazónicos, construídos con tanta premura como escasez de medios, no podían compararse con los barcos requisados en La Margarita. Además, la torpeza de los pilotos al arribar, produjo tanto en el «Victoria» como en el «Santiago» desperfectos de mucha consideración. De todas

formas, la quema de sus navíos trastornó los planes de Aguirre, precisado a demorar su estancia en la isla hasta la terminación de otro barco.

Por haberse el capitán de munición Juan Enríquez de Orellana emborrachado el día que entraron en el pueblo de La Margarita, lo mandó Aguirre ahorcar, brutal sentencia que, a primera vista al menos, no parece convenir con la acusación de borracho, dicho más matizadamente, de tomarse «muchas veces de vino», del soldado Vázquez al caudillo de los marañones. ¿Cuál fué el verdadero motivo de la sentencia?

Según Zúñiga, «porque (Orellana) se le quería amofinar y alzar por Su Majestad»; según Vázquez, «porque estaba mal con él (con Aguirre) y porque decían que se había emborrachado el día que entraron en la isla». A juicio de Custodio Hernández, el caudillo marañón ahorcó al capitán Orellana «sin ocasión ninguna», lo cual acaso quiere significar la desproporción entre la falta y el castigo. Por su parte, el cronista anónimo, trasponiendo el nombre de Orellana por el del capitán Iturriaga, sentenciado también a muerte por Aguirre, ilumina el campamento marañón y la sombría disciplina en él imperante con este fugaz destello: «por haberse emborrachado el día de la llegada y dado voces por la plaza». Destello en cierto modo destructivo del concepto común acerca de Lope, porque si no está bien, ni medio bien, ahorcar a nadie por haberse emborrachado, tampoco es admisible un capitán borracho dando voces en la plaza delante de sus soldados.

De todas suertes, la misma matización de Vázquez al considerar la inclinación de Aguirre al vino, revela un deseo de no exagerar, de ser exacto, y puede ser una de

las claves del carácter del caudillo marañón, al que acaso impulsaba muchas veces la exaltación alcohólica. Los dipsómanos pocas veces creen tropezar en falta, y a menudo son ellos mismos quienes más severamente juzgan a los que incurren en su defecto.

Pero no podemos detenernos demasiado en disquisiciones, que, por otra parte, pudieran parecer inspiradas por un deseo justificativo; sigamos el relato al mismo anhelante ritmo de Aguirre, tocado de la infatigabilidad de los maniacos. «Tenía siempre gran guardia en su persona, y de noche, en el pueblo y caminos había muchos centinelas y rondas y soberrondas de a pie y de a caballo, porque no entrase ni saliese nadie sin que él lo supiese».

Pero no hay vigilancia capaz de evitar la deserción del desafecto decidido a desertar. La misma noche del desembarco faltaron a lista cinco soldados: Gonzalo de Zúñiga, Francisco Vázquez, Juan de Villatoro, Pedrarias de Almesto y un tal Castillo.

Aguirre, resuelto a cortar las defecciones, conminó al gobernador Villandrando a firmar mandamientos de prisión contra los desertores. Además prometió a los vecinos doscientos pesos por cada desertor que le trajesen. Los vecinos, instigados por la codicia, o cediendo al miedo de las represalias, le presentaron atados a dos, a Castillo y a Villatoro, que inmediatamente fueron ahorcados. Afortunadamente para esta historia, las diligencias para capturar a Vázquez y a Zúñiga, dos de los futuros cronistas de la misma, fracasaron.

En cuanto al también cronista Pedrarias de Almesto, viéndose acorralado, y, además, herido, optó a los tres

días por entregarse, alegando haberse extraviado por el monte. Pedrarias tuvo la suerte de ser creído por el alférez a quien se presentó, el cual, viéndole herido, contraviniendo la orden de matarlo dondequiera fuese hallado, lo llevó, a las ancas de su caballo, delante de su jefe. El cronista Vázquez concluye el episodio con una inaudita generosidad de Aguirre: «y al fin fué Dios servido que lo dejó, y le amenazó diciendo que pasase aquella, y que mirase por sí». Van dos las veces que Pedrarias salva su vida en último extremo. Aún será perdonado por Aguirre una tercera vez. ¿Qué motivo superior sugería a Aguirre el perdón? ¿No pasará aquí la sombra de un idilio?

La tardanza de Munguía, inexplicable para Aguirre que la imaginaba motivada por algún percance guerrero, excitaba su fanático carácter. «Esperaba cada hora a su capitán Munguía, a quien había enviado a tomar el navío del fraile, y como le parecía que tardaba, tenía la mala señal y estaba triste, y amenazaba de muerte a todos los de la isla, y decía que si el dicho capitán y soldados eran muertos o presos, que había de matar hasta los niños de teta, y asolar la tierra, y por ellos habría de matar mil frailes». Vázquez, de quien es el párrafo, trazó aquí, sin sospecharlo, el diagrama de las violentas curvas del carácter de Aguirre.

Lope, el incansable, que «entendía los más de los días en hacer alardes y formar escuadrones, y poniendo la gente cómo había de pelear», Lope de Aguirre, que bramaba de ira ante la tardanza de su capitán, «estaba triste». Lo cual significa que a sus eufóricos impulsos seguían profundas postraciones. La gloria militar de Aguirre estaba muy cercana a sus flaquezas.

Es sumamente significativo a este respecto el caso del capitán Iturriaga, un vasco, uno de sus mayores amigos. De Iturriaga, hombre de bien en el fondo, le contaron a Aguirre que andaba juntando amigos y que sentaba soldados a su mesa. Una noche, a los diez días de llegar a la isla, hallándose Iturriaga con sus amigos cenando en una posada, llegó Sarrondo, el maese de campo. Iturriaga, que se levantó a recibirlo, quedó tendido allí mismo, atravesado por los disparos de los arcabuceros de Sarrondo. Su cadáver, abandonado hasta la mañana siguiente, fué recogido para el solemnísimo entierro organizado por Aguirre, sin duda pesaroso de su criminal impulso. Los marañones rindieron honores al cadáver de Iturriaga; en señal de duelo los tambores redoblaban roncós, y la bandera del capitán asesinado marchaba rendida, arrastrada por el suelo. O sobraba la muerte o sobraba el entierro de primera. En el fondo, Aguirre transparentaba su desconcierto ante la tardanza de Munguía; este grave contratiempo no había penetrado en sus planes lo más mínimo.

Es seguro que la obsesión que para él constituía Montesinos, subió de punto el tono de sus violentas imprecaciones contra los frailes, a quienes, con excepción de los mercedarios, odiaba de muerte. Que era capaz de cumplir su promesa de matar a todo fraile, no mercedario, que topase, lo declara un arrebató suyo en la plaza de La Margarita, cuando hallándose dirigiendo uno de sus muchos discursos a los marañones, acertó a pasar un fraile, y precisamente dominico. «Y preguntando qué bulto negro era aquél —escribe Zúñiga— le dijeron era fraile, y dándose una puñada en los pechos, dijo: «Mátenlo luego», y mandó a los de su guardia que le tirasen de arcabuzazos».

Sólo las súplicas de los vecinos que, de rodillas, intercedieron por el dominico, salvaron la vida de éste.

Zúñiga descubre así mismo cómo un poco antes, durante el mismo discurso, Aguirre, al ver en el suelo un naípe, un rey de espadas, tuvo otro arrebató de ira. Primero lo pateó; luego, recogiendo del suelo aquel rey de espadas, imagen de la figura odiada del Rey, desahogó su rabia escupiéndolo y profiriendo burlas y reniegos.

Si bien se observa, el texto de Zúñiga ofrece otro detalle sumamente interesante: «Y preguntando qué bulto negro era aquél, le dijeron era fraile...» ¿No revelará esto una posible miopía de Aguirre? Ninguno de los cronistas alude a tal defecto físico; sin embargo, la observación de Vázquez referente a que, en Aguirre, los ojos, «si miraba de hito, le estaban bullendo en el casco», acaso guarden estrecha relación con aquella necesidad de ojos ajenos para identificar a distancia la naturaleza de un bulto negro. Porque Aguirre, en muchos aspectos, tiene la psicología de los miopes, que, o no divisan el obstáculo y se lanzan ciegamente, o sospechan obstáculos en todas partes.

Por fin, a los doce días de estancia en La Margarita, recibió noticias de hallarse el navío del Provincial en un punto de la costa a siete leguas del pueblo, con setenta soldados, entre quienes se contaban Munguía y su destacamento. Era un domingo. Aguirre, decidido a marchar en seguida a donde le señalaban la presencia del dominico, determinó asegurarse la retaguardia con una determinación bárbara; mandó al mestizo Carrión, su alguacil, dar garrote a las autoridades antes de ir a entendedérselas con Montesinos. Los sentenciados fueron cinco: el justicia mayor de la isla, don Juan de Villandrando, el alcalde,

don Manuel Rodríguez, el alguacil mayor Cosme de León, el regidor, viejo manco y tullido, apellidado Cáceres, y el criado del justicia mayor, Juan Rodríguez. Este crimen se hace tanto más odioso al considerar las seguridades dadas por Aguirre a Villandrando y sus compañeros, cuando éstos le manifestaron la inquietud que sentían por la suerte que podría haberles. Pero con Aguirre no cabían seguridades; la última impresión ejercía en él influencia decisiva. La sentencia se verificó en secreto, dándose un breve plazo de preparación a los que iban a ser asesinados.

Y Aguirre, al frente de ochenta arcabuceros, se partió a donde estaba Montesinos, dejando en el pueblo con el resto de la tropa a su maestro de campo, cuyas horas estaban también contadas. Previamente, hacia la media noche, en una estancia de la fortaleza, a la oscilante luz de unas velas que iluminaban siniestramente los cadáveres de las autoridades de La Margarita, dirigió Aguirre a sus tropas un discurso exclusivamente encaminado a penetrarlas de la idea de la responsabilidad contraída al seguirle y lo imposible del perdón real dada la magnitud de los hechos ocurridos. Vázquez pone en boca de Aguirre estas palabras: «Mirad, marañones, qué habéis hecho, que allende de los males y daños pasados en el río Marañón hicisteis matando a vuestro gobernador Pedro de Orsúa, y a su teniente don Juan de Vargas y a otros muchos, jurando y alzando por Príncipe a don Fernando de Guzmán y firmandolo de vuestros nombres, habéis también muerto en esta isla al gobernador de ella y a los alcaldes y justicias que, vedlos, aquí están; por tanto, cada uno de vosotros mire por sí y pelee por su vida, que en ninguna parte del

mundo podéis vivir seguros si no en mi compañía, habiendo cometido tantos delitos».

Para Aguirre, lo más temible son las deserciones, le angustia ir quedándose, poco a poco, sólo. «Era bullicioso y determinado en cuadrilla, y fuera de ella pusilánime». Este juicio del padre Aguado, muy bien puede ser otra de las claves del carácter de Aguirre.

Llegado al lugar que le indicaron, Aguirre sólo alcanzó a divisar en el horizonte el navío del Provincial y el de Munguía que habían ya alzado velas. Entonces, detúvose un rato pensativo. Repentinamente, volvióse a su gente y dijo: «Vuelta, caballeros, que gran mal hay en el pueblo». Para la mayoría de los cronistas, la nueva muerte que sigue fué sugerida a Aguirre por una corazonada, pero para el cronista anónimo, en el fin de Sarrondo intervinieron las sospechas de Aguirre alentadas por una denuncia. Según el anónimo, Sarrondo había en tiempos ejercido la piratería en el Mediterráneo, y Aguirre «le conoció ser más aficionado a corsario por la mar que por tierra».

Aguado es todavía más explícito. Martín de Sarrondo, al quedarse sólo guardando los presos y el pueblo, celebró el último domingo de su vida con algunos soldados «teniendo con ellos muy gran gira y grita y baraunda, y muy gran música de trompetas en la comida, y algunas particulares conversaciones...». Y estas conversaciones, demasiado particulares sin duda alguna, determinaron su muerte.

Un capitán de infantería llamado Cristóbal García, que odiaba a Sarrondo, fué el denunciante de éste. García dijo a Aguirre que Sarrondo premeditaba matarle, alzarse con la gente y los navíos y escapar a Francia. Todo

esto era falso. Lo único cierto de la denuncia era la franchela de Sarrondo. Pero el jefe marañón, a quien la alegría siempre resultaba sospechosa, por otro conducto supo así mismo que en la euforia de la comida, los soldados convidados plantearon al maese de campo la posibilidad de una desgracia irreparable a Aguirre durante la campaña y la contestación de Sarrondo mostrándose dispuesto a erigirse en jefe de todos, caso de que «el viejo» faltase.

El «viejo», que mataba con tanta facilidad, pero que no pensaba por entonces en morir, apresuróse a regresar al pueblo. Como Sarrondo acudiera a presentársele, a un siniestro y convenido guiño de aquél, arremetieron los marañones, y aun el propio Aguirre, con encarnizamiento, contra Sarrondo, a arcabuzazos y cuchilladas. El desgraciado maese de campo, en las ansias de la muerte, demandando confesión a gritos, se huyó a la cámara de la fortaleza donde estaban las mujeres presas, en un desesperado intento de esconderse entre ellas, para que no lo acabasen de rematar. La triste entrada de Sarrondo produjo entre los presos, las mujeres sobre todo, un movimiento de terror. Muchas de ellas, así como algunos vecinos encarcelados, se firaron por las ventanas y almenas de la fortaleza de lo que resultaron varios heridos y descalabrados.

La ira de Aguirre no amainó, sino que dirigiéndose a Llamoso, su agente más incondicional, lo increpó acusándolo de participar en la conjuración de Sarrondo: «Venid acá, Antón Llamoso, hijo mío, también me dicen que vos érades uno de los de la liga con el maese de campo; pues cómo, toda esa era la amistad, y en tan poco tenéis el mucho amor que os he tenido y tengo». Llamoso,

probablemente uno de los convidados de Sarrondo, lo negó con juramento, y para imprimir mayor veracidad a lo que declaraba, arremetió al cuerpo inerte del malaventurado, cuyos sesos, por las numerosas cuchilladas recibidas en la cabeza, aparecían derramados por el suelo. Llamoso llegó al repugnante extremo de chupar la sangre que destilaban las heridas del difunto.

Como los soldados, ignorantes de la verdad del suceso, se manifestaran en la plaza con sobresalto, Lope de Aguirre les dirigió una arenga explicativa de las perversas intenciones de Sarrondo. Declaróles así mismo hallarse enojado con ellos, que tan mal correspondían al cariño que les tenía, añadiendo que estaba por entregarse él, y entregarlos a todos, al Provincial, para que hiciera justicia. Los soldados ofrecieron sus disculpas y Aguirre pareció aplacarse. A continuación, en otro discurso a los vecinos, atribuyó a Sarrondo la responsabilidad de las muertes y crueldades cometidas en la isla, y después de exhortarlos a tener confianza en él, terminó poniendo en libertad a los detenidos.

A todo esto, el navío del Provincial llegó al puerto de La Margarita. La escaramuza, cuya descripción, desde el bando realista, ha sido objeto de anterior capítulo, terminó de mala manera para dos soldados desertores de Aguirre, que fueron descubiertos cuando, escondidos entre los cardones de la playa, aguardaban el momento para pasar al batel del Provincial. Estos dos desgraciados; Juan de San Juan y Diego de Paredes, fueron ahorcados.

Tal vez, la permanencia del barco del Provincial ostentando la enseña real en aguas de la isla, hubiese apresurado el proceso de desintegración de las tropas

marañonas. Pero ya se ha visto cómo el dominico optó por retirarse de noche a la costa venezolana. Tampoco debía de considerarse muy seguro. Tal vez influyesen en su decisión los vecinos de La Margarita, que, temerosos de mayores males, se lo rogaron por intermedio de emisarios. Lo cierto es que Aguirre quedó como dueño absoluto del campo.

El proyecto primitivo de Lope consistía en permanecer en la isla un par de días, los suficientes para que su gente pudiera reponerse, pero la prematura destrucción de sus propios navíos y la defección de Munguía le obligaron a variar los planes, fatalmente para la isla y fatalmente para él, pues una revolución no tolera perder tiempo. Y así, precisado, si quería ir adelante, a utilizar los navíos que encontró en la isla y a terminar uno que estaba en astillero, su obligada permanencia de cuarenta días en La Margarita se tradujo en una sucesión ininterrumpida de violencias.

Un primo hermano de Ursúa, de nombre Martín Díaz de Armendáriz, abandonó feliz y contento el campo marañón, porque Aguirre, de acuerdo con una promesa muchas veces repetida, le había concedido licencia de marcharse. Pero a poco de salir Armendáriz, pesándole a Aguirre su generosidad, mandó detrás tres arcabuceros para que le diesen muerte. Justificó su proceder declarando que así cumplía su juramento de no dejar enemigo vivo y de morir por quien le fuese fiel.

El 21 de agosto, Guillén de Cárdenas, un guadalajaraño, alférez general de los marañones, era sentenciado a muerte. Cárdenas, fué traicionado por varios amigos a quienes planteó la conveniencia de alzarse contra Aguirre.

Este mandó darle secretamente garrote. Pero Cárdenas, adivinando la sigilosa orden en las caras de aquéllos en quienes habíase confiado incautamente, se internó en el monte, en donde, a pesar de ser ojeado por los vecinos del pueblo, no pudo ser habido. El cronista anónimo explica la decepción de Aguirre al enterarse de la infructuosa búsqueda: dió un suspiro y dijo: «¡oh Guillén! tú me harás que mientras viviere no me caiga de la mano este arcabuz cargado con treinta pelotas...!».

En Aguirre, las decepciones producían hondos suspiros de depresión, que, finalmente, se resolvían en tormentas de ira. Dos íntimos de Cárdenas, sospechados de entrar en la conjura, pagaron la deserción de éste: un capitán llamado Domingo, cuyo cadáver fué lanzado por una ventana de la fortaleza, y el soldado Pedro de Loaysa a quien los esbirros convidaron a comer y al final lo ahorcaron, añadiendo como epílogo una borrachera.

Al día siguiente, Aguirre prendió a la vecina Ana de Rojas, mujer de las principales de la isla, en cuya casa se alojaba Cárdenas. Conducida a la fortaleza, los soldados le echaron unos grillos en las piernas. Ana de Rojas, ofendida en su pudor, cuando, colocándole las prisiones le descubrieron las piernas, exclamó valerosa: «Mátenme ya si me han de matar y no me echen prisiones». A pesar de que juraba no saber nada de los propósitos de Cárdenas, fué conducida al rollo y ahorcada, y aún hubo marañones que, luego, arcabucearon su penduleante cadáver, utilizándolo como blanco.

Diego Gómez, marido de la Rojas, que estaba en una estancia fuera del pueblo, tampoco tuvo mejor suerte. Un tal Paniagua, sujeto de pésimos antecedentes, hijo de

un cristiano renegado que tenía por oficio robar hijos de cristianos en Andalucía para venderlos a los moros, fué comisionado por Aguirre para que fuese a dar cuenta de Gómez. Paniagua hizo venir a un fraile para que confesara a Gómez, después lo ahorcó, y, en seguida, por su propia cuenta, mató así mismo al dominico fray Francisco de Salamanca que estaba en compañía del esposo de la Rojas. Luego, al dar cuenta de las dos ejecuciones a Aguirre, se encontró con que éste, «espantado» en un principio de la añadidura del dominico muerto sin mandato expreso suyo, le ordenaba la muerte de otro dominico más, la de fray Francisco de Torrecillas, con el que, por cierto, el caudillo marañón días atrás se había confesado. A propia petición de Torrecillas, que se preparó a morir con la entereza de un mártir, los verdugos le dieron garrote por la boca, pero sin acertar a otra cosa que a destrozársela, por lo que tuvieron que rematarle por la garganta.

Dos días después fué ahorcada una mujer llamada la Chaves, de cuya casa había huído al monte un marañón, y al siguiente día colgaba de la soga un soldado apellidado Somorrostro, vecino de la isla, que había prometido a Aguirre seguirle en la campaña. Pero el caudillo pareció notarle pesaroso y con deseos de escapar, y estas señales le costaron la vida a Somorrostro.

Las muertes se sucedían entreveradas de arengas, maniobras y formaciones. Aguirre aprovechaba todas las ocasiones para dirigir discursos a sus soldados, su elocuencia los sugestionaba. Vázquez, su mayor enemigo, reconoce que «la fuerza de la malvada gente que era de su opinión era grande». Precisa reconocer en los marañones la fuerza de una ilusión; mataban y trabajaban; du-

rante los días de su estancia en La Margarita terminaron de construir un barco.

El día 15 de Agosto, Aguirre celebró la fiesta de la Asunción de la Santísima Virgen, con la solemne bendición de sus banderas en la iglesia del lugar. Banderas de pirata, negras, con dos espadas rojas cruzadas en el centro (1). Adivínase en Aguirre el propósito de estimular con ellas a su gente, y, al propio tiempo, infundir terror en los enemigos. Don Alonso de Contreras, cura de La Margarita, bendijo las enseñas. Los marañones desfilaron con sus mejores arreos; brillaban al sol tropical sus airones, armaduras, lanzas y arcabuces; resonaron excitantes tambores y clarines y el retumbo de las salvas. Hubo arenga del caudillo que entregó a sus capitanes las siniestras oriflamas manifestándoles que las daba para que las «defendieran por todo el mundo, mirando por la honra de los templos y de las mujeres».

Zúñiga recoge algunas de las frases —«maldades» dice él— que Aguirre dirigía a sus soldados. «Que Dios había hecho el cielo para quien lo mereciese, y la tierra para quien más pudiese; y que si ellos podían más que suyo sería el Perú». «También decía —prosigue el cronista—

(1) Es curiosa esta propensión de algunos caudillos hacia la enseña negra. En los fondos de la colección Apalategui, conservados en la biblioteca de la Diputación de Guipúzcoa, existe una nota extraída de una réplica inédita del famoso cura Santa Cruz, defendiéndose de un folleto de Pío Baroja, que dice así: «...es falso que para defenderme de mis enemigos tuviese yo la Guardia Negra, porque la tal no existió. Lo que tal vez ha dado lugar a esta creencia es que tuve para mis combates una bandera negra, con el fin de persuadir a mis muchachos que no había que capitular sino vencer o morir...» También el cura Merino, en cuyas acciones se inspiró precisamente Santa Cruz, usó enseñas rojinegras. Véase «Historia de la Guerra Civil» por Don Antonio Pirala. Libro II, capítulo 77: «Acompañábale (al cura Merino) Cuevillas y otros jefes con unos ochenta lanceros organizados en Portugal, en cuyas lanzas ostentaban banderolas negras y encarnadas, para demostrar, cual dicen, la manera como pensaban continuar la guerra; esto es, a sangre y fuego: una guerra de exterminio».

que pues su ánima ardía ya en los infiernos, que había de hacer que sonasen en todo el mundo sus hechos, y que había de hacer subir el nombre de Aguirre hasta el noveno cielo». El soldado Acuña declara que le «oyó decir muchas veces que había de dejar gran memoria de sí en el mundo, porque Dios le había enviado a él, para ira y castigo suyo, y para castigar a todos los del Perú».

La dualidad de su carácter y la honda angustia que le hacía sentir la idea de una eventual deserción de sus marañones se refleja en las siguientes frases: «También decía —sigue diciendo Zúñiga— a sus soldados que viviesen en la ley que quisiesen, y que robasen, matasen, derrengasen y forzasen, y fuesen judíos, moros y gentiles, que por todo pasaría; solamente que nadie quería que le ordenase molín, porque el que lo pensase, él lo había de saber luego, y le había de dar muy cruel muerte». Y en topando algún nuevo soldado, luego le decía: «Yo te echo mi maldición si murieres pobre». Aguirre, deseoso a todo trance de congraciarse con sus hombres, les dice simplemente: Haced lo que queráis con tal de no abandonarme. Pero esta maldición, en su propósito más íntimo ¿no llegaba de rebote al mismo que la lanzaba? ¿No será que Aguirre, al maldecir al soldado desinteresado, se maldecía a si mismo? Según Aguado, el caudillo marañón «jamás dijo bien de Dios ni de sus santos ni de hombre humano ni de amigo ni de enemigo *ni de sí propio*». Ni de sí propio. Aguirre, al maldecir, no excluía su propia persona.

Las penas leves que impuso en La Margarita delatan su genio sarcástico, y, también, su resentimiento. A un joven, por no verificar su presentación, según había ordenado, mandó raparle la barba, pero lavándosela antes y

después con orines, y encima, como le pareciese que el barbero había realizado bien su trabajo exigió al joven pagarle al rapador con cuatro gallinas. A otro soldado, por demorarse en la lista, le castigó Aguirre con igual escarnio, con la añadidura de haber de ser éste ejecutado junto al rollo del lugar.

Aguirre partió de la isla Margarita el domingo 31 de Agosto. A su desembarco en la isla llevaba consigo alrededor de doscientos soldados con noventa arcabuces y veinte cotas. En La Margarita se le juntaron como unos doce soldados; pero entre muertos, heridos y algunos otros que quedaron allí con su permiso, además de los pasados con Munguía al Provincial, perdió cincuenta y siete hombres. Sin los indios e indias y negros de acompañamiento, las fuerzas de Aguirre se componían de unos ciento sesenta soldados, algo más de los efectivos de una compañía. Llevaba también seis piezas de artillería, ciento treinta arcabuces, tres muy buenos caballos y un mulo. De caballería pensaba proveerse cuando desembarcara en el continente, y en previsión cargó consigo cuantas sillas pudo.

Cuando ya no quedaba a Aguirre sino embarcarse y marchar, un vecino de Caracas, el mestizo Francisco Fajardo, vino a hostilizarle al frente de un tropel de indios flecheros. La audacia de Fajardo, que refugiado en la selva no cesaba de molestarle, y el temor de las deserciones, sugirió a Aguirre abrir un portillo en la fortaleza en dirección al mar, y, con ayuda de una escalera, y con guardia de adictos, sacar de allí a sus soldados uno por uno para el embarque. Estaba exasperado; sabía que en la costa del istmo de Panamá se había corrido la alarma y se prepara-

ban a rechazarle. Precisaba variar de planes; ya no era posible, como había pensado, caer por sorpresa sobre Nombre de Dios. Su obsesión la descargó en un soldado, Alonso Rodríguez, uno de sus más adictos, que, en la playa, se atrevió a decirle que se apartase un poco porque las olas lo estaban mojando. Un poco antes, Rodríguez había hecho notar a Aguirre que los tres caballos y el macho embarcados en uno de los bergantines ocupaban mucho sitio e impedían que la gente cupiese. Aguirre respondió a la nueva observación echando mano de una espada muy cortante que llevaba y dando un mandoble a Rodríguez le «derribó un brazo». En seguida, arrepentido de su arranque, ordenó que lo curasen, pero, otra vez, cediendo al contrario impulso de su sombrío genio, mandó rematarlo. Justificó su proceder diciendo que después de lo ocurrido, Rodríguez nunca le sería amigo.

Y cuando los cuatro navíos de Aguirre desaparecieron en el confín del horizonte, dibujóse un gesto de colectivo estupor en los habitantes de La Margarita. Planeaba sobre el risueño paisaje un hálito de desolación. Aguirre dejaba en la isla su recuerdo para los siglos. En el Pongo de Aguirre, cierto estrecho paso del curso del río Huallaga, había dejado su apellido (1); en La Margarita, quedaría su sobrenombre: el puerto de su desembarco se llamaría ya para siempre Puerto del Traidor.

En boca de Zúñiga, de vuelta, como los demás huídos, de la fragosa espesura, pero temeroso de las consecuencias de su firma de adhesión a Lope de Aguirre, nacía el romance:

(1) En el trozo de mapa de Perú del siglo XVIII que aparece en la pág. 60 se señala, por cierto, el Pongo de Aguirre.

«Riberas del Marañón,
do gran mal se ha congelado,
se levantó un vizcaino,
muy peor que andaluzado.
La muerte de muchos buenos
el gran traidor ha causado,
usando de muchas mañas,
cautelas, como malvado;
matando a Pedro Dorsua,
gobernador del Dorado,
y a su teniente D. Juan,
que de Vargas es llamado.
Y después a D. Fernando,
su principe, ya jurado,
con más de cien caballeros
y toda la flor del campo,
matándolos a garrote,
sin poder nadie evitarlo.
Hasta un clérigo de misa
las entrañas le ha sacado,
y la linda D.^a Inés,
que a Polyxena ha imitado.
Dió muerte a un Comendador
de Rodas, viejo y honrado,
porque le ordenó la muerte
por servir al Rey su amo.
Llegado a la Margarita,
do fué bien agasajado,
con su dañada intención
a todos los ha engañado.
No queda hombre ni mujer

que mal no fuese tratado
deste cruel matador,
que de Aguirre era nombrado.
Pasados algunos días,
a gran mal determinado,
mató a todas las justicias
y a D. Juan de Villandrando,
con muchos de los vecinos
más principales y honrados.
Y como perro rabioso,
quedó tan encarnizado,
que de sus propios amigos
a más de veinte ha matado;
y entrellos los más queridos,
hasta su Maestre de campo.
Y también mató mujeres,
y a frailes no ha perdonado,
porque ha hecho juramento
de no perdonar prelado,
pues mató a su confesor,
habiéndolo confesado,
de garrote por la boca,
por ser más martirizado.
A nadie da confesión,
porque no lo ha acostumbrado,
y así se fiene por cierto
ser el tal endemoniado».

EL DESEMBARCO EN TIERRA FIRME

EL nuevo proyecto de Aguirre era mucho más audaz que el primero. Puesto que en la costa del Darien estaban ya sobreaviso de sus propósitos y resultaba imposible la sorpresa que había imaginado, resolvió que el convoy navegase hacia el puerto de Borburata, cerca de Puerto Cabello. Desde allí pensaba atravesar la parte occidental de la gobernación de Venezuela, internarse en Colombia —en el Nuevo Reino de Granada— y desde aquí, a lomo de los Andes, por la gobernación de Popayán, caer sobre el Perú. ¡Siempre el Perú, su obsesión máxima; el Perú tenía que ser suyo!

En el navío grande, el terminado de construir en La Margarita, marchaba él con la gente sospechada, además de un piloto apresado en la isla, un tal Barbudo, que, por cierto, iba con grillos, y el cura Contreras, preso porque durante un registro le hallaron en casa un negro huído. Aguirre distribuyó en los bergantines a sus amigos de más confianza, aunque sin consentir que ninguno llevase brújula ni cartas de navegar; de día seguirían al navío, que, de noche, para asegurar el convoy, llevaría luces.

Pero no tuvo viento próspero; las calmas prolongaron hasta ocho días un viaje que normalmente solía hacerse en dos o tres. Aguirre se desataba en denuestos contra todo lo divino y humano; unas veces, improperaba a los pilotos recelando que le llevaban engañado, y otras, levantando los ojos al cielo exclamaba al Dios que resiste a los soberbios: «¡Dios, si algún bien me has de hacer, ahora lo quiero, y la gloria guárdala para tus Santos!».

Por fin, los navíos de Aguirre fondearon en el puerto de Borburata, el domingo, 7 de Septiembre. La historia de Aguirre, en sus más culminantes momentos, manifiesta preferencia cronológica por los domingos. En el puerto estaba un navío mercante, propiedad del mercader Rodrigo Lucero, cargado de vino, mercancías y mulas. El barco de Lucero procedía de Santo Domingo. Aguirre, con un emisario, propuso a Lucero unirse a su ejército, y el mercader, que barruntó la presencia de los marañones al divisar los barcos en el horizonte, decidió barrenar el suyo y huirse al monte. El barco de Lucero se fué a fondo con parte de la carga y Aguirre completó la obra mandando pegar fuego a la parte escorada que emergía del agua.

Aguirre verificó su desembarco con el ceremonial al uso de los conquistadores. En señal de toma de posesión del territorio, dió con su espada tajos y mandobles en los arbustos, con andar solemne se paseó por la playa, cogió en la mano agua del mar y la tornó a verter, manifestando que cuanto hacía era en señal de toma de posesión. El escribano levantó acta dando fe del solemne acto, y por último, los marañones rubricaron la ceremonia hincando en la playa como señal una alta cruz de madera.

Los marañones pernoctaron en la playa. Un silencio

hostil se extendía en el ámbito. A la mañana siguiente, una sección avanzó hasta el pueblo, distante de la costa media legua. Nuestra Señora de la Concepción de Borburata estaba desierto; los habitantes lo habían desamparado en masa huyendo a los montes. Al mismo tiempo, enviaron propios a su gobernador, el licenciado Pablo Collado, que residía en Tocuyo, para que organizara la resistencia como fuese.

Los soldados sólo hallaron a Francisco Martín, piloto de la embarcación del capitán Munguía, que aguardaba ocasión propicia para volverse a Aguirre. Este, que se parecía por conocer detalles de la deserción de Munguía, lo recibió cariñosamente. Martín, como es natural, puso como digan dueñas a Munguía, Arteaga y a otro, un tal Rodrigo Gutiérrez, acusándolos de haber engañado a los soldados, que no pudieron defenderse; y añadió que algunos de ellos andaban muertos de hambre y medio desnudos por los alrededores, deseosos de volver a los marañones. La verdad es que, según aparecía de harapiento, a Francisco Martín no le había ido bien del todo ni mucho menos. Aguirre, después de encargarse que lo vistieran, lo envió provisto de cartas en términos amistosísimos a donde sus compañeros, para que todos juntos volviesen al campamento.

Este mismo día Aguirre repite el error cometido a su llegada a La Margarita. Antes de internarse con su columna al pueblo de Borburata, Aguirre, quedándose en el puerto el último de todos para comprobar la ejecución de su desesperada orden, manda pegar fuego a sus cuatro navíos. Que nadie piense en retirarse; que nadie imagine un refugio impune en cualquiera de las innumerables islas

de Barlovento. Hay que ir a toda costa al Perú, o perecer. Si los marañones lo quieren de veras, él los conducirá triunfantes al Perú. Aguirre, definitivamente, ha jugado su suerte. Aguirre es un vasco sin entrañas de marino; es un americano más; siente más que el mar los vastos horizontes del Perú, poblados de masas gigantescas.

Y para reforzar más el sentido de su impresionante determinación, antes de abandonar la playa mandó ejecutar a un pobre soldado, un portugués apellidado Farias, de los que se le unieron en La Margarita, que, al tiempo del desembarco, había preguntado si aquel paraje correspondía a alguna isla o era tierra firme, y al mismo tiempo había verificado alguna maniobra de acuerdo con la pregunta.

En Borburata, él mismo se ocupó de alojar a los marañones en las casas desiertas. Su plan exigía una estancia bastante prolongada en el pueblo. Como necesitaba a todo trance cabalgaduras para proseguir su avance, envió a sus soldados a la redonda a recoger cuantas encontrasen. Los marañones volvieron con veinticinco o treinta yeguas sin domar, pero empuyados, heridos de las puyas disimuladamente colocadas por los vecinos en el campo. Traían también como prisionero a Chaves, el alcalde de Borburata, a quien encontraron en compañía del alguacil mayor, Julián Mendoza, en un hato a cuatro leguas del lugar. Chaves, según el sentir general, pudo haber huído, pero quería probar si medraba juntándose a Aguirre. Pedro Núñez, un mercader que andaba fugitivo por el campo, fué también hecho prisionero por los soldados.

La vista de sus marañones heridos por las puyas colocadas a traición, que significaban un preconcebido plan

de resistencia, enfureció tanto a Aguirre que inmediatamente ordenó pregonar solemnemente, a son de trompetas y atabales, guerra a sangre y fuego contra el rey de Castilla y sus vasallos, salvo a quienes quisieran pasarse a su bando, penando de muerte a todo marañón compasivo con un prisionero realista.

El interrogatorio sufrido por el mercader Núñez de parte de Lope revela bien las reacciones de éste en aquella ocasión. Preguntóle Aguirre que por qué se huía, a lo que Núñez repuso que por miedo a él y a sus soldados. Entonces, Aguirre, con insistencia acuciada por su vanidad, manifestó deseos de saber qué decían de él en aquella tierra, a lo que Núñez respondió con evasivas, fingiendo no saber nada. Aguirre, y lo mismo quienes le rodeaban, instaban a Núñez a declarar sin miedo la verdad, asegurándole que no recibiría daño alguno por ello, y por fin, el mercader, viéndose tan acosado, respondió: «Dicen, señor, que vuestra merced y todos los que le acompañan son luteranos, malos y crueles». Esta respuesta encendió tanto la ira de Aguirre que quitándose la celada que traía le amagó a dar con ella al mercader, al mismo tiempo que le llamaba bárbaro, necio y majadero.

Todo pudo haber imaginado Aguirre menos oírse llamar luterano; él, que creía mentirosos «los libros de Martín Lutero», se preciaba de ser sujeto y obediente «a los preceptos de la Santa Madre Iglesia Romana», y que había querido justificar una de sus sentencias de muerte en la supuesta profesión luterana de la víctima.

Días después, una falsa declaración del mercader dió a Aguirre el pretexto para ordenar su muerte. Un soldado desenterró una botija de aceitunas donde Núñez guardaba

sesenta pesos en oro. De modo parecido los vecinos de Borburata pusieron a salvo sus más caros enseres. Como el mercader se enterase del hallazgo del soldado, se presentó a Aguirre reclamando su tesoro. Aguirre le preguntó con qué tenía tapada la botija, y Núñez respondió que con brea. El soldado presentó entonces una tapadera de yeso, y, a su vista, Aguirre sentenció que el que mentía en aquello mentía en todo lo demás, por lo que mandó ajusticiarle.

Las yeguas apresadas por los marañones, cerreras todas, exigieron una penosa labor de doma que detuvo a Aguirre en Borburata cerca de veinte días. Pero como estas cabalgaduras no bastaban sino para el transporte de una pequeña parte del bagaje, Aguirre dirigió una comunicación a los vecinos de Nueva Valencia, situada tierra adentro diez o doce leguas al Sur de Borburata, manifestando su propósito de atravesar en su avance Barquisimeto y Tocuyo. Nueva Valencia se veía por lo tanto libre del paso de los marañones, pero Aguirre, en compensación de la ventaja, pedía a los vecinos el envío por cada uno de un caballo. Debían serle enviados con personas de fiar, y él, por su parte, prometía pagarles en joyas de oro y plata.

Pero los vecinos de Nueva Valencia no respondieron al requerimiento de Aguirre; las manifestaciones de éste asegurándoles que no pasaría por la ciudad, naturalmente despertaron en ellos fuertes sospechas. Porque, desde luego, Aguirre atravesaría Nueva Valencia; entraba en su plan pasar por allí. Sin embargo, a pesar de estas añagazas guerreras, resulta claro su anhelo de congraciarse en lo posible con los habitantes. Se daba perfecta cuenta de la necesidad de contar en adelante con los moradores del territorio, de no dejar resentidos a su retaguardia.

Hallándose de partida para Valencia, se le escaparon dos soldados: Diego Alarcón el uno, y reincidente el otro, Pedrarias de Almesto. Entrambos pensaron que Aguirre, por lo adelantado de los preparativos, no se defendería a buscarlos. Pero Lope, sin suspender la orden de marcha, envió a sus más adictos a la estancia donde había sido prendido el alcalde de Borburata para que apresasen a la mujer e hija de éste, y luego amenazó a Chaves con llevarlas consigo hasta el Perú si no traía, como fuese, a los fugados, y además, no conseguía que los indios quitaran las puyas por los caminos por donde él pensaba avanzar.

Y los marañones abandonaron Borburata con alternativos sentimientos de pena y de optimismo que ahogaban con los cánticos y la bullanga de la partida. Siempre abandona el soldado con melancolía los lugares donde al paso se detiene. Al fin y al cabo habían pasado unos días agradables en aquel lugar. Los marañones «hallaron en este pueblo de la Borburata algunas mercaderías enterradas y escondidas, de paño y de lienzo y cosas de comer, y muchas pipas de vino». Este vino, añadido al de las pipas del mercader Lucero, había corrido a raudales contribuyendo a expandir el contento; se llegó a cocer y guisar con vino la carne de las comidas; hubo marañones que «desfondaban las pipas por una parte y se metían desnudos en ellas a lavarse». Vázquez dice que la última noche en Borburata, cuando ya todos los marañones habían abandonado el pueblo, el mismo Aguirre, que se quedó allí para observar los movimientos de una embarcación sospechosa, empinó el codo más de la cuenta, y lamenta que los marañones que le acompañaban se perdieran una ocasión magnífica para ultimarlos.

En Borburata quedaban en cambio dos cadáveres: uno, el del mercader Núñez, y otro, el del soldado Diego Pérez, a quien Aguirre encontró un día echado junto a un arroyo, y que preguntado que hacía allí, respondió al caudillo que estaba muy malo. Entonces Aguirre le dijo: «Luego, de esa manera, señor Pérez, no podréis seguir esta jornada, bueno será que os quedéis». La respuesta de Pérez: «sea como vuestra merced mandare», demuestra que no comprendió el verdadero sentido de las palabras de Aguirre. Porque éste, vuelto a su alojamiento, mandó a los verdugos que fuesen a buscar a Pérez, al tiempo que añadía sarcástico: «¡Tráiganme acá a Pérez, que está malo; curarlo hemos y hacerle hemos algún regalo!». No valieron las instancias de los capitanes que ahincadamente solicitaron el indulto. Aguirre les respondió que nadie le pidiese gracia por un fibio. Y Pérez quedó pendiente de la horca con el letrero consabido que esta vez decía: *Por inútil y desaprovechado*. Probablemente Aguirre le tenía ojeriza, porque de lo contrario no se concibe que permitiera quedarse en Borburata a tres soldados enfermos.

El calor y lo áspero de la sierra que separa a Valencia de la costa, hicieron muy penosas las cuatro jornadas que duró la marcha. Pero los marañones, a pesar de ir sobrepesados, porque Aguirre los obligó a hacerse cargo de las provisiones y de un plus de bagaje, además, por supuesto, del propio equipo, subían ilusionados las escarpadas pendientes pobladas de cactus. Como las escasas acémilas, también demasiado cargadas, no pudiesen subir la artillería, los soldados la llevaban a hombros, repartiéndose por turnos el esfuerzo. Aguirre daba el primero de todos el ejemplo; unas veces cargando como uno de tantos

con los cañones, y otras, cabalgando infatigable, tan pronto a la cabeza como a retaguardia de la columna, unas veces como guía y otras como aliento.

«Y trabajó aquí tanto que cayó malo, y tanto, que el día que llegó a la Valencia se apeó de un caballo en que



Bohíos del campo venezolano

iba, no pudiéndose tener en la silla, y se tendió en el suelo como muerto, y algunos soldados que con él se hallaron lo llevaron ellos mismos a cuestas, y otros le hacían sombra a manera de palio con una bandera; cosa, cierto, vergonzosa y mala, y de que no se pueden escapar de que tenían mucha culpa, porque entonces llevaba muy poca guardia, y fuera cosa muy fácil matarle porque como él estaba malo, había enviado adelante a Valencia a todos sus amigos para que tomasen el pueblo; y aun dicen que el tirano, fatigado con su enfermedad, les decía a voces: «¡Matarme, matarme!», que tampoco podía ir en la hamaca; y en viendo alguna sombra se arrojaba en ella y se tendía en el suelo; y así le llevaron a cuestas más de media

legua y algunos de los que ahora blasonan y se publican por muy servidores de Su Majestad». Esta descripción de la enfermedad de Aguirre, de su estado febril y delirante, y de su penosa conducción por los marañones a través de la tierra venezolana, pertenece a Vázquez. Este enemigo declarado de Aguirre, en su mismo afán denigratorio revela de modo clarísimo la idolatría que un sector de los marañones sentía por Aguirre.

Al reponerse de su enfermedad pudo Lope comprobar que la ciudad de Valencia —la Nueva Valencia del Rey— se hallaba también despoblada lo mismo que Borburata. Aquella huida en masa de los habitantes colmaba la desesperación del macilento caudillo que, en su delirio monoideista había llegado a imaginar un avance triunfal, aclamado como libertador, a su paso por campos y pueblos. Y ocurría precisamente al revés. Todo a su alrededor aparecía vacío y silencioso, ostentando las tristes señales de una huida apresurada.

Además, la carcoma de la deserción proseguía lentamente sus destructores efectos. Además de Alarcón y Pedrarias, después de salir de Borburata otros tres marañones más habíansele escapado. Y Lope, extendiendo en torno una mirada reconcentrada, increpaba a los vecinos evadidos llamándolos bárbaros, pusilánimes y cobardes. No quería rendirse a la evidencia de que su nombre, en aquella tierra y dondequiera que fuese, despertaba y despertaría el horror. Y se rebelaba a voces contra la realidad, con el impetuoso cuanto inútil anhelo de imponerse contra ella que sienten los que nunca consideran las cosas desde un punto de vista ajeno a su persona: «¿Cómo era posible que nadie hasta allí se le hubiese pasado, y que los habi-

tantes rehuyesen la guerra, que desde el principio del mundo los hombres la habían amado y seguido, y aun en el cielo la había habido entre los ángeles cuando echaron de él a Lucifer».

No tardó en presentársele ocasión de descargar su despecho. El soldado Gonzalo Pagador que, contraviniendo sus órdenes terminantes, había osado salir sin licencia a distancia de un tiro de arcabuz del pueblo para comer papayas, fué colgado del mismo árbol donde cogió la fruta.

Además, el alcalde de Borburata le trajo encadenados a Alarcón y Pedrarias. Entrambos, acosados por el hambre y la sed en la sierra donde estaban escondidos, determinaron bajar a Borburata, abandonada ya por Aguirre, y levantar allí bandera realista. En efecto, un mediodía entraron en la plaza del pueblo, y poniéndose en medio de ella con las espadas en alto comenzaron a gritar: «¡Quien está en este pueblo, salga a servir al Rey, que a eso venimos, y álcese bandera por el Rey, nuestro Señor, que aquí nos juntaremos para destruir a este perverso tirano!».

Chaves, el alcalde, y don Julián de Mendoza, alguacil mayor, así como siete u ocho vecinos y soldados salieron de las casas al oír estas voces; los dos primeros portando las varas, atributo de autoridad, y entre todos rodearon a Alarcón y Pedrarias afectando voluntad de servirles. Chaves y Mendoza alzaban las varas y gritaban: «¡Caballeros, viva el Rey, que por él tenemos estas varas, y ha de hacerse como vuestras mercedes lo dicen!». Pero en un momento, cuando ya los creyeron asegurados, arremetieron todos a una contra ellos, diciendo: «¡Sed presos, traidores! ¡Viva el general Lope de Aguirre!». Alarcón se rindió en seguida, pero no así Pedrarias que, esgrimiendo habi-

lidosamente su espada, pudo escaparse, pero para recaer prisionero cuatro días después, al ir de noche, acuciado por el hambre, a un bohío donde le habían puesto espías.

Alarcón y Pedrarias comenzaron entonces un calvario. A su extrañeza al ver que los aseguraban con dos colleras de hierro cada uno, y además una cadena, Chaves y Mendoza les dijeron que a trueque de ellos querían rescatar sus mujeres. Pedrarias, peor resignado que Alarcón, preguntó entonces a Chaves cómo osaba ostentar la vara del Rey siendo tan gran traidor, a lo que el alcalde respondió tirándole una lanzada con una lanza que allí junto había.

Con prontitud envió aviso Chaves a Lope de la presa que había hecho. Mientras tanto, los dos prisioneros solicitaban confesión de un clérigo cobarde, que, temeroso de las complicaciones, en un principio les negó ese consuelo, aunque al fin accediera a confesarlos. A medianoche sacaron a los presos camino de Valencia, «en una cadena, y cada uno con dos collares al pescuezo». Aquella noche y el día siguiente recorrieron los prisioneros la mayor parte del trayecto, acercándose hasta tres o cuatro leguas de Valencia.

A este punto Pedrarias llamó al alguacil Mendoza para solicitarle que le pusiese bien la cadena, pero con la intención de quitarle la espada, acometerle con ella y soltarse luego los grillos. Desistió de su propósito al ver que Alarcón, resignado con su suerte, no quería secundarle. «¿Para qué es eso, sino morir como cristianos?», decía por lo bajo Alarcón a Pedrarias. Entonces éste, negándose a seguir caminando más, «rogó muy encarecidamente» que le cortasen la cabeza allí mismo, porque prefería esto a presentarse vivo delante de Lope de Aguirre. Mendoza,

accediendo al ruego, le dió a escoger el género de muerte que prefería, y Pedrarias «respondió que, para hacerlo más presto, que amolasen un cuchillo o una espada y que lo degollasen con ella».

Efectivamente, Mendoza afiló una espada ancha en una piedra que había junto a un arroyo, pero antes de disponerse a degollar a Pedrarias, le pidió que continuase caminando, sugiriéndole que tal vez en el trayecto hubiese algún inesperado remedio. Pedrarias, penetrando la turbación del alguacil, le exigió entonces, como servidor del Rey que era, la libertad, a lo que Mendoza repuso que más quería a su mujer que al rey, sucediera lo que sucediese.

Pedrarias repuso entonces: «Pues haz lo que habéis de hacer, que yo soy muy contento, que muero por lo que estamos obligados, que es por servir a Dios y al Rey». Mendoza, blandiendo la espada, le tomó por la barba y le dijo que rezara el Credo, y Pedrarias respondió: «Creo en Dios y que sois un gran traidor». Mendoza, pasó dos o tres veces el filo de la espada por la garganta de Pedrarias, pero al ver que saltaba la sangre «se cortó y turbó, y no hizo más, y Pedrarias se quedó desangrando con una grande herida en el pescuezo, y así, creyendo que lo había degollado, lo dejaron estar toda aquella noche hasta que amaneció, y como fué Dios servido que no pasasen los filos el gaznate, quedó vivo». A los insistentes ruegos de todos, el pobre Pedrarias, viendo que no querían acabarlo de matar, tornó a caminar, y los dos presos entraron en Valencia oyendo las burlas de la soldadesca marañona: «¿Pues cómo en poder de nuestros enemigos nos dejabais y os ibais al Rey? ¿Qué pensabais?». Y Pedrarias les res-

pondía con aire indiferente: «Y pues que hayamos de morir, ya está hecho: ¿Qué remedio?».

Lope de Aguirre reclamó a los prisioneros y al tenerlos delante los increpó: «¿Pues qué es lo que habéis hecho? Pues, por vida de Dios, que venís a buen tiempo, que yo tenía prometido de dos marañones, de sus pellejos hacer un tambor, y ahora se cumplirá; y veremos si el rey Don Felipe, a quien fuísteis a servir, os resucitará; que, por vida de Dios, que ni da vidas ni sana heridas». Y Lope penetró entonces arrebatado en la estancia contigua, donde estaba su hija, a ponerse la cota y la celada. ¿Qué ocurrió allí entre Aguirre y su hija? El hecho es que al salir del aposento Aguirre aparecía cambiado; sus rasgos se habían humanizado. Elvira de Aguirre acababa de obtener, una vez más, el perdón para Pedrarias.

El caudillo marañón explicó su inaudita decisión a los circunstantes contando un episodio de la historia de un emperador romano que mirando al alma de dos traidores, perdonó al uno y ordenó matar al otro. «A éste —concluyó señalando a Pedrarias— quiero dejar vivo y a ese otro hacedlo luego pedazos».

Al desgraciado Alarcón, atado de pies y manos, lo pasearon por las calles camino del cadalso, encima de una mula enlutada, precedido por el mestizo Carrión, alguacil mayor del campo, y por el pregonero que gritaba: «¡Esta es la justicia que manda hacer el general Lope de Aguirre, Ira de Dios, Príncipe de la Libertad, Fuerte Caudillo de los Invencibles Marañones; a este hombre, por servidor del rey de Castilla, mándale hacer cuartos y que su cabeza sea puesta en el rollo. Quien tal hizo que tal pague».

La sentencia se verificó en presencia de Aguirre. La

cabeza fué colocada en el rollo con un letrero: «*Por servidor del Rey*», y los cuartos, en palos, en las esquinas de la plaza. Aguirre comentaba sarcásticamente a los soldados: «¡Ah, caballeros soldados, qué necio quedara Pedrarias si estuviera como su compañero, que no viene el rey de Castilla a resucitarle!». Aún añadió consejos a Pedrarias recomendándole que abriese el ojo, que considerase bien todo cuanto había hecho por él, porque el rey ni le daría la vida ni le sanaría la herida.

El cirujano de los marañones procedió a curar a Pedrarias dándole seis puntos en la brecha abierta en su cuello por la espada del alguacil de Borburata. Aguirre necesitaba de Pedrarias que, además de valeroso soldado, era excelente escribano. La doma de las cabalgaduras atrapadas en Valencia exigiría bastantes días. No había tiempo que perder. Pedrarias sería el amanuense de la carta que tenía pensado escribir a Felipe II.



LA CARTA A FELIPE II

«**R**ey Felipe, natural español, hijo de Carlos invencible. Lope de Aguirre, tu mínimo vasallo, cristiano viejo, hijo de medianos padres, en mi prosperidad hijodalgo, natural vascongado, en los reinos de España, vecino de la villa de Oñate.

En mi mocedad pasé el mar océano a las partes del Perú por valer más y por cumplir con la deuda que debe todo hombre de bien. Con la lanza en la mano, en veinticuatro años te he hecho muchos servicios en el Perú, con conquistas de indios y en poblar pueblos en tu servicio, especialmente en batallas y reencuentros en que me he hallado por tu real Corona y nombre conforme a mis fuerzas y posibilidad, sin importunar a tus oficiales por paga ni socorro, como parecerá por tus reales libros. Bien creo, excelentísimo señor, aunque para mi y para mis compañeros nos hayas sido cruel e ingrato, que por tan buenos servicios como has recibido de nosotros me creerás en lo que dijere, aunque también creo que te deben engañar los que te escriben de estas tierras, como estás tan lejos de ellas.

Avísote, rey español, que estos tus Reinos de Indias tienen necesidad que haya toda justicia y rectitud para tan buenos vasallos como en estas tierras tienes, aunque yo, por no poder sufrir más las crueldades que usan tus oidores, visorrey y gobernadores, he salido de hecho con mis compañeros cuyos nombres después diré, de tu obediencia y desnaturalarnos de nuestras tierras que es España, para hacerte en estas partes la más cruel guerra que nuestras fuerzas pudieren sustentar y sufrir. Esto cree, rey y señor, nos ha hecho no poder sufrir los grandes pechos, premios y castigos injustos que nos dan tus ministros, que por remediar sus hijos y criados, nos han usurpado y robado nuestra fama, vida y honra, que es lástima oír el mal tratamiento que se nos ha hecho.

Y yo, manco de mi pierna derecha, de dos arcabuzazos que me dieron en el valle de Chuquina con el mariscal Alonso de Alvarado, siguiendo tu voz y apellido contra Francisco Hernández Girón, rebelde a tu servicio como yo y mis compañeros somos y seremos hasta la muerte, porque ya de hechos hemos alcanzado en estos reinos cuán cruel eres y quebrantador de tu fe y palabras, y tenemos en estas tierras tus perdones por de menos crédito que los libros de Martín Lutero, pues tu virrey marqués de Cañete, malo, lujurioso, ambicioso y tirano, ahorcó a Martín de Robles, hombre señalado en tu servicio, y al bravo Tomás Vázquez, conquistador del Perú, y al triste de Alonso Díaz, que trabajó más en el descubrimiento que los pobladores de Moisés en el desierto, y a Piedrahita, buen capitán, que rompió muchas batallas en tu servicio, y en Pucara ellos te dieron la vida, porque si ellos no se pasaran, hoy fuera Francisco Hernández rey del Perú.

No tengas en mucho el servicio de estos tus oidores que te escribieron haberte hecho, porque es muy gran fábula si llaman servicio haberte gastado ochocientos mil pesos de tu real caja para sus vicios y maldades. Castígalos como a malos, que cierto lo son. Mira, mira Rey español, que no seas cruel a tus vasallos ni ingrato, pues estando tu padre y tu en los reinos de Castilla sin ninguna zozobra, te han dado tus vasallos, a costa de su sangre y hacienda, tantos reinos y señoríos como en estas partes tienes. Mira, Rey y señor, que no se puede llevar con título de rey justo ningún interés de estas partes donde no aventuraste nada, sin que primero los que en estas tierras han trabajado y sudado sean gratificados sus servicios.

Por cierto tengo que van pocos reyes al infierno porque sois pocos, que si muchos fuéades, ninguno pudiera ir al cielo, porque creo que allí seríades peores que Luzbel, según tenéis ambición, sed y hambre de hartaros de sangre humana. Mas no me maravillo ni hago caso de vosotros, pues os llamáis siempre menores de edad. Y así, Rey señor, te juro y hago voto solemne a Dios de que yo y mis doscientos arcabuceros marañones, conquistadores, hijosdalgo, de no te dejar ministro tuyo, porque ya sé hasta donde llega tu clemencia. El día de hoy nos hallamos los más bienaventurados de los nacidos por estar como estamos en estas partes de las Indias teniendo la fe y mandamientos de Dios enteros, aunque pecadores en la vida, sin corrupción, como cristianos, manteniendo lo que predica la santa madre iglesia de Roma, y pretendemos, aunque pecadores, recibir martirio por los mandamientos de Dios.

A la salida que hicimos del Río de las Amazonas, que

se llama el Río del Marañón, vine a una isla poblada de cristianos, que tiene por nombre La Margarita, y en ella vi unas relaciones de España que habían venido entonces de la gran cisma que había en ella de luteranos que nos han puesto temor y espanto, y en nuestra compañía venía un alemán que se llama Monteverde, al cual mandé hacer pedazos: los hados le darán la pena a los cuerpos. Donde nosotros estuviéramos, excelente (1) príncipe, cumple que vivan perfectamente en la fe de Cristo.

Especialmente es tan grande la disolución de los frailes en estas partes, que cierto conviene que venga sobre ellos tu ira y castigo, porque ya no hay ninguno que presume de menos que de ser gobernador. Mira, mira, Rey, no les creas, pues las lágrimas que allá echan, delante de tu real presencia, es para venir acá a mandar. Si quieres saber la vida que por acá tienen es entender en mercaderías, procurar y adquirir bienes temporales y vender por precios los sacramentos de la iglesia, enemigos de pobres, ambiciosos, glotones, soberbios, de manera que por mínimo que sea un fraile, pretende mandar y gobernar estas tierras. Pon remedio, Rey y señor, porque de estas cosas y malos ejemplos no está cumplida ni fijada la fe en los naturales. Más te digo, que si esta disolución de estos frailes no se quita, no faltarán escándalos.

Aunque yo y mis compañeros, por la gran razón que tenemos, nos hayamos determinado a morir, y esto cierto y otras cosas pasadas, singular Rey, tu has dado la causa, por no te doler del trabajo de tus vasallos. Si no mira lo mucho que les debes, que si tu no miras por ellos y te

(1) Excelente, por el tratamiento de excelencia que da al Rey.

descuidas con estos odores, nunca acertarás en el gobierno de tus reinos, y por cierto no hay para qué presentar festigos mas de avisarte cómo estos tus odores tiene cada uno de acostamiento por año cuatro mil pesos, y ocho mil pesos ahorrados y heredamientos y posesiones, y con todo esto si se contentasen con servirlos como a hombres medio mal seríamos. Por nuestros pecados quieren que donde quiera que los topemos, nos hinquemos de rodillas y los adoremos como a Nabucodonosor, cosa cierto insufrible, y no porque yo como hombre lastimado y manco de mis miembros en tu servicio y mis compañeros viejos y cansados en lo mismo, te he de dejar de avisar que no fies en estos letrados tu real conciencia, porque no cumple a tu real persona, con éstos que se les va todo el tiempo en casar hijos e hijas y traen por refrán: A tuerto o a derecho, nuestra casa hasta el techo.

Pues los frailes a ningún hombre pobre quieren predicar y están aposentados en los mejores repartimientos del Perú. La vida que tienen es áspera y fragosa, porque cada uno de ellos tiene por penitencia en sus cocinas una docena de mozas no muy viejas y otros tantos muchachos que les van a pescar, pues a matar perdices y traer fruta. Todo el repartimiento es poco.

En fe de cristiano te juro, Rey señor, que si no pones remedio en los males de estas tierras, que te ha de venir azote del cielo, y esto dígolo por avisarte de la verdad, aunque yo y mis compañeros no esperamos de tí misericordia. ¡Ay, ay! Qué lástima tan grande que el emperador tu padre conquistase con la fuerza de España la superba Germania y gastase tanta moneda llevada de estas Indias descubiertas por nosotros, y que no te duelas de

nuestra vejez y cansancio siquiera, y matarnos la hambre y sed.

Sabes que sabemos en estas partes, excelente Rey y señor, que conquistastes a Alemania con armas y Alemania conquistó a España con vicios, de que cierto nos hallamos acá más contentos con maíz y agua sola por estar apartados de tan mala roña, que los que en ella han caído pueden estar con sus vicios y regalos. Anden las guerras por donde anduvieren, pues para los hombres se hicieron, mas en ningún tiempo por adversidad que nos venga no dejaremos de ser sujetos y obedientes a los preceptos de la madre santa iglesia de Roma.

No podemos creer, excelente Rey y señor, que tu seas cruel para tan buenos vasallos como en estas partes tienes, sino que estos malos oidores y ministros lo deben de hacer sin tu consentimiento. Dígolo, Rey y señor, porque en la ciudad de los Reyes (1), dos leguas junto a la mar, se descubrió una laguna donde se cría algún pescado, que Dios lo permitió que fuese así, y estos tus oidores y oficiales de tu persona por aprovecharse como lo hacen del pescado y aquel regalo y vicios, los arriendan en tu nombre, dándonos a entender como si fuesen inhábiles que es por tu voluntad. Si ello es así, déjennos pescar algún pescado siquiera, porque trabajamos en descubrirlo, porque el rey de Castilla no tiene necesidad de cuatrocientos pesos que es la cantidad porque se arrienda, y pues, esclarecido Rey no te pedimos mercedes en Córdoba, ni en Valladolid ni en toda España que es tu patrimonio, duélete, señor, de alimentar a los pobres cansados en los frutos y réditos de

(1) Lima.

esta tierra, y mira, Rey y señor, que hay Dios para todos, igual justicia y premio, paraíso e infierno.

En el año de mil y quinientos cincuenta y nueve dió el marqués de Cañete la jornada de las Amazonas a Pedro de Orsúa, navarro y por mejor decir francés. Tardó en hacer navíos hasta el año de mil y quinientos sesenta en la provincia de los Motilones, que es en términos del Perú, y porque los indios andan rapados a navaja se llaman Motilones. Estos navíos por ser la tierra donde se hicieron lluviosa, al tiempo de echarlos al agua se nos quebraron los más de ellos e hicimos balsas y dejamos los más caballos y haciendas y nos echamos por el río abajo con hartos riesgos de nuestras personas. Luego topamos los más poderosos ríos del Perú, de manera que nos vimos en golfo dulce. Caminamos de primera faz trescientas leguas desde el embarcadero donde nos embarcamos la primera vez.

Fué este mal gobernador tan perverso y ambicioso y miserable que no le pudimos sufrir y así por ser imposible relatar sus maldades y por tenerme por parte en mi caso como me tendrán, excelente Rey señor, no diré más de que le matamos, muerte cierto bien breve, y luego a un mancebo, caballero de Sevilla que se llamaba don Fernando de Guzmán, le alzamos por nuestro Rey y le juramos por tal, como tu persona real verá por las firmas de todos los que nos hallamos allí, que quedan en la isla de la Margarita, en estas Indias, y a mí me nombraron por su maestro de campo, y porque no consentí en sus insultos y maldades, me quisieron matar, y yo maté al nuevo Rey, y al capitán de su guardia, y a su teniente general, y a cuatro capitanes, y a su mayordomo, y a su capellán, clérigo de

misa, y a una mujer de la liga contra mí, y a un comendador de Rodas, y a un almirante, y dos alférez, y otros cinco o seis aliados suyos; y con intención de llevar la guerra adelante y morir en ella por las muchas crueldades que estos vuestros oidores usan con nosotros. Nombré de nuevo capitanes y sargento mayor, y luego me quisieron matar, y yo los ahorqué a todos.

Caminando nuestra derrota y pasando todas estas muertes y malas venturas en este río Marañón, tardamos, hasta la boca de la mar del Norte, más de diez meses y medio. Caminamos cien jornadas justas. Anduvimos mil y quinientas leguas justas por río grande y temeroso. Tiene de boca ochenta leguas de agua dulce, y no como dicen, por muchos brazos. Tiene grandes bajíos, ochocientas leguas de desierto sin género de poblado como tu Magestad lo verá por una relación que hemos hecho bien verdadera.

En la derrota que corrimos tiene más de seis mil islas. ¡Sabe Dios como escapamos de este lago temeroso! Dí-gote, Rey y señor, no proveas ni consientas que se haga ninguna armada para este río tan mal afortunado, porque en fe de cristiano te juro, Rey y señor, que si vinieren cien mil hombres ninguno escape porque la relación que otros dan es falsa y no hay en el río otra cosa sino desesperar, especialmente para los chapetones de España.

Los capitanes y oficiales que al presente llevo que prometen de morir en esta demanda como hombres lastimados son los siguientes: Juan Jerónimo de Espindola, genovés, capitán de infantería; Juan Gómez, almirante: Cristóbal García, capitán de infantería, los dos andaluces. El capitán de a caballo Diego Tirado, andaluz, que tus oidores, Rey y señor, le quitaron con grande agravio indios

que había ganado con su lanza. Mi capitán de la guardia Roberto de Sosaya y su alférez Nuflo Hernández, valenciano y Juan López de Ayala, de Cuenca, nuestro pagador; alférez general Blas Gutiérrez, conquistador, de veinticinco años; Juan Ponce, natural de Sevilla y Custodio Hernández, alférez, portugués; Diego de Torres, alférez, navarro; sargento Pedro Rodríguez Viso y Diego de Figueroa; Cristóbal de Ribas, conquistador; Pedro de Rojas, andaluz; Juan de Saucedo, alférez de a caballo; Bartolomé Sánchez Paniagua, nuestro barrachel; Diego Sánchez Bilbao, proveedor; García Navarro veedor general y otros muchos hijosdalgo de esta liga, ruegan a Dios Nuestro Señor te aumente siempre en bien y ensalce en prosperidad contra el turco y franceses y todos los demás que en esas partes te quisieren hacer guerra, y en éstas nos de Dios gracia que podamos alcanzar por nuestras manos el premio que se nos debe, pues de derecho nos has negado lo que se nos debía.

Hijo de fieles vasallos tuyos en tierra vascongada, yo rebelde hasta la muerte por tu ingratitud. LOPE DE AGUIRRE, EL PEREGRINO.

* * *

Aguirre, después de premeditarlo largamente, aseguró la llegada del original de esta carta a su destino entregándola al sacerdote Contreras, cura de La Margarita, a quien puso en libertad después de exigirle juramento solemne de llevarla en propias manos a la Audiencia Real de Santo Domingo. Contreras, aunque rehusó al principio comprometerse por juramento, accedió más tarde a jurar, y luego cumplió lo prometido.

El original de esta carta, el que estrujaron las reales manos, trémulas por la cólera, de Felipe II, no se conserva. Pero Aguirre tuvo buen cuidado de sacar copias de su



Felipe II, por Tiziano

misiva, por lo que en sí mismo suponía, y también, por lo que comprometía a los marañones a quienes enumera en ella. Es inútil que fray Pedro de Aguado en su «Historia de Venezuela», que constituye algo así como la historia oficial de la expedición de Ursúa, rehuse insertar esta carta en su obra «por ser demasiado atrevida y desvergonzada». La misma inaudita singularidad del documento hizo que estas copias se multiplicasen profusamente y fuesen leídas en América con la avidez que la misma clandestinidad asegura. Fray Reginaldo de Lizarraga, en su «Descripción breve del Perú», alude al estilo de Aguirre con un elogio indirecto: «No trato de las cartas que dicen escribía a Su Majestad del Rey nuestro Señor; algunas vi en pedazos, llenas de mil disparates, aunque daba algún poco gusto leerlas, por sólo ver el frasis, que no se quien se lo enseñó». Lizarraga comprende que, en una obra destinada a pasar por la censura oficial, el manifestar que leyó entera la carta de Aguirre es excesivo; por eso declara haberla,

leído «por sólo ver el frasis» y en pedazos, pero la leyó, y, además, a gusto.

La carta de Aguirre a Felipe II, además de sucinta autobiografía, es una crítica a fondo de la administración colonial desde el punto de vista del soldado aventurero puesto a raya por aquélla. No cabe duda de que Aguirre exagera los abusos, pero también es indudable que sus denuncias encierran una buena parte de verdad. Detrás de toda guerra, una muchedumbre de razones se agazapa. Lope traduce en su carta el cansancio, las críticas, y en cierto modo, la exasperación de muchos hombres de su tiempo.

Pero lo más sorprendente de esta carta, lo que aseguró su traducción a otros idiomas y su difusión por Europa, (1) es el lenguaje de increíble audacia con que Aguirre osa dirigirse a Felipe II, el monarca más poderoso del mundo. Lope de Aguirre se dirige a la sacra real majestad de Felipe II, el sombrío emperador del Orbe, no ya de igual a igual, sino como a «menor de edad». Ningún hombre, sin duda, se atrevió a decir a Felipe II las crudas verdades que Lope de Aguirre le escribió con tan salvaje y tan bella potencia estilista. Al absolutismo del Rey, el Calvino de los conquistadores opone su propio absolutismo. A la intangible grandeza de la persona del Rey, el emigrado vasco opone su propia nobleza ultrajada.

(1) Sin embargo, corresponde modernamente a un erudito francés, el colmo de los despistes acerca de la personalidad del caudillo marañón. (Véase «Sainte-Beuve. Oeuvres. Tomo I. 1949», con notas de Maxime Leroy. Este erudito escoliasta de las obras de Sainte-Beuve, al transcribir los comentarios del famoso crítico galo a la vida de Napoleón Bonaparte por Walter Scott y aclarando una alusión de este novelista a Lope de Aguirre, añade esta nota: *Aguirre, historien et théologien espagnol connu pour sa crédulité.*

El erudito francés confunde al caudillo de los marañones nada menos que con el cardenal José Sáenz de Aguirre que controvertió con Bossuet las proposiciones del clero galicano.

Aguirre aparece todo entero, tal como era, en este documento impresionante, mezcla extraña de grandeza, de petulante megalomanía, de cinismo, de audacia, y, al último, de humildad. El bellissimo y patético final de la carta, lleno de sonoras cadencias, inspira simpatía hacia su autor. Cuesta trabajo admitir que un hombre que con tal sentimiento se expresa, tuviese por oficio el de «domar potros ajenos, y quitarles los resabios» que el cronista Vázquez le asigna (1). Podrán los cronistas acumular sobre Aguirre toda suerte de acusaciones, pero no cabe duda que el autor de semejante carta, obra maestra del género epistolar, posee personalidad, hay en él algo más que un asesino.

El caudillo marañón añade a su firma un extraño calificativo: El Peregrino. Aguirre ya no se apellida Traidor, ni Fuerte Caudillo, ni Ira de Dios, ni Príncipe del Perú y Tierra Firme, es algo mucho más humilde: es El Peregrino. Aguirre, hombre sacudido por instintos elementales, cuya naturaleza ha roto el acuerdo entre la sensibilidad y la conciencia, nos descubre los abismos de su alma. Sabe que no puede conmovér, pero se apiada de sí; en este momento no se acuerda de sus víctimas, se acuerda de sí mismo. La declaración cínica de su rebeldía y su manía persecutoria se resuelven en honda amargura. Presiente que le quedan pocos días de vida y repasa su vida: El Peregrino, resume en este calificativo su existencia entera. Toda su vida no fué otra cosa que peregrinación sin objeto; su ideal estaba demasiado alto. Lope de Aguirre llama

(1) Al final del prólogo de «Ciencia y osadía sobre Lope de Aguirre el Peregrino», Emiliano Jos recuerda una lejana conversación con el insigne historiador Juan Carlos Guerra que le manifestaba la probabilidad de ser Lope de Aguirre descendiente de un escribano.

a su propio corazón. Nunca sabremos qué le contestó en aquel trance. El hombre que Lope era en el momento que dictaba ese singular apelativo saludaba tristemente al Lope que podía haber sido y no fué. Lope de Aguirre gime añorando otra cosa mejor, que ya, por desgracia para él, es inaprehensible.



LA RESISTENCIA Y EL PRINCIPIO DEL DESBARATE

*«Y aunque más de dos mil millas había
de camino por partes despoblado,
Luego de allí por mar tomé la vía
A más larga carrera acostumbrado,
Y a Panamá llegué, do el mismo día
La nueva por el aire había llegado
del desbarate y muerte del tirano
Saliendo mi trabajo y priesa en vano».*

ALONSO DE ERCILLA, en el canto XXXVI de «La Araucana», reproduce admirablemente la sensación producida en América por la noticia de la rebelión de Lope de Aguirre. El poeta vizcaíno, distante más de dos mil millas del lugar de la tragedia, evoca su apresuramiento en trasladarse por mar a Panamá para marchar a la lucha contra las huestes del guipuzcoano.

Desde Santo Domingo, Cuba y Jamaica, y luego, atravesando toda Tierra Firme hasta lo más meridional de Chile, «fué esta rebelión de tanto sonido y estruendo...» «que todo lo puso en gran turbación y alboroto...» resume a su vez el cronista Ortigueira.

Aguirre, surgiendo inesperadamente del infierno verde amazónico, provocó uno de los más inquietantes conflictos

planteados al poder real en tierra americana desde el descubrimiento. Las guerras civiles del Perú y las represiones que siguieron eran todavía recientes; aún manaban sangre las heridas; diseminados por el territorio había muchos resentidos que anhelaban ocasión de vengarse. Los sedimentos subieron a la superficie. De un lado, la irrupción de Aguirre produjo visible desconcierto; por el otro lado, la resurrección gozosa, indisimulable, de esperanzas moribundas.

Comenzaron los guiños de inteligencia, las miradas suspicaces, las conversaciones cautelosas, las cartas en lenguaje convenido, las caminatas de los enlaces embozados, las reuniones y comentarios jubilosos en lo íntimo de los hogares. Y comenzaron así mismo las sospechas, las detenciones preventivas, los registros, los destierros, las declaraciones, los tormentos, las ejecuciones.

Los gobernadores de Cali y Quito desterraron varios sospechosos, pero «sin querer apurar ni apretar el negocio porque no viniera a recrecerse otro mayor daño». La represión exagerada muchas veces provoca consecuencias peores que las que quiso evitar. En la ciudad de Pasto, de la gobernación de Popayán, por donde pensaba pasar Aguirre, detuvieron al caballero Gonzalo Rodríguez por su correspondencia sospechosa con gentes de Cali y Quito. Contra Rodríguez existían graves indicios; parece que premeditaba unirse a Aguirre; en la clave de sus cartas, las palabras puercos y cebada significaban respectivamente soldados y pólvora. Rodríguez resistió estoico los «muy grandes y terribles tormentos» a que le sometieron; probablemente en la conjura estaban comprometidas personas preponderantes, pero no quiso denunciar a nadie y murió

con altivez, degollado en la plaza de Pasto donde su cabeza fué puesta en el rollo, y atribuyéndose hasta el último momento toda la responsabilidad de la abortada rebelión.

A lo largo de la costa panameña todos los vecinos pusieron sobre las armas; sucedíanse ejercicios y alardes sin interrupción; «se velaba de día y de noche» con el temor de que Aguirre sobreviniera de sorpresa. Sólo en Nombre de Dios se juntaron seiscientos soldados, la mitad arcabuceros, y ochocientos negros de confianza. Construyéronse estacadas en las playas y costosas fortificaciones en los puntos estratégicos que fueron artilladas con cañones mandados traer a toda prisa desde los sitios más distantes. Para completar esta visión guerrera, tampoco faltaban hacendados que ponían a salvo sus riquezas embarcándolas a toda prisa para el Perú.

Una falsa alarma ordenada por Juan de Umaña, general de las tropas de Panamá, una noche oscura, para probar a la gente, reveló, por el tremendo desbarajuste que produjo, el grado de terror que infundía el nombre de Aguirre. Todos se levantaron despavoridos, y el gobernador más que ninguno; nadie en aquel desconcierto pensaba en defenderse; muchos, por lo visto, imaginaban ya la forma de pasarse a los inexistentes marañones; vióse a otros tratando de esconder sus riquezas, y a las mujeres corriendo alocadas, medio desnudas, a refugiarse en el seguro de la iglesia.

Aguirre no se dió cuenta del pavor que su nombre provocaba en sus contrarios. Parecido desconcierto se produjo en la gobernación de Venezuela al desembarco del caudillo marañón. Entre los escasos soldados realistas de la gobernación de Venezuela reinaba el miedo y la in-

certidumbre. Todos —según Vázquez— «estaban suspensos, y temerosos y dudosos». La fama de Aguirre «no dejaba de ponerles harto miedo».

Pedro Alfonso Galeas, que fué capitán en vida de Ursúa, marañón huído de La Margarita a Maracapaná y que desde aquí marchó a Borburata y Valencia, llevó a los realistas venezolanos concentrados en Barquisimeto las primeras noticias verídicas de las fuerzas que Aguirre contaba. Pedro Alfonso Galeas (1), sospechado por cierto de espía en un principio, infundió las primeras esperanzas ciertas de victoria en los descorazonados soldados realistas, cuando les aseguró que sin batalla destruirían a Aguirre, porque con excepción de poco más de sesenta soldados adictos incondicionales, el resto ansiaba pasarse al campo de Su Majestad a la primera ocasión que se presentase.

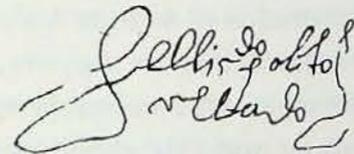
Ejercía entonces el cargo de gobernador de Venezuela el licenciado Pablo Collado, Pablo Faldetas como, aludiendo a su manifiesta cobardía, lo llama Juan de Castellanos (2). Collado padecía de hemorroides, y en una carta

(1) Pedro Alonso Galeas aparece en las actas del Cabildo de la ciudad de Santiago de León, la actual Caracas, como regidor, desde el año 1573 a 1580. En 1579 era Procurador del Cabildo. En las actas de los años 1594, 1595 y 1597 reaparece como Fiel Ejecutor. Con fecha 1.º de Enero de 1599, el alférez Diego de los Ríos votó a favor de Pedro Alonso Galeas para el cargo de alcalde ordinario de la ciudad. En las actas del Cabildo celebrado con fecha 9 de Agosto de 1600, Nicolás de Peñalosa, regidor perpetuo de Caracas, manifiesta hallarse casado con una hija del capitán Pedro Alonso Galeas. Véanse «Actas del Cabildo de Caracas». Tomos I y II. 1573-1600 y 1600-1605. Editorial Elite. Caracas, 1943-1945.

Don Emiliano Jos me comunica acerca de Galeas su longevidad, atestiguada por Vázquez de Espinosa, documentado cronista de las Indias, inédito hasta pocos años ha, el cual debió de conocerlo en Caracas ya centenario.

(2) «En este territorio ya contado
Y poblaciones que le son sujetas
Era gobernador Pablo Collado,
A quien llamaba yo Pablo Faldetas
Por ser un hombre mal ejercitado

que dirigió al capitán general de la gobernación, Gutiérrez de la Peña, las alegaba junto con otros achaques como justificación de su desánimo y de su propósito de abandonar Tocuyo, escapándose a Trujillo. Y Aguirre todavía estaba en Valencia. Gutiérrez de la Peña apresuró a responderle encareciéndole que no abandonara Tocuyo, adonde las fuerzas pensaban replegarse caso de no poder resistir en Barquisimeto. Peralonso Galeas,



Firma del licenciado Pablo Collado

portador de este aviso, no encontró en Tocuyo al gobernador; había huído a Trujillo el día antes. Galeas persiguió al fugitivo logrando darle alcance a medio camino, y aunque reforzó calurosamente con sus propias referencias los requerimientos del general no consiguió que Collado volviera, por entonces al menos, a la capital de su gobernación.

Las fuerzas que pudo reunir Gutiérrez de la Peña, contados los treinta hombres que llevaron consigo desde Mérida los capitanes Bravo de Molina y García de Paredes, ascendían en total a unos doscientos hombres, casi todos de a caballo. Aguado dice con gracia que sería levantar falso testimonio a aquellos soldados llamándolos hombres a caballo, porque más bien, por su escasísimo armamento, no podían llamarse más que «hombres en caballos». Pero de cualquier manera que fuese, la movilidad de este pequeño ejército, que vivía fácilmente sobre el te-

Entre los atambores y trompetas
El cual andaba: ya vista la cosa,
Para poner los pies en polvorosa».
Varones ilustres de Indias. Elegía XIV. Canto VII

rreno, constituía una gran ventaja contra la fuerza de arcabuceros de Aguirre, cuya impedimenta era un lastre demasiado pesado.

El día 15 de Octubre reanudó su avance Aguirre camino de Barquisimeto con otros tres marañones de menos, ejecutados al salir de Valencia, porque supo sus propósitos de escaparse. Aguirre, que se daba perfecta cuenta del cansancio que se había apoderado de muchos de sus soldados, antes de abandonar la ciudad les dirigió una arenga amenazadora, en cuyas últimas frases descubría por cierto un espíritu profundamente supersticioso. El soberbio invoca sus hados, su estrella.

—«Ea, soldados, andad a derechas, mirad que entiendo vuestras maldades y sé lo que cada uno tiene en su corazón; mirad que conozco gente de Perú, que no entienden sino en fírar la piedra y esconder la mano; mirad, marañones, que sé que andáis por matarme o dejarme en la mayor necesidad, en viéndoos en las haldas del Perú; mirad que sé que con mi sangre queréis restaurar la vuestra y vuestras maldades; mirad que tenéis las piedras de Perú tintas de la sangre de los capitanes que habéis muerto y dejado en los cuernos del toro, y tenéis por costumbre, después de haber destruído el mundo y gozádoos de él, libraros y restauraros con la sangre de los pobres capitanes, que siempre traéis engañados. Daos prisa a matarme, que ¡por vida de tal! que os tengo de ganar por la mano; que el que me quisiere merendar, que lo tengo de almorzar, y que no habéis de ser todos juntos parte para matarme, y yo solo sí para todos vosotros. ¿En qué andáis? ¿No sabéis que habéis muerto Príncipe y gobernadores, tenientes y alcaldes, y alguaciles, frailes, clérigos, comen-

dadores y mujeres, que habéis robado y saqueado y muerto cuánto habéis hallado? ¿No sabéis que vamos haciendo la guerra a fuego y a sangre, y que el que de vosotros tomanen, la menor tajada ha de ser la oreja? (1). ¿No sabéis que sin mí no tenéis vida, ni podéis escaparos en todo el mundo; y si queréis ser hombres de bien, que todo el mundo no será parte para enojaros, y el Perú y todo lo demás será vuestro? ¡Por vida de tal! marañones, que si Dios nos da salud, que ninguno de vosotros ha de haber que no sea capitán en Perú de la demás gente, y que tengo de hacer que los reinos del Perú sean gobernados de la gente marañona, como los godos lo fueron en España, por señores de ella. ¿Qué cosa es que por temor de la muerte dejemos de acometer lo que vemos que tan claramente es nuestro y nos lo tienen nuestros hados guardado? Mirad que en todo Perú dicen todos a una los indios hechiceros, que de unos montes y tierras escondidas han de salir unas gentes que han de señorear a Perú, y somos nosotros; mirad que lo sé yo muy cierto».

Pese que «a todo decían todos que sí; y que con él morirían mil muertes, y que le querían más que a Dios, y otras muchas herejías», pronto pudo advertir Aguirre la falta de ocho a diez marañones que desertaron de la columna en cuanto ésta se internó en el monte. Decididamente, los marañones iban a dejarle «en los cuernos del toro».

Aguirre, ante tan repetidas defecciones, reacciona ya con cierto dejo fatalista, reacciona «suspirando». «¡Oh pese a tal, qué bien he dicho que me habíais de dejar al

(1) Aguirre alude al infamante castigo del desorejamiento, propio en aquella época.

tiempo de la mayor necesidad!». Y el jefe de los marañones proseguía su lamentación intentando refugiarse en el afecto de sus incondicionales. A uno de ellos, sobre todo, a Antoñico, un muchacho, su asistente predilecto, «el cual le quería mucho»... «y le decía muchas veces que no se fiase en los marañones, que habían todos de huir y dejarlo», solía dirigirse cada vez que sus oficiales le notificaban alguna deserción: «¡Oh, profeta Antoñico, que profetizaste la verdad, que si yo a ti te hubiera creído no hubieran huido estos marañones!» O también, señalando con un ademán triste al mismo muchacho. «Veis aquí quien me ha profetizado esto muchos días ha».

Estas reacciones sentimentales, y este afecto ciego que le profesaban sus íntimos revelan otra desconcertante faceta de la compleja personalidad de Aguirre. Ante este hombre que tan amargamente se queja, y que ya no hará hasta el fin sino quejarse, cabe preguntar hasta qué punto su rebeldía era un gesto personal suyo o suma de otros impulsos rebeldes que luego se acobardaron. ¡Son tantas y tan complejas las causas de una guerra! Los motivos de una guerra muy pocas veces son imputables a un hombre únicamente.

Porque en el campo marañón había otros hombres de más instinto carnicero que Aguirre. Uno de ellos, su almirante, Juan Gómez, que recordaba a su jefe las ejecuciones realizadas al partir de Valencia lamentándose de no haber sido ajusticiados treinta: «¡Oh, pese a tal, señor, qué bueno andaba vuestra merced el otro día, si como fuesen tres fueran treinta». E incitaba a Aguirre a una severidad todavía mayor señalándole significativamente los árboles del camino, muy propios para colgar a todos los remisos:

«¡Oh, pese a tal, señor, que hay por aquí muchos y buenos árboles!».

Al cabo de dos o tres jornadas, la columna detúvose un día entero en unas rancherías de minas, donde trabajaban sacando oro esclavos negros. Una nueva decepción aguardaba aquí a Aguirre. Los ranchos estaban desiertos. Los negros, a quienes premeditaba declarar en libertad e incorporar a sus filas, habían sido puestos a recaudo por sus amos. Estos sabían seguramente que Aguirre «se pensaba ayudar» de los negros; que les decía «que eran libres y que a todos los que se le juntasen había de dar libertad», y, «les hacía tan buen tratamiento, y aún mejor, que a los españoles». Ya sabían también que los favorecidos «hacían fuerzas y robos, y muertes, y otros daños y males» que iban casi siempre a recaer sobre los amos.

Dos días después, reiniciada la marcha, un recio aguacero convirtió el camino en un arroyo lodoso. Las cabalgaduras, demasiado cargadas, resbalaban, no podían subir la cuesta. Aguirre bramaba; «no había cristiano que le oyese que no le pusiese muy gran pavor y espanto y le tremiesen (le temblasen) las carnes». Para avanzar, no hubo otro remedio que hacer escalones con azadas para que las bestias tuviesen donde agarrar sus pezuñas.

Al llegar a lo alto de la cuesta, Aguirre no encontró a nadie; la vanguardia, compuesta de gente joven, libre de impedimenta, y además, ignorante de lo que ocurría con las acémilas, había proseguido adelante su camino. Los furiosos accesos de Aguirre se renovaron; hubo un momento en que imaginó lo más temido: una defección en masa de sus marañones. Durante la marcha, desde luego, habían desertado dos, aquel constante chorrear de deser-

ciones, sin enemigo enfrente, que la más dura severidad no bastaba a impedir, colmaba su indignación, una indignación atravesada ya de fatalismo.

—«Yo, señores —dijo volviéndose a Juan de Aguirre, su mayordomo, y a Roberto de Zozaya, su capitán de la guardia— yo, señores, os profetizo que si en esta gobernación no se nos allegan cuarenta o cincuenta soldados, que no hemos de llegar al Reino (al Perú) según las voluntades (que) veo y conozco en mis marañones».

Y picando a su yegua, adelantóse a todo correr a los que marchaban a vanguardia, y después de reprenderles duramente por su insolidaridad con los soldados, viejos todos, que atrás venían, les obligó a volverse para pernoctar en el alto cuya ascensión tanto trabajo le había costado.

Al día siguiente alcanzó Aguirre el valle de las Damas, cercano a Barquisimeto. Para los marañones, escasos ya de bastimentos, resultó motivo de júbilo el encuentro de un bohío lleno de maíz. El paraje, cercano a un río, convidaba a descansar. Después de detenerse allí un día, Aguirre reemprendió de mañana su marcha a Barquisimeto, a la sazón guarnecido por los soldados de Gutiérrez de la Peña, que, noticioso de la proximidad del enemigo, había desplazado a su maese de campo, Diego García de Paredes, al mando de una pequeña sección, a descubrir el campo.

Al caer de la tarde, en un angosto camino de monte encontráronse de súbito los jinetes realistas con la vanguardia de los marañones. Ni los unos ni los otros estaban apercebidos al combate. No hubo lucha; para cuando los marañones encendieron las mechas de sus arcabuces,

los realistas, revolviendo sus caballos a toda prisa, habían escapado, perdiendo en su veloz huída algunas lanzas y hasta las celadas borgoñonas que traían. Estas celadas que llamaban borgoñonas, no eran sino unas mugrientas caperuzas hechas a modo de sombrero con trozos de paños de diversos colores, cuya vista, además de excitar a risa, no daba, ciertamente, una alta idea del campo realista. Aguirre aprehendió la ocasión por los pelos. Erguido en su caballo mostró los ridículos arreos a aquellos hombres de dudosa fidelidad, evocándoles, sarcástico, los albos turbantes y flotantes alquiceles de la aristocracia mora de Tremecén tan enaltecida en el romancero popular: «¡Mirad, marañones, a qué tierra os ha traído la fortuna y a dónde os queréis quedar y huir; mirad qué celadas traen los galanes de Meliona (1); mirad qué medrados están los servidores del rey de Castilla!».

(1) Esta bella imagen, cargada de ironía, demuestra que Lope de Aguirre conocía los romances moriscos. Se llamó galanes de Meliona a ciertos moros nobles que habitaban el valle de Meliona y Benarax, entre Orán y Tremecén. Teníanse por descendientes de los árabes expulsados de España, y se distinguían de los demás moros africanos por su vida refinada, lujoso atavío y elegante porte. Eran excelentes jinetes y hombres de guerra. Francisco de la Cueva hace frecuente mención de ellos en su «Relación de la guerra del reino de Tremecén», obra escrita el año 1543.

La comedia de Lope de Vega «El Hamete de Toledo» tiene por protagonista a uno de aquellos «galanes de Meliona» a cuyas cualidades se hacen repetidas alusiones en la obra.

«Hoy hace un año que ví,
ya después de anochecer,
en este campo de Orán,
el valor de una persona
de los que en su muro están
—Aquí está de Meliona
dije a su puerta, un galán»

* * *

«Llamélos, que entre unas ramas
amparaban mi persona,
y dije: —Aquí ganad famas
galanes de Meliona
vosotros que servís damas».

El conocido romance de Góngora «El español de Orán» alude asimismo a «cierta dama del linaje de los nobles Melioneses».

Francisco Cascales, en sus «Cartas filológicas» se refiere también a un galán de Meliona».

había hecho adelantar una carta suya personal para Lope de Aguirre, donde después de rogarle que deponiendo su rebelión volviera a la obediencia del Rey, le garantizaba, al menos en cuanto a él le correspondiese, la clemencia y la vida por cuantos delitos había hasta entonces cometido.

Caminando toda aquella noche y el día siguiente hasta mediodía llegaron los marañones a distancia de legua y media de Barquisimeto. Aguirre emplazó su artillería asentándola al camino que conducía al pueblo, a donde despachó un indio ladino con una carta para los habitantes pidiéndoles que no se huyesen, que no les haría ningún daño, y que lo único que de ellos pretendía era comprarles comida y cabalgaduras para proseguir adelante su camino.

A la mañana siguiente, miércoles, 22 de Octubre de 1561, hizo Aguirre su entrada en Barquisimeto. El pueblo estaba desierto. Los marañones, que penetraron todos a una por diferentes sitios, llevaban extendidas cuatro banderas y dos estandartes, y disparaban al aire sus arcabuces en descargas cerradas. Desde una altura próxima los soldados realistas contemplaban la entrada rodeando con sus caballos el estandarte real enarbolado en alto. El cronista anónimo observa que la vista de esta insignia impresionó a Aguirre. El sol acababa de trasponer el horizonte. La expectante actitud de los realistas trocóse en algarabía jubilosa. Diego García de Paredes, maese de campo, con otros ocho soldados, deslizándose sigilosamente, y cargando de imprevisto sobre la confiada retaguardia marañona antes de que entrase en el pueblo, había capturado cuatro acémilas cargadas de ropa, pólvora y munición.

Los marañones se alojaron en una manzana de casas, propiedad del capitán Damián del Barrio, vecino del pueblo, que, por tener doble cerco de tapias almenadas, permitían más fácil la defensa, y así mismo la vigilancia de los sospechosos. Como la situación de las casas inmediatas pudiera favorecer una sorpresa del enemigo, Aguirre ordenó incendiarlas, pero teniendo cuidado con la iglesia que estaba pegante. Precaución inútil, porque el fuego prendió en ella, si bien los marañones pudieron salvar ornamentos e imágenes.

Pronto los rebeldes hallaron las cédulas de perdón extendidas como un reguero por todas las casas, y además, en el rollo del pueblo, la carta de Collado a Aguirre. Este captó en seguida, primeramente, la vibración de sorpresa, y luego la crispación preocupada que la lectura del documento produjo en el rostro de los soldados. Precisaba atajar cuanto antes aquella grave situación. Era inútil que los más adictos se le presentaran con las cédulas en la mano haciendo ademanes de limpiarse con ellas «las partes bajas». Aguirre lefa la verdad de los sentimientos en las caras de la mayoría. Al bando que prohibía leer ni guardar las cédulas bajo pena de muerte, siguió un largo discurso encaminado todo él a demostrar lo falaz de las promesas de Collado. Y él, por su parte, dirigió con un indio ladino al campamento realista una carta para el mismo gobernador concebida en los siguientes términos:

«Muy Magnífico Señor»:

«Una carta de vuesa merced recibí y merced muy grande por las promesas y ofrecimientos que por ella me promete, aunque yo al presente y en artículo de la muerte y después de muerto, aborrezco el tal perdón de Rey y

aun su merced me es odioso, cuanto más los perdones de vuesa merced, no llegan al primer nublado. Si ello fuera enojo particular o deservicio que yo hubiera hecho a vuesa merced, pareciera que nos pudiéramos conchavar. No hay para qué tratar en esto pues es niñería y pues yo no soy hombre que he de tornar atrás de lo que con tanta razón comencé, especialmente siendo mortal como soy».

«Dice vuesa merced que mil vidas perderá en servicio de Su Rey, guarde vuesa merced una sola, bien que si esa se pierde el Rey no lo resucitará. Bien es que se cumpla con el mundo y también es menester mirar por la salud. Vuesa merced tiene mucha razón de servir al Rey, pues a costa del sudor de tanto hijodalgo y sin ningún trabajo anda comiendo el sudor de los pobres. De eso, y otras cosas de esa suerte que el Rey hace, recibe Dios gran deservicio, que venga vuesa merced con dos nominativos a poner leyes a los hombres de bien. No me trate de perdones porque mejor que vuesa merced sé lo que puede perdonar, pues el Rey a cabo de nueve años, ahorcó al buen Martín de Robles y al bravoso Tomás Vázquez y a Alonso Diaz conquistador y a Piedrahita con sus perdones al cuello (1) los ahorcó».

«Malditos sean todos los hombres chicos y grandes, pues consienten entrar un bachiller donde ellos trabajaron y no matarlos a todos, pues son causa de tantos males. Vuesa merced mande que me provean de lo que he de comer y venga una hora a hablar con nosotros, que bien seguro puede venir más que ninguno de nosotros a donde

(1) Alusión a la costumbre de quienes se reducían a la obediencia real, de pasarse con la cédula de perdón colgada al cuello.

está vuesa merced, y esto sea con brevedad, porque ¡voto a Dios! de no dejar en esta tierra cosa que viva sea. Y no piense vuesa merced de espantarme con el servicio que dice ha de hacer a su Rey: el menor de los que vienen aquí, que son de diez y ocho años, le han hecho más servicios que vuesa merced aunque viva mil años le puede hacer; cuanto más nosotros que estamos mancos y cojo por servirlo. Y pues vuesa merced ha rompido la guerra, apriete bien los puños que aquí le daremos harto que hacer, porque somos gente que deseamos poco vivir».

«La desgracia que ha sucedido de la Iglesia me pesa mortalmente. Todos los ornamentos están aquí y no falta ninguna cosa; que parece que saltó una centella de lejos. Mas pues la desgracia ha sucedido, aquí lo pagaremos de manera que que se haga mejor que estaba, con oro, plata y ropa. Y por caridad nos provea de comida, donde no, será necesario de ir a buscarla a ese raso donde nos amenazan. Y Dios nuestro Señor guarde y aumente la muy Magnífica persona de vuesa merced como vuesa merced desea»

«De este pueblo, hoy miércoles a mediodía, besa las manos de vuesa merced su servidor».

«Lope de Aguirre»

«Vuesa Merced me haga merced de mandar que me vuelvan tres yeguas que me han tomado y un potro overo cargados con el ható y las cámaras al Ave María, cargados de pólvora y en esto se nos hará gran merced y si no, todo será detenernos por acá hasta que vuesa merced se rehaga en El Tocuyo».

«Al muy magnífico gobernador el licenciado Pablo Collado, mi señor».

En realidad, el discurso de Aguirre se contiene en esta carta que da la medida justa de la verdadera situación del jefe marañón a su entrada en Barquisimeto. Esta carta, la última carta de Aguirre, tal vez la que mejor le retrata, resume todo cuanto pudiera decirse acerca del ciego coraje con que aquel hombre se revuelve contra lo ya irremediable.



¡HIJA MIA!...

POR la noche los realistas se decidieron a presentarle batalla. Primeramente completaron la quema de Barquisimeto pegando candela a la parte del pueblo no incendiada por Aguirre, por convenir más a su táctica el campo raso y sin obstáculos.

Antes de que amaneciese, García de Paredes, llevando consigo los cinco arcabuceros de que disponían los realistas, rompió las hostilidades; quería mantener en alarma el campamento marañón. Aguirre parece que adivinó esta intención, pues mandó que nadie contestara.

Al amanecer de aquel día, jueves, cincuenta arcabuceros marañones deslizáronse por una quebrada arriba con el propósito de caer sobre los autores de la alarma. La maniobra, perfectamente realizada, les permitió dar sobre ellos sin ser vistos ni sentidos. Trabóse una escaramuza que finalizó con la retirada de cada una de las partes contendientes a sus reales respectivos. No hubo ningún herido; todos pusieron en la lucha esa prudencia y ese tácito compañerismo que estrechamente une a combati-

tes de bandos opuestos cuando adivinan hallarse en los últimos días de la guerra.

Sin embargo, durante todo el día, veloces jinetes realistas mantuvieron en jaque a los marañones, tratando, tanto de impedir que éstos salieran a recoger provisiones y cabalgaduras, como que su agresiva pegajosidad pesara en el ánimo de ellos.

Hubo al anochecer gran júbilo en el campo realista con la llegada del gobernador Pablo Collado junto con el capitán Pedro Bravo de Molina, el cual, procedente de Mérida venía con veinte hombres a caballo. Con este refuerzo las fuerzas realistas ascendían a unos ciento ochenta hombres. Bravo de Molina que, en definitiva, fué quien volvió de su primer cobarde acuerdo al gobernador, manifestaba que en Mérida habían quedado de refuerzo otros quinientos hombres alistados en el Nuevo Reino de Granada. Esto era falso, pero Bravo quiso animar a las huestes realistas cuya moral no debió de parecerle demasiado elevada. Un esclavo negro que se escapó aquella misma noche del campo realista al de los marañones informó a éstos de las falsas noticias de Bravo de Molina contribuyendo con ello a acentuar su desmoralización.

Al día siguiente, viernes, dos marañones, García Rangel y Navarro, pretextando que llevaban a abreviar dos cabalgaduras, se pasaron, llevando sus arcabuces, al campo de Su Majestad. Asediados a preguntas, como ocurre en estos casos, ambos manifestaron la intención de pasarse que tenían muchos marañones. Concretamente, el capitán Juan Jerónimo de Espindola y el soldado Hernán Centeno se pasarían sin falta a la primera ocasión con toda la gente que pudiesen. Como también es tradicional, los dos

desertores, dando voces desde las avanzadillas, encarecieron a sus antiguos compañeros la excelente acogida de que habían sido objeto.

Precisaba resolver aquella situación que se iba haciendo insostenible. Aquella misma noche los capitanes Roberto de Zozaya y Cristóbal de Coca salieron del fuerte con sesenta arcabuceros de confianza, la mayoría de ellos convencidos de que marchaban a apresar las cabalgaduras y ganados que tanta falta hacían. Pero el verdadero objetivo de la expedición, conocido de muy pocos, era el de sorprender y desbaratar el campamento de los realistas, tomarles los caballos y replegarse al fuerte, de donde al amanecer saldría Aguirre con otra fuerza para protegerles la retirada. Los marañones hubiesen conseguido su propósito de no haber sido sentidos por cierto capitán Romero que, procedente del pueblo de Nira, a la sazón venía con otros ocho o diez compañeros a incorporarse al campo de Su Majestad. Romero dedujo sagazmente la filiación de aquella fuerza que a favor de la noche avanzaba a pie cautelosamente, y aunque desconocía la situación exacta del campamento realista, acertó a topár con algunos escuchas de éstos que pusieron en alarma a sus descuidados compañeros.

Frustrada la sorpresa, los marañones no tuvieron otro remedio que esconderse de los jinetes realistas que de aquí para allá comenzaron a buscarlos.

Al amanecer, los realistas localizaron a sus enemigos que ordenadamente se replegaron a una posición dominante para mejor defenderse de la caballería. Aguirre, así que vió a los suyos, salió del fuerte a socorrerlos con treinta arcabuceros, a bandera tendida, tocando tambor y trom-

peta. Verificado el enlace de las fuerzas, «entre los unos y los otros se trabó una hermosa y bien trabada escaramuza». Los realistas comenzaron a retirarse con intención de atraerse a los marañones al llano, para acometerlos con los caballos más fácilmente. Aguirre comenzó a perseguirlos a toda prisa, pero al llegar a la planicie, los realistas volvieron contra él «con gran ánimo».

De nuevo «se trabó la escaramuza bien brava y reñida». La caballería acometía por todas partes a los marañones que resistían a pie firme a los piqueros contrarios. En este momento, el capitán Diego Tirado que, encima de una yegua se salía a menudo del cuadro para arremeter contra los realistas, pasóse galopando al campo de éstos. El capitán Tirado precisamente, a quien Aguirre habíase referido lleno de ilusión unos momentos antes al exclamar: «¡Si este Diego Tirado me es leal, el mundo he de tener por mí!».

Por lo pronto, a toda costa precisaba evitar que los marañones, imitando a Tirado, iniciasen la desbandada. Aguirre, sin perder su presencia de ánimo, comenzó a gritarles: «¡Ah, caballeros, reportaos! que a Diego Tirado yo le envío para cierto negocio que nos conviene a todos, tened crédito que no se fué sin mi licencia».

Apeado de su yegua, muerta de un arcabuzazo durante la acción, «con una lanza en la mano, comenzó a recoger a los suyos, ayudándole algunos de sus amigos a lanzadas». Los marañones, acosados por los realistas, después de recoger a los heridos iniciaron a toda prisa su repliegue al fuerte. Aguirre marchaba desahogando su despecho. Admitía ya la posibilidad de que Dios, cuyo brazo se creía, le negase la victoria: «Por vida de tal que mis

hados permiten que yo sea vencido de esta vil gente de cazabé y arepas (1), que no quiero creer en Dios ni en la ley judaica ni mosaica sino muerte y muerte y no más...». Sus incondicionales, contagiados de su desesperación, intentaron matar a un soldado sorprendido cuando durante la escaramuza intentaba pasarse, pero él se opuso. ¡Para qué matar a uno donde tantos hubiesen por el mismo motivo merecido la muerte! Porque ya durante la pelea, al advertir Aguirre en muchos de los suyos una sospechosa puntería, les había increpado: «¡Marañones: a las estrellas tiráis!» No podía ya fiarse de ninguno. «Si yo me fiase de vosotros —resumía Lope caminando renqueante— yo haría una guerra a estos potrosos gentes de arepa, colchones, que me soñasen, pero no oso». No oso, no me atrevo con hombres como vosotros, traidores en potencia, que, para traicionar, únicamente aguardáis la mejor oportunidad.

Al día siguiente, cuatro desertores contaban a los realistas el hambre que reinaba en el campamento marañón, donde estaban devorando hasta los perros y los mulletos, y el propósito de Aguirre de retirarse a la costa, y también, cómo el día anterior, al llegar al fuerte había desarmado a todos los sospechosos.

El domingo, 26 de Octubre, Lope de Aguirre dirigió un discurso a sus soldados. El anónimo nos cuenta que poniéndose la daga en el pecho les dijo: «Con esta daga me saquen el corazón cuando en toda mi vida saque sangre a soldado marañón y no lo tratase como a mi persona,

(1) Cazabé: torta que se hace en varias partes de América con harina sacada de la raíz de la mandioca. El pan de arepas es un pan de harina de maíz que constituye la base de la alimentación de los campesinos de Venezuela.

y por vida de tal protestado y adorado, de cumplirlo y no hacer de aquí adelante más de lo que cada uno de vuestras mercedes mandare, y nos perderemos o ganaremos, que ha de ser con parecer de todos, que mío sólo no, y si hasta aquí ha habido algunas muertes, entiendan que las hice por la salud de todos y para asegurar nuestras vidas; y a todos desde ahora digo, que por el juramento que tengo hecho, de no desabrir más al menor de todos, y por amor de Dios les suplico no permitan seamos vencidos de esta gente de cazabé y de arepas... y si piensan pasarse al Rey sea en el Perú, y yo, ya que muera, moriré en aquella gloriosa tierra donde gozarán y descansarán mis huesos lo que el cuerpo tanto trabajó y ha padecido».

Este suplicante discurso es el último de Aguirre. Lope, el vasco, ama al Perú, y ya no pide sino llegar al Perú para morir en el Perú. Pero, por la noche, al enterarse de otras nuevas deserciones, sus buenos propósitos naufragan. Consulta a sus íntimos —Juan de Aguirre, Juan Gómez, Juan Jerónimo de Espindola, Custodio Hernández— acerca de la conveniencia de matar dos docenas de marañones para iniciar el regreso a la costa desembarazado de sospechosos. Los consultados se atrevieron a responderle despectivamente. Espindola, el mismo que había avisado a los realistas su próximo paso con los más que pudiese, le dijo «que no tenía razón de quejarse de ellos»; que si él, Aguirre, estando en La Margarita y Tierra Firme hubiese dejado en libertad a los descontentos en lugar de perseguirlos y ahorcarlos, hubiera conocido a los verdaderamente incondicionales, pero que la mayoría venía por fuerza, «y que no se maravillase» de lo que sucedía. Aguirre asintió

al traidor, y en seguida, mandó devolver las armas a todos, y como algunos se negaran a recibirlas, él mismo fué a rogarles que las tomasen.

A la mañana siguiente, lunes, 27 de Octubre de 1561, Antón Mercado y Custodio Hernández, desertores de última hora, avisaban en el campamento de los realistas los preparativos de retirada de los marañones. En efecto, Aguirre ordenó cargar a los bagajeros, pero éstos, cargadas ya las acémilas, se negaron a iniciar la marcha: alegaron «todos a una voz» que era mejor caminar de noche. Entonces Aguirre, «dando un gran suspiro» mandó que descargasen.

Cerca del mediodía, el capitán Bravo de Molina aproximóse con una sección al fuerte para hostigar a los marañones, pero una andanada de arcabucería obligóle a retirarse con el caballo atravesado de un tiro en el pescuezo. Algunos marañones se ofrecieron a Aguirre para escaramucear con los realistas. Todos ellos, más el capitán Espindola y otros siete u ocho amigos de éste se unieron a la gente de Bravo de Molina a la vista del propio Aguirre, que, incapaz ya de reaccionar, con los ojos clavados de estupor, los miraba marcharse.

Aguirre, andando como un autómeta, penetró en el fuerte. Los marañones que allí había se marchaban por una puerta o saltando las tapias. Sólo acompañaba a Aguirre una media docena de incondicionales con aire de enajenados. Llamoso contábase entre ellos y Aguirre se volvió a él para decirle con amargura:

—«Hijo, Llamoso, ¿qué os parece esto?».

—Que yo moriré con vuestra merced —respondió el

interpelado— y estaré hasta que nos hagan pedazos» (1).

Entonces Aguirre, dirigiéndose hacia Pedrarias de Alместo que estaba allí cerca, le dijo con grave resignación:

—«Señor Pedrarias, estaos quedo y no salgáis de aquí, que yo diré antes que muera quién y cuántos han sido leales al Rey de Castilla; que no piensen éstos, hartos de matar a gobernadores y frailes y clérigos y mujeres, y robado los pueblos y asoládoslos, y hecho pedazos las cajas reales, que ahora han de cumplir con pasarse a carrera de caballos y a tiro de herrón al campo del Rey».

La respuesta de Pedrarias fué coger una lanza y salir por la puerta, guardada todavía por dos arcabuceros, gritando: «¡Al Rey ¡Al Rey!». Los centinelas se unieron a Pedrarias, así como los negros del servicio de Aguirre. Estos, ya con el pavor de las represalias, imploraban al soldado realista: ¡«Señor, llévanos al campo del Rey, por que no nos maten en el camino»!

De pronto, invadió la cara de Aguirre la espantosa seriedad de sus más temibles decisiones; sus ojos permanecieron durante algunos instantes clavados en el vacío. Dijo que quería ver a su hija, y, desentendiéndose de sus últimos cinco o seis adictos, penetró en el aposento donde

(1) Llamoso fué más tarde apresado en Pamplona, la ciudad colombiana fundada por Ursúa, en donde se le ejecutó e hizo cuartos. Paniagua, el asesino de los frailes de la isla Margarita, sufrió igual pena en la ciudad de Mérida por orden del capitán Bravo de Molina. El mestizo Carrión se supone que tuviera igual suerte. El capitán Tirado se presentó a las autoridades pretendiendo ser recompensado por su defección, pero fué preso, si bien se ignora su suerte posterior. Juan de Aguirre, el segundo de Aguirre, desapareció sin dejar rastro. Gonzalo de Zúñiga fué conducido preso a Santo Domingo y luego a España. En cuanto a Pedrarias de Alместo obtuvo provisión de la Audiencia para pasar a España con objeto de pedir mercedes por sus servicios. De los marañones que quedaron en La Margarita sólo fueron declarados inocentes el cronista Vázquez y su compañero Juan de Vargas Zapata, principalmente por no haber firmado la adhesión a Don Fernando de Guzmán. Con el resto de los marañones, en general se usó clemencia; fueron castigados con penas no demasiado duras.

vivía juntamente con ella. Oyósele murmurar confusamente que no quería que una cosa que amaba tanto viniese «a ser colchón de bellacos». Había entrevisto en un relámpago de lucidez el ultraje de las mujeres e hijas de los rebeldes vencidos, repetido hasta la saciedad de la impaciente soldadesca.

Impetuosamente, con el arcabuz en la mano, dirigióse a su hija y le dijo:

—¡«Hija mía: Cata allí un crucifijo y encomiéndate a Dios que te quiero matar»!

Elvira de Aguirre comprendió en el acto y abrazándose a su padre sollozó: ¡«No me matéis padre mío que el diablo os engañó»! La Torralba se interpuso y forcejeando con Aguirre le quitó el arcabuz. Pero Lope, entonces, esgrimiendo la daga «le dió» a Elvira «tres puñaladas» dando a la vez gritos de desesperación: «¡Hija mía»! Elvira derrumbóse gimiendo: ¡«Basta ya padre mío»! La sangre, a borbotones, encendía su «corpifio y saya de raso amarillo».

Entretanto los realistas viendo el tropel que se les había pasado determinaron decidir de una vez la situación. Pedrarias de Alместo fué encargado de ir al fuerte y rendir a Aguirre. Provisto de un caballo por García de Paredes, y seguido de otros quince jinetes, Pedrarias llegóse de una galopada al fuerte en donde penetró cautelosamente. Aguirre, con su hija muerta a los pies, ni siquiera cayó en la cuenta de los que entraban. Custodio Hernández le encarró el arcabuz y Pedrarias le amagó a dar con la espada. Aguirre, dirigiéndose a Pedrarias le dijo con amargura:

—«¡Ah, señor Pedrarias! ¿Qué malas obras os he hecho yo?».

Pedrañas le quitó el capote pardo con pasamanos que tenía sobre las armas, Custodio Hernández la espada y la daga, mientras otro soldado se quedaba con el coselete y la celada.

Un tal Francisco Ledesma, espadero de Tocuyo, burlóse jactanciosamente de Aguirre diciendo: «¿Este es Lope de Aguirre? ¿Este es el que todos habían miedo de él? ¡Juro a tal que si yo me viera con éste que yo lo hiciera que me soñara!»

Una sonrisa despreciativa alumbró la cara de Aguirre: —¡«Andad de ahí, hombrecillo —respondió—. A diez soldados y a veinte como vos diera yo veinte zapatazos!»

Hora y media más tarde llegaba García de Paredes con un tropel de gente. Delante de Lope yacía todavía el cadáver de su hija. García de Paredes recriminó a Aguirre:

—¡Oh mal hombre y cómo has muerto a esta inocente! De ninguna cosa de cuantas has hecho me he admirado tanto como de ésta».

Aguirre le repuso con entereza:

—«Señor maestro de campo. Nunca mejor cosa hice, que mi hija era y púdolo hacer. Guárdeme el término que marca la ley de tres días para oirme y no me mate luego (en seguida), que quiero decir grandes cosas y verá un hombre de bravo juicio: por amor de Dios no permita que me maten sin confesión».

García de Paredes respondió que sí, aunque por otro lado hizo señal a dos negros que preparasen el garrote. Pero dos marañones apresuraron la determinación del maestro de campo realista. Conveniales acabar cuanto antes con el caudillo vencido. Dispararon sobre él casi a bocajarro.

Aguirre, al recibir la andanada en la parte superior del pecho, dijo:

—«No es esto nada».

A la segunda descarga, más certera, oyóse murmurar:

—«Esto si basta».

Custodio Hernández echando «mano a las barbas» de Aguirre con la misma espada de éste cortó al cadáver la cabeza y teniéndola en alto agarrada por los pelos «que los tenía muy largos», salió, sonriendo servil y temeroso, a recibir al gobernador Pablo Collado. La soldadesca aullaba. El sentimental cronista anónimo, al par de anotar que Collado mandó enterrar el cadáver de Elvira de Aguirre, declara también que «a todos hizo gran lástima su desastrada muerte por ser moza de poca edad y de gentil disposición y hermosa».

El cadáver de Lope de Aguirre, por orden del mismo gobernador, fué hecho pedazos que se colocaron por los caminos alrededor de Barquisimeto. La mano derecha se envió a Mérida, la izquierda a Valencia, y la cabeza, metida en una jaula de hierro, a Tocuyo, donde fué puesta en el rollo.

Siglos han pasado sobre la siniestra jaula y su monda calavera. Pero el recuerdo de las hazañas de Aguirre todavía está lejos de extinguirse entre el pueblo de Venezuela. Para el pueblo —ese pueblo que posee en su ignorancia un sentido trascendental de la historia que casi siempre falta a los historiadores— el alma de Lope de Aguirre prosigue todavía su pavoroso itinerario y anda errante en pena bajo la forma de los fosforescentes copos que, por un fenómeno peculiar de aquellos parajes, vagan en la oscuridad, al capricho del aire, en la llanura de Barquisimeto.

A GUISA DE EPILOGO

AHORA que, por fin, alcanzo el término de la vida de Lope de Aguirre, confieso que su desconcertante final revuelve en mi sangre guipuzcoana un poso de piedad. ¿Qué tiene este hombre, calificado por los psiquiatras de anafectivo, que, sin embargo, por modo tan extraño me conmueve, y hasta me tienta a alterar el final que desde mucho atrás premeditaba a estas páginas?

Todo biógrafo termina por tomarles cariño a los personajes que retrata y se despide de ellos con pena, porque, todos ellos, durante más o menos tiempo, han sido hermanos suyos interiores. ¿Acaso tiene algo de vergonzoso que yo, que he vivido durante dos años con Lope de Aguirre, haya terminado por sentir cariño hacia este hombre de terrible sequedad, aunque, tal vez, menos malo que muchos que le rodeaban, y que, a última hora, descubre los abismos, henchidos de ternura, de su corazón? Ese humano fondo común por el que sufrimos con quienes sufren y lloramos con quienes lloran, nos empuja a acompañar la agonía de este hombre triste, que, con los ojos fuera de

las órbitas, contempla los estertores de su hija. Nadie, sea quien sea, deja de ser en la tierra semejante nuestro.

Pero las páginas precedentes atestiguan a las claras que no pertenezco a la especie de biógrafos cercenados por la preocupación de considerar crimen de lesa arte el juzgar los actos de sus personajes. Otros con mayor o menor pasión juzgaron anteriormente a Lope de Aguirre, y estas páginas lo juzgan asimismo. Pero yo sería tan criminal como él si a última hora pretendiera absolverlo, aunque en modo alguno formaré tampoco con los rencorosos que aun después de muerto lo persiguen sañudos intentando sustraerle al juicio misericordioso de Dios nuestro Señor, del que sólo nos separa el corto espacio de un suspiro.

¡Por otra parte, ya sé que no faltarán quienes entiendan que Lope de Aguirre debe ser juzgado dentro del implacable medio ambiente de sus sombrías hazafías, o quienes encuentren ridícula la lista de sus víctimas comparada con la de otros ambiciosos carniceros de la historia; pero ser humanos con semejante clase de hombres, olvidar los gemidos de una sola de sus víctimas, supone una suerte de refinada complicidad de que la que no quiero ser culpable.

Porque, además, en definitiva, Lope de Aguirre, a mi parecer, es un hombre como muchos, que defraudó sus propias ilimitadas posibilidades. Todas las historias tienen manchas negras: si no las tuvieran no serían historia; pero lo importante es hacer de esos carbones la hoguera que abraza y purifique nuestras almas. De la misma madera de Lope de Aguirre salen los héroes y los mártires.

Lope de Aguirre, guipuzcoano del siglo XVI, del siglo

de sus paisanos Ignacio de Loyola, Elcano, Urdaneta y Legazpi, no es sino la espantosa caricatura de algo que pudo haber sido sublime.

9 mayo, 1948



INDICE

	<u>Páginas</u>
A guisa de prólogo	7
El Dorado	11
Pedro de Ursúa	37
La entrada de Ursúa	57
En busca de Omagua	73
El desengaño	85
Asesinato de Ursúa	99
Las primeras desavenencias	111
Lope de Aguirre	119
Cinco asesinatos más	131
El juramento y la firma de paz y amistad	141
Don Fernando de Guzmán, Príncipe del Perú	149
Asesinato de Doña Inés de Atienza	157
Lope de Aguirre, Fuerte Caudillo de los invencibles Maraños ..	167
Desembocando el Amazonas	173
En la Isla Margarita	183
Defección del capitán Munguía	195
La carta de Aguirre al Provincial Montesinos	205
El hombre del romance	215
El desembarco en tierra firme	235
La carta a Felipe II	251
La resistencia y el principio del desbarate	265
¡Hija mía!	283
A guisa de epílogo	295

